

UN PODER INCONTROLABLE

UN PASADO INELUDIBLE

UNA LUCHA SIN CUARTEL

UNA SOMBRA LATENTE

KATHARYN
BLAIR

FANDOM BOOKS

D.J.57

KATHARYN
BLAIR

UNA
SOMBRA
LATENTE

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para mi marido.
Gracias por ser el perro guardián de mis sueños febriles*



UNO

Si me paro a pensarlo, eso siempre ha estado ahí. Algo indebido, algo que he mantenido encerrado en lo más hondo de mi pecho. Sentía su roce en los pulmones cuando tomaba aliento para sumarme a las carcajadas de mi hermana mayor, Carmen, o cuando me preparaba para gritar durante un partido: «Dale duro, vamos, dale duro».

Notaba cómo me envolvía el corazón al ver por el pasillo al chico que me gustaba en ese momento, acelerando sus latidos. Era una maraña de tentaciones, una debilidad fruto de promesas horribles.

Sabía, en el fondo, que había algo raro en mí.

Es una bonita manera de empezar una historia, ¿verdad? Me sitúa justo donde quiero estar, como la persona a la que le sucedió todo esto. La persona que sufre. La que tiene miedo.

Pero esa no es toda la verdad.

En mi interior habita un miedo, pero no como tú te piensas.

Antes, mi vida tenía una dosis de miedo normal y corriente. Cuando el ocaso dejaba paso a la noche, mi madre alargaba un brazo y me cogía de la mano en el aparcamiento. Había algo en la caída de la tarde, en el zumbido de las farolas, que le provocaba un no sé qué. Uno de esos miedos que se transmiten, que se heredan.

Pero yo dejé atrás ese miedo, junto con todo lo demás, la noche que destrocé a mi familia y me escapé. Me escondí en el destartado baño de la estación de autobuses, allí me corté el pelo con la navaja que mi padre me dio cuando se acabó el horario de verano y empecé a salir de los

entrenamientos con las animadoras cuando ya había oscurecido. Temblando y cubierta de ceniza, traté de mudar mi identidad como si fuera una piel, porque sabía que jamás podría regresar. Todo lo que mis padres me habían enseñado a temer ya no me resultaba útil. Así que lo desaprendí.

Después de tantas advertencias, tantos sermones, tantas miradas de soslayo, resulta que lo que más miedo tendría que haberles dado estaba delante de sus narices, desde el principio.

Yo.

Yo era el origen de ese miedo.



DOS

Llevo casi dos años huyendo. He dormido debajo de puentes de autopistas y en iglesias abandonadas. He aprendido a mear en callejones vacíos y a robar aguacates maduros sin que me pillen.

Pero no sé si llegaré a acostumbrarme a los trayectos interestatales en bus. Llevo doce horas en este asiento, delante de un niño de siete años que también lleva doce horas metido en un autobús. Y se está comportando como tal.

Trabajé mucho como canguro en Los Altos. Caigo bien a los niños y en general soy buena persona. Pero como vuelva a patear el respaldo de mi asiento una vez más, voy a descargar toda mi ira sobre él, voy a hacer trizas su cordura y a conseguir que se replantee todas las decisiones que ha tomado en su corta vida. También podría cambiarme de sitio, pero me mareo si no me siento junto a la ventanilla.

Inspiro hondo, apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos. Me dirijo al sur. Si me quedara hasta el final de línea, acabaría llegando de vuelta a Los Altos. Mi hogar.

Me paso la lengua entre los dientes delanteros y me muerdo la punta hasta hacerme daño, mientras golpeo la base de plástico del asiento con el talón de goma de mis Converse. Ya sé que es una estupidez, pero leí un artículo sobre condicionamiento operante en la sala de espera del dentista. Si me muerdo la lengua con todas mis fuerzas cada vez que añoro ese hogar al que no puedo volver, es posible que empiece a asociar la morriña con el

dolor. La mujer del artículo dejó de fumar a base de golpearse la muñeca con una goma elástica, así que viene a ser el mismo principio.

Y no, de momento no ha funcionado. Solo he conseguido hacerme llagas en la lengua.

Nos detenemos para recoger a una nueva tanda de pasajeros antes de reanudar la marcha hacia nuestro destino final.

Me pongo a mirar por la ventanilla para no pensar en nada más. Al menos, las vistas son bonitas. Y ya casi hemos llegado. Solo tengo que atravesar San Francisco para llegar a Paynes Creek, una pequeña comunidad agrícola. Tienen una vacante en la fábrica de empaquetado de almendras. El lugar perfecto para cubrirme la cabeza con un gorro y pasar desapercibida. No soy tan tonta como para creer que las recientes noticias sobre sucesos extraños relacionados con los anómalos —rumores que se diseminan por medio de publicaciones efímeras en redes sociales— no habrán llegado a los pequeños pueblos agrícolas. Lo que espero es que estén demasiado ocupados como para indagar en ello.

La niebla ha empezado a deslizarse sobre las colinas como si fueran los tentáculos del océano, que trata de sentir el roce de la ciudad. Me saco un chicle del bolsillo de la sudadera y me lo meto en la boca. Si cierro los ojos, casi puedo fingir que estoy en la parte trasera del bus con Lindsay y Jenna, de camino a los campeonatos regionales, por ejemplo. Hannah estaría haciendo estiramientos sobre el asiento delantero. Amira, la entrenadora, estaría bromeando con Phoenix, nuestro conductor. Pero esa vida ya no existe. Cada día que paso alejada de ella, me resulta más fácil relegarla a esa parte de mi ser que mantengo recluida tras una puerta acorazada.

Alguien se sienta de golpe en el asiento de al lado y me sobresalta. Es un chico que no está nada mal. Pero me sonrío de esa forma que siempre antecede a una conversación, y yo no estoy aquí para hacer amigos. Vuelvo a mirar por la ventanilla, esperando que capte la indirecta.

Paso de mirarlo. No debería haberme comido el último chicle. El aliento que he ido acumulando después de doce horas a base de café de gasolinera y patatas fritas con sabor a queso azul sin duda habría bastado para reprimir cualquier conversación.

Saco una revista del bolsillo del asiento que tengo delante. Es una publicación empresarial relativa a la zona de la bahía. En otras circunstancias, jamás habría leído algo así. Pero es una distracción y, de repente, parece como si estas páginas satinadas se hubieran convertido en mi posesión más valiosa. En la portada aparece un tipo posando delante de una inmensa estructura cubierta de andamios. Es atractivo y entrado en años, como recién salido de uno de esos absurdos anuncios de perfume. Esos en los que un modelo canoso que está tomando el sol en una lancha motora se ve seducido por una sirena. Y tú te quedas en plan: ¿qué querrá decir este anuncio? Y entonces te muestran un frasco y tú te preguntas qué tendrá que ver eso con montárselo con una sirena en alta mar, pero aun así te quedas con ganas de saber cómo huele. Me refiero a un anuncio de ese tipo. Paseo la mirada por la página. El titular dice: «Ananias Ventra: el magnate inmobiliario rompe las reglas para establecer las suyas».

Miro fijamente el texto, creyendo que, si alzo la cabeza, el tipo de al lado no...

—¿Adónde te diriges? —me pregunta.

—Más al sur.

Tres sílabas. Pienso en ellas como en un sustitutivo de la otra frase de tres sílabas que me gustaría pronunciar, pero parece como si acabara de arrojarle miguitas de pan a una paloma hambrienta. Aquí viene otra vez, buscando más.

—¿Tienes familia ahí? —me pregunta, acercándose un poco mientras dos personas se apretujan para pasar junto a él por el estrecho pasillo.

Un tipo se sienta detrás de nosotros. Una mujer con una sudadera en la que pone «Resiste» se dirige hacia el fondo del bus. Los escruto con la mirada, como si pudiera adivinar sus secretos. Ya es una costumbre. En una ocasión, leí que existe un cierto tipo de anómalo con unos iris extraños que se pueden ver bajo cierto tipo de luz. En estos dos años, no he visto ninguno. Puede que solo se trate de una leyenda urbana.

Aunque, para ser justos, hasta hace dos años pensaba que muchas cosas eran una leyenda urbana.

Miro por la ventanilla, confiando en que el tipo del asiento de al lado capte que no me apetece hablar. Me concentro en un letrero junto a la

carretera que dice: «San Francisco, 29 kilómetros». Está envuelto en niebla y tiene una pintada que conozco bien en la esquina inferior izquierda.

Por más veces que la haya visto, siempre me deja paralizada. Es una flor morada envuelta en llamas: un acónito venenoso.

Quienes no son como yo no se paran a mirarla. Para ellos no tiene ningún interés.

Pero se trata de una tarjeta de visita que cada vez está más extendida. En señales de tráfico. Parachoques. Marquesinas. Baños públicos. Los comunes —los humanos corrientes— no saben lo que es.

Ellos no conocen el miedo a despertarse y encontrar una flor de acónito clavada en su puerta. Ese miedo es exclusivo de los anómalos. Ese miedo es uno de los muchos motivos por los que tuve que huir de casa. Esa pintada fue concebida para enviar un mensaje: «Las cosas están cambiando». Pero yo no pienso poner la mano en el fuego por ello. He oído rumores de que los disidentes están asentados en San Francisco, que es precisamente el motivo por el que no pienso parar allí.

Arremeto la revista en el bolsillo y me recuesto en mi asiento.

No sé mucho sobre los inquietantes entresijos del mundo anómalo. Pero sí sé que los centinelas no desaparecen sin más. Siento un nudo en el estómago mientras ese nombre reverbera entre mis pensamientos: «centinelas». Ya solo oír cómo resuena en mi mente me hace estremecer.

El bus sigue avanzando y el letrero con la pintada desaparece de mi vista, mientras advierto que mi compañero de asiento aún sigue hablando. Ay, Dios, no se calla ni bajo el agua. Pero se ha producido un cambio positivo. El niño de las pataditas se ha cambiado de asiento, en la fila de atrás, y ahora está incordiando al otro.

—... Así que pensé en venir a San Fran para echar una mano, ya que, bueno, él me ayudó mucho en mi laboratorio. Muchos pensarán que no era problema mío, pero yo les digo que me pareció lo correcto. Por cierto, me llamo Kolby.

Mi compañero de asiento hace una pausa y me mira, sonriendo. La pelota está en mi tejado. La paloma hambrienta está mendigando más miguitas de pan. Me cubro un poco más la cabeza con la capucha de la sudadera —la misma que conseguí con mi equipo de animadoras en los

campeonatos estatales, antes de mi fuga— y rezo para que no pueda leer el nombre bordado en el bolsillo que taché con un rotulador permanente. Pone «Vesper», escrito con letras de colorines. Unos mechones grasos de cabello rubio se desprenden del maltrecho moño que me hice hace un rato, y he detectado al menos tres granitos nuevos sobre mi frente mugrienta.

Puede que el hecho de haber arruinado mi vida y huido sin mirar atrás tenga su parte buena. Porque la modosita Vesper de hace dos años —la misma que se ponía lazos los días de partido, cuya mayor preocupación era mantenerse en pie durante el camino de vuelta, a pesar del cansancio— se habría sentido obligada a hablar con Kolby.

Una Vesper amable, educada. Pero esa chica ya no existe. Larga vida a la Vesper que pasa de todo y tiene el pelo graso.

—Oye, me parece muy bien que estés entusiasmado. Pero no estoy de humor para hablar.

Mi intención es que se sienta un poco cortado. Ofendido, incluso. Pero el tío sonrío. ¡Sonríe! Como si le hubiera dicho un piropo.

Y en ese momento siento un hormigueo en los dedos, como una descarga eléctrica alrededor de los huesos. Se parece a cuando se te duermen las manos, aunque no es eso. Conozco esta sensación. Es una sensación peligrosa, ávida, una que trato de contener con todas mis fuerzas. Aprieto los puños y miro por la ventanilla.

—No hace falta que digas nada. Lo entiendo. Pero si necesitas hablar, cuenta conmigo. Me especialicé en estudios de la mujer en la universidad, así que sé...

Kolby se zarandea hacia el frente cuando el niño le arrea una patada al respaldo de su asiento. Se golpea la frente contra el asiento delantero. La sonrisa desaparece de su rostro de un plumazo. Giro la cabeza para mirar al niño que, hasta hace apenas una hora, me había hecho la vida imposible. En este momento, es mi mejor aliado en todo el mundo. El crío pateó mi asiento varias veces, pero nunca tan fuerte. Me dedica una sonrisa cómplice. No puedo evitar devolverle el gesto.

Pese al zumbido que sigue extendiéndose por mi mano, como si tuviera una abeja apresada bajo la piel. Pese a que me recuerda que, si estalla una

guerra entre anómalos y comunes, entre humanos con poderes mágicos y humanos sin ellos...

Yo estoy en el bando equivocado.



TRES

Cuando llegamos a la estación, ya ha oscurecido, la niebla es tan densa que apenas puedo ver nada al otro lado del cristal de la ventanilla. Kolby intentó entablar conversación un par de veces más durante el trayecto, pero acabó captando la indirecta. Y por indirecta me refiero a que le estornudé en el café. Estoy deseando que se baje del bus. Así podré estirarme y tratar de conciliar el sueño.

—¡Última parada de la noche! —exclama el fornido conductor mientras se levanta.

No. No es posible.

—¡Se suponía que íbamos a llegar a Stockton esta noche! —protesto.

El conductor me mira con cara de cansancio.

—Se suponía. Pero es imposible. Las carreteras están inundadas. Saldremos mañana a primera hora.

No puedo parar aquí. Cualquier sitio menos San Francisco.

—¿Necesitas un lugar donde quedarte? —me pregunta Kolby mientras salgo a la gélida noche.

Paso de responder y aprieto el paso hacia la estación. Tal vez pueda conseguir un billete hacia otra ciudad.

«CERRADO», dice la ventanilla en letras mayúsculas, como si se estuviera burlando de mi mala suerte a grito pelado.

Se me encoge el corazón mientras me asalta una maraña de pensamientos. «Cálmate. Piensa».

Me apoyo en la pared, observando a los demás pasajeros, que recogen su equipaje y se dirigen hacia la calle a esperar a que les vengan a recoger. Me cobijo todo lo posible entre las sombras. Activo la luz del reloj cutre de Marvel que Jack me regaló en plan de coña por mi cumpleaños. Me informa de que son casi las diez. Suspiro. Pasar la noche al raso no era lo que tenía planeado para hoy, pero parece que no tengo elección. Tenso las correas de mi mochila y me pongo en marcha. Busco una iglesia o una estación de tren, algún lugar donde pueda resguardarme hasta que amanezca.

Camino, mis zapatillas no emiten ningún sonido mientras paso junto a un mural gigantesco de la Virgen María, pintada de color fucsia y rosa chillón. Me detengo, cautivada por la imagen y por ese colorido que parece relucir en la oscuridad. Siempre he oído decir que San Francisco era una ciudad vibrante, pero no me esperaba algo así. Debería agachar la cabeza y proseguir la marcha, pero este lugar tiene una energía que me insta a contemplarlo. Hay filas y filas de casas de estilo victoriano, pintadas con diferentes tonalidades de azul. Dejo atrás un colmado con jardineras doradas repletas de peonías y cilantro fresco. Paso bajo una salida de incendios de color verde lima y me detengo ante los maullidos de un gato naranja al que le falta un trozo de oreja, que alarga una patita hacia mí, a través de la verja. Sonriendo, me detengo un instante para chocar los cinco con él. Los cables de los tranvías crepitan, cargados de electricidad. Durante un rato, parece como si la certeza sobre lo que soy y lo que he hecho pasara a un segundo plano, impulsada por el olor a masa fermentada y brisa marina, tan intenso que casi puedo paladear la bahía con la lengua.

Un ruido me devuelve de golpe a la realidad. Me giro a toda prisa. La luz de las farolas forma unos halos borrosos entre la bruma.

«Es una ciudad. Las ciudades están repletas de ruidos».

Me doy la vuelta y aprieto aún más el paso, confiando en que nadie haya visto el respingo que he pegado ante lo que seguramente solo fuera un gato. Entonces lo oigo de nuevo. El ruido se corresponde con unas pisadas que apenas rozan ligeramente el hormigón. Resuenan detrás de mí, cada vez más cerca.

Me giro una vez más, el miedo se extiende tan deprisa por mis venas que oigo cómo retumban en mis oídos los sofocados latidos de mi corazón.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto. Me tiembla la voz, pero me obligo a serenar mi respiración.

«No son ellos. No son ellos. No son ellos».

«Los centinelas han desaparecido. Todo ha cambiado. No tienes por qué tener miedo».

«Respira».

Tengo que calmarme, pero no puedo dejar de pensar que ahora mismo soy el típico personaje que la palma primero en una peli de miedo. La cámara se acerca a toda velocidad por detrás de mí hasta que me giro y veo a un animalillo emergiendo de una sombra. Entonces suspiro aliviada y, cuando me doy la vuelta, veo a un asesino enmascarado con un taladro eléctrico. Más tarde, alguien encontrará mi cadáver medio devorado bajo el puente Golden Gate, arrastrado por la corriente. Y eso en el mejor de los casos. Porque, si se trata de los centinelas, olvídate de que aparezca mi cuerpo.

«Nadie ha vuelto a ver a los centinelas desde hace casi dos años», me recuerdo.

Me sobresalto al oír un ruido y me doy la vuelta. Un gato gris sale corriendo de detrás de un contenedor. Pego un respingo, conteniendo un grito. Vale, solo era un gato. Ahora voy a darme la vuelta y...

Me giro. No hay ningún enmascarado. Ningún taladro eléctrico.

Creo que he exagerado un pelín.

Estoy en un lugar desconocido. Todo me resulta nuevo. Es normal que me sienta un poco rara, ¿no?

Pero entonces vuelvo a oír el ruido. Alzo la cabeza y veo algo... Una silueta apenas visible, captada por el contorno del resplandor de una farola. Juraría que he visto algo. A alguien. No sé si habrán sido imaginaciones mías, pero no pienso quedarme a averiguarlo. Me voy echando leches, sin un rumbo marcado.

Casi no veo nada entre tanta niebla, pero distingo las luces de un pequeño edificio de color lavanda al otro lado de la calle. Aloa's Café. Parece el único sitio que sigue abierto.

Abro la puerta de golpe, el tintineo alegre de la campanita contrasta seriamente con el espanto que me embarga.

Me quedo inmóvil, jadeando, envuelta en un aire ardiente y sofocante. Hay dos hípsters sentados a una mesa al fondo del local, con lo que parecen siete dispositivos electrónicos enchufados a una pared pintada de color berenjena, y un tipo con una sudadera leyendo un libro junto a la ventana. Entro, mis Converse rechinan sobre el arañado suelo de madera. La campanita tintinea una vez más cuando cierro la puerta y avanzo arrastrando los pies hacia una mesa cercana al ventanal delantero. Está encajada en una esquina, bajo un cartel de la película *La comunidad del anillo*. Desde aquí puedo otear la calle sin que me vean. Miro a través del cristal, pero no veo más que remolinos de niebla entre la oscuridad. El chaval que está sentado al otro lado del local levanta la cabeza del libro. Lleva un gorro de lana negro y una sudadera gris. Tiene una ceja cubierta por una tirita. Incluso desde esta distancia, puedo ver el moratón que asoma por debajo. También tiene una costra en el labio inferior. El chico coge su taza de papel y da un sorbo. Parece diminuta en comparación con sus manazas, que también están cubiertas de vendajes.

Lo que faltaba. No podría tener más pinta de asesino en serie.

Vuelvo a mirar por el ventanal, creyendo que la silueta de antes aparecerá de un momento a otro. No hay nadie, pero ver la calle tan vacía me parece más una amenaza que un alivio. Sé que alguien me estaba observando. Alguien capaz de escalar edificios.

Me sobresalto de nuevo cuando una voz masculina interrumpe mis pensamientos:

—¿Café? —pregunta el camarero, sosteniendo en alto la mano que tiene libre al ver mi cara de susto.

Es mayor que yo, está calvo y tiene unos tatuajes descoloridos a ambos lados de la cabeza. En cada oreja lleva al menos tres *piercings* y tiene la mitad inferior del rostro cubierta por una espesa barba pelirroja. En su chapa identificativa pone «Gabe».

Trago saliva con fuerza mientras niego con la cabeza. Tengo algo de dinero ahorrado, pero tengo que administrarlo bien.

—Lo siento. Me iré enseguida, ¿vale?

El camarero me observa un instante antes de rellenar la taza descascarillada que hay en el borde de mi mesa. Después, me la acerca.

—Yo, eh... —comienzo a decir, pero Gabe niega con la cabeza.

—Cerramos dentro de dos horas y me iba a tocar tirar este café. Me estás haciendo un favor.

Alzo la cabeza y nuestras miradas se cruzan brevemente. La amabilidad casi siempre tiene un precio, sobre todo cuando eres mujer. He aprendido a no aceptar favores, aunque eso tampoco me ha librado de atraer atenciones indeseadas. Pero Gabe no me está guiñando el ojo disimuladamente, como si esto fuera una peli porno. De hecho, está mirando por la ventana, como si supiera que estoy asustada de algo que acecha al amparo de las sombras.

—Gracias —susurro.

Gabe asiente con la cabeza y se acerca a los hípsters. Rodeo la taza con mis dedos helados y gimo ligeramente al sentir la punzada del calor en la piel a través de la superficie de cerámica. Por un instante, recuerdo cuando me metí en la bañera caliente de Ashtyn en la fiesta de pijamas de Nochevieja.

Me muerdo la lengua. Ahora no.

Hace meses que no lloro por esto. Y, aunque quisiera, no creo que pudiera hacerlo. El dolor está tan enterrado en mi pecho que tendría que zambullirme a fondo para alcanzarlo. Y no creo que pudiera encontrarlo con una sola bocanada. Es como si no existiera. Y mejor así.

Me quito la mochila y me apresuro a abrirla, como si llevara dentro algo peligroso que fuera a agredirme de repente.

Observo el sobre por el que pagué el equivalente a casi tres meses de sueldo durante mi estancia en Seattle. Ese sobre que aún no me he atrevido a abrir. Tomo aliento, lo justo para recordar que soy una cobarde y que no he podido cumplir lo que tenía planeado cuando lo compré. Llevo quince meses fuera de casa. Pensé que el paso del tiempo me haría más valiente, pero ha sido al contrario.

Han pasado doce meses desde que vi el último cartel de «Desaparecida» con mi foto en él. Nueve desde que vi mi rostro en las noticias. «Una joven de la zona desaparece tras un grave incendio», decía el titular, acompañado por una foto que mi madre sacó en Manhattan Beach, esa en la que llevo puesto un top con los hombros descubiertos, así que parece que estoy desnuda. Torcí el morro al verla, porque seguro que mi madre no reparó en

ese detalle cuando se la entregó a los policías. Por un momento, me imagino chinchándola por su descuido, en compañía de Carmen. Y entonces la realidad se me viene encima, con tanta fuerza como para abollar el suelo que piso.

Jamás podré volver a reírme con ellas. No después de lo que hice.

El recuerdo de los chillidos trae consigo un hedor a madera chamuscada que hace que el miedo que me producen los centinelas resulte casi risible en comparación.

Yo sabía que lo que hice suponía una condena a muerte segura por parte de los centinelas. Sinceramente, esperaba que ejecutaran la sentencia de un momento a otro. Contaba con ver una acusadora flor de acónito clavada en la puerta principal. Durante los meses previos a mi huida, me levantaba temprano a comprobarlo, para que mi madre no se la encontrara primero cuando se fuera a trabajar.

Solo era una cuestión de tiempo antes de que la cagara y perdiera el control. Pero jamás me imaginé, ni en mis peores pesadillas, que el resultado llegaría a ser tan devastador.

Me muerdo la lengua tan fuerte que noto un regusto metálico.

No sé cuánto tiempo paso aquí sentada, bebiendo sorbos de café mientras contemplo la niebla que se arremolina sobre el cristal. Un buen rato, supongo, porque los hípsters recogen sus cosas y se marchan. Gabe se acerca y me rellena el café. Murmuro un agradecimiento y él asiente con la cabeza antes de regresar a su puesto, detrás de la barra.

Observo a don Nudillos Sangrientos mientras lee. Se desliza el pulgar por el labio inferior y me doy cuenta de que no puedo dejar de mirarlo. A pesar de las magulladuras, en el fondo es bastante...

Una sensación largo tiempo olvidada se asienta en mi estómago. Iba a decir que es «mono», pero me contengo, porque lo último que necesita una fugitiva como yo es encapricharse de alguien.

Cuando aún vivía en casa, estuve saliendo con un chico un par de meses. Nathan Pérez. Futbolista, tío bueno, pésimo besucón. Rompimos antes de empezar bachillerato. Él lloró. Yo no. Desde entonces, me he enrollado con unos cuantos chicos, pero ninguno desde que me fui de casa. Mis ojos vuelven a posarse sobre los labios de don Nudillos Sangrientos.

Buf, no puedo parar de mirarlo.

«No me mires. No me mires, no...».

Ups. Me ha mirado.

Nos sostenemos la mirada. Me pongo seria, pasando del «Acabo de entrar aquí huyendo de la niebla» al «Como te acerques demasiado, te corto el pescuezo» en apenas diez segundos. Otro truquillo que he aprendido durante el año que llevo viajando sola.

El chico enarca una ceja magullada y luego sonrío. Como si mi ensayado gesto de amenaza le resultara intrigante.

—¿Qué? —inquiero, porque la mejor defensa es un buen ataque, ¿no?

El chico vuelve a mirarme, con un gesto de sorpresa. Hace la pantomima de mirar detrás de él y luego vuelve a mirarme a mí, con expresión irónica.

—Nada —responde.

Vuelvo a coger la taza de café, pero derramo un poco por el borde mientras me la acerco a los labios. Mierda.

Lo miro otra vez, esperando que no se haya dado cuenta. Pero sí se ha pisado. Juraría que lo he visto sonreír mientras agachaba la cabeza hacia la libreta Moleskine que tiene en la mesa. Me pregunto qué estará escribiendo. «Querido diario, las mujeres siguen derramando líquidos en mi presencia».

—Ay —mascullo, porque el café aún estaba caliente.

Esta no es mi noche. Ni mi año. Ni mi vida. Estoy a punto de levantarme y de jugármela con la escalofriante niebla de ahí fuera cuando alguien deja una servilleta sobre la mesa. Cuando levanto la cabeza, veo a don Nudillos Sangrientos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, encogiéndome por acto reflejo cuando se sienta frente a mí.

—Le tengo dicho a Gabe que no lo sirva tan caliente —dice, alargando una mano.

Me quedo inmóvil. No esperará que le pida ayuda, ¿verdad?

—Estoy bien —repito, con un tono que viene a decir: «Haz el favor de largarte». Es otro truco que he aprendido durante mi huida.

Don Nudillos Sangrientos pone los ojos en blanco.

—No te pienses nada raro. Trabajé como técnico en emergencias durante un año. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Y yo soy la propietaria de esta mano desde hace diecisiete años, así que sé que está bien.

El chico se levanta.

—De acuerdo. Sé captar una indirecta. Si cambias de idea, hay paquetes de hielo en el congelador del fondo.

—No necesito tu ayuda. Tampoco necesitaba el café gratis. No soy una vagabunda indefensa, ¿vale? Sé cuidarme sola.

Don Nudillos Sangrientos levanta las manos en son de paz.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Intenta cruzar una mirada conmigo, percibo una pregunta incipiente en sus ojos. Me está haciendo sentir incómoda, como si pudiera ver los secretos que intento mantener ocultos. De cerca, ya no tiene tanta pinta de asesino. Parece un buen tío, como una especie de Capitán América. Pero me quedo inmóvil. Estoy a punto de decir algo más cuando oímos un golpetazo, seguido de un traqueteo metálico procedente de la cocina, como si se hubieran caído varios utensilios al suelo.

Don Nudillos Sangrientos se queda inmóvil, aguzando el oído. Yo lo imito. Ese ruido no me ha gustado un pelo. Y entonces...

Clic.

Sé que en realidad el chasquido no es tan fuerte. Es imposible que sea tan sonoro como para retumbar en mi cabeza de ese modo, pero puede que las pistolas siempre suenen así al amartillarse: como una dentellada, ávida por tomar decisiones que no deberían quedar en manos de ningún ser humano. Un ruido así no puede ser suave, por más que lo intente.

—Quietos —amenaza alguien desde la cocina.

Lo veo a través del ventanuco del cocinero: es un tipo con unos guantes grises y negros. Empuña un pequeño revólver en la mano derecha. No nos ha visto... aún.

En un abrir y cerrar de ojos, don Nudillos Sangrientos cruza la estancia. No hace ningún ruido. Yo también me muevo, pero él se acerca un dedo a los labios.

«Agáchate», articula con los labios. Me quedo quieta un instante, después me agacho al lado de una mesa.

El chico se acerca un poco más hacia la cocina, hacia el pistolero. Después se gira para mirarme.

—Quédate ahí —me dice, con un susurro entrecortado. Avanza agachado hacia la barra, después se acerca velozmente hasta la cocina.

Sé que debería largarme corriendo de aquí, aun a riesgo de llamar la atención con el sonido de la campanita de la puerta. En el mejor de los casos, la policía se presentará en el local... y no puedo permitir que me vean. No creo que la noticia de mi desaparición haya llegado tan al norte, teniendo en cuenta la cantidad de chicos de mi edad que desaparecen..., pero prefiero no arriesgarme.

Se oye otro golpetazo. El pistolero ha golpeado a Gabe, que está herido. Y si don Nudillos Sangriento intenta hacerse el héroe, conseguirá que lo maten. Ya he visto suficientes heridos. No puedo largarme sin más, aunque sé que sería lo más sensato.

Avanzo lentamente.

Don Nudillos Sangrientos se da la vuelta; el gesto de preocupación desaparece de su rostro, reemplazado por uno de fastidio.

Ondea una mano para que me vaya. «Corre», articula con los labios.

Ya me está tocando las narices. Puede que él sea tan grande como una secuoya en miniatura, pero no creo que tenga más de diecinueve años, a lo sumo. Y yo ya no acepto órdenes de nadie.

Sin darme cuenta, me he situado justo detrás de él, alineada con la barra. El pistolero está mascullando algo en la cocina, pero no veo una segunda silueta. O bien está hablando con Gabe o bien está soltando improperios a través del móvil.

Don Nudillos Sangrientos pega un respingo al advertir mi presencia.

—¿Tú? —exclama con incredulidad—. Te dije que te fueras.

—¿Tienes un móvil? —replico, susurrando.

Él niega con la cabeza y me mira con el ceño fruncido. Yo le devuelvo el gesto, con cara de pocos amigos. Don Nudillos Sangrientos abre la boca para decir algo, pero yo me acerco un dedo a los labios cuando el pistolero deja de hablar.

Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo. Un zumbido sordo resuena por la base interior de mi cráneo, me palpitan las manos.

—Último aviso. Vete. No quiero hacerme responsable de ti —dice don Nudillos Sangrientos, pero yo paso de él mientras me observo las manos, sintiendo cómo se acumula el poder bajo mi piel.

El chico se acerca a la puerta de la cocina. Se asoma al interior. Yo me quedo paralizada.

«Levántate. Haz algo», me digo.

«Haz algo. Haz algo».

Otra voz me responde desde el interior de mi cabeza: «Eres incapaz de controlar tu poder. Podrías empeorar las cosas».

¿Y quién dice que lo necesite? No me hace falta recurrir a mi maldición. La gente se pasa la vida ayudando a los demás sin necesidad de tener poderes estrafalarios.

Me obligo a incorporarme. Me obligo a moverme, a pesar de que el miedo se empeña en agarrotarme los músculos para inmovilizarme.

Avanzo dando tumbos hacia la puerta, sin ser consciente de que mis pies se están moviendo, hasta que me encuentro ante la puerta de la cocina. Gabe está en el suelo, aturdido, apoyándose una mano en la cabeza ensangrentada. Don Nudillos Sangrientos tiene al intruso contra la pared, con un brazo inmovilizado por detrás de la espalda.

Me deslizo sobre el suelo, agarro un paño de cocina para colocarlo sobre la frente ensangrentada de Gabe.

—Te pondrás bien —susurro, aunque está tan pálido como un fantasma.

Retiro el paño. Tiene un corte profundo, pero se curará si va a un hospital. Me agarra de la mano —la suya está temblando— y me la estrecha. Tiene los ojos desorbitados y la mirada perdida, hasta que se concentra en un punto situado por encima de mi hombro, como si quisiera alertarnos de algo.

—Sam —susurra Gabe y después se desmaya, quedándose inmóvil sobre la puerta del congelador.

Me giro para mirar a don Nudillos Sangrientos. Sam. Se llama Sam.

El intruso echa la cabeza hacia atrás, golpea a Sam en la cara y lo desequilibra. Después se da la vuelta, agarra su pistola y apunta a Sam al

pecho a bocajarro.

Cuando abro la boca para gritar, noto algo que emerge de mis palmas. Antes de que pueda contenerlo, serpentea por la estancia y se aferra al pecho del intruso. Un rumor inunda mi mente, un amasijo de pensamientos entremezclados. Oigo voces, atisbo rostros. Veo una escena submarina, en medio de un océano picado, escucho el bramido de las olas. Entonces, aquello que he liberado se repliega, como un calambre muscular. Abro los ojos de golpe mientras mi magia pega un tirón que hace tambalearse al intruso, como si alguien le hubiera empujado por detrás.

Siento un nudo en el estómago cuando me doy cuenta de lo que he hecho. Todavía estoy aferrada al pecho del intruso; mi magia nos sigue vinculando mientras el sonido de las olas resuena con más intensidad en el fondo de mi mente.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclama el pistolero, bajando el arma para mirar detrás de él, como si esperase encontrar a alguien.

Su rostro es el vivo retrato del miedo. Me incorporo a duras penas. El intruso clava sus ojos enrojecidos sobre mí, como si acabara de reparar en mi presencia. Un mechón de pelo rubio de bote se desploma sobre su rostro, una fina capa de barba incipiente bordea su tembloroso labio superior. Si pudiera pensar con claridad, es posible que sintiera lástima por él.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto al intruso.

Sus ojos se posan sobre mí un instante, antes de volver a otear la habitación a toda velocidad. No me ha oído.

—Corre —susurro, mirando a Sam.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquire.

Sé que ha percibido el gesto de terror en mis ojos, porque avanza un paso hacia mí.

—Coge a Gabe y largaos —le ruego.

Intento romper la conexión con el pistolero, pero es inútil. El intruso me apunta al pecho con su arma.

—Nadie va a ir a ninguna parte —exclama.

No, creo que al final no me va a dar ninguna lástima.

La escena submarina se vuelve cada vez más nítida, tira de mí cada vez más, mientras me tiemblan las manos y siento cómo se fortalece la

conexión entre nosotros. Noto el sudor que me corre por la nuca mientras veo cómo flaquea la expresión de rabia del intruso. Sé que está percibiendo lo mismo que yo. Está oyendo las olas... y los gritos.

Escucho el bramido del océano. El tipo amartilla la pistola y apunta a Sam a la cabeza.

—Atrás o le vuelo los sesos a tu novio —dice, pero en realidad tiene la atención puesta en otra parte.

Mira al suelo al oír el correr del agua. Se está acumulando en torno a sus pies, formando un torrente alrededor de sus tobillos, como si fuera un remolino surgido de la nada.

—¿Qué es esto? —inquiere con un hilo de voz.

Me quedo mirando el agua, embargada por una emoción extraña. Noto la corriente en mis manos, percibo cada uno de sus movimientos bajo la piel. El pistolero intenta moverse, pero yo alzo las manos, y el remolino que le rodea se eleva hasta su cintura. Las levanto todavía más, concentrándome en el agua. El nivel sube, ya le cubre hasta los hombros, y él grita al ver cómo sus manos se quedan inmovilizadas.

Extiendo los dedos y el agua se pone a girar más deprisa a su alrededor. Una leve esperanza prende en mi pecho: es la primera vez que consigo controlar lo que invoco. Esto es nuevo para mí.

Las palmas de mis manos irradian energía mientras las alzo todavía más.

El agua, espesa e implacable, se agita a su alrededor. Esto es lo que he encontrado en el interior del pistolero: un miedo originado por un recuerdo grabado a fuego en su mente. Un recuerdo de hace diez veranos, cuando una corriente submarina le derribó y lo arrastró dando tumbos hacia la oscuridad. En ese momento creyó que iba a morir, oyendo el bramido del océano, que lo inundaba todo hasta que resultó imposible discernir dónde terminaba el agua y comenzaban sus gritos. La quemazón de la sal en la garganta, el escozor en los ojos. Desde algún rincón de la negrura que copa su miedo, se oye a una mujer que le llama a gritos: «¡Mitch! ¡Mitch! ¡Mi hijo! ¡Se lo ha llevado la corriente! Mitch...».

Mitch. Así es como se llama.

Abro los ojos y estoy de vuelta en la cocina. Miro de soslayo a Sam, que me está observando con un gesto extraño. No tengo tiempo para intentar

descifrarlo. Me doy la vuelta otra vez hacia Mitch.

Ahogarse. Tiene miedo de ahogarse.

—No es divertido que alguien juegue con tu vida, ¿verdad, Mitch? —le pregunto, y él pone los ojos como platos.

La magia palpita a través de mi cuerpo, mis músculos se extienden y se contraen bajo el peso de este poder que no había vuelto a utilizar desde mi huida, aunque mi cuerpo recuerda el proceso.

—¿Cómo sabes mi nombre? —farfulla, con el agua al cuello.

Doy un paso y el agua se mueve conmigo, retrocediendo ligeramente. Mis zapatillas rechinan sobre las baldosas mojadas. Le sacaré de aquí junto con el remolino de agua, dejaré que el miedo vuelva a asentarse en su pecho y después cogeré su pistola y lo dejaré al cuidado de Sam hasta que llegue la policía.

Jamás pensé que algún día podría hacer algo bueno con este poder. Que algún día dejaría de ser un peligro. Solo de pensarlo me da vueltas la cabeza, es una sensación de triunfo. Cierro los ojos para concentrarme en el agua.

Esa agua turbia, gélida y furibunda. Esa agua que inunda mi nariz y se introduce en mis pulmones, aferrándolos con fuerza...

De repente, percibo que algo va mal. El vínculo se tensa hasta que se rompe y me hace caer, mientras el bramido ensordecedor del océano se extiende por mi mente. Sin previo aviso, vuelvo a aparecer en sus recuerdos. Estoy sumergida, dando volteretas bajo el agua. Hincó los dedos en la arena, tratando de encontrar asidero para incorporarme. Pero no hay manera. Esto no tiene arreglo. Tiene pinta de que no podré volver a incorporarme nunca.

Caigo de rodillas, el dolor me trae de vuelta al presente, a tiempo de ver cómo el ciclón de agua se colapsa ante mí, arrojando a Mitch al suelo. Hay un momento, un instante, en el que creo que todo ha terminado. Pero entonces oigo un estrépito y me doy la vuelta.

Una ola irrumpe a través de la puerta que conduce al comedor, llevándose a Sam por delante y derribando la mesa metálica, que se estampa contra la pared del fondo, bloqueando la puerta trasera. Empieza a entrar agua y la cocina se inunda en cuestión de segundos. Parece como si

estuviéramos en un barco que se va a pique; el océano hace trizas nuestro patético navío mientras nos reclama.

Me oigo gritar, pero suena muy lejano. Cierro los ojos con fuerza, intentando recuperar el control, pero es inútil. El terror que se extiende por mi pecho me impide aferrarme a nada. Me estoy ahogando por culpa de este miedo que comparto con Mitch.

Sube el nivel del agua. Mierda, está helada. Sam aparece frente a mí, lleva a Gabe colgando del hombro. Grita algo que no alcanzo a oír. Se acerca.

—¡Tenemos que apartar la mesa de la puerta!

Asiento sin decir nada y nos acercamos vadeando hasta la mesa volcada. Es enorme.

—¡Eh! ¡Tienes que ayudarnos! —le grita Sam a Mitch, pero no le hace caso.

Está paralizado, temblando, mientras observa el agua que entra en tromba por la puerta, como si fuera un monstruo sacado de una pesadilla. Y eso es precisamente lo que es.

Intento contener el miedo, concentrarme en cómo salir de aquí con vida.

—¡Tira a la de tres! —grita Sam—. ¡Uno, dos, tres!

Sam y yo tiramos de la mesa, pero está encajada entre dos estanterías que se yerguen a ambos lados de la puerta.

El agua ya me llega hasta la clavícula, me desequilibra y me deja sin aire en los pulmones.

Sam se recoloca a Gabe sobre el hombro para asegurarse de que permanezca por encima del nivel del agua.

—Déjame probar desde abajo —digo con voz ronca; después, inspiro hondo y me sumerjo.

Abro los ojos, pero la arena arremolinada en la corriente apenas me deja ver nada. Tengo la nariz y la boca inundadas de agua salada. Lógico: a Mitch le da miedo el océano, así que eso es lo que he invocado. Tiro de la pata de la mesa, pero es en vano. Está atorada.

Regreso a la superficie. Ya solo tenemos unos centímetros de margen. Las luces fluorescentes del techo chisporrotean y se apagan, dejándonos sumidos en la oscuridad.

—Tendremos que probar con la otra puerta. Puede que el agua nos deje pasar cuando esta zona se inunde del todo —farfulla Sam.

Pero sé que no va a funcionar. Lo sé porque sigo percibiendo el miedo que palpita en la base de mi pecho, un reflejo de la corriente de agua que irrumpe por la puerta. No se detendrá hasta que yo se lo ordene, pero no soy capaz de hacerlo.

Vamos a morir porque estoy asustada. Porque fui tan tonta como para creer que mi poder podría ser algo más que una maldición.

El agua me llega hasta la boca. Inspiro hondo una vez más, rozo con los labios el revestimiento de espuma del techo y vuelvo a sumergirme.

Me hundo, me dejo llevar hasta el fondo. Estoy tan entumecida por el frío que ya ni siquiera tiemblo. Apoyo la espalda en el suelo, el agua me alborota el pelo alrededor de la cabeza.

Empujo la mesa una vez más, pero no cede.

El bramido del agua me envuelve, resulta casi relajante. El terror se extiende por mi cuerpo en oleadas, oigo los gritos amortiguados de la madre de Mitch, resonando en mi cabeza. Percibo los rescoldos del miedo que nos sigue vinculando.

Esto no tenía que acabar así. No estoy preparada para que acabe así. Me arden los pulmones, grito, unas burbujas escapan de mis labios. Tiro del canto de la mesa con todas mis fuerzas. Nada.

Me quedo quieta. Ya ni siquiera percibo el frío. Eso es una mala señal, ¿no?

Me pregunto si mi familia llegará a enterarse de lo ocurrido. Si tendrán que venir a identificar mi cuerpo. Soy una hija lamentable por obligarles a hacer un viaje tan largo después de haberles partido el corazón. Y, por supuesto, también soy una hija lamentable por otros motivos. Me imagino a mi madre sonriendo desde las gradas durante los partidos. Veo a mi padre al otro lado de una hoguera en la playa. Escucho las carcajadas de Carmen mientras Jack se mete los brazos por las perneras de los calzoncillos y la persigue por la cocina.

Mi corazón se ralentiza. Todo sucede a cámara lenta.

Y, entonces, el fuego que arde en mis entrañas se desvanece. Aún estoy asustada, pero el pánico ya no se aferra tan fuerte a mi espinazo. El efecto

solo dura un instante, pero es tiempo suficiente para tomar las riendas del miedo.

Durante unos segundos, soy yo la que me aferro a él, y no al revés.

Alargo el brazo y tiro de la pata de la mesa, que se desencaja. Si el miedo me ha soltado, significa que también ha perdido su asidero en este mundo. Desencajo la mesa y me impulso hacia la puerta. Tiro del cerrojo con todas mis fuerzas. Lo descorro un par de centímetros, pero no es suficiente. El terror se reaviva. Entonces, aparece Sam. Contar con alguien que está de mi parte acalla el miedo que sigue arremolinándose en lo más hondo de mi pecho. El alivio solo dura un instante, pero eso es lo único que necesitamos.

Sam introduce los dedos en la oquedad y tira.

Salimos disparados al amparo de la noche, mientras el agua se disemina por el aparcamiento.

Me estrello contra el asfalto y todo se vuelve negro.



CUATRO

Hasta que cumplí quince años, lo peor que había hecho en mi vida fue comprarme unos tangas sin decírselo a mi madre. Lo peor que había visto fue cuando mi mejor amiga, Lindsay, se encontró los restos de su gato en una alcantarilla, enfrente de su casa.

Mi vida era una sucesión de *frappuccinos* de caramelo, entrenamientos con las animadoras y quedadas en casa de alguna amiga los viernes por la noche.

Jugaba con mi hermana pequeña, Iris, y con mi hermano pequeño, Jack. Carmen era la mayor, y nuestra misión consistía en hacerle la vida imposible.

Hasta que cumplí los quince, todo lo que creía saber sobre mi existencia resultó ser mentira.

Me crié con historias sobre anómalos. Como cualquiera. Creo que eso es lo más raro de todo. Crecí escuchando anécdotas sobre los monstruitos, los brujos, los anómalos. Hablábamos de ellos como si fueran una rareza, pero todos queríamos saber qué se sentiría al tener poderes. Recuerdo hacer coñas sobre los que nos parecían más ridículos. Un chico que descubrió que podía preparar palomitas con solo apoyar la mano en el paquete, o una chica que podía romper cristales con la voz. Luego estaban las historias de terror que contábamos en la oscuridad durante los campamentos, como esa de una chica que se despertó temprano una mañana con los ojos amarillos y una sed de sangre tan intensa que despedazó a su perro. Esas historias me

quitaban el sueño por la noche, después de haberme reído con ellas frente a la hoguera.

Pero en esas fábulas siempre había un héroe... El motivo por el que los anómalos no podían hacernos daño. Eran los centinelas: anómalos que protegían a la humanidad. Siluetas ataviadas de negro que se aseguraban de que los brujos no hicieran daño a la gente sin poderes.

Durante la mayor parte de mi vida, esas historias no fueron más que chascarrillos susurrados en la oscuridad desde el cobijo de nuestros sacos de dormir, durante las quedadas nocturnas. Hasta que me desperté una mañana y empecé a sentir un hormigueo en las palmas de las manos que parecía vincularme a otras personas... Como si, de algún modo, me estuviera adentrando en ellos.

Al principio me negué a creerlo. Pero durante mis noches en vela, me preguntaba si habría algo de cierto en esas historias. Los padres les hablan a sus hijos de Papá Noel sabiendo que, en cierto punto, se darán cuenta de que solo era un juego. Una ilusión para que la infancia resulte más mágica y asombrosa. Mientras notaba esa sensación extraña y punzante bajo la piel, me preguntaba si nuestros padres esperarían que nos diéramos cuenta de lo contrario con los anómalos: que existen de verdad. Si nos decían que todo era un cuento porque querían concedernos una infancia segura y despreocupada durante el mayor tiempo posible.

Les rogué a mis padres que me llevaran al médico y recé para que fueran dolores nerviosos, tal vez fruto de mi labor como animadora. Pero no me encontraron nada. Después, me llevaron a un psicólogo, que estaba convencido de que yo estaba inquieta por las solicitudes para la universidad y que esta era mi forma de manifestarlo.

«No te pasa nada, Vesper», me susurraba mi madre. Pero yo experimentaba un ansia en mi interior que no sabía si sería capaz de controlar.

Una noche, mi padre vino a verme y me dijo que probara con él aquello que tanto me asustaba.

—No lo dirás en serio, papá —recuerdo decirle.

Él se apoyó las manos en las rodillas, sentado frente a mí, en el sofá.

—Muy en serio. Te voy a demostrar que no hay nada que temer.

Alcé la palma de la mano. Sentí un hormigueo, una amenaza latente que burbujeaba en mi sangre. Y me concentré...

Pero no pasó nada. El poder se desvaneció y yo me miré la mano.

—¿Lo ves? No hay nada de qué preocuparse —me dijo mi padre.

Pero no se debió a que tuviera algún control sobre mi poder. Lo que pasó es que algo más fuerte que yo estaba impidiendo que se lo mostrara.

Sin embargo, todo cambió el 4 de julio.

Aquella noche, mi poder estaba desatado. Pude sentirlo: punzadas de avidez en las yemas de los dedos que se extendían hacia ese lugar situado en el fondo de mi pecho. Nada me apetecía menos que asistir a la fiesta del Día de la Independencia junto al lago, pero mi familia pensaba ir, así que comprendí que escaquearme resultaría más difícil que limitarme a decir que sí.

Pero justo antes de los fuegos artificiales, Lindsay me cogió de la mano. Había encontrado el mejor sitio junto a la orilla. Al sentir el roce de su piel, el ansia se desató. Se enroscó a su alrededor, sin que ella se diera cuenta. Recuerdo mirarla mientras comentaba lo bueno que estaba el nuevo socorrista, totalmente ajena a lo que yo estaba haciendo. Sin saber que, si me lo proponía, podría desatar esa fuerza extraña sobre ella. Me detuve, aguantando la respiración. Si me quedaba inmóvil, podría mantenerlo a raya, enroscado con languidez alrededor del cuerpo de Lindsay, como si esperase órdenes. Farfullé que tenía que hacer pis y que me reuniría con ella en un rato.

Alguien la llamó y Lindsay se alejó corriendo, rompiendo el vínculo que tenía con ella. El poder regresó a mí como un relámpago y me caí al suelo, aferrándome el pecho, donde se acumulaban los sollozos como nubes de tormenta.

Ese fue el estado en que me encontró mi padre un rato después.

—Es real. Ya sé que ni mamá ni tú me creéis, pero es real —dije con un hilo de voz.

Papá intentó calmarme. Me apartó el pelo de la frente, como cuando era pequeña y tenía fiebre. Intentó decirme, por enésima vez, que era imposible. Me impulsé para ponerme en pie, y unas conchas rotas se me clavaron en las palmas.

Extendí una mano para que el poder emergiera de mi interior. Al recordarlo, me doy cuenta de que fue una temeridad. Pero en ese momento ni me lo planteé; necesitaba que mi padre me creyera. No podría hacer nada por evitarlo si ni siquiera creía que era real.

Mientras aquello se aferraba a él, mi padre puso los ojos como platos y profirió un quejido ahogado. En mi mente, percibí atisbos de algo oscuro y confuso. Mis sentidos se vieron inundados por un olor a piedra mojada y a algo cobrizo. Metálico.

Sangre.

Vi a un hombre vestido de negro caminando por un callejón, de espaldas a mí. Se detuvo ante una puerta, bajo un letrero fluorescente que decía «Casa de empeños de Sue», con letras verdes de neón.

—Vesper. Conténlo —dijo mi padre, pero su voz sonaba muy lejana.

El tipo del traje comenzó a darse la vuelta. Comenzó a decir algo.

—¡Vesper! —gritó mi padre.

Me zarandé por los hombros y me trajo de vuelta al lago, con el rostro casi pegado al mío.

Entonces comprendí que yo tenía razón. Vi mi angustia reflejada en sus ojos azules, del mismo color y forma que los míos.

—¿Qué me está pasando? —pregunté, sollozando.

Mi padre me abrazó con fuerza. En lo alto, comenzaron los fuegos. Se oyeron gritos y vítores procedentes del lago, pero esas muestras de libertad y alegría no concordaban con la certeza que se asentó en el fondo de mi mente.

Yo era de todo menos libre.



CINCO

Creo que no he pasado mucho tiempo desvanecida. Abro los ojos, con la mejilla pegada al pavimento empapado. El agua se extiende sobre mi cuerpo, son los últimos restos de la corriente que extraje del interior de Mitch. Una ligera brisa alborota las copas de los árboles; su roce es como el de una cuchilla al contacto con la piel. Me levanto mientras repaso lo que acaba de ocurrir, mientras mis pensamientos se entrechocan como fichas de dominó al caer.

Sam. Gabe. Mitch.

Me doy la vuelta, notando una presión en el pecho.

Entonces veo a Sam, a menos de tres metros de distancia, con la espalda apoyada en un árbol situado en los límites del aparcamiento. Gabe está tendido a su lado.

—¿Estás bien? —le pregunto, acercándome.

Ignoro la expresión de sus ojos. Ignoro cómo rechinan mis zapatillas según avanzo y cómo mis pies se hunden en el barro a cada paso. Me siento totalmente expuesta, no creo que exista una sensación más desagradable que esta. No quiero levantar la cabeza. No quiero responder preguntas. «¿Qué ha sido eso? ¿Cómo has hecho eso?». O, peor aún, no quiero lidiar con el terror. No quiero ver cómo trata de esquivar mi mirada y de buscar la ruta de escape más rápida.

Sam asiente, mirando a Gabe.

—Respira.

No hace nada más.

Ni preguntas, ni ataques de pánico. Ahora reconozco su gesto. La mayoría de las personas a las que les contaron esas historias horribles sobre anómalos, las olvidaron y las dejaron atrás, junto con todas esas cosas que se quedan en la infancia. Pero hay personas que no pueden quitarse de encima esas historias, y deduzco por su mirada que Sam es una de ellas. Me pregunto quién será. ¿Un familiar? ¿Un amigo? Lo miro más de cerca. ¿Él? ¿Será él también un anómalo?

—Tenemos que llevarlo a un hospital —digo.

Tal vez Sam pueda llevar a Gabe. Eso me dejaría tiempo de sobra para desaparecer antes de que llegue la poli. Y puede que la guardia costera. ¿A quién hay que llamar cuando un maremoto gigante arrasa un aparcamiento? No creo que exista un protocolo al respecto.

Sam se quita la sudadera y la usa para tapar a Gabe. Lleva una camiseta negra con un nombre estampado en el pecho: «Duncan's». Sus voluminosos brazos están salpicados de cicatrices y moratones. Se pone en pie, despacio, girándose hacia mí. Retrocedo un paso por acto reflejo cuando veo la expresión de su cara. Es una mezcla de ira e incredulidad.

—¿Qué ha sido eso? —inquire.

—Reventó una cañería. —La mentira surge con naturalidad, aunque sé que no se lo va a tragar.

—Y una mierda —replica, acercándose más.

—No te debo ninguna explicación. Por cierto, aún no te he oído dar las gracias por salvarte el culo —replico, sin achantarme, lo cual seguramente sea una reacción equivocada. Pero me mantengo en mis trece, confiando en parecer más segura de lo que me siento en realidad—. Porque tu ridículo plan estuvo a punto de costarte la vida.

—No sé en qué se diferencia del tuyo, que estuvo a punto de costarnos la vida a todos.

—Tampoco te pongas digno —replico, consciente de que no estoy en disposición de echarle nada en cara.

Mi poder es como un monstruo que habita en mi interior, merodeando sin descanso desde la noche en que me fugué. Decidí utilizarlo por culpa del pánico y debería haber sabido que no podría controlarlo.

Algo llama la atención de Sam, que se da la vuelta al oír una tos. Es Mitch. No quiero mirar. Si lo hiciera, comprobaría el alcance de lo que he hecho.

Aun así, me giro, torciendo el gesto.

Sí, es tan grave como pensaba. Los coches del aparcamiento rechinan a medida que se asientan entre el lodo. La puerta trasera de la cafetería cuelga a duras penas de sus goznes. Al fondo del aparcamiento inundado está Mitch, que toma impulso para incorporarse. Está tosiendo, balbuceando, maldiciendo, sufriendo un colapso mental, pero al menos no está muerto. No me queda mucho tiempo. Mitch no se mueve, no intenta salir corriendo. Mira a su alrededor. Se encoge al verme y agacha la mirada hacia el suelo de hormigón. El viento trae consigo un sonido de sirenas que me hace daño en los oídos. Lentamente, me acerco a él.

Pone los ojos como platos cuando me agacho a su lado. Está aturdido, parece un gatito al que le han extirpado las uñas. Casi siento lástima por él.

Casi.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con voz quebrada y chillona, mientras me observa.

Sé que me está mirando en busca de consuelo, de respuestas. Podría hacer que se sienta mejor. Podría apaciguar el pánico y el desconcierto que le perseguirán durante los próximos meses. Años, incluso.

Pero paso de hacerlo. Si yo me siento mal por esto, él no va a ser menos.

Me inclino hacia delante y le espeto:

—Te irás de la ciudad sin contarle a nadie lo que has visto. ¿Entendido?

Se queda mirándome con una mezcla de miedo, asombro y desprecio mal disimulado.

—No deberías andar suelta por ahí, mezclándote con la gente normal. Deberían encerrarte en alguna instalación del Gobierno.

Esbozo una sonrisa que sé que me hace parecer un pelín desequilibrada. Aprovecho la coyuntura, dejando que su confusión deje paso al miedo. Se me escapa una risita.

—Tienes razón. Hagamos una cosa: iremos juntos a entregarnos. ¿Te parece bien? Nos ficharán y nos mantendrán retenidos durante al menos una noche antes de separarnos. Será tiempo de sobra para que te ahogues

misteriosamente con el agua del retrete de tu celda. Otra opción sería cerrar el pico y desaparecer.

El miedo se apropia de su rostro pálido mientras asiente con reticencia. Le doy una palmadita en el hombro y él pone una mueca. Me levanto, haciendo una breve pausa para contemplar al hombre que habría sido capaz de cobrarse una vida esta noche sin titubear.

—Si vuelvo a verte por aquí, Mitch, atente a las consecuencias.

Mitch me mira e inspira hondo antes de soltarme:

—¿Qué eres?

Así que no tiene ni idea de lo que soy. Mejor. Me obligo a sonreír y retrocedo un par de pasos, confiando en no tropezar con los cordones desatados de mis zapatillas.

No necesita saber que soy una anómala. Y, desde luego, no pienso decirle que soy una fobos: un anómalo capaz de hacer realidad los peores miedos de una persona.

Me doy la vuelta cuando regreso junto a las sombras. Sam me está mirando de un modo extraño que empieza a ponerme nerviosa. No tiene miedo y, en el fondo, preferiría que lo tuviera. Sea lo que sea esa mirada, que parece de comprensión, no me gusta un pelo.

—Deberías irte —dice lentamente—. Me aseguraré de que Gabe esté a salvo.

Por detrás de mí, oigo cómo Mitch intenta levantarse entre el espeso fango, sin conseguirlo. No irá a ninguna parte.

Me gustaría preguntarle a Sam por qué está dispuesto a cubrirme, pero me contengo.

A pesar de haber causado serios daños materiales, tengo la sensación de que voy a poder irme de rositas. Mitch no dirá nada. Sam va a cubrirme. Tal vez consiga un billete para salir de esta ciudad, llegar a Paynes Creek y desaparecer.

Por un momento, mi mente se remonta hacia el momento previo a perder el control, cuando el agua se plegó a mi voluntad y mi poder fue algo... digno de tal nombre. Entonces, era yo la que llevaba las riendas.

Aparto de mi mente ese pensamiento, porque es una esperanza absurda. Llegados a este punto, no puedo arriesgarme a tener una esperanza fundada,

no hablemos ya de una absurda. De un fobos no puede salir nada bueno. Solo engendramos miedo. Por eso mi mejor opción para seguir con mi vida sin hacerle daño a nadie pasa por esconderme entre las sombras hasta que me muera. Si logro hacer eso, puede que todo salga bien.

Eso es lo que estoy pensando cuando oigo unos gritos y unas sirenas que me sacan de mi ensimismamiento. Paramédicos, policías y bomberos rodean el aparcamiento, y comprendo que no hay escapatoria posible. Percibo el fulgor deslumbrante de unos faros, acompañado por las dos peores palabras que podría escuchar, resonando entre la gélida noche:

—Alto. Policía.

Adiós a mi esperanza.

Mi padre le dijo a mi madre que me encontraba mal y que iba a llevarme a casa. Me acurruqué en el asiento trasero y contemplé el humo de los fuegos artificiales que se extendía por el cielo iluminado por la luna, mientras él conducía en completo silencio.

Hasta que no estuvimos a salvo en su despacho, no se decidió a mirarme. Entonces, se puso a rebuscar en sus cajones. Encendió su portátil y se puso a teclear a toda velocidad.

—Parece que ha ocurrido algo —dijo.

—¿El qué? —pregunté, cada vez más nerviosa.

Finalmente, mi padre se agachó frente a mí. Inspiró hondo y después se desabrochó los dos botones superiores de su camisa Tommy Bahama.

—Ya conoces la historia de esta cicatriz —dijo, afirmando, más que preguntando.

Pues claro, todos en la familia conocíamos esa historia.

Un amasijo de carne sonrosada, grande como el canto de un plato, asomaba por debajo de su clavícula derecha. Un recordatorio imborrable del accidente de moto que estuvo a punto de costarle la vida cuando era un veinteañero, poco después de conocer a mi madre. Se pasó más de un mes en coma.

Asentí, pero él negó con la cabeza.

—No la conoces. Es mentira.

Aquella fue la primera de muchas.



SEIS

Tengo la frente presionada sobre la pared de ladrillo de la cafetería, con las palmas de las manos apoyadas a ambos lados de la cabeza, mientras una agente de policía mayor que mi madre me cachea. No sabría decir si estoy temblando porque estoy helada o porque tengo miedo. Montarme en ese autobús fue el peor error que he cometido desde que decidí probar un *sushi* de gasolinera hace dos meses. Si consigo salir de este lío, pienso mudarme al culo del mundo. Trabajaré cultivando almendras y no volveré a hablar con otro ser humano en lo que me quede de vida.

—Esto es solo por precaución. No sabemos qué diablos ha pasado, así que tendréis que quedaros aquí hasta que lo averigüemos —dice la agente, mientras me esposa y asegura los grilletes a una cañería. Me mira con suspicacia y se recoloca la trenza por detrás del hombro, con un gesto que no da lugar a discusiones.

—¿Qué quiere decir con eso? Ha reventado una cañería, nada más — replica Sam. Está a mi lado, en la misma posición que yo.

El poli que le está cacheando las piernas aparta de una patada un trozo de pan empapado que está junto a su pie.

—Pues debía de ser una cañería enorme —dice, mirando de reojo a la agente que me ha esposado.

No nos creen. La agente me mira a los ojos mientras el otro poli termina de cachear a Sam y lo empuja hacia el coche patrulla que asoma por detrás de su compañera.

Un sonido resuena en la noche. Uno de los faros del coche patrulla se hace añicos. *Crac*.

Después el otro. *Crac*.

Sucede tan deprisa que no puedo ver qué lo ha causado. Entonces, las farolas que rodean el aparcamiento se apagan de golpe, dejándonos sumidos en la oscuridad. El fulgor de las luces de la ciudad se desdibuja al otro lado de la densa capa de niebla. Se oyen gritos y el sonido de unas pistolas al amartillarse. Miro hacia arriba: una chica con el pelo moreno y cortado a lo chico se asoma desde la azotea de la cafetería y alza las manos. Nos envuelve un zumbido extraño. Noto como si tuviera los oídos taponados.

—¿Adónde han ido? —grita la agente que tengo detrás.

Me está mirando directamente, pero sin verme. Algo está entorpeciendo su visión. Sus palabras suenan amortiguadas, como si hubiera una gruesa placa de cristal entre nosotras. Apenas la oigo. La chica de la azotea nos ha ocultado, nos ha hecho invisibles. Tiro de las esposas para poder girar el cuerpo. No sé por qué lo hago, no sé por qué me preocupo, pero el caso es que me giro para mirar a Sam. Él también suena amortiguado, sus ojos se deslizan sobre mí, sin verme.

—Señora, ¿esta gente la está molestando? —pregunta una voz desde la oscuridad.

Un chico emerge de entre las sombras. Es alto y corpulento, con una piel oscura que parece brillar bajo la luz anaranjada. Tiene el pelo moreno, recogido en una coleta, y los brazos cubiertos de tatuajes.

—Ya te dije que nada de comentarios ingeniosos, Aldrick. Entrar y salir —dice la ocultadora desde la azotea. Le tiemblan las manos.

—Ay, tía, cómo eres. Solo estaba siendo amable, Alanna —replica el chico que se llama Aldrick, poniendo voz de pija tontita.

—Te lo diré de otro modo: mueve el culo de una vez.

—¿Quiénes sois? —pregunto, mientras intento alejarme todo lo posible sin quitarme las esposas.

El chico se acerca y me doy cuenta de que no es mucho mayor que yo. Extiende los brazos y aprieta los puños. Su piel cruje y cambia de forma, adoptando un color ceniza. Sus tatuajes se desvanecen, convirtiéndose en sombras. Aldrick es un pétreo.

—Somos los buenos.

Aldrick alarga la mano para liberarme de la cañería y luego de las esposas. Rompe el metal con los dedos, como si estuviera partiendo una galleta.

—¿Los buenos? ¿Te parece que tengo doce años? —replico con brusquedad.

—Ahora no es momento de debatir la compleja dicotomía del bien frente al mal, así pues, ¿qué tal si me limito a los conceptos básicos? Tú eres una anómala. Nosotros también. Estabas arrestada. Ya no. ¿Nos vamos?

Mientras señala hacia el callejón, decido que ya he tenido suficientes comentarios ingeniosos por esta noche. Y para el resto de mi vida.

—¡Theo! —grita Alanna.

La agente rubia de la trenza empuña su pistola mientras se acerca hacia nosotros, atravesando el campo de fuerza por un instante. Alanna chilla cuando el campo de fuerza se hace añicos y los policías vuelven a vernos. Un chorro rojizo y ardiente de algo que parece cristal líquido emerge del oscuro callejón situado detrás de la cafetería y le arrebató la pistola de la mano. Por la cara de espanto que pone, deduzco que la policía no sabe qué la ha golpeado. La serpiente de cristal ataca una vez más, despojando al otro policía de su pistola, que cae al suelo traqueteando. Se producen más gritos, más caos, pero Aldrick ha echado a correr y yo decido seguirlo. Entonces, me detengo de repente, dando un giro de ciento ochenta grados. Sam sigue junto al coche de policía, perplejo, con los ojos como platos.

—No puedo dejarlo ahí —le digo a Aldrick.

El pétreo frena en seco al oír mi voz. Me agarra del brazo y tira de mí.

—Él no es el que tiene una bala con su nombre, cielo.

Reprimo la desagradable sensación de estar abandonando a alguien que intentó ayudarme y seguimos corriendo, siguiendo el rastro del látigo de cristal, que se repliega hacia su dueño. Un chico de piel oscura emerge de entre las sombras, reabsorbiendo el cristal en la palma de su mano. He oído hablar de los vítrifas, pero es el primero que veo en persona. Este es capaz de convertir el aire que le rodea en cristal. Eso fue lo que apagó las luces.

El vítrifas —Theo, se llama— mira hacia la azotea mientras Alanna salta al suelo, alzando las manos una vez más. El zumbido regresa y volvemos a

quedar ocultos. El chico llamado Theo levanta las manos a su vez y aparece una esfera azul de cristal, que se multiplica bajo los pies de Alanna, creando una escalera cristalina desde la azotea. La chica aterriza con suavidad en el suelo, con las manos todavía extendidas, aunque le tiemblan.

—Estoy exhausta —dice.

Corremos hasta llegar al final del callejón. Alanna mantiene una mano extendida hacia atrás, protegiéndonos de las miradas ajenas. Llegamos hasta una avenida, coronada por una maraña de cables entrecruzados. Las casas adosadas están apretujadas entre sí, formando un amasijo de diferentes colores. En la esquina hay un colmado que tiene una fachada de color azul y un letrero fluorescente y parpadeante. Esta calle es más espaciosa y está abarrotada de gente. Parece que acaba de terminar la función en el teatro que se encuentra en el otro extremo de la avenida. Alanna no podrá escondernos de todos a la vez.

Estoy a punto de decirles que me dejen, que huyan, cuando escucho el chirrido de unas llantas. Nos damos la vuelta justo cuando una furgoneta blanca dobla la esquina a toda velocidad, para luego frenar bruscamente delante de nosotros. Una chica abre la puerta del lado del conductor y se asoma, dejando una mano en el volante, mientras que con la otra se agarra al portabicicletas del techo. Su melena morena con mechaz azules ondea alrededor de su cabeza, movida por el viento.

—¡Hora de irse! —grita, saltando fuera de la furgoneta.

—Ya no puedo... —Alanna deja la frase a medias y se desmaya.

Theo la coge en brazos, y los gritos de los agentes de policía aumentan de intensidad cuando nos divisan.

La agente que me esposó empuña un taser y lo dispara contra la conductora.

Aldrick grita mientras yo me lanzo en plancha para apartar a la chica. La agente maldice al ver cómo esquivamos su ataque. Ayudo a la conductora a ponerse en pie y las dos echamos a correr hacia la furgoneta.

Theo abre de golpe la puerta de la furgoneta mientras Aldrick regresa corriendo al callejón, extendiendo los brazos. Su piel ha vuelto a convertirse en piedra.

Vuelca un contenedor y levanta el otro, los apila para bloquear el callejón. Después se da la vuelta, sonriendo con gesto triunfal, y echa a correr hacia la furgoneta mientras su piel recupera su aspecto normal. Los policías están atrapados al otro lado de la barricada. No tardarán mucho en sortearla, pero hemos conseguido ganar tiempo.

—Sube, sirenita —me dice Aldrick, cuando se monta en el asiento del copiloto.

No tengo elección, y lo sé.

Así que me monto en la furgoneta.



SIETE

Me siento en la parte de atrás, preguntándome cómo es posible que la noche se haya torcido de este modo, mientras la chica, que se llama Sapphira, conduce la furgoneta, tomándose las señales de tráfico más como una sugerencia que como una norma a seguir.

Theo y Alanna van sentados en el asiento de en medio, delante de mí, y ella tiene la cabeza apoyada sobre su regazo.

—¿Se pondrá bien? —pregunto en voz baja, y él gira la cabeza para mirarme.

—Se ha quedado exhausta al intentar ocultar a tanta gente al mismo tiempo —explica, sin dejar de mirarla.

Se le deslizan las gafas hacia abajo. Arruga la nariz para recolocárselas y me mira mal, todo lo mal que puede conseguir alguien que acaba de hacer ese gesto. Ganas le ha puesto, eso desde luego.

—Se encontraría mejor si te hubiéramos recogido en la estación de autobuses, como dije yo —replica Theo, alzando la voz, así que comprendo que en realidad se lo está diciendo a Aldrick y a Sapphira.

—¿La estación de autobuses? —pregunto, mientras repaso mentalmente lo sucedido esta tarde.

No puedo creer que estuviera montada en un bus hace apenas unas horas. Parece que fue hace años. Recuerdo sentir que alguien me estaba siguiendo.

—¿Erais vosotros? —inquiero, con la voz cargada de ira—. Me disteis un susto de muerte.

De modo que mis sospechas estaban fundadas.

—Los anómalos están llegando en masa a San Francisco. Docenas cada semana desde que se produjo la subversión. Da gracias de que te encontrásemos nosotros primero —responde Theo, mientras le aparta el pelo de la cara a Alanna con suavidad.

—¿La subversión? —pregunto.

No me gusta cómo suena eso. Parece el título de una peli de M. Night Shyamalan.

—El 4 de julio. Hace dos años —dice Aldrick, que vuelve a cambiar de postura sobre su asiento.

Un escalofrío me recorre el espinazo.

—Veo que sabes a qué me refiero —añade, mientras comienza a formarse una sonrisa en sus labios, antes de que me dé tiempo a disimular mi expresión.

Entonces, no fueron imaginaciones mías. Lo sospechaba, pero resulta extraño oírsele decir a otra persona. Fue la noche en que utilicé mis poderes con mi padre. No encontré explicación para lo ocurrido.

«¿Acaso importa ahora?», pregunta una vocecilla desde el fondo de mi mente.

Apoyo la cabeza sobre el asiento de vinilo. Alguien ha dibujado una flor de acónito en llamas en el interior del techo de la furgoneta. Me parece que eso ya es pasarse.

—Oye, ¿podríaís dejarme salir en el próximo semáforo, por favor?

Todos se giran para mirarme, excepto Sapphira, que me está observando por el retrovisor con una mirada indescifrable, al tiempo que giramos hacia la izquierda..., acercándonos a la costa.

—Bonita forma de dar las gracias —replica Aldrick, enarcando una ceja.

—No pienso ir a ninguna guarida secreta para organizar una revolución contra los centinelas. Prefiero vérmelas con la policía.

Aldrick ladea la cabeza y mira a Theo con el ceño fruncido.

—¿Estás planeando una revolución, Theo? —pregunta.

—No que yo sepa, Aldrick. ¿Y tú, Sapphira?

Sapphira aparta la mirada de la carretera para mirar a Aldrick. Esboza una sonrisita mientras frena ante un semáforo en rojo.

—Siempre. Pero no contra los centinelas.

Pone el intermitente para cambiar de carril a medida que nos acercamos a una zona en construcción.

—¿No? —replico, señalando al dibujo del techo.

Aldrick alarga el cuello.

—Ah. Eso. Bueno, eso solo es una celebración de nuestra libertad. Los centinelas han desaparecido.

—O están aguardando su momento. Lo han hecho otras veces.

—¿Tanto miedo les tienes? —replica Aldrick.

—Hay que ser muy tonto para no temer a los centinelas —contraataco—. Ya desaparecieron una temporada. Y, cuando volvieron, se ensañaron con aquellos que les desafiaron.

Estoy hablando como si fuera mi padre.

—Esta vez es distinto, chiqui —dice Aldrick, girándose hacia el frente—. Los tiempos han cambiado.

Quizá tenga razón. El hecho de que podamos mostrar nuestros poderes a los humanos, cuando antes resultaba imposible, es significativo. Puede que los centinelas decidieran dejar de clavar flores de acónito a las puertas, así sin más. Puede que hayan acordado dejar de eliminar a aquellos anómalos que suponen una amenaza para nuestro secreto.

Pero, incluso mientras sopeso esa posibilidad, una palabra palpita al fondo de mi garganta:

«Improbable».

—Mierda —dice Sapphira, al ver que el tráfico se ralentiza.

Me asomo por la ventanilla. Hay operarios de la construcción junto a la carretera. Una enorme lona opaca pende de una grúa, impidiendo que se vea la obra desde fuera.

—Tendría que haberte recordado que no tomaras esta ruta. Las próximas seis manzanas van a ser un infierno —dice Theo.

—A buenas horas me lo dices —replica Sapphira, que vuelve a cambiar de carril, revisando el punto ciego mientras acelera.

—¿Adónde me lleváis? —insisto, porque un miedo abrasador me está subiendo por la garganta al pensar en los centinelas, así que necesito una distracción.

—A la gruta —responde Theo, dándose la vuelta—. El cuartel general de la resistencia.

Ondea los brazos de un modo grandilocuente, para luego rematar el gesto con un saludo militar. Se está burlando de mí. Yo pongo los ojos en blanco.

—¿Un refugio colectivo? —pregunto.

—Algo así —asiente Theo, que vuelve a mirar al frente.

Llevo mucho tiempo huyendo, así que he sido testigo de los diferentes recursos que utilizan los anómalos para sobrevivir. Los refugios son uno de ellos. Todos los anómalos emplean sus poderes para protegerse unos a otros y mantener el refugio en secreto. Dios los cría y ellos se juntan. Conocí un refugio en Portland, instalado en una fábrica de zapatos abandonada. Allí los anómalos se hicieron pasar por un equipo de operarios de la construcción nada menos que durante seis meses. Me he topado de vez en cuando con algún desconocido ingenuo y bienintencionado que pensaba que yo podría ser una incorporación positiva para la comunidad. Siempre rechacé sus propuestas, alegando mi naturaleza de loba solitaria, lo cual es una gilipollez como un templo. Detesto estar sola. Detesto que se me quiebre la voz y tener que repetir la frase por llevar varios días sin hablar con otro ser humano. Ojalá pudiera asentarme en una comunidad así. Tener amigos de nuevo. Alguien con quien compartir mis penas. Pero mi poder es demasiado peligroso.

—Es el sitio donde vive la gente guay, chiqui —dice Aldrick, girando la cabeza por encima del hombro—. Y, con ese numerito de la miniinundación, acabas de pasar la criba. Ponte cómoda, llegaremos en un pispás.

No saben lo que están diciendo. No saben lo que soy.

—Me llamo Vesper —replico—. Deja ya de llamarme «chiqui».

Es la segunda vez que me llama así en lo que llevamos de noche. Ya estoy harta.

—¿Vesper? —Alanna se incorpora medio aturdida, frotándose la frente—. Detesto los apelativos de Aldrick, pero hasta yo preferiría «chiqui» antes que Vesper.

Me muerdo el labio y me recuesto en mi asiento mientras Sapphira circula a través de una verja oxidada. Hay un letrero clavado sobre la entrada, garabateado con pintura rosa de espray:

Abandonad toda esperanza
quienes seáis tan tontos como para entrar aquí.

Me quedaré esta noche, para recobrar fuerzas, y mañana me largaré de aquí. Aunque deteste admitirlo, estoy agotada. Y, a juzgar por todo lo que me ha pasado esta noche, soy lo bastante tonta como para entrar aquí.

No recuerdo las palabras exactas que empleó mi padre aquella noche para pegarle un vuelco a mi vida. Me encontraba tan conmocionada que sus palabras se limitaron a flotar a mi alrededor, negándose a asentarse y a dejar poso en mi mente hasta mucho más tarde. Pero sí recuerdo el momento en que me dijo que yo era una fobos.

Recuerdo que me puse a gritar, que le pregunté cómo lo sabía y por qué diablos se lo tomaba con tanta calma.

Recuerdo el momento en que me dijo que él también fue un fobos.

Recuerdo cómo empezó a darme vueltas la cabeza y cómo me ardía la garganta con cada aliento que tomaba.

Mis mejillas se cubrieron de lágrimas, que se fueron acumulando sobre mis labios fruncidos. Mi padre me había mentado. Sabía lo que estaba pasando desde hacía meses y no había dicho ni mu.

—¿Fuiste un fobos? —pregunté al fin, con una chispa de esperanza—. Entonces, ¿puedo dejar de serlo?

La tristeza de su mirada la extinguió enseguida.

—No, Ves. No puedes.

Me quedé allí sentada, notando el peso de la decepción como si fuera una capa de hormigón. Pesada. Viscosa. Letal.

Mi padre cogió un boli y una libreta de su escritorio. Puso entonces su voz de abogado profesional, como si me hubiera visto desfallecer y supiera que necesitaba un salvavidas.

—Pero puedes aprender a controlarlo.

Alcé la mirada, con un nuevo atisbo de algo parecido a la esperanza.

Pusimos la excusa de que estábamos trabajando en un proyecto para la clase de Inglés Avanzado, pero en vez de eso mi padre me instruyó sobre el mundo que convivía en secreto con el nuestro.

Me enseñó que existen diferentes tipos de anómalos. Docenas, al menos. Tal vez cientos. Se distribuyen en clanes. Cada uno tiene una habilidad específica y todos se originaron en puntos diferentes del mapa. Los pétreos en las islas del Pacífico. Los miasmas en Centroamérica. Los vertiasmas en Etiopía. «Los anómalos siempre han estado ahí —me explicó—. Solo hay que saber dónde mirar».

Descubrí que los anómalos tienen sus propias guerras, sus propias leyendas, sus propios héroes y villanos. Historias secretas encajonadas entre rocas y enterradas en tumbas sin señalar. Transcurren en paralelo al mundo que yo creía conocer, entremezclándose con las manidas crónicas que a todos nos han enseñado en clase de Historia. Me empapé de todo, aprendí cuanto pude. Los anómalos ayudaron a Edison a inventar la bombilla. Varios metamorfos participaron en una célebre misión de búsqueda y rescate durante la Segunda Guerra Mundial.

También teníamos nuestras propias pesadillas, nuestros propios monstruos que acechan entre las sombras.

Una noche, mientras se desataba una tormenta, mi padre me habló de los centinelas.

Nadie sabe cuándo llegaron. No es que se celebre ninguna ceremonia secreta donde un tipo se cubrió la cabeza con una capucha y decidió empezar a imponer reglas a los anómalos.

Lo único que sabemos es que unos cuantos anómalos se agruparon y decidieron que, si queríamos seguir viviendo, debíamos hacerlo de incógnito. Entre las sombras.

Y no fue una petición.

Todo empieza con una advertencia: una flor morada de acónito, la reina de los venenos, clavada en tu puerta. «Te hemos visto», significa.

No te dan una segunda oportunidad.

Mi padre se paseó por delante de su escritorio, atestado de libros, mientras me lo explicaba.

—Los centinelas tienen a multitud de anómalos trabajando para ellos, imponiéndonos su silencio, pero los más temibles son los desposeedores. Y también los más útiles, porque lo que hacen es peligroso. Pueden arrebatarte tu poder. Separarlo de tus huesos, de tu ADN, y convertirte en un común. Extraer ciertos poderes puede causar la muerte. El desposeedor introduce tu poder en un frasco y se lo lleva al ateneo de los desposeedores. Allí lo guardan bajo llave.

Creía que lo del lago daba miedo, pero aquello era mil veces peor.

Incluso ahora, me gusta imaginarme esa magia robada metida en tarros de conservas, centelleando como los centros de mesa de una boda rústica. Pero solo lo hago porque así no resulta tan aterrador. Sospecho que la realidad es mucho peor. Por eso mi padre no se recreó en los detalles sobre el ateneo. Capté lo fundamental. Una biblioteca repleta con lo más oscuro y peligroso de nuestro ser. Filas y filas de poder en estado puro.

Mi padre sacó las enciclopedias que Carmen, Iris y yo utilizábamos para esos fastidiosos trabajos del colegio en los que no nos permitían utilizar recursos electrónicos. Las abrió por diferentes páginas y las fue girando hacia mí sobre su mesa.

—Pisa, 1347, cuando varias víctimas de la peste bubónica volvieron de repente a la vida.

»Ning'an, China, 1840, donde se cuenta que un campamento de desertores rusos desapareció en un plazo de dos minutos. Trescientas tiendas de campaña eliminadas de un plumazo.

Giró los libros para que pudiera ver mejor las páginas.

—¿Todos estos eran anómalos? —pregunté, deslizando las manos sobre las hojas.

Mi padre asintió, mientras el pelo canoso le caía sobre la cara.

—Quería manteneros al margen, Vesper. A tus hermanos y a ti. Pero como eso ya no es una opción, necesito que conozcas este mundo. El conocimiento es clave para sobrevivir.

—Carmen, Iris, Jack... —comencé a decir, pero mi padre agachó la cabeza.

—No, Vesper. Ellos no son anómalos.

Por alguna razón, eso me hizo sentir mejor. Al menos, ellos no tendrían que pasar por esto.

Durante meses, me mantuve en un estado de negación. Pero cuando ya no pude seguir negándolo, me puse a buscar respuestas. Si aquello que habitaba en mi interior era real, quería conocer todos sus secretos.

Mi padre me dio sus notas manuscritas. Me dibujó mapas. Me enseñó libros viejos ocultos en falsos fondos de los cajones de su escritorio. Nuestra historia estaba garabateada en los márgenes de la versión oficial. Había una vieja leyenda sobre un anómalo —el cronista— que almacenaba nuestras historias en un mismo lugar, pero nadie había podido confirmar su existencia. Así que nos apañábamos con lo que teníamos.

Mi padre me abrió las puertas de este mundo, pero no quiso contarme más sobre lo que estuve a punto de extraer de su interior. Intenté preguntarle por lo que había visto: el callejón, el hombre del traje. Mi padre endureció la mirada en ese momento, un gesto típico de él cuando me paso de la raya.

Llevaba meses albergando una esperanza, hasta que por fin tuve una oportunidad de preguntar por los desposeedores. Mi padre adivinó mis intenciones y se apresuró a negar con la cabeza, echando por tierra la idea que le preocupaba que estuviera floreciendo en mi mente.

—¿Eso fue lo que te pasó a ti? —pregunté, señalando hacia la cicatriz de su pecho.

Lo tenía acorralado. Él solito había dado pie a las preguntas que estaban latentes entre nosotros desde hacía meses. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Mamá dijo que fue un accidente de moto.

—Eso es lo que ella piensa.

Mi padre agachó la cabeza y se puso a jugar con las páginas del cuaderno que tenía delante.

—¿Querías perder tus poderes? —susurré.

El momento era frágil, como una lámina de cristal que iba a romperse si alzaba demasiado la voz. Mi padre levantó la cabeza, con un brillo en los ojos.

—No fui yo el que tomó la decisión en ese momento. Pero ¿ahora? Me expondría a la muerte mil veces más con tal de no seguir siendo un fobos, Vesper. Era la única forma que tenía de poder casarme con tu madre. La única forma, pensé, de poder tener hijos. —Sus ojos se cubrieron de lágrimas—. Cuando me arrebataron ese poder, pensé que no podría transmitírselo a nadie.

Inspiró una bocanada honda y trémula.

—Lo siento mucho.

Alargué una mano, mis dedos fríos se toparon con los suyos sobre la página del cuaderno. Al cabo de un rato, recobré el habla.

—Quiero hacerlo, papá. Quiero intentarlo.

Mi padre me miró con un fulgor en los ojos. Comprendí que iba a protestar, así que aparté la mano y me levanté.

—Si lograste sobrevivir, yo también podré. Encontraré a un desposeedor y...

Mi padre se levantó en ese momento, sin rastro alguno de lágrimas.

—Los únicos desposeedores que siguen vivos trabajan para los centinelas, y más te vale rezar para no cruzarte con ninguno. Si hubiera sido por él, yo no habría seguido vivo.

Cruzamos una mirada, pero comprendí que no podría sostenérsela durante mucho tiempo. Me pregunté si el hombre al que vi en el miedo que extraje de mi padre tendría algo que ver con ello. Al pensar eso, el terror se transformó en un nudo que comenzó a encaramarse por mi garganta.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los centinelas? —insistí.

No esperaba una respuesta por su parte. Al fin y al cabo, le había hecho esa misma pregunta docenas de veces y mi padre siempre cambiaba de tema. No sé por qué fue diferente esa noche. No sé por qué cerró los ojos, rodeados por una capa de piel tan fina como el papel de fumar. Pero cuando los abrió, su mirada estaba cargada de angustia.

Entonces, me confesó que hubo un tiempo en que mató para ellos.



OCHO

Me despierto sobresaltada. Estoy en el asiento trasero de la furgoneta, que ahora se encuentra estacionada. Parpadeo, el corazón me palpita en la garganta mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Algo se mueve cerca de la puerta. Por acto reflejo, alzo la mano en busca de algo a lo que agarrarme.

—Será mejor que no hagas eso —murmura Sapphira, con un tono casi de hastío.

Según me acostumbro a la falta de luz, la veo sentada en el raíl de la puerta corredera, con su melena negra con mechas azules sobre un hombro. Por detrás de ella todo está oscuro, salvo por el destello de una luz parpadeante.

—¿Me habéis drogado? —pregunto, bajando la mano mientras me muevo. Estaba hecha un ovillo y se me han quedado las piernas dormidas.

Sapphira se gira lentamente para mirarme.

—No.

Su respuesta es tan escueta que me inclino a creerla. Ya no podía más. Llevaba meses exhausta. Puede que más tiempo aún. No recuerdo un momento en el que no estuviera muerta de cansancio. Lo que ocurre es que suelo ser más cuidadosa eligiendo el lugar donde bajo la guardia.

—¿Estás bien? Pensaba dejarte dormir, pero no parabas de revolverte —dice Sapphira.

Me da una botella de agua sin abrir. La cojo y le quito el tapón. Ella guarda silencio mientras engullo el contenido.

—¿Qué querías decir con lo de que era mejor que no hiciera eso? —pregunto cuando hago una pausa para tomar aliento.

Observo lo que hay al otro lado de las ventanillas de la furgó. Nos encontramos en un aparcamiento destartalado que parece no tener fin, iluminado por un puñado de hogueras en bidones. Estamos solas.

Sapphira se levanta y empuja la puerta corredera hasta abrirla del todo. Es una invitación para que la acompañe.

—Me refería a que el miedo que extraerías de mi interior no te resultaría agradable.

Me quedo mirándola un instante. En el fondo no quiero salir a campo abierto sin tener claro dónde estoy, pero llegados a este punto todo parece igual de inseguro.

Sapphira me espera, yo salto tras ella, las piernas me flaquean un poco cuando toco el suelo de gravilla. Ella alarga un brazo para sujetarme y yo no me aparto. Me sujeta más fuerte de lo que cabría esperar de alguien con su constitución.

—¿Cómo sabes lo que soy? —pregunto.

Sapphira me lanza una mirada indescifrable. Normalmente, lo consideraría una amenaza. Los fobos no suelen ser bien recibidos en ninguna comunidad. «Hola, gracias por invitarme. Por cierto, si se me va la pinza, es posible que extraiga tus peores pesadillas sin querer y las convierta en realidad... ¿Esta es la puerta? Genial, me iré por donde he venido».

—Y, para que lo sepas, nada de lo que invoco me resulta agradable —añado, pues no veo qué sentido tendría negarlo.

—No he dicho que así fuera. Deberías calmarte un poco..., Vesper, ¿verdad?

Nuestras miradas se cruzan. Sus ojos brillan en la penumbra.

—Menudo nombrecito —añade.

—Tú eras Sapphira, ¿no? —replico.

Se echa a reír. Resulta agradable, así que yo también suelto una risita, muy a mi pesar.

Sapphira se da la vuelta y se aleja, sus botas Magdalena crujen sobre el suelo de gravilla.

—Normalmente, Aldrick se encarga de hacer las presentaciones. Pero se ha ido con Theo para llevar a Alanna al médico.

Miro al suelo.

—¿Se pondrá bien?

Yo no quería que nadie saliera herido por mi culpa esta noche. Ni nunca. Pero sobre todo esta noche. Sapphira se detiene y me mira de soslayo.

—Alanna sabía a lo que se exponía. No te sientas mal. Se pondrá mejor en cuanto descansa un poco.

Al ver que no me muevo, extiende las manos.

—Aquí todos somos monstruos. Deja de preocuparte por lo que podamos pensar de ti.

Se da la vuelta y sigue andando, sin volver la vista atrás. Como no tengo nada mejor que hacer, no me queda otra que seguirla. Además, por mucho que deteste admitirlo, me siento intrigada.

—No pienso quedarme —le digo mientras aprieto el paso para alcanzarla.

—Eso es lo que dicen todos nada más llegar aquí.

—¿Y qué es «aquí»? —pregunto en cuanto llego a su lado—. He visto docenas de refugios..., pero ninguno como este.

Sus labios se curvan para esbozar una sonrisa.

—Un emprendedor construyó este enorme complejo hará unos quince años, aunque el proyecto se fue a pique en apenas dos años, cuando descubrieron una mina de oro en desuso y sin explorar en el subsuelo, cerca de la propiedad. San Fran está repleta de ellas. Ten cuidado por dónde pisas —añade, señalando hacia una porción de suelo donde asoman unas barras de acero del pavimento, como si fuera un bosque de árboles pelados.

Giramos a la izquierda, me dejó guiar por ella.

—Y entonces... ¿abandonaron todo esto, sin más? —pregunto.

—No tenían dinero para clausurar la mina y tampoco para dismantelar este lugar.

Sapphira se detiene y se da la vuelta hacia mí cuando llegamos a un ascensor.

—¿La poli sabe que estáis aquí? —pregunto.

—Lo sabían —responde, con un tono que da a entender que es una larga historia.

Sapphira introduce la puntera de su bota por debajo de una palanca, la lanza hacia arriba y la coge al vuelo. Después la hace girar con destreza y la encaja entre las puertas del ascensor. Las dos se abren de golpe, revelando un espacio vacío.

—Eh... —titubeo, acercándome lentamente a la abertura para mirar arriba y después abajo—. ¿Dónde está el ascensor?

Retrocedo mientras Sapphira introduce un brazo en el hueco y agarra una cuerda anudada.

No. Ni hablar. Ni en broma, vamos.

Sapphira da un paso atrás y me tiende la cuerda.

—Será una broma —digo.

—Para ser una fobos, te asustan un montón de cosas.

—Ya —replico, retrocediendo.

—La gruta está dos pisos más abajo. No es para tanto. Seguro que has saltado desde trampolines más altos en tu club de campo.

—¿Qué te hace pensar que pertenecía a un club de campo? —replico.

—¿Y no es así? —inquire.

—Esa no es la cuestión —refunfuño.

Sapphira vuelve a tenderme la cuerda y yo la agarro. Me balanceo al interior del hueco del ascensor, la oscuridad me envuelve, trayendo consigo música y gritos procedentes del piso inferior. Miro hacia abajo: en la planta baja hay una puerta agrietada por la que entra luz.

—Agárrate fuerte —dice Sapphira.

Cuando estoy a punto de soltarle una bordería, Sapphira golpea uno de los engranajes del ascensor con la palanca y comienzo a descender a toda velocidad.

Está a punto de salirseme el corazón por la garganta mientras desciendo como un rayo por el hueco del ascensor. Cierro los ojos. Y, entonces, con la misma brusquedad con la que empezó todo, el trayecto termina. Mis pies tocan el suelo, haciendo crujir las hojas y demás detritos atrapados en el fondo. Ni siquiera me había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que los abro y miro hacia arriba.

—¡Podrías haberme matado! —grito.

Las puertas que tengo al lado se abren y empiezan a resonar gritos, risas y música en el interior de esta oquedad metálica.

Aldrick se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Pero aquí estás: vivita y coleando.

Estoy cabreada y tengo la adrenalina por las nubes, así que reacciono del único modo que se me ocurre: le hago una peineta y paso de largo junto a él. No sé adónde voy, pero no puedo quedarme parada. Ha sido una peineta cojonuda, con giro de muñeca y todo. Pero me detengo un par de metros más tarde, porque... no me esperaba algo como esto.

Oigo el ruido que hace Sapphira cuando aterriza por detrás de mí.

—Bienvenida a la gruta —dice, situándose a mi lado.

En el pasado, esto debió de ser el gigantesco vestíbulo de un hotel pijo. El mármol está resquebrajado y desnivelado, y la lámpara de araña que cuelga del techo está torcida, aferrándose a la vida por una cadena herrumbrosa que tarde o temprano acabará cediendo y matando a quien pille debajo. Las paredes están cubiertas de guirnaldas de luces, varitas fosforescentes, velas y un puñado de pegatinas que brillan en la oscuridad. Huele a moho, como si el océano se hubiera colado aquí para ver qué estaba pasando, se hubiera quedado atrapado en algún sitio y se hubiera muerto. Aunque, sorprendentemente, el olor no resulta del todo desagradable.

Hay muchísima gente, todos más o menos de mi edad. Parece que alguien ha afanado los colchones de las habitaciones a medio terminar que hay en el piso superior para cubrir con ellos una sección hundida del suelo, situada a mi izquierda, creando una fosa repleta de almohadones donde una chica blanca y pelirroja y un chico negro y larguirucho con unos llamativos tatuajes de color rojo practican lanzarse fuego y agua con las manos. Como si fuera lo más normal del mundo.

Al otro lado del vestíbulo, a través de unas ventanas agrietadas, diviso a varios *skaters* que están utilizando la piscina vacía como rampa de patinaje. Hay montones de sofás pegados a las paredes, con anómalos sentados en el borde de los asientos o sobre el regazo de alguien, besándose, hablando, riendo y actuando como si esto fuera absolutamente normal.

—¿Silas? —dice Aldrick.

Un chico bronceado y desgredado, con una nariz que tiene pinta de haberse roto un par de veces, se levanta de uno de los desvencijados sofás que forman un círculo a la izquierda de la fosa de colchones, sobre una pila de alfombras persas que no conservan nada de su color ni diseño originales. Aldrick me hace señas para que los siga hacia el círculo de sofás. Silas se sienta al lado de una chica que está absorta en la lectura de un libro.

—Esta es Lucy.

Después señala a un chico que aparenta unos catorce años, con una melena larga y rubia sujeta por detrás de las orejas.

—Y este es Joey.

Aldrick se da la vuelta para mirarme y veo, por primera vez, una sonrisa genuina en su rostro mientras le rodea la cintura a Sapphira con un brazo. Parece como si me estuviera presentando a su familia.

—Chicos, esta es Vesper.

—Bonito nombre. Conocí a una susurrante que se llamaba Prudence. ¿Tú también lo eres? —me pregunta el tal Joey.

Susurrante. Recuerdo las notas de mi padre. Es un anómalo capaz de hablar con otros miembros muertos de su clan.

Todos me están mirando con gesto expectante. «Aquí todos somos monstruos». La voz de Sapphira resuena en mi mente. No importa a qué clan anómalo pertenezcamos, todos sabemos lo que se siente al renacer convertidos en algo que no hemos elegido. No dejan de mirarme, ávidos por conocer mi historia, por ver mis heridas.

Ojalá fuera una susurrante. Hablar con fantasmas resultaría mucho menos siniestro.

—Eh... —balbuceo, mientras empiezo a ponerme colorada.

Normalmente suelo mentir con facilidad, pero las palabras se quedan atoradas en mi garganta. Alguien me coge de la mano. La suya es suave y delicada. Tentativa. No me aparto.

—Creo que está agotada. Voy a enseñarle su habitación —dice Sapphira, sonriendo a Aldrick mientras me saca de ahí. Me guía por el vestíbulo hasta un tramo de escaleras.

—Gracias —digo en cuanto nos alejamos del grupo.

Ella guarda silencio mientras nos aproximamos a la escalera situada al fondo de la estancia. Hay un grupo de gente sentada cerca de las escaleras, pasándose una botella ambarina de mano en mano.

—Phiiira —la llama una chica con el cabello dorado.

Tiene una voz ronca y gutural y, a pesar de su tono cantarín, no parece muy contenta de verla. Posiblemente sea una de las chicas más guapas que he visto en mi vida. No sabía que a los fugitivos les sobrara tiempo para perfilarse las cejas de esa manera.

—No te pares —dice Sapphira en voz baja.

—¿Qué huerfanita desvalida nos has traído hoy? —pregunta la otra, mientras coge con una mano enguantada la botella que le ofrece el chico que tiene al lado.

Pega un trago, sin quitarme los ojos de encima. Los contornos de sus iris despiden un fulgor rojizo. Una amenaza latente.

—Esta es Vesper —responde Sapphira.

Hace amago de empezar a subir por la escalera, pero la otra chica no parece satisfecha con esa respuesta. Con un movimiento tan veloz que resulta casi imperceptible, se quita un guante con los dientes y apoya la yema de un dedo en la escalera. El escalón se desintegra y Sapphira se tambalea, teniendo que sujetarse a la pared.

—¿Qué narices haces, Mavis? —exclama Aldrick, furioso, asomándose por encima de mi hombro.

La estancia se queda en silencio. Mavis lo mira y sonrío con chulería, mientras vuelve a ponerse el guante. Es una demo, como un rey Midas a la inversa. Todo lo que toca se convierte en polvo.

—No pasa nada, Aldrick —dice Sapphira, que le hace señas para que lo deje correr.

—Simplemente quería conocer a nuestra nueva amiga —replica Mavis, levantándose, aunque su tono de voz sugiere todo lo contrario.

Entonces, me tiende una mano enguantada. Es un desafío. Todo se ha detenido a mi alrededor. Los anómalos nos observan desde sus rincones. Atentos a ver qué pasa.

Sé que no puede hacerme ningún daño mientras lleve puestos los guantes. Aun así..., advierto cómo todos contienen el aliento a mi alrededor.

También sé que esto no tiene importancia: solo es una demostración de poder, y no me quedará aquí el tiempo suficiente como para que me merezca la pena entrar al trapo.

—Mavis, no... —comienza a decir Sapphira.

Pero hay algo en el gesto de Mavis que me insta a actuar. Parece creerse la persona más intimidante de este lugar. Seguro que piensa que yo no sé lo que se siente al inspirar miedo. Alargo el brazo, sonriendo, y le estrecho la mano. Mavis me envuelve los dedos con los suyos sin dejar de mirarme a los ojos. Me aprieta con fuerza, pero no reculo. Entonces, me fijo en el tatuaje que lleva en el antebrazo: representa una flor de acónito en llamas.

—¿Has venido por el espectáculo? —pregunta.

No sé a qué se refiere, pero no quiero que ella lo sepa. Mavis parece la clase de persona ante la que no conviene admitir que no sabes algo. Opto por poner cara de póquer mientras me suelta la mano.

—Ya sé que Aldrick siente debilidad por las jovencitas descarriadas. Pero si crees que puedes venir aquí y asegurarte un sitio cuando los demás llevamos meses entrenando...

—Tú no dictas las reglas —replica Sapphira en voz baja.

No sé qué diablos está pasando aquí, pero no quiero que se me note. Mavis sonrío, rozándose el colmillo con la lengua como si quisiera asegurarse de que sigue afilado.

—Ya basta, Mavis —replica Aldrick, con un tono de voz que no le había oído emplear hasta ahora. El mensaje es claro: no piensa seguir aguantando tonterías.

Mavis lo mira fijamente, mientras ensancha su sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a poner gallito conmigo? Ya hemos pasado por eso.

Varias risitas resuenan por la estancia, mientras la ira se acumula en mi pecho.

Sapphira se acerca a Mavis para encararse con ella.

—Déjalo, Sapphira —dice Aldrick, apoyándole una mano en el hombro. Pero ella no le hace caso.

—No le hables así —le advierte.

Mavis se inclina, mirándola a los ojos.

—¿Y qué vas a hacer tú, chiquitina? Eres demasiado buena para demostrar tus habilidades en el foso, pero ¿las demostrarás aquí?

El foso. ¿Qué diablos será eso?

Mavis alza la voz, haciendo partícipes de su pregunta a los demás:

—¿Al fin vas a demostrar que perteneces a este lugar?

—Soy yo la que no pertenece a este lugar —replico, dando un paso al frente—. Y no tengo previsto quedarme. Estos chicos se han jugado el pellejo para salvarme esta noche y ya han tenido suficiente como para tener que lidiar ahora con tus gilipolleces.

Mavis gira la cabeza lentamente, clavando su mirada sobre mí tal y como haría un león sobre un trozo de carne colgante. Estaba buscando una oportunidad para tomarla con alguien, y yo me he presentado voluntaria para convertirme en su blanco. Con una sonrisa, vuelve a quitarse lentamente los guantes.

Oigo cómo Aldrick adopta su forma pétrea por detrás de mí. Joey se levanta del sofá, sus dedos se convierten lentamente en cuchillas. Dos anómalos que estaban sentados junto a Mavis se levantan también. Los ojos de la chica se tornan negros mientras empieza a crepitar una corriente eléctrica en sus dedos, y el chico sonríe, mostrando unos colmillos afilados.

Las palmas de mis manos comienzan a palpitar tan deprisa como el corazón de un conejo. «Déjame salir, déjame salir, déjame salir».

La magia percibe la presencia de otras entidades similares. Podría desatarla sin esfuerzo. Pero no debo hacerlo. No después de lo que he hecho hace un par de horas. Echo un vistazo a la estancia. Los bichos más raros del mundo reunidos bajo un mismo techo, cargados de ira, hormonas y un sentido de la justicia erróneo.

La frase «Abandonad toda esperanza quienes seáis tan tontos como para entrar aquí» ahora cobra mucho más sentido.

—¿Qué está pasando? —resuena una voz desde lo alto.

Todos alargan el cuello para ver qué pasa mientras el vestíbulo se queda en silencio. Hay una mujer apoyada sobre la barandilla de madera a medio terminar que rodea el patio interior del segundo piso. Lleva puesta una americana y una falda de tubo, y su cabello rubio de bote se desploma sobre sus hombros, formando unos rizos perfectos. Mientras nos observa, esboza

algo a medio camino entre una sonrisa y una mueca. Su atuendo hace que parezca mayor, pero por su expresión deduzco que no es más que una veinteañera.

—Ya sé que es imposible que vosotros, pequeños granujillas, estéis buscando pelea en esta gruta. Porque de lo contrario tendría que sacar mi móvil (sí, ese tan caro) y hacer una llamada que no creo que a él le hiciera ninguna gracia recibir. Y no querréis que se enfade, ¿verdad?

—No pasa nada, Tessa —responde Aldrick, sacudiendo los brazos mientras su piel recupera la normalidad.

Los demás siguen su ejemplo. Joey vuelve a sentarse en el sofá, replegando las cuchillas de sus dedos. Mavis vuelve a ponerse los guantes, aunque sin dejar de mirarme con ese fulgor rojizo en sus iris.

En casa teníamos un pulverizador de agua para cuando nuestro gato, Íñigo Montoya, se subía a la encimera. Bastaron un par de disparos certeros en los bigotes para conseguir que no volviera a hacerlo. Desde ese momento, solo teníamos que alargar la mano hacia el pulverizador para que el gato se quedara paralizado y luego saliera escopetado. Esto viene a ser lo mismo. La tal Tessa ha sacado el pulverizador y ahora a nadie se le ocurre subirse a la encimera. Esto no me gusta un pelo, teniendo en cuenta que ninguna de estas personas son gatos.

Me muerdo la lengua al recordar a Íñigo mientras observo a Sapphira. Sé que ha captado la pregunta inherente en mi rostro: «¿A quién se refiere?». Pero ella se limita a agachar la cabeza.

—Justo lo que pensaba, aunque tenía que asegurarme —dice Tessa, que se incorpora y se endereza la americana—. Por cierto..., tú, ¿cómo te llamas? —pregunta, señalándome.

Miro por detrás de mí, para asegurarme.

—Sí, tú, la guapita a la que la ha abandonado el champú —replica.

Me quedo mirándola, perpleja. A ver, ya sé que no me vendría mal una ducha, pero tampoco hacía falta pasarse.

—En vuestra patética cocina se han acabado esas chocolatinas bajas en calorías. Ve a comprar más, ¿vale? Si tengo que bajar aquí para asegurarme de que os portéis bien, al menos me merezco un premio.

—Yo... —comienzo a decir, pero Tessa mira el móvil y levanta un dedo para indicarme que espere.

Ya me está tocando las narices.

—No piensa quedarse, Tessa —interviene Sapphira.

Tessa alza la mirada.

—¿No vas a ir al foso mañana por la noche?

Estoy a punto de responder, pero Sapphira se planta a mi lado y me agarra del brazo.

—No, no va a ir.

—Está bien. Me da igual quién compre las chocolatinas, pero asegúrate de reponerlas. Y no de esas crujientes con caramelo, esas son un asco.

Y, dicho esto, se da la vuelta y se marcha.

«El foso».

Otra vez ese nombre.

Me da igual. No quiero saberlo. Quiero dedicarme a recolectar almendras y ser la chica rara que no abre la boca, no hace daño a nadie y es básicamente invisible.

Poco a poco, la estancia empieza a cobrar vida a mi alrededor. Joey vuelve a poner la música y alguien se lanza por la rampa de patinaje; el chirrido de los ruedines al rozar con el hormigón me pone nerviosa.

—Te enseñaré dónde puedes pasar la noche —dice Sapphira.

La sigo y empezamos a subir por las sinuosas escaleras. Sapphira abre una puertecita nada más salir al rellano del tercer piso. Es una habitación austera. Una cama y un escritorio en la pared del fondo, con el suelo de hormigón. Al otro lado de la ventana, un faro emite haces zigzagueantes de luz entre la oscuridad.

—No es gran cosa —dice Sapphira, contemplando las paredes desnudas.

—Está perfecta —respondo. Y lo digo en serio.

Cuando se va, me acurruco bajo la colcha y me quedo mirando al techo, mientras la luz rebota en las vigas a medio terminar. Me pregunto brevemente qué será el foso antes de que me venza el sueño.



NUEVE

Estoy en el parque situado detrás de mi casa, el mismo donde besé a Trevor Martineau al empezar el instituto. El mismo en el que Carmen y yo atamos unos lazos a las ramas de un pino al que llamamos Jasper.

Pero sé que no estoy en casa, porque está nevando. Y en Los Altos no nieva.

«Estoy soñando —me digo, con una voz interior que solo se oye en los sueños—. Quiero despertar».

Pero no puedo. No puedo parar de caminar, descalza, notando el roce abrasador del hielo a cada paso, mientras atravieso el parque infantil con sus columpios con arnés. Es entonces cuando oigo una cancioncilla susurrada al viento:

*Ella sonrió ante el cuchillo.
Besó el cadalso y su cuerda.
Danzó al son de las flechas.
Cantó entre la humareda.*

Conozco esa canción: «La leyenda de la reina de los venenos».

Es la voz de mi hermana pequeña, la reconozco por un leve tartamudeo al decir «besó». Siento el mismo espanto que experimenté cuando oí su voz desde el salón y comprendí que me había dejado el cuaderno de papá sobre la mesa, abierto por la más macabra de nuestras historias.

La cancioncilla se interrumpe, reemplazada por el recuerdo del enfado de mi padre ante mi descuido.

«¿A quién se le ocurre dejarlo a la vista?».

Me adentro todavía más en el bosque, la luz de las flores en llamas es mi única guía. La canción prosigue, reverberando entre los árboles helados que me rodean, traqueteando como un fémur sobre los barrotes de una prisión:

*Prendió fuegos a sus cadenas
y ellos respondieron con pétalos.*

El ambiente huele a humo.

*Ella no tenía miedo
ni al odio ni a la ira.
Por eso la encerraron
en una celda sombría.*

Hay un claro un poco más adelante. Allí es donde Jack, Iris y yo levantábamos nuestras tiendas como si estuviéramos de acampada. Aunque siempre terminábamos recogiendo y volviendo a casa antes de que anoheciera.

A casa.

Un trueno restalla en las alturas y comprendo que no voy a poder escapar del recuerdo que me acecha.

La noche que arruiné mi vida estaba lloviendo. La noche en que prendí fuego a la casa y me escapé. Lo lógico sería que la lluvia mejorase un poco las cosas, que nos fuera de ayuda, ¿no? Pues no.

Durante varios meses, mis poderes estuvieron tranquilitos. Vale, sí, a veces mi hermana pequeña Iris me tocaba las narices y yo notaba el tirón. Sentía un vínculo con lo más hondo de su pecho, donde habitaban sus peores miedos. Entonces notaba el impulso de empezar a tirar, igual que

hice con Mitch. Para extraerlo, fuera lo que fuese, y dejar que campara a sus anchas.

Pero era capaz de frenarlo. Podía contenerlo. Mi monstruo permaneció aletargado en mis entrañas, igual que ese pulpo del acuario que tanto le gustaba a Carmen. Ese animal parecía saber exactamente dónde estaba y te miraba en plan: «Largaos de una vez, no pienso nadar para entreteneros». Así que se quedaba quieto.

Fui a la fiesta de principio de curso con Hunter Cadilli. Me sumé al equipo de animadoras. Aprobé Álgebra I por los pelos y me dejaron pasar a Álgebra II. Empecé a plantearme a qué universidades iba a enviar una solicitud. Cada vez hablaba menos con papá sobre nuestro mundo, aunque había una incógnita que seguíamos sin poder resolver: por qué ahora era capaz de manifestar mis poderes delante de un común como él. ¿Por qué había cambiado eso, de la noche a la mañana?

Veía la luz de su despacho encendida a horas intempestivas, mientras buscaba respuestas. Al principio, llamaba con suavidad a la puerta y entraba. Después, le acribillaba a preguntas hasta que papá insistía en que me fuera a la cama. Pero entonces comprendí que no tenía ninguna esperanza de poder librarme de este poder. Creo que esa certeza fue lo que me llevó a fingir que era una persona normal con más ahínco todavía.

Debí imaginar que la farsa no duraría mucho.

Estábamos en noviembre. Yo llevaba puesto un pijama demasiado fino para esa época del año, pero tenía un edredón enorme y no me había dado cuenta del frío que hacía, incluso para tratarse del sur de California. Escribí a Jenna para preguntarle dónde íbamos a reunirnos las animadoras al día siguiente, antes del partido, y mi madre asomó la cabeza por la puerta de mi cuarto para comprobar si había desconectado mi plancha para el pelo. Satisfecha, me lanzó un beso y me recordó que sacara la basura por la mañana. Yo le devolví el gesto y me eché a dormir.

Soñé con un incendio. Largas lenguas llameantes se retorcían a mi alrededor. Incluso dormida, sentí cómo mi poder emergía de mi pecho. No podía moverme. Puede que no quisiera hacerlo. Sentí su roce sobre la piel, como un cálido beso que me provocó un hormigueo en la palma de la mano mientras la giraba. El fuego conocía mi nombre y yo sus secretos. No me

daba miedo. Hablé con él, instándolo a que se acercara. Entonces me desperté oliendo a humo. Me desperté oyendo gritos.

Cuando abrí los ojos, no me asustó tanto el fuego en sí como saber cuál había sido el origen de ese incendio.

Desde que era pequeña, mi madre nunca nos dejaba utilizar la chimenea. Tampoco nos dejaba jugar con bengalas. A duras penas nos permitía encender velas. La cabaña donde vivía con su familia se incendió cuando tenía doce años. Alguien derribó un pequeño farol de butano que prendió una manta, haciendo que el lugar entero ardiera como un polvorín.

Y, de algún modo, yo había encontrado ese miedo.

Había llegado hasta él en sueños. No me explico cómo pasó. Tal vez fue porque vino a revisar la plancha del pelo antes de que me durmiera. No sé. Solo sé que fue culpa mía. Mis poderes, mi maldición... extrajo ese miedo y prendió fuego a mi casa mientras dormíamos.

No recuerdo bajar corriendo al piso de abajo, donde encontré a Iris. Mi padre trató de sacarnos a la calle mientras mi madre corría a buscar a Carmen.

Me resistí. Forcejeé con él, chillando, arañándole, suplicándole que me dejara ayudar a buscar a Carmen.

—Esto es culpa mía. Mía y de nadie más.

No paré de repetir a gritos esas palabras, jadeando, inspirando ceniza con cada bocanada. Mi padre me encaramó a su hombro y me sacó a la calle; después, me posó sobre la hierba helada y humedecida. Me aferré a sus brazos, cubiertos por una capa pegajosa de sudor y ceniza.

—Fui yo —grité.

Él me miró a los ojos y supe que me había entendido.

No percibí ira en su rostro. Ni siquiera sorpresa. No hizo ninguna mueca, y eso resultó mucho peor: ver cómo esquivaba mi mirada, mientras trataba de encontrar algo que decir. Apenas duró un instante, pero a mí se me hizo eterno. Mi padre me acarició la mejilla y luego señaló hacia un bombero, haciéndole señas para que me ayudara. Después se levantó y entró corriendo en casa, apartando al bombero a un lado.

Resbalé sobre la hierba mojada mientras intentaba zafarme del bombero y caí de rodillas. Alcé la cabeza a tiempo de ver a Íñigo Montoya entre los

arbustos de la entrada. Estaba cubierto de hollín. Seguía vivo, pero cojeaba. Me miró con los ojos desorbitados por el miedo, como si supiera que yo era el motivo de toda esa desgracia, que yo era la chispa que había originado ese incendio. Fue como si Íñigo estuviera percibiendo la presencia de otro animal, advirtiéndome un peligro.

—Íñigo —lo llamé, sollozando.

Un paramédico me ayudó a levantarme, mientras el gato se largaba escopetado.

—¡Lo siento, Íñigo! —exclamé, mientras el bombero me cogía en brazos.

El recuerdo de lo que pasó después es como un amasijo humeante en mi memoria. Recuerdo a mi madre, chillando a grito pelado mientras caminaba detrás de un bombero que llevaba a Carmen en brazos, inerte. A mi padre, sentado con Iris y Jack, los dos cubiertos de ceniza y envueltos en unas mantas.

Los paramédicos me examinaron en la parte trasera de una ambulancia. Brazaletes para medir la tensión, monitor cardíaco pinzado en el dedo, máscara de oxígeno ajustada al rostro. El roce frío y áspero de las sábanas de una camilla en las pantorrillas, mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor.

—¿Están bien? ¿Mi familia está bien? ¿Se van a poner bien?

Mis preguntas sonaban extrañas porque tenía la voz hecha polvo a causa del humo.

Nadie me respondió. Nadie quería decírmelo. Me pusieron una vía, me ajustaron la máscara y se pusieron a comentar mis constantes vitales. Yo sabía lo que estaba pensando mi padre mientras me acariciaba la mejilla. Lo leí en sus ojos: se estaba preguntando si los centinelas vendrían a buscarme. Accidentalmente o no, yo había infringido la regla más importante al utilizar mi magia delante de los comunes. Y había desatado el caos sobre mi familia. Aquello era mil veces peor que los centinelas.

Casi me daba igual que vinieran.

Me incorporé mientras los demás paramédicos empujaban una camilla hacia la parte trasera de una ambulancia aparcada. Las ruedas rechinaron sobre el pavimento.

Vi la cara de Carmen. Estaba ennegrecida y en carne viva, abrasada sin remedio por las llamas que yo había invocado. Las llamas que yo había creado. Mi madre se montó en la ambulancia y agarró la mano inmóvil de mi hermana.

Inmóvil. Inerte.

Yo había originado todo eso y ahora no podía controlarlo.

El monitor situado encima de mí emitía un leve *bip, bip, bip*, pero yo sabía que algo se había muerto en mi corazón. Algo había cambiado y jamás podría recuperarlo.

En cuanto me dejaron sola, mis dedos se movieron por voluntad propia, temblorosos, mientras me extraía la vía. Me quité la mascarilla, me bajé de la ambulancia y eché a correr.

Corrí con todas mis fuerzas. Atravesé jardines traseros. Salté vallas. Descalza y medio desnuda.

No podía volver a poner a mi familia en peligro de ese modo.

Fui al colegio y me puse la ropa que tenía en mi taquilla. No me había llevado la bolsa de deporte a casa y, al fondo, encontré dinero suelto suficiente para pagarme un billete de autobús a Seattle.

El trueno resuena otra vez, estoy de vuelta en el sueño, con las manos apoyadas en las rodillas, dentro de... un círculo de flores de acónito en llamas. Extiendo una mano y unos copos de nieve revolotean hacia la palma. No. No son copos de nieve. Es ceniza. Está cayendo ceniza del cielo.

Soy yo la que da más miedo. La pesadilla soy yo.

Yo.

Me incorporo a oscuras, jadeando y bañada en sudor.

Desde aquella noche, no he vuelto a dormir profundamente. Me despierto a la mínima y no me permito dormir más de dos horas seguidas.

Pensé que lo bueno de eso sería que las pesadillas remitirían, pero no fue así.

Todo parece demasiado cerrado. Demasiado inmóvil. Necesito moverme. Me calzo y me pongo la cazadora, torciendo el gesto al sentir el roce de ese tejido tan grueso sobre la camiseta empapada.

Me levanto y en cuestión de segundos he salido por la puerta y estoy atravesando el pasillo.

No sé adónde me dirijo, pero en el fondo me da igual. Aquí fuera el aire es frío y húmedo, resulta agradable sentir su roce en la nuca. Recorro una escalera en obras, con escalones de contrachapado, mientras resuenan unas carcajadas procedentes de más abajo. Oigo el chirrido de unas ruedas sobre el hormigón; aún queda gente despierta en el vestíbulo.

Me tiemblan las piernas y me apoyo en una pared a descansar, me deslizo hasta quedar agachada mientras me paso las manos por el pelo.

La pared de enfrente está cubierta de carteles clavados con chinchetas. Hay de todo, desde carteles de personas desaparecidas hasta mensajes pasivo-agresivos como este: «A la persona que me robó el bocadillo de la nevera: a ver si te atreves a repetirlo».

Hay varias hojas de papel en blanco revoloteando por efecto de la brisa que sopla a través del pasillo. Con curiosidad, me incorporo y me acerco a la pared. Me inclino hacia delante y expulso mi aliento sobre el papel, un truco que me enseñó mi padre. Aparece una maraña de letras negras: «Veinte pavos por un carné falso. Llama al 909-555-9831». Es tinta umbría. Una escritura invisible que solo se revela al contacto con el aliento de un anómalo. Las personas que tienen el poder necesario para escribir algo así se llaman «escribas».

Deslizo la mirada sobre el tablón, deteniéndome ante una tira de papel que tiene una flor de acónito grabada en relieve, con unas llamas rozándole los bordes. Inspiro una bocanada honda y trémula antes de exhalar sobre el papel. Unas gruesas letras doradas aparecen en segundos.

EL FESTIVAL DE LA REINA DE LOS VENENOS

Sal de las sombras y abraza la luz.

Se admiten colmillos, dientes y toda clase de
comportamientos indebidos.

Incluye una serie de indicaciones, que implican contar árboles. Sale de la ruta de senderismo de Ewoldsen, en Big Sur.

Miro fijamente esa condenada flor, ese símbolo que parece estar por todas partes.

Me gustaría echarle la culpa de mi pesadilla de antes, pero sé que hay algo más. Esta noche he extraído otro miedo. Llevaba más de un año sin hacerlo. Pese a todo, arremeter contra esa flor hace que me sienta mejor, así que arranco el letrero del tablón de anuncios y me quedo mirando el dibujo.

La reina de los venenos. La llama que prendió el combustible de una guerra civil que estuvo a punto de destruirnos a todos.

—«Prendió fuego a sus cadenas y ellos respondieron con pétalos» — dice alguien por detrás de mí.

Pego un respingo al oír esa voz. Sapphira aparece en el rellano, con una mano apoyada en la barandilla.

—Odio ese poema —dice, acercándose.

—Yo también —coincido—. El que lo compuso parece que lo hizo con desprecio.

Sapphira se queda callada a mi lado mientras contemplamos la pared cubierta de carteles.

—¿Crees que se han ido de verdad? —susurro, mirando a Sapphira, que deja de contemplar la pared para mirarme de reojo.

—¿Tú no?

Frunzo los labios. Tal vez sea mi sentimiento de culpa por lo que le hice a mi familia, pero siempre tengo la sensación de que los centinelas me están observando.

—Prefiero andarme con ojo. Mejor eso que acabar con la cabeza clavada en una pica.

Señalo hacia el cartel.

—El revuelo ha hecho que la gente piense que va a suceder algo nuevo —murmura Sapphira.

Se acerca un poco más, sus botas negras de piel apenas hacen ruido al pisar. Lleva unos *leggings* con detalles de malla en los laterales y un jersey que le queda enorme, así que las manos le quedan cubiertas por las mangas. Sacude el brazo y un brazalete asoma tintineando por debajo del dobladillo.

Es un brazalete de oro con unos coloridos colgantes con forma de dinosaurio pendiendo de los eslabones.

—Daría lo que fuera por no tener que volver a oír otro nombre en clave como «la subversión». Ya tengo bastante con lo de «anómalos».

Sapphira resopla.

—Es un poco ofensivo, ¿no crees?

—Y tanto —coincido. Ella sonrío.

—Aunque Aldrick parece encantado con ello —añado al cabo de un rato. Nada más decirlo, me pregunto si no me habré pasado de la raya.

Sapphira se queda callada un instante, mordiéndose el labio.

—Aldrick se merece disfrutar de un poco de esperanza —susurra—. Como todos.

—¿Pero...? —pregunto, porque percibo un «pero» en su voz.

—Dicen que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Y si los centinelas han desaparecido..., entonces solo nos queda lo desconocido.

Abro la boca, mientras miles de preguntas se apelonan en el fondo de mi mente, pero ella las anula todas con una mirada y un suspiro.

—Vamos. Necesito airearme un poco.

Tras coger una mochila de su habitación, Sapphira me guía a través de la gruta para después subir por una escalera que atraviesa un conducto de suministros. Desemboca en los acantilados, cerca del océano. Me paro en seco a contemplar las vistas. La niebla era tan espesa antes que no pude ver nada. No sabía que estuviéramos tan cerca del agua. Esta noche hay luna, que proyecta un precioso fulgor blanquecino sobre las aguas. Miro al cielo mientras me dejo acariciar por la fresca brisa nocturna. Nos encontramos a los pies de un faro abandonado. Se oyen gritos y vítores. Agarro a Sapphira de la mano mientras me bajo de la escalera y dejo que la puerta metálica se cierre con un golpe seco.

—En este lado no llegaron a terminar las obras del hotel —me explica, señalando hacia las colinas cubiertas de hierba larga y ondulante. La esquelética fachada de este costado del hotel está salpicada por luces de faroles.

—Construyeron otra rampa de patinaje con los suministros que había tirados por aquí —me explica mientras se reanudan los vítores.

Una chica montada en una bici se lanza al vacío desde una altura de tres pisos. Pierde agarre a mitad de la caída y un chico que está asomado a un balcón en obras extiende los brazos. La caída de la chica se frena hasta que se posa con suavidad en el suelo. Debe de ser emocionante: adrenalina a raudales, pero sin peligro de partirse la crisma.

—Vamos —dice Sapphira.

La sigo hacia el faro. La puerta no está cerrada, pero los goznes chirrían cuando la empuja. Sapphira chasca dos varitas fluorescentes y me da una mientras comenzamos a subir por las oscuras escaleras. Cuando llegamos arriba, se me corta el aliento. El paisaje que se divisa desde lo alto es excepcional. Una capa de niebla se extiende sobre el océano, escindiéndose en aquellos puntos donde unos haces de luz impactan contra la superficie del agua. Faros solitarios circulan por el puente Golden Gate, y el viento agita las aguas hasta formar olas diminutas y espumosas. Sapphira se sienta en el borde, con los pies colgando y el pecho apoyado en la barandilla.

Mete una mano en su mochila y saca un termo.

Me siento a su lado y la miro de reojo, con la espalda agarrotada. Me doy cuenta de que llevo todo este tiempo esperando a que se produzca el golpe, a que se revele la trampa. En nuestro mundo, la amabilidad no es gratis.

—¿Por qué me seguisteis? —pregunto. Mi voz parece un cuchillo que cercena la serenidad de la noche.

Sapphira sonrío de medio lado.

—Revisamos todas las paradas de autobús de la zona. Muchos fugitivos acaban abandonados a su suerte, y es peligroso estar solo.

—A veces es peligroso estar acompañado —replico sin pensar.

Sapphira se queda mirándome, con una ceja enarcada, como si supiera que esas palabras esconden una historia. Pero ha debido de deducir por mi expresión que no pienso soltar prenda, porque se gira para volver a contemplar el océano.

—Así que tú también tienes pesadillas, ¿eh? —pregunta.

Sapphira interpreta mi silencio como un sí. Desenrosca la tapa del termo y vierte un poco de líquido en ella.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta al fin.

Niego con la cabeza.

—¿Quieres un poco? —añade, ofreciéndome la tapa.

Vuelvo a negar con la cabeza, ella enarca las cejas.

—¿Crees que está envenenado o algo así? Porque te prometo que, si quisiera verte muerta, no tendría más que decirle a Mavis dónde duermes.

—No, es que...

—No te fías de nadie —dice, haciendo girar el líquido dentro de la tapa.

Suelto una risita.

—Al contrario. Creo que la gente no debería fiarse de mí. Sobre todo cuando hay alcohol de por medio.

Sapphira resopla.

—¿Así que das por hecho que es alcohol?

—¿No lo es?

—Pues claro que sí. —Sonríe mientras se acerca la tapa a los labios—. Pero solo es vino barato.

Ahora soy yo la que sonrío, y es una sensación agradable. La echaba de menos.

Sapphira se queda contemplando el océano y yo la imito. Vemos cómo la niebla se desliza lentamente sobre las olas. El silencio no resulta incómodo, no suplica que alguien lo rompa.

Sapphira bebe un trago de vino, después pone una mueca mientras contempla la taza.

—¿Está malo? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—En casa, mi madre solía prepararlo en una sartén con especias frescas, así que... calentado en el micro con hierbas secas no tiene nada que ver.

«En casa». Se me forma un doloroso nudo en el estómago al oír esas palabras. Me apoyo en la barandilla mientras contemplo la noche y me muerdo la punta de la lengua.

—Oye, ¿y cuánto tiempo lleváis liados Aldrick y tú? —pregunto, desesperada por cambiar de tema.

Una sonrisa se encarama a sus labios.

—No estamos... liados. Somos... —Se encoge de hombros y yo me río. Anómalos o no, ciertas cosas nunca resultan sencillas—. Somos amigos. Lo conocí en un McDonald's, después de bajarme de un tren.

—¿Ya se dedicaba a recoger huerfanitas desvalidas?

Sapphira se ríe y está a punto de escupir el vino.

—No. Lo que pasa es que le encanta desayunar hamburguesa.

La imagen de Aldrick, con sus manazas grandes como sartenes agarrando una diminuta hamburguesa con huevo me hace reír a mí también.

—Me acogió. Al contrario que Mavis, que exigió que anunciara mi clan y mostrara mis habilidades..., él nunca me ha presionado para que utilice mi magia. Nunca ha exigido saber a qué clan pertenezco.

Hace un pausa y pega un largo trago de la taza antes de rellenarla. Por lo visto, a ella tampoco le gusta utilizar su magia.

—Después de todo lo que ha pasado... —Se queda pensativa, con la mirada perdida—, Aldrick me ha hecho sentir como en casa. Como si aún pudiera llevar las riendas de mi vida, aunque haya cambiado tanto.

—¿Te gusta Aldrick? —pregunto, pero solo porque no puedo resistirme a la normalidad que desprende esa pregunta.

—Sí —responde, sonriendo.

—Entonces, ¿qué problema hay?

Aldrick está bueno. De eso no hay duda.

—Es muy protector. Lo lleva en la sangre. Protege a sus seres queridos de un modo feroz. Imprudente. Y es de los que se encariñan pronto. Ya tiene suficientes peligros en su vida.

Sapphira deduce por mi expresión la pregunta que querría hacerle.

—Aldrick ha estado liderando un equipo para interceptar fugitivos en las estaciones de autobús. Pero algunos han desaparecido.

—¿Desaparecido?

Sapphira pellizca la pintura descascarillada de la barandilla.

—Se montan en el bus, pero, cuando el convoy llega a la estación, no aparecen por ningún lado. Estábamos esperando a unas cuantas personas. Amigos o parientes de la gente que ya vive aquí... Pero nunca llegaron.

Mi mente se activa de inmediato:

—¿Crees que los centinelas se los llevaron?

Sapphira reprime una carcajada.

—Tú y los centinelas. Sabes que hay cosas peores, ¿verdad?

—En teoría.

—En verdad —replica.

—¿Qué podría haber peor que un grupo de asesinos maniáticos del control?

Sapphira me mira fijamente, como si acabara de lanzarle un desafío. Achica los ojos un instante, mientras reflexiona.

—Corren rumores de que algunas de esas personas podrían haber hecho tratos perjudiciales para llegar hasta aquí. Puede que con un fedatario.

—¿Un fedatario? —pregunto, mientras repaso mentalmente los cuadernos de mi padre. Es la primera vez que oigo hablar de algo así.

—Son anómalos que poseen una magia vinculante. Si haces un trato con un fedatario, ya no puedes echarte atrás —me explica Sapphira.

—Ostras —exclamo, aferrándome a la barandilla.

Sapphira bebe un buen trago.

—Tienen un largo y oscuro linaje de tahúres e itinerantes que hacían tratos con los incautos o los desesperados. Siempre llevan encima un maletín, repleto de contratos. Todos los fedatarios tienen una marca en el reverso de la muñeca, el símbolo de una pluma desangrándose. Los miembros de su clan los tatúan cuando alcanzan la mayoría de edad y pueden empezar a... arruinar vidas, supongo —añade—. Y no tenían permiso para hacer tratos con menores..., antes.

—¿Antes de la subversión? —concluyo.

Sapphira asiente.

—Antes de que desaparecieran los centinelas, no podían hacerlo —añade—. Pero, ahora, ¿qué los detiene? ¿Qué nos detiene a cualquiera de nosotros? Es una oportunidad única, salvo que te encuentres en lo más bajo de la cadena alimentaria.

—¿Hay algún modo de encontrar a esos desaparecidos? —pregunto. De repente, recolectar almendras ya no parece tan importante.

Sapphira niega con la cabeza.

—No. —Da un sorbo—. Salvo lo malo conocido —añade, mirándome de reojo.

Pienso en ello: las reglas y las consecuencias. El poder y su ausencia.

Quién gana y quién pierde cuando las restricciones desaparecen.

Meneo la cabeza, pues no quiero seguir pensando en los centinelas.

—¿Y qué hacéis para... —Señalo hacia el hotel que se extiende a los pies del faro— sobrevivir?

Sapphira frunce el ceño al oír mi pregunta.

No soy ninguna ingenua. He visitado varios refugios colectivos en diferentes estados. Los anómalos hacemos lo que sea necesario para sobrevivir. Mover mercancía de dudosa legalidad o retirarla de algún sitio empleando métodos todavía más dudosos.

—Te vas mañana, Vesper. Es mejor que no lo sepas.

Lo dice sin acritud. Tampoco la encuentro en sus ojos cuando cruzamos una mirada. Los suyos tienen un gesto serio, casi suplicante. Como si me rogara que la crea. Como si me rogara que lo deje correr.

Me ofrece la taza y yo me quedo mirándola un instante antes de aceptarla. La luz de la luna se refleja en el colgante del dinosaurio.

—Es muy mono —digo, señalándolo.

Una sonrisa se despliega en sus labios sonrosados mientras lo contempla.

—Es de mi hermano, Nolan —explica, rozando el tiranosaurio con suavidad—. Me lo regaló él.

—Lo echas de menos. —Esas palabras salen de mi boca como una exhalación antes de que pueda pensar en un millar de razones por las que no debería pronunciarlas.

Sapphira me mira fijamente con sus ojos azulísimos y me pregunto si habré vuelto a pasarme de la raya. Buf, para ser alguien que intenta mantener las distancias con todo el mundo, me está costando un montón mantener el pico cerrado.

Entonces asiente, bajando la mirada hacia el suelo.

—Volveré con él. Algún día. —Inspira despacio mientras extiende la mano, dejando que el colgante tintinee por efecto de la brisa—. ¿Echas de menos tu hogar?

Empiezo a morderme la lengua, pero al final opto por un trago de vino.

—Sí —respondo—. Sí, lo echo de menos.

Le devuelvo la taza y ella la coge.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? Que también echo de menos las tonterías. Como esos burritos que servían los viernes en la cafetería del colegio. Estaban asquerosos, pero eran una tradición.

Sonrío.

—¿Te refieres a esos que venían envueltos en celofán?

Sapphira se da la vuelta, con un brillo en los ojos.

—Exacto —exclama, señalando—. Los servían calientes de narices...

—Y al abrirlos te quemabas los dedos con el vapor —concluyo, riendo al recordar a Lindsay y a Jenna tratando de abrir los suyos con sus transportadores de ángulos.

Sapphira se agarra de la barandilla y echa la cabeza hacia atrás.

—Echo de menos no tener que hablar de las cosas que añoro —murmura mientras se incorpora—. A veces vengo aquí y finjo que simplemente... estoy haciendo pellas.

No lo había pensado así, pero tiene toda la razón. Añoro vivir sin tener que tratar de remontarme constantemente a una época en la que todo era más sencillo.

Siento un nudo en la garganta. Añoro no añorar nada.

Nos quedamos otro rato en silencio mientras la niebla se aproxima, pasándonos el vino después de cada trago.

—¿Y bien? —dice Sapphira, extendiendo las piernas a través de la barandilla—. ¿Qué me dices del examen de mates, eh?

Me mira. No sé si será por el vino o por lo absurdo de la escena, pero el caso es que sonrío.

—Fue jodidísimo —digo, asintiendo.

—¿Crees que aprobará alguien? —pregunta Sapphira.

—Ni idea. Seguro que Hilary no —respondo, pensando en una de mis mejores amigas de antaño. Me siento bien al pronunciar esas palabras—. Al menos, la fiesta de Isaac para el sábado sigue en pie, ¿verdad?

Sapphira no pierde comba.

—Nos vendrá bien descargar tensiones. Aunque... ¿qué nos ponemos?
—pregunta, señalando hacia sus andrajosos pantalones negros de chándal y su sudadera vieja.

—Seguro que Lindsay tendrá algo —respondo con voz ronca. Son frases sacadas de una vida que jamás pensé que podría resucitar.

Sapphira señala hacia los dedos de sus pies y luego vuelve a recostarse, apoyada en los codos.

—Pero, si no, tengo algo de dinero ahorrado por cuidar de Nolan. Podríamos irnos de tiendas.

—¿Le pido el coche a mi madre y paso a recogerte a las seis?

Apoyo la cabeza sobre la barandilla y la miro. Ella cierra los ojos y siente el roce del viento, alzando la barbilla. Varios mechones de cabello se deslizan por su rostro, pero no los aparta. Abre los ojos y se pone a contemplar el océano.

—A las seis me parece genial.



DIEZ

Vuelvo a conciliar el sueño un par de horas más tarde, después de regresar con Sapphira a la gruta. Ya no tengo más pesadillas.

He dormido más de lo que pretendía y nadie ha venido a despertarme. Supongo que las semanas que llevo sin dormir más de cuatro horas diarias al fin me han pasado factura.

Hay una nota a los pies de mi cama, junto con una barrita de muesli. «La ducha está al final del pasillo», dice. Sapphira me ha dejado medio bote de champú Dove y una cuchilla desechable.

Por un momento, pienso que ojalá pudiera quedarme. Este lugar es un disparate, pero me ha permitido romper mi soledad durante unas horas. Había olvidado lo que se siente al formar parte de algo, aunque sea esto.

Aldrick llama a la puerta.

—Hola —dice cuando abro un resquicio.

La abro del todo y regreso junto a la cama. Él se apoya en el marco.

—Quería que supieras que, al margen de lo que te dijera Mavis, eres más que bienvenida si decides quedarte. Aquí es imposible aburrirse...

—Aldrick. —La voz de Sapphira resuena por la habitación cuando aparece por detrás de él.

Él se gira para dejarle espacio y ella aparece en el umbral, con cara de pocos amigos.

—Ya te he dicho que tiene que irse —masculla—. Ya es bastante grave que te inscribieras tú. No la metas en esto.

Me duele un poco pensar que Sapphira pueda querer que me vaya. Aunque no la culpo. Yo tampoco querría compartir techo con una fobos.

Me encojo ligeramente de hombros.

—Eres muy amable, pero debo seguir mi camino.

Aldrick levanta las manos en son de paz y sale del cuarto, mientras Sapphira lo fulmina con la mirada. Después me lanza un juego de llaves y yo las cojo al vuelo. Luego me lanza un móvil.

—Lleva la furgó hasta la estación de autobuses y déjala allí. Iremos mañana a recogerla. El móvil es de prepago. Tiene nuestros números grabados. Si alguna vez necesitas ayuda..., llama —dice.

Asiento, jugueteando con las llaves y el teléfono. Ayer estuve a punto de conseguir que los mataran, a sus amigos y a ella, y aun así quiere asegurarse de que esté bien. Cuando levanto la cabeza para darle las gracias, Sapphira ya se ha ido.

Un rato después, utilizo la tableta reacondicionada de Joey y la pésima señal wifi para consultar el horario de autobuses. Hoy sale uno para el sur a las ocho de la tarde. La hora perfecta. Me ducho en el baño comunitario, asegurándome de utilizar la toalla del estante que tiene una etiqueta que dice: «PROPIEDAD DE MAVIS, QUÍTALE TUS SUCIAS MANOS DE ENCIMA».

Dejo la toalla hecha un gurrño mojado en el suelo, y ese pequeño acto de insolencia, sumado a unas piernas recién depiladas, me hace sentir como si me fuera a comer el mundo.

Me recojo el pelo en un moño, como de costumbre, y me echo la mochila al hombro. Hora de irse.

El vestíbulo está vacío, pero resuenan unos graves intensos procedentes de algún punto de este hotel a medio terminar. Me detengo un momento y aguzo el oído.

Es una versión *heavy* de «We Will Rock You».

¿Qué? ¿Dónde se han metido todos? Vuelvo a consultar mi reloj cutre: aún tengo tiempo de sobra. Y, aunque a estas alturas debería haber

aprendido a no dejarme llevar por la curiosidad..., me muero por saber qué pasa.

Sigo el rastro de los graves que retumban a través del suelo. El sonido se amplifica a cada paso, igual que mi creciente sensación de alarma. Aun así, sigo avanzando, recorriendo pasillos sinuosos que se adentran en las profundidades del hotel. Al final del pasillo hay una escalera de bajada. Abro la puerta y accedo al interior.

Las luces se atenúan y la música se vuelve más estridente. Los graves hacen temblar las paredes. Llego al final de las escaleras, después abro la puerta y se me entrecorta el aliento. No sé qué esperaba encontrarme, pero, desde luego, no algo como esto.

Es una estancia que posiblemente formara parte de un aparcamiento subterráneo en algún momento del pasado. Todo está hecho de piedra y cemento, pero lo han reacondicionado para montar esto. Sea lo que sea esto. Hay docenas de personas desperdigadas por el lugar, impidiéndome ver lo que hay en el centro de la sala. Me adentro, dejando que la puerta se cierre sin hacer ruido mientras me abro paso entre la multitud, sin llamar la atención. Eso se me da genial.

La música emerge de unos altavoces sujetos a las paredes con unas enredaderas que penden del techo. Alargo el brazo para tocar uno que cuelga justo enfrente de mí, haciéndolo girar con dos dedos. Hay una flor de acónito morada entre dos hojas; la suelto como si me hubiera quemado. ¿A quién se le ocurre utilizar flores de la reina de los venenos como elemento decorativo? Siento un nudo en el estómago cuando advierto una pequeña fila de gradas que se eleva hacia el techo abovedado. Ya no tengo tanta gente delante, así que puedo ver lo que se encuentra en el centro de la estancia. Es una jaula octogonal, ligeramente elevada. Ya he visto algo así antes: me recuerda a los combates de MMA que les gustaban a mi padre y a Iris, pero con un aire... distinto. Una luz morada recorre el enrejado metálico. Cada pocos segundos, los eslabones relucen con oleadas que se extienden por el borde de la jaula. No es un octógono regular. Retrocedo hasta la pared del fondo, sin apartar la vista de la jaula, como si de tanto mirarla fuera a comprender de repente lo que está pasando.

Todo el mundo está esperando algo, lo percibo en la expectación que crepita en el ambiente mientras avanzo pegada a la pared. El revestimiento de flores de acónito baña la pared del fondo con un tono azul eléctrico, mientras dos focos danzan alrededor de la estancia para acabar posándose sobre la base de la jaula, donde se encuentran dos figuras.

Un silencio se extiende entre la multitud. Noto algo en las tripas que me dice que me marche, pero no consigo moverme. No sé si será curiosidad o pánico —quizá una mezcla de ambos—, pero el caso es que no puedo dejar de mirar mientras la oscuridad se cierne sobre la sala y la pantalla muestra una imagen de un pueblecito. Una voz femenina emerge de los altavoces situados en lo alto:

—En la Brasov del siglo XVIII, vivía una mujer con el pelo del mismo color que la sangre coagulada. Nadie conoce su verdadero nombre.

La pantalla parpadea, mostrando a una mujer pelirroja que va caminando por unas calles empedradas.

—Algunos la llamaban bruja, otros la consideraban una profeta.

La mujer sonríe mientras se agacha para acariciar a un perro y se gira para mirar de reojo a unas mujeres que se han congregado en el portal de enfrente, observándola con suspicacia.

¿No es eso lo que ocurre siempre con las mujeres poderosas? O nos temen o nos veneran. O el cadalso o la gloria.

Por lo visto, no hay término medio.

La imagen de la pantalla ha cambiado y la voz prosigue:

—Sus infracciones fueron leves, al principio. Le mostró su poder a un común y se despertó con una flor morada clavada a su puerta. Acónito. La reina de los venenos. La flor de los centinelas. Ella sabía lo que significaba. Conocía su procedencia.

Es la misma leyenda que me contó mi padre, pero me quedo fascinada al verla en la pantalla, al presenciar cómo la mujer alarga un brazo para arrancar la flor clavada. El líquido que contenía la flor se extiende por su mano mugrienta. Entonces, sonríe.

Y la sonrisa desemboca en una carcajada.

—Si no se quitaba la vida, los centinelas lo harían por ella. Pero no les tenía miedo. Extrajo el clavo que tenía la flor y la metió en un jarrón, que

colocó junto a su ventana. También comenzó a cultivarla en su jardín. Y germinó, a pesar del frío. A pesar de que la escarcha se adhería a la ventana por la noche.

La mujer se arrodilla en su jardín para inspeccionar los brotes.

La cabeza me da vueltas mientras intento asimilar lo que estoy viendo. El motivo por el que están proyectando esto.

Conozco el resto de la historia. La leí en el cuaderno de mi padre hasta que los extremos de las páginas se arrugaron por el tembleque que me entró en las manos al pasar las hojas.

—Se desconoce cuál fue su siguiente infracción, pero bastó para que un desposeedor se colara por su ventana durante una gélida noche.

Podría evocar el fin de la historia incluso dormida.

A veces lo hago.

A la mañana siguiente, los lugareños que salieron a la plaza encontraron el cuerpo del desposeedor junto a la fuente congelada.

Tenía una flor de acónito en la boca y un tajo que le rebanaba el pescuezo de lado a lado, como una sonrisa. Menuda forma tenía esa mujer de transmitir mensajes.

Enviaron a otro desposeedor.

Apareció otro cuerpo en la plaza.

La situación se alargó durante una semana. Siete desposeedores y otros tantos cuerpos.

Los comunes de la zona estaban confusos y asustados, aunque los anómalos sabían lo que significaba. Los centinelas no tardaron en comprender que, cuanto más intentaban acallarla, más ruidosa se volvía.

Otros anómalos se mudaron a Brasov. Había algo en la reina de los venenos, en esa mujer a la que los centinelas eran incapaces de matar, que hacía que se sintieran libres. Varios de ellos —la corte de los acónitos se hacían llamar— empezaron a exhibir sus poderes ante los comunes.

Un pensamiento extraño —la pieza que faltaba en el puzle— comienza a formarse en mi mente cuando las dos chicas se reúnen, acercando las palmas de sus manos cada vez más, a medida que la historia avanza hacia su clímax.

—Fue lento, al principio. Un miasma y un evocador se batieron en duelo en la plaza del pueblo. Al día siguiente, los lugareños se congregaron en la plaza. Querían ver más.

La imagen muestra a dos hombres —uno rubio, el otro con el cráneo pelado y cubierto de tatuajes— peleando sobre el suelo de adoquines. El miasma alza las manos, y una luz verdosa sale proyectada hacia el evocador, que materializa una puerta a su lado con un movimiento de la mano y la atraviesa, para luego emerger detrás de su adversario. El evocador mueve los dedos para materializar un cuchillo tan deprisa que el miasma no tiene tiempo de darse la vuelta antes de que se lo acerque al gaznate.

—Querían ver a esas criaturas que parecían idénticas a ellos, pero que en el fondo eran algo más.

La proyección muestra una rápida sucesión de anómalos luchando. Reconozco a un pétreo y a un vaporoso, pero no logro ubicar a los demás. Sé que la lista que redactó mi padre estaba incompleta, pero no me imaginaba que mis conocimientos fueran tan limitados.

Me doy la vuelta para marcharme, pero la voz me detiene. No sé por qué. Ya sé cómo acaba la historia. No necesito verlo.

Pero no consigo moverme.

—Y así empezaron a competir. No tardaron en trasladarse desde la plaza del pueblo a campo abierto, donde construyeron gradas. Aquello no se limitó a la reina de los venenos, aunque se dice que estuvo presente en todos los torneos.

»Fue allí, bajo su atenta mirada, cuando el mundo nos vio claramente por primera vez. Fue entonces cuando dejamos de ser un mito y nos convertimos en algo palpable. Y, como ocurre siempre, la cosa fue bien durante una temporada. Pasaron varios meses, sin novedad. Ni cuerpos, ni flores.

»Todo estaba tranquilo, sin sobresaltos, mientras proseguían los torneos. Los anómalos se paseaban por ahí sin miedo y la reina de los venenos se convirtió en nuestro emblema, en nuestra libertadora. Aunque ella no parecía tener esa imagen de sí misma, ya que siguió frecuentando la taberna, coleccionando amantes y recorriendo las calles descalza,

acumulando copos de nieve en su cabello escarlata, como si nada hubiera cambiado.

»Nadie sabe cómo pasó, porque, aunque el pueblo estaba repleto de anómalos, los centinelas no se dejaban ver ante nadie más.

Un humo negruzco inunda la proyección, enroscándose sobre sí mismo hasta oscurecer la pantalla.

Cuando se disipa, se me corta el aliento.

—A la mañana siguiente, la encontraron yaciendo en mitad de la plaza, con los ojos lechosos y abiertos, con los iris cubiertos por una incipiente capa de hielo. A su alrededor, formando un círculo perfecto, había un montón de flores de acónito. Y en la boca, siete flores más.

No quiero ver más, pero la imagen de esa vibrante pelirroja yaciendo inerte sobre la nieve mantiene mi mirada aferrada a la pantalla.

Una voz masculina emerge del altavoz:

—Estoy seguro de que los centinelas pensaban que todo había terminado. Seguramente creyeron que nadie sería tan estúpido como para desafiarles después de aquello. Pero se equivocaban, porque había pasado algo. Los anómalos habían experimentado la luz del sol y se habían hartado de las sombras. Los torneos comenzaron a replicarse por todas partes. Y a los centinelas no les pareció bien que le hubiéramos cogido gusto a la libertad.

En la pantalla se proyecta una escena que deja pasmados a los asistentes en las gradas. Figuras encapuchadas, rostros ocultos, con flores de acónito en la mano.

Los centinelas.

—En el transcurso de una noche, utilizaron a todos los anómalos a su disposición para eliminar a todo aquel que hubiera participado en algún torneo. Al amanecer aparecieron sus cabezas clavadas en picas, con flores de acónito en la boca, una advertencia procedente del mismísimo cabecilla de los centinelas: Iván Illeria. Desde entonces, hemos vivido con miedo.

Las chicas de la jaula bajan las manos y la proyección se desvanece. La silueta de un hombre se adentra en la jaula. Está hablando. Su voz es firme y aterciopelada:

—Utilizaron toda su magia, combinada, para generar una norma que nos impedía utilizar nuestros poderes delante de los comunes. Desde entonces, hemos vivido sometidos a ella. Y es que, mientras tuviéramos las manos atadas, seguiríamos temiendo a los centinelas. Cualquier desliz que pudiera alertar a los comunes sobre nuestra existencia era garantía de encontrar una flor de acónito en nuestra puerta. Pero esos días ya han pasado.

El foco se proyecta sobre la figura y en mi mente se enciende una lucecilla al comprender que ya he visto antes a ese hombre. Mientras sonrío, me pongo a rebuscar en mi memoria.

La estancia se llena de aplausos; entonces, caigo en la cuenta de quién es.

Ananias. Ananias Ventra. El madurito seductor de la portada de la revista que vi en el bus. El magnate inmobiliario. ¿Es un anómalo? Ahora lo entiendo todo. Debe de ser el tipo al que se refería Tessa.

—Nos hemos reunido para marcar el comienzo de una nueva era. Comunes, estamos entusiasmados de teneros entre nosotros. Sé que muchos de vosotros habéis oído hablar de este torneo. Seguramente os estaréis preguntando si los rumores son ciertos. Os aseguro que sí lo son.

Ananias alarga un brazo y arranca una flor de acónito de la enredadera que tiene encima. La estruja y la hace rodar entre sus manos. Después la sostiene en alto para mostrársela al público.

Está destrozada.

—Ya hemos dejado de vivir con miedo.

Entonces, levanta la flor todavía más y el estadio entero enmudece. Pensaba que antes había silencio, pero nada comparado con esto. Oigo cómo me late el corazón en el pecho mientras la flor espachurrada se despliega, devolviendo la vida a sus pétalos.

La multitud exclama de asombro y varias personas se levantan de golpe.

Los botanistas no pueden hacer eso. Pueden crear nueva vida vegetal, pero no pueden reanimar las plantas que ya están muertas. Mi mente se activa en busca de una respuesta, mi memoria va pasando páginas repletas de historias tachadas y mapas con manchas de café. No encuentro nada, salvo una respuesta, pero es absurda. Solo hay un grupo de anómalos en el

mundo capaces de hacer eso, pero estaban en la lista de clanes extintos en la última página del cuaderno de mi padre.

—Hace años que tengo constancia de los combates en el foso. Los gladiadores —Ananias sonrío al oír los vítores que genera esa palabra—. Eso es lo que son: guerreros. Valientes que utilizan sus poderes a su antojo, sin miedo. Por eso estoy aquí y he pedido iniciar el torneo en esta jaula. — Señala la estructura que se alza a su alrededor.

Me acuerdo de mi charla con Sapphira. Ella no quería que supiera lo que hacen aquí. Ahora lo entiendo. Este refugio colectivo es un local de combates clandestinos.

—¡Bienvenidos al torneo de la restauración! —exclama Ananias, y los aplausos se vuelven ensordecedores.

Mi instinto de supervivencia me dice que me largue. Si me voy ya, llegaré a tiempo al bus. Pero hay otro pensamiento más poderoso y estridente: el que rodea a la palabra «restauración». Si eso significa lo que yo creo, entonces Ananias es un restaurador.

Alguien así no debería existir. Y si existe, significa que las anotaciones de mi padre no eran del todo correctas. Significa que mi padre se equivocaba en algo, y esa posibilidad resulta tan inquietante como esperanzadora. Sin embargo, al cabo de un rato, la inquietud se acaba imponiendo y empiezo a escabullirme hacia la puerta.

Un torneo.

De repente, lo entiendo todo. El lugar, la parafernalia. Ananias ha convertido un *ring* de combate en una recreación del torneo de la reina de los venenos.

Es una gigantesca patada en los morros a los centinelas, y me ha pillado a mí de por medio.

Aldrick bromeó con lo de que este lugar no es una revolución, pero eso es precisamente lo que es.

—Antes de que pasemos al primer combate, quiero exponer algunas reglas básicas, porque este torneo será diferente de las contiendas que suelen celebrarse en el foso.

La sala está más abarrotada que cuando llegué, así que resulta difícil moverse. Me cobijo detrás de un tipo con un traje gris.

—Todos los participantes han firmado un acuerdo con mi fedataria, Mara. Es por su propia protección.

¿Una fedataria? La conversación que mantuve con Sapphira regresa de golpe a mi mente.

—Si un gladiador firma un contrato, se convertirá en parte activa del torneo y estará protegido hasta que renuncie o pierda. Eso significa que nadie podrá hacerle ningún daño fuera del *ring* durante el tiempo que dure el torneo.

Ananias hace una pausa y sonríe, mientras el público lo vitorea.

—Y no habrá árbitro. Mi ayudante, Tessa, comentará los combates con su salero habitual, pero no intervendrá en ellos. En este torneo es tan importante la voluntad como la magia. ¿Cuánto dolor podéis soportar? ¿Cuánto podéis infligir? Pronto lo averiguaremos.

Hace otra pausa, sonriendo, mientras el público prorrumpe en una nueva ronda de aplausos. Es una sonrisa radiante. Genuina. De no ser por el nudo que siento en el estómago, casi podría llegar a creer en la esperanza que nos está vendiendo.

—Empecemos a lo grande, ¿os parece?

Las luces se apagan de nuevo y una oleada de aplausos se extiende por la estancia. El foco se proyecta sobre la jaula cuando entra en ella un rostro que me resulta familiar, mientras los altavoces escupen una canción de *rock*.

Es Aldrick.

—¿Qué? —susurro, deteniéndome para contemplar la jaula.

Otro tipo entra en la jaula por el otro extremo, paseándose cerca del enrejado mientras la voz de una locutora resuena por la sala. Es Tessa, la chica que anoche impidió que se montara una buena. Va caminando en círculo alrededor de la jaula.

—En primer lugar, tenemos a Aldrick contra Gregory.

Todo el mundo ha dejado de moverse, así que me resulta más difícil esquivarlos. Estoy tan desesperada por salir de aquí que estoy a punto de liarme a empujones.

—Recordad: esta noche no hay árbitros. Todos los gladiadores lucharán hasta que el otro se rinda.

Aldrick se adentra en la jaula, sonriendo con suficiencia.

Gregory se desliza la lengua por los dientes y hace un gesto obsceno con las caderas; entonces, deja de sonar la música de presentación. Los dos se quedan quietos.

Tessa alza los brazos y luego los deja caer, señalizando el comienzo del combate. Los luchadores comienzan a moverse en círculos, acechándose.

Aldrick es un pétreo, así que tiene ventaja. Al menos, eso creo, ya que Gregory es más alto y corpulento que él, aunque parezca imposible. Me muerdo la manga de la sudadera. Un ritmo provocativo y pegadizo emerge de los altavoces y Aldrick se abalanza hacia el frente, apretando los puños. Su piel se torna de color gris ceniza mientras corre hacia su adversario, descargando un puñetazo que Gregory esquiva por los pelos.

Los pétreos pueden hacer que su piel se vuelva tan dura como una piedra—de ahí su nombre—, pero no pueden mantener esa apariencia durante mucho tiempo y tampoco pueden transformar la totalidad de su cuerpo. Espero que su enemigo no pueda discernir qué parte de Aldrick resulta vulnerable. Gregory toma impulso con una mano y le arroja una esfera oscura a Aldrick.

—¡Qué manera de empezar la noche, damas y caballeros! —exclama Tessa a través del micrófono—. ¡Tenemos a un pétreo contra un artificiero! Esas bombas en miniatura se llaman crisálidas. Son como granadas de intensidad variable. ¡Pero no os preocupéis!

Una de las crisálidas impacta contra el enrejado metálico, que forma una onda expansiva al tiempo que la crisálida cae al interior del *ring*, sin provocar ningún daño.

—La jaula está protegida. De ella no saldrá nada indebido.

«Acaba con esto de una vez», pienso, mientras observo cómo Aldrick danza alrededor de Gregory con una sonrisita de superioridad. Pero por los rugidos y las exclamaciones del público, se nota que no es eso a lo que han venido. Los asistentes habituales al foso no quieren rapidez, quieren sangre.

Y eso es lo que tendrán si Gregory alcanza a Aldrick.

Este lugar me pone enferma. ¿Se puede saber qué les pasa? Siempre me he preguntado quién asistiría al Coliseo de Roma. ¿Qué clase de gente acude por voluntad propia a ver cómo sufre alguien?

Gente como esta.

Gregory lanza una crisálida que pasa rozando junto al lóbulo de la oreja de su rival. La multitud contiene el aliento, pero Aldrick no parece afectado. Le asesta un puñetazo en la mandíbula a Gregory y lo derriba, pero su adversario gira sobre sí mismo y le hace la zancadilla antes de que pueda rematar la faena. Una crisálida sale disparada, pero se detiene al impactar contra los eslabones metálicos de la jaula. La crisálida chisporrotea y se desvanece.

Agacho la cabeza y cierro los ojos con fuerza.

Sinceramente, creo que no ver nada es peor. Los vítores. Los gritos de asombro. Los silbidos, los abucheos y los chillidos. El sonido de los ansiosos y los sanguinarios. El sonido de la peor cara de la humanidad, ávida de sangre derramada, orgullos rotos y cuerpos machacados.

Me doy la vuelta para largarme de aquí. Entonces, me doy de bruces con el tipo que tengo al lado.

—Uf. Lo siento mucho.

El público enloquece y yo me obligo a mantener la mirada gacha para no girarme hacia el *ring* y comprobar qué les ha entusiasmado tanto. Con este nivel de decibelios, tiene que ser por lo menos un diente roto.

—No pasa nada —dice el tipo. Me suena su voz.

Se da la vuelta y me mira, pone los ojos como platos al reconocermelo.

Es Sam.

Lo que faltaba. El chico que presencié mi único desliz en más de un año —un chico al que pensé que jamás volvería a ver— está aquí.

Empiezo a abrirme paso entre la masa de desconocidos para tratar de llegar hasta la puerta. Sam se gira del todo, como si pretendiera ponerse a charlar. Eso ni de coña.

—Tengo que irme —murmuro, pero mi voz se pierde entre una nueva ronda de gritos y aplausos.

—¡Oye! ¡Espera un momento!

Le oigo murmurar disculpas mientras se apretuja entre la gente para seguirme. Pero, a juzgar por la diferencia de tamaño, le va a resultar mucho más difícil que a mí.

«Sigue avanzando, Vesper. Sigue avanzando. No le respondas. Ni se te ocurra». Más gritos de asombro entre la multitud. Esto no ha terminado aún.

Echo un vistazo por encima del hombro. Gregory está en las últimas, Aldrick simplemente está alargando el final. En unos minutos, todo habrá terminado.

Me doy la vuelta hacia Sam.

No me delató ante la policía. Ni siquiera pareció sorprenderse demasiado cuando utilicé mi magia. No es la primera vez que se topa con anómalos. Puede que venga por aquí a menudo, cuando se celebren combates convencionales en el foso.

Miro hacia la jaula. No veo bien desde tan lejos, aunque oigo cómo los espectadores de la primera fila empiezan a entonar: «Aldrick, Aldrick, Aldrick», así que al menos eso me confirma que está bien.

—¿La pulsera? —pregunta una voz ronca detrás de mí.

Me doy la vuelta. Un segurata alto y con trencitas sostiene una pequeña linterna. Me está mirando.

—¿La pulsera, por favor? —vuelve a preguntar, más despacio, como si yo fuera idiota.

—Ya me marchó —replico, tratando de esquivarlo. Pero el tipo me bloquea el paso.

—De eso nada, guapita. Si ves el combate, tienes que pagar por él.

Se me encoge el estómago. Me estoy quedando sin pasta. Para empezar, voy a tener que comprar un nuevo billete de autobús. Y no sé cuánto costará la entrada para ver un combate clandestino.

Sam se sitúa delante de mí y me coge de la mano.

—Viene conmigo. Y, por cierto, no le gusta que la llamen guapita, ¿verdad...?

Se da la vuelta hacia mí, lanzándome una mirada interrogativa.

—Vesper —respondo entre dientes.

El portero me mira de arriba abajo durante unos segundos, después parece llegar a la conclusión de que no soy una amenaza. Me quedo quieta un instante, insegura. Esto sucede a menudo, y nunca sé cómo sentirme al respecto. Soy taimada y esquiva, pero aun así siempre consigo el beneficio de la duda. No dejo de ser una rubita menuda. No encajo en el prototipo de lo que parece «peligroso». La coartada que me ofrece mi aspecto, cuando sé lo letal que soy en el fondo, hace que se me revuelva el estómago.

El segurata se larga y yo me cruzo de brazos, estupefacta al pensar que este chico ha vuelto a ayudarme.

—Así que vienes mucho por aquí, ¿eh? —le espeto, dándome la vuelta hacia él.

—No.

—¿Has venido a luchar? —insisto.

—No. Soy un común.

Lo miro fijamente. No tiene motivos para mentir sobre eso.

—No necesitaba tu ayuda.

Voy a tener que buscarme otra réplica. Esta no tiene gancho.

—Nadie ha dicho lo contrario —responde, cruzándose de brazos también—. ¿Sabes? Podrías darme las gracias y punto.

Fuerzo una sonrisa. Pensar que ha venido a ver cómo Aldrick y otros como nosotros se muelen a palos para sobrevivir me pone enferma.

—Eh, Sam, gracias por ayudar a los anómalos de tu localidad. Gracias a clientes como tú, podemos partirnos la cara a cambio de productos de primera necesidad, como medicamentos y comida. Eres un verdadero héroe.

Me doy la vuelta, pero Sam me sigue mientras me dirijo en línea recta hacia la puerta por la que entré.

—Eso es generalizar un poco, ¿no te parece? —replica.

Su voz suena muy cerca de mi oreja. Madre mía, me está siguiendo.

—No —replico, girando la cabeza por encima del hombro.

No pienso responder a más preguntas. Voy a largarme de aquí, aunque estoy tardando una eternidad, porque la sala está abarrotada.

—¿De veras? ¿Les has preguntado a los demás anómalos del lugar qué opinión tienen de los combates?

Abro la boca para responder, pero no llego a decir nada porque las luces se atenúan y el público lanza otro bramido ensordecedor. Ananias entra en la jaula, ahora vacía, haciendo girar su flor resucitada entre los dedos.

Aldrick se encuentra a los pies de la puerta de la jaula, sonriendo con los dientes ensangrentados mientras la gente que le rodea le da palmaditas en la espalda. Ha vencido.

Necesito salir de aquí. No puedo soportarlo más.

Me doy la vuelta y me abro camino hacia la puerta. Avanzo muy despacio, ya que hay muchísima gente.

—Este es un mundo nuevo, muchachos. Nuestro mundo. Se acabó el miedo. Es una era con un potencial tremendo. Aunque sé que algunos de vosotros no lo tenéis tan claro. Os asusta pensar, y es comprensible, que la libertad que habéis experimentado últimamente solo sea temporal. Parece un riesgo enorme participar en este torneo. Y por eso voy a ofrecer una gran recompensa a aquellos valientes que se atrevan a luchar. Al ganador de la ronda final del torneo le ofreceré una restauración, junto con un millón de dólares en efectivo.

Me detengo y me giro hacia la jaula.

Los aplausos resultan ensordecedores, pero lo único que oigo es cómo retumban los latidos de mi corazón en mis oídos. La cabeza me da vueltas mientras intento procesar lo que acabo de oír. El dinero me da igual, pero...

Una restauración.

Un reinicio.

Una segunda oportunidad,

Cierro los ojos y noto un regusto a ceniza. Me huele a humo, oigo el crepitar de las llamas y veo el rostro de Carmen. Veo a mi familia reunida, ilesa y al completo.

Podría revertirlo.

Se forma un pensamiento voraz en mi interior, me embarga una esperanza que se extiende por mi cuerpo antes de que el sentido común pueda decirme que esto es una locura.

No sé cuándo he reanudado la marcha, pero el caso es que me estoy abriendo paso a empujones entre la multitud para llegar hasta el borde de la jaula, dejando atrás a Sam.

Cuando abro los ojos, veo a Aldrick al pie de las gradas, chocando los cinco con la gente que le está felicitando. Le agarro del brazo. Él pone los ojos como platos, sorprendido de verme por aquí.

Aldrick se agacha y yo le acerco los labios a la oreja.

—Quiero participar —susurro.

Él se aparta y me mira, sonriendo.

Todo enmudece a mi alrededor mientras sigo a Aldrick y a un guardia llamado Demitri hacia lo que Aldrick denomina el corral: el lugar donde los contendientes esperan a que los llamen. En una noche corriente de peleas en el foso, puedes elegir a quién quieres desafiar en combate. Pero esto ya no es una pelea clandestina convencional, así que los emparejamientos se deciden al azar. He tenido suerte, me cuenta Aldrick, porque el aspirante que ocupaba el puesto número quince no se ha presentado. Es mi oportunidad.

Me explica que solo los ganadores de hoy pasarán a la segunda ronda y que a partir de ahí la cifra se reducirá a cuatro y después a dos. Su voz parece lejana mientras me imagino metida en la jaula. Me ponía tan nerviosa antes de las exhibiciones con las animadoras que siempre me entraban ganas de vomitar, y lo peor que podía ocurrir allí era que aterrizara de morros después de dar una voltereta hacia atrás.

Ahora estoy sentada en un sofá raído, mirándome las manos. Decidí no volver a utilizar mi magia. Esa magia peligrosa, incontrolable y nefasta que ha estado a punto de matarme cada vez que la utilizo. Pero aquí estoy.

Tenía planeado irme a recoger almendras. ¿Cómo narices he acabado aquí? Apoyo la cabeza entre mis manos y rememoro los últimos quince minutos.

Aldrick me condujo hasta la mesa de inscripciones; miré a mi alrededor mientras esperaba. Médicos con ropa de calle hablaban y reían, desperdigados por el pasillo, bebiendo cerveza gratis y viendo los combates en una pantalla con emisión en directo instalada en la pared. La fedataria, una chica con el pelo rosa, se encontraba situada al otro lado de un libro encuadernado en piel, explicando las reglas.

Nada de armas externas, ni tiempos muertos, ni... árbitros.

Palidecí al oír eso último y ella me lanzó una sonrisita.

—No tienes por qué firmar si no quieres.

Pero es que sí quiero. Lo necesito. Es una posibilidad de redención, y puede que no tenga otra igual.

Cogí el boli con una mano temblorosa, mientras la chica recitaba del tirón las demás normas. Los ganadores de la velada pasan a la siguiente. Existe una posibilidad de repesca para la segunda ronda, pero la cuota de

acceso es de diez mil dólares. Solté un bufido. Más me vale ganar esta noche. Leí por encima el resto del documento, torciendo el gesto al toparme con una perorata legal que venía a decir: «Sí, somos conscientes de que podemos morir y, no, no os haremos responsables si acabamos tullidos o enterrados».

Debí haberme marchado cuando leí la frase «muerte o perjuicios físicos severos» en el documento, pero cada vez que pienso en rajarme, oigo los chillidos de Carmen en el fondo de mi mente, revoloteando y chocando contra mis pensamientos como un pájaro enjaulado. Yo pensaba que tenía mis líneas rojas, pero nunca había tenido la oportunidad de enmendar lo que hice. Ahora, ante esa oportunidad, estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de revertirlo. Y si eso implica utilizar la magia para revertir lo que la magia destruyó..., que así sea. Tiro del padrastro que tengo en un dedo hasta que me sale sangre. Me acerco el dedo a los labios y chupo la gota mientras miro en derredor. Hay un par de sofás en los que puedes sentarte a meditar sobre tu destino, una pantalla con la imagen en directo de los combates para meterte el miedo en el cuerpo y una tonelada de bebidas energéticas para pegarte tal chute de cafeína que estés listo para ir a matar a alguien o para correr media maratón. O ambas cosas al mismo tiempo.

Un cuerpo cálido se deja caer sobre el sofá, a mi lado.

—Vale, seguramente solo nos queden unos minutos, así que escucha bien.

Me sobresalto al sentir su presencia. Cuando me giro, veo a Aldrick, que señala hacia un grupo de anómalos plantados junto a la puerta.

—Esa de ahí es Brittany, la polvera. Despide un polvo reluciente que provoca alucinaciones. No es para tanto. Además, es buena gente. Una vez me ayudó a sacar la bolsa de M&M's que se me había quedado atascada en la máquina. Kate, la ocultadora. Scot, el metamorfo. Diana, la lévitas: puede flotar, literalmente.

Menciona unos cuantos anómalos más. Había oído hablar de algunos de ellos, otros son una novedad. Los observo, tratando de asimilarlo todo. Aldrick señala hacia una chica con unos rizos alborotados y una cazadora de piel rosa; lleva puestas unas gafas de sol moradas, pese a que estamos en interior. Y encima es de noche.

—Esa es Jill. No te preocupes por ella. No pelea con otras mujeres, por principios. Así que renunciaría antes que enfrentarse a ti. Aunque la he visto machacar a un par de tíos.

Sonrío, me gusta cómo suena eso.

Un chico de piel oscura, vestido con un jersey y unos vaqueros, le da una Coca-Cola Light y se sienta a su lado.

—Y ese es Rob, un ánimus, el único anómalo masculino al que Jill le dirige la palabra.

Tomo nota, por si acabo en la jaula con él. Repaso mentalmente todos los nombres, tratando de mantenerlos en orden. Kathy. Luke. Jo. Por algún motivo, Aldrick me está proporcionando información, así que debería aprovecharla. Una vez más, me sorprende comprobar que los poderes de los demás parecen muchísimo menos engorrosos que el mío.

—Espera —digo, alzando una mano—. ¿Por qué me estás ayudando?

Aldrick se encoge de hombros.

—Tú ayudaste a Sapphira cuando los polis fueron a por ella. —Lo dice como si fuera lo más natural del mundo—. Además, me arrancará las pelotas si te ocurre algo ahí dentro, teniendo en cuenta que no te saqué a patadas de aquí en cuanto pusiste un pie dentro.

—¿Dónde está ahora?

—Por aquí, en alguna parte. Sapphira es una botanista. Fue ella la que creó las enredaderas de acónito —dice Aldrick, señalando hacia el techo.

Me doy cuenta de que no le pregunté a Sapphira cuál era su poder. Me quedo mirando las enredaderas que cubren el techo. Si no fueran tan letales —y el símbolo de la gente que probablemente quiere verme muerta—, me parecerían bonitas.

—Aunque Sapphira se deja ver poco. A ella, eh... —Él también se queda mirando las enredaderas—, digamos que no le gusta presenciar los combates.

—A mí tampoco me gustaría ver cómo le pegan una tunda a un ser querido.

—No me han pegado ninguna tunda —protesta Aldrick, que alarga el brazo para dar unos golpecitos en una de las enredaderas.

—Ya. Por cierto, aún tienes un poco de sangre seca en la barbilla — replico.

Aldrick pone los ojos en blanco, pero se limpia el pescuezo con el reverso de una de sus manazas.

—Es el comienzo de algo bueno. Sapphira no tardará en darse cuenta. Todo esto vale la pena.

—Te veo muy convencido.

—Este es el futuro, Vesper. Ahora somos libres.

—Lo repito: te veo muy convencido —replico.

Aldrick se acerca hacia mí, yo me giro para mirarlo. Él se inclina hacia delante, con el rostro magullado y un gesto muy serio.

—Estoy seguro, Vesper. ¿Es que no lo has entendido aún? Te creía más avispada.

Frunzo los labios y pongo cara de no saber a qué se refiere.

—Ananias utilizó su poder para anular la regla de la sombra. Hace un par años. Él solito cambió el rumbo de la historia... y los centinelas no lo han matado. En dos años. ¿Sabes por qué?

«La regla de la sombra». Mi memoria repasa velozmente libros e incontables búsquedas por internet. Era la norma que nos obligaba a mantener nuestros poderes en secreto. Era el motivo por el que no pude demostrarles a mis padres lo que era capaz de hacer antes de ese 4 de julio en el que cambió todo.

Aparto la mirada, tratando de procesar esa idea. Los restauradores no deberían existir, pero acabo de ver uno con mis propios ojos. Y los centinelas ya se habían ausentado otras veces, pero nunca durante dos años.

—Porque los centinelas han desaparecido.

Sus ojos oscuros despiden un brillo de entusiasmo, uno que solo puede ser fruto de una fe inquebrantable. Antaño, yo también tuve una fe como esa. Creía que las cosas tenían un propósito y que el bien siempre salía victorioso. Pero no creo que vuelva a experimentar nunca esa clase de fe.

Tengo demasiado asimiladas las advertencias de mi padre como para disiparlas con una única esperanza descabellada. Mi padre se equivocaba con los restauradores, pero acertó en muchas otras cosas.

—Me estoy metiendo en esto a sabiendas de lo que estoy arriesgando, Aldrick —respondo, negando con la cabeza—. Y tú también deberías. Los centinelas no han desaparecido.

Aldrick me sonrío.

—Dejémoslo estar. Y, en un par de meses, cuando el mundo haya cambiado y nos estemos pegando la vida padre..., aceptaré tus disculpas.

Su sonrisa es tan natural y contrasta tanto con los cortes que tiene en los labios que no puedo evitar devolverle el gesto. Ojalá pudiera tener tanta fe en algo.

Los dos nos ponemos a observar la pantalla cuando anuncian el combate de Mavis frente a Theo. Agarro a Aldrick del brazo. La música comienza y Mavis rodea en círculos a su adversario. Va vestida de cuero negro. Él, sin embargo, tiene la misma pinta que cuando me recogieron anoche: va en vaqueros y con una camiseta blanca.

Mis pies se mueven por voluntad propia para acercarme y tratar de ver mejor.

Theo levanta una mano y gira las palmas. Dos discos de cristal tan finos como cuchillas salen disparados hacia el cuello de Mavis. Ella se agacha, los discos impactan contra el enrejado metálico de la jaula y el cristal se hace trizas sobre la lona. Varias esquirlas pasan volando junto a Mavis, desgarrándole la mejilla. Suelta un chillido y retrocede ligeramente, mientras se limpia la sangre con el antebrazo.

Incluso desde esta distancia, veo que Mavis está sonriendo. Se quita un guante con los dientes. Theo sigue disparando cristales por las manos, agachándose para dirigir los proyectiles hacia los pies de Mavis. Ella salta y se da la vuelta para tratar de golpear a Theo. Él logra esquivarla, pero ella le embiste y lo derriba.

Theo cae al suelo, alza las manos para crear un bloque de cristal rojo a modo de escudo. Mavis apoya una mano encima y lanza un chillido espantoso. El cristal se desintegra. Theo intenta rodar por el suelo, pero su adversaria se abalanza rápidamente sobre él. Cuando está a punto de rozarle el cuello con el dedo, Theo alarga el brazo y da unos golpecitos sobre la lona.

Tessa hace sonar un silbato desde el exterior de la jaula y Mavis se queda quieta.

—¡Ya tenemos ganadora! —exclama Tessa a través del micrófono.

Mavis sonríe y roza con el dedo la camiseta de Theo. Se desintegra, dejando al descubierto su pecho salpicado por un vello oscuro.

Después se pone el guante y se agacha para ayudar a Theo a levantarse. Se oyen silbidos y abucheos procedentes de las gradas. Theo se ruboriza y se cruza de brazos, mientras su adversaria le hace una reverencia. Él sonríe a regañadientes y le hace una peineta a Mavis mientras salen juntos de la jaula.

Ella pasa a mi lado, sonriendo como si se creyera la reina del mambo. No se le ha emborronado el maquillaje ni un poquito durante el combate. Así de injusta es la vida.

—Es para troncharse. —Se echa a reír, agarrándose la barriga, mientras su melena rubia le cae sobre el hombro—. Se te van... a merendar... ahí dentro —masculla entre carcajadas.

—Ya basta, Mavis —dice Aldrick, poniéndose en pie.

Estoy a punto de replicar, pero entonces alguien pronuncia mi nombre por un altavoz.

«Vesper».

Me encuentro en una jaula rodeada por un enrejado metálico, cegada por la luz de un foco. A mi alrededor resuenan voces entre la oscuridad, y los latidos de mi corazón se han convertido en un tamborileo constante en mi pecho. Soy como un colibrí moribundo hasta las cejas de Energy Monster y de unos ositos de gominola que me dio Aldrick para disimular el regusto a bilis que me quedó después de vomitar en una papelera de camino al *ring*.

Otra persona entra en la jaula. Me muevo hacia un lado para verlo mejor. Es más alto que yo, pero tampoco mucho. Tiene el pelo trigueño y arremetido por detrás de las orejas, y lleva puesta una cazadora negra de motero a juego con unos vaqueros rotos. Se la quita y se la entrega a una chica que está esperando en las escaleras. Va descamisado. No sé qué se cree. La melena de la chica se derrama sobre sus ojos cuando coge la

cazadora y tira de él para compartir un beso apasionado y completamente fuera de lugar.

Tessa dice algo que no entiendo y la puerta de la jaula se cierra.

Clinc, clinc, clinc. Está atrancada.

¿Por qué narices la han atrancado? ¿Qué sentido tiene?

«Concéntrate, Vesper».

—Carl contra Vesper —anuncia Tessa. Las luces se atenúan, despiden un fulgor morado mientras se elevan hacia el techo.

Carl me sonrío, aunque no es tanto una sonrisa como el gesto que ponía Íñigo Montoya cuando avistaba una lagartija en la terraza.

—¿Preparados? —exclama Tessa, alzando las manos hacia el techo.

Antes de que me dé tiempo a pensar, Carl flexiona la muñeca. De su piel emerge un aguijón, negro y reluciente.

Es un ácaro. Si me pica con esa cosa, el combate habrá terminado. Y puede que mi vida también. Tessa baja los brazos.

Carl balancea la mano y el aguijón se alarga. Se abalanza sobre mí, pero lo esquivo. Suelta un gruñido al chocar contra el enrejado.

Me lanzo hacia el otro extremo de la jaula, mientras se activa mi instinto de supervivencia, aunque parece que lo único que hace es gritar: «¡Huye! ¡Huye! ¿Estás de coña?». Parece que lo de luchar no entra en sus planes.

Entonces, oigo la voz de Sam por detrás de mí, acercando los labios a mi oreja a través del enrejado. Se encuentra en la esquina donde se sitúan los entrenadores en las películas, agarrado a los eslabones metálicos.

—Quiere hacerte correr. Para cansarte.

Lo miro de reojo por encima del hombro. Tiene una mirada adusta y cargada de tensión, propia de alguien que ya ha pasado por esto antes.

Asiento, porque no sé qué otra cosa hacer.

Carl corre hacia mí. Avanzo un paso para encararme con él y amago hacia la izquierda, después me impulso hacia la derecha y extendiendo un brazo. El palpito de mis manos se aferra a algo. Una voz resuena en mi mente. Suena lejana, pero amenazante. «Mierdecilla», dice.

Me giro y los nudillos de Carl impactan de lleno contra mi boca, derribándome. Se arremolina sangre en mi lengua, caliente y salada, mientras Carl se acerca. Se lanza sobre mí para inmovilizarme en el suelo.

Intento apartarlo, pero me está sujetando las manos a ambos lados de la cabeza. Grito, en parte de rabia, en parte porque siento que se me está escapando mi única oportunidad de redimirme.

Verse atrapada debajo de alguien produce una sensación horrible de impotencia. Saber que ni todos los gritos del mundo conseguirán hacer que desaparezca. Carl está disfrutando. Giro la cabeza para no ver su odiosa sonrisa mientras se inclina hacia mí. Cierro los ojos con fuerza.

—Chillas como una perra. ¿Haces lo mismo siempre que te pones a cuatro patas? —susurra, su aliento me hace cosquillas en la oreja.

Abro los ojos y veo a Sam, aferrado a los eslabones metálicos, con el rostro en tensión. El clamor del público hace temblar el suelo, pero aun así alcanzo a oír su voz, mientras veo cómo mueve los labios.

—Empuja con las caderas —dice.

No sé de qué puede servir eso, pero reúno las fuerzas que me quedan y, con un único y fuerte empujón, impulso las caderas hacia arriba.

Carl no se lo esperaba. Pierde el equilibrio y consigo zafarme de él. Alzo las manos una vez más, aferrándome a su pecho. Él se tambalea y pone los ojos como platos cuando se intensifica mi agarre.

Ahora lo veo. Hay una mujer en una cocina, con el delantal manchado de harina. El pelo le cae sobre la cara mientras gira sobre sí misma, con un destello de odio en sus ojos verdes. Unos ojos idénticos a los de Carl. Es su madre. Coge una espátula metálica de la encimera y la alza sobre su cabeza.

—¡Sal de aquí, mierdecilla!

El hormigueo de la mano aumenta. Me entran ganas de tirar, para extraer el miedo de su interior.

Pero algo me detiene.

Tiene que haber algo más. Algo menos... horrible. Cierro los ojos y examino sus rincones oscuros en busca de otros miedos. Veo payasos, un oso de peluche con los ojos rojos y una panorámica desde la ventana de un piso veintiuno. Todo eso es mejor que esta mujer: la que le partió el corazón cuando Carl era demasiado pequeño para defenderse. Intento aferrarme al payaso —que Dios nos asista—, pero no consigo alcanzarlo.

No deja de zafarse, así que vuelvo a encontrarme aferrada a esa mujer.

Carl se abalanza sobre mí, me coge en volandas y me estrella contra la lona. Mi cuerpo se contrae de dolor mientras me quedo sin aire en los pulmones. Me retuerzo un instante, resollando, hasta que una bocanada repentina infla mi pecho justo a tiempo.

Carl descarga su aguijón, que aterriza en el punto donde estaba mi cabeza, hundiéndose en la lona como si estuviera hecha de mantequilla.

¿Pretendía picarme en la cara? Se acabó. No tengo tiempo para preocuparme por sus movidas de la infancia. Ni siquiera tengo tiempo para preocuparme por lo que puedo hacer ni por lo que podría ocurrir si libero mi magia. Este lugar es una fosa repleta de monstruos, así que tengo que convertirme en algo peor que ellos. Ruedo hasta ponerme en pie y me aferro a él. Carl trastabilla mientras mi magia se apodera del mal que habita en su pecho: una madre maltratadora. Me pregunto si sabrá lo que he encontrado, porque me mira y la chulería desaparece de sus ojos color esmeralda. Solo queda un terror estupefacto. Un niño asustado. Titubeo un instante mientras trato de localizar algo más, lo que sea. Pero no hay nada. Carl pone una mueca mientras se abalanza sobre mí. Lo esquivo, pero él extiende un pie para ponerme la zancadilla. Caigo de bruces y me clavo los dientes en el labio. Pego un grito y ruedo sobre mí misma, mientras Carl despliega las manos. El aguijón viene directo hacia mi pecho y yo me quedo paralizada.

Alargo el brazo y doy unos golpecitos en la lona. Carl detiene el aguijón a escasos centímetros de mí.

—¡Tenemos un ganador! ¡Carl pasa de ronda!

Ya está..., he perdido. Todo ha terminado antes de que llegara siquiera a empezar.

Me pongo de pie mientras la novia de Carl —la del pelo color zanahoria— salta al interior del *ring* y le rodea la cintura con las piernas mientras él alza las manos en señal de victoria.

Me dirijo renqueando hacia la salida de la jaula. Piso el primer escalón, pero pierdo el equilibrio. Alguien me agarra por la cintura. Levanto la cabeza y veo a Sam, que me ayuda a bajar los tres últimos escalones.

—Con cuidado —susurra, sujetándose más fuerte.

Carl, que está delante de nosotros, se da la vuelta para mirarme.

—Eh, rubita, a lo mejor no te lo habían dicho, pero esta es una de esas actividades que no se ganan poniéndose a cuatro patas.

Sam va directo hacia él, pero Aldrick se interpone entre ellos, levantando las manos.

—Ya basta. Carl, tú ganas, so capullo. Ve a meterte en tu cuchitril y cuéntales a tus tres únicos fans cómo le has pegado una tunda a una novata en su primer combate. Seguro que hoy mojas.

—Piérdete, Aldrick —replica Carl, que pierde la sonrisa mientras se da la vuelta.

Se anuncia el siguiente combate, y aprovecho el clamor para deslizarme entre la multitud. Me duele el cuerpo entero con cada paso que doy. Aunque no es nada comparado con el desengaño que asola mi corazón.

Sam me llama, pero su voz se pierde mientras la estancia prorrumpe en aplausos cuando comienza la siguiente pelea. Recojo mi mochila del lugar donde la dejé, bajo las gradas y atravieso el pasillo. No sé adónde voy, pero al menos estoy en movimiento, y con eso me basta.

En el fondo, nunca pensé que podría ganar. Nunca pensé que podría vencer en combate a todos estos anómalos. Puede que una parte de mí se sienta aliviada. Y eso es lo peor de todo. Si ganara el torneo, tendría que volver a casa, y no me había parado a pensar detenidamente en lo que implicaría eso. Tendría que afrontar lo que he hecho, aunque pudiera enmendarlo. Tendría que explicar por qué desaparecí en mitad de la noche. Tendría que apechugar con lo que le hice a mi familia. Lo que hice yo, no mi magia. Mi magia les hizo daño, pero yo se lo permití. Atravieso la puerta trasera, hace una noche húmeda y oscura. Está lloviendo, cómo no. Me pongo la capucha. Me encuentro a seis metros de una avenida, con el océano a mi espalda. Hay una gasolinera en la esquina, al lado de un taller y de una planta de agua embotellada, así que mi plan de ir caminando hasta una estación de autobuses no parece muy buena idea. Aunque eso ya no importa. Mi bus salió hace una hora.

Alguien abre la puerta por detrás de mí.

—¿Vesper?

—No quiero hablar de ello —replico, mirando por encima del hombro. Si giro la cabeza del todo, me duele.

Sam mantiene la puerta abierta con un pie mientras introduce un brazo en su cazadora militar verde.

—Vuelve a entrar. Aquí hace un frío que pela.

Ahora me doy cuenta de que estoy empapada. Me meto bajo el tejadillo, cerca de la puerta, aunque no pienso volver a entrar. Pero tampoco tiene sentido quedarme aquí bajo la lluvia, empapándome, hasta que trace un plan. Me cruzo de brazos.

—Oye, sé lo que se siente. A mí también me han pateado el culo más de una vez —dice Sam.

«¿De veras? ¿Sabes lo que se siente al perder tu única oportunidad de enmendar tu desastrosa vida? Lo dudo».

—No quiero hablar de ello, ¿vale? Fue una estupidez y ya no me queda nada que hacer aquí.

Sam sale a la calle y deja que se cierre la puerta. Suelto un grito ahogado mientras me estiro hacia ella, pero está articulada y se cierra de golpe. Con pestillo.

—Ya no podemos entrar —protesto, fulminándolo con la mirada.

—No tenías cara de querer volver a entrar, así que me parece que aquí el único perjudicado soy yo.

—Yo no te pedí ayuda —replico en voz baja, consciente de que no me refiero solo a lo que acaba de pasar ahora.

No sé por qué decidió ayudarme a intentar ganar ese combate, pero, cada vez que cierro los ojos, veo su rostro en tensión observándome a través del enrejado metálico.

Sam mira para otro lado cuando menciono la cuestión que los dos hemos estado eludiendo. Tiene pinta de querer decir algo, pero lo interrumpo.

—¿Cómo es que conoces este lugar? —inquiero. Bajo la voz, pese a que no hay nadie cerca—. ¿Cómo es que conoces la existencia de los anómalos?

—Tengo un amigo que posee ciertas... habilidades —responde, agachando la mirada.

—Se supone que los comunes no deben saber nada de esto —digo con un hilo de voz.

—Por si no te has dado cuenta, las cosas han cambiado últimamente.

El clamor de la multitud es tan fuerte que estremece las puertas.

—¿Qué es lo que quieres, Sam? —inquiero, encontrando al fin las palabras que llevan revoloteando por mi pecho desde que lo conocí.

—Quiero asegurarme de que estás bien.

—Lo estoy —respondo precipitadamente.

Nadie te cree cuando te precipitas al responder. Y él lo sabe. Me mira con los ojos entornados, como si estuviera esperando a que recule y le cuente la verdad. Me encojo de hombros y el instante se alarga un poco más de la cuenta. El público ruge en el interior mientras le sostengo la mirada a Sam. ¿Qué está haciendo él aquí?

—Así que tu amigo te introdujo en el amplio y fascinante mundo de los jóvenes raritos y desesperados que intentan matarse unos a otros, y tú... ¿te aficionaste a ello?

—No. No es lo que tú piensas.

—Esa es mi frase favorita. Porque casi siempre lo es.

Reanudo la marcha bajo la lluvia. Sam me sigue.

—Ya sé que no quieres oír esto, pero tienes potencial, Vesper.

No puedo evitar reírme.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo se te ocurrió esa idea? ¿Cuando huía despavorida de mi oponente o cuando me inmovilizó en el suelo?

—Hablo en serio. Ha sido tu primer combate, ¿verdad? Apuesto a que ni siquiera habías visto nunca una jaula. ¿Quieres parar un momento?

Llego a la calle y pulso el botón del semáforo. Sam se planta a mi lado.

—Uf, ¿qué hace falta para que me dejes en paz? —protesto, girándome con brusquedad—. No somos amigos. Ni siquiera conocidos. Pensé que podría intentar algo y fracasé. No es la primera vez que quedo en ridículo y no será la última. Debo seguir mi camino —añado, alzando una mano para señalar al frente, mientras pulso el botón del semáforo con la otra.

—¿Y por qué lo hiciste? —me pregunta.

Me quedo inmóvil, porque tengo la respuesta verdadera en la punta de la lengua. Pero me la trago.

—Por un millón de dólares —respondo, con una frivolidad fingida. No suena convincente, pero espero que él no se dé cuenta—. Haría cualquier cosa por una suma como esa, Sam. Como cualquier otro fugitivo sin hogar.

Menuda sorpresa, ¿eh? Ha sido un placer, pero, ahora, si no te importa, quiero ir a lamermelas heridas en privado.

El semáforo se pone en verde y empiezo a cruzar la calle.

—¿Y dónde planeas lamerte esas heridas? —me pregunta desde lejos.

Me doy la vuelta y lo miro, con el pelo empapado y apelmazado sobre la cara. Un camión solitario llega hasta el semáforo y se detiene. Sus faros iluminan el espacio que se extiende entre Sam y yo.

No respondo, lo cual ya es una respuesta en sí mismo.

—Me lo imaginaba —dice, lentamente—. Vente conmigo.

El semáforo se pone en verde y el camionero pita. Me quito de en medio, pero no desando todo el camino hasta Sam.

—¿Cómo dices? He hablado de lamermelas mis propias heridas, pervertido.

Sam niega con la cabeza.

—No es eso. A ver, conozco un sitio donde te puedes quedar. Tenemos un altillo encima del gimnasio. Podrías pasar la noche allí.

Lo lógico sería enfurecerme por su propuesta; decirle que ni lo sueñe, porque no lo conozco de nada, y largarme.

Pero estoy helada y me duele la cabeza, me arden los músculos por el castigo que acabo de recibir. Y aunque tenía todas esas grandes ideas «abstractas» acerca de dónde ir, ahora que Sam lo ha mencionado, me doy cuenta de que no tengo ningún plan y de que pasar la noche al raso es lo que menos me apetece en el mundo. Y tampoco puedo volver a la gruta. No después de lo que ha pasado.

Avanzo un paso y me subo a la mediana.

—¿Y por qué querrías acoger a alguien como yo?

—Porque... —Hace una pausa—. Te contuviste.

Lo fulmino con la mirada y él se acerca, alzando la voz un poco más.

—Tenías algo y decidiste no utilizarlo. Podrías haber ganado, pero te contuviste.

Se me saltan las lágrimas al oír eso. No porque me haya asombrado que tenga razón, sino porque me doy cuenta de lo cerca que he estado de ganar. No me contuve solo por Carl. Lo hice porque no sabía si sería capaz de controlar lo que extrajera de su interior.

Vuelvo a mirar hacia la gasolinera justo cuando se apaga la luz de la «g». Tampoco es que vaya a firmar un contrato de alquiler. Simplemente necesito secarme y trazar un plan. Pero hay otra cosa que me echa para atrás.

—Es peligroso tenerme cerca —digo con voz entrecortada.

Una cosa es correr un riesgo alrededor de un puñado de anómalos. Pero él es un común y podría salir malparado si se junta conmigo. Sam percibe mis dudas, porque se acerca un poco más, levantando las manos.

—Seas lo que seas, he visto cosas peores.

—¿Y tú qué sabes?

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Me mira fijamente. Lamo la gota de lluvia que se me ha quedado encajada en el labio superior. La promesa de un lugar calentito es demasiado golosa como para dejarla pasar. La idea de no estar sola es demasiado tentadora como para ignorarla.

—Solo por una noche —añado, para convencerme más a mí que a él.

Sam señala hacia su camioneta, que está en el aparcamiento. Lo sigo con las manos en los bolsillos.

Una sola noche y, después, carretera y manta otra vez. De vuelta a lo conocido. Y cuando me vaya, me aseguraré de dejar aquí mi esperanza.



ONCE

Circulamos a bordo de su Chevy abollado y aparcamos delante de un pequeño edificio de ladrillo, enfrente del Aloa's. Observo la cafetería por el retrovisor.

—Gabe está bien. Le han dado un par de puntos, pero habría sido mucho peor si tú no hubieras estado allí —dice Sam, como si me hubiera leído la mente.

Me muerdo el interior del carrillo y giro la cabeza para contemplar el gimnasio. No tiene nombre, ni tampoco un letrero enorme que diga: AQUÍ SE EJERCITA LA GENTE GUAY. Hay luz en las ventanas de la fachada.

—Bienvenida a Duncan's —dice Sam, mientras apaga el motor y abre su puerta—. Deja que hable yo.

Agarro la mochila y salgo al amparo de la gélida noche. Ya solo cae un chirimiri, pero aun así me siento aliviada cuando Sam abre la puerta del gimnasio y me envuelve una oleada de calor.

Es más grande de lo que parecía por fuera, con suelos de tatami. Varios sacos de boxeo cuelgan de una viga del techo. Se oyen unos golpetazos, mezclados con una respiración entrecortada y una cuenta: «un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro». Miro a mi alrededor. Una chica rubia y bronceada, ataviada con una camiseta negra de tirantes y unos llamativos guantes de boxeo morados, está aporreando un saco de agua mientras un tipo musculoso y descamisado, con la piel oscura y una rodillera, se encuentra situado detrás de ella.

Avanzo con la cabeza gacha, porque, de lo contrario, sé que me quedaré mirando fijamente los abdominales hercúleos de ese tío. No quiero quedar como una mirona, así que la solución es mirar al suelo.

Ostras. ¿Eso es sangre?

Sí, lo es.

Hay sangre en el suelo de este gimnasio. Y está seca. Como si... no se hubieran molestado en fregarla. ¿Qué clase de deporte implica que derramar sangre sea algo tan habitual como para que se te olvide limpiarla?

—Duncan —dice Sam—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Tómate un descanso, Abigail —dice Duncan.

Los golpetazos cesan y entonces alzo la mirada. No soporto seguir mirando la sangre. La chica se levanta la camiseta para secarse el sudor de la frente. Tiene un ojo amoratado. Me mira con un ligero interés antes de estrujar una botella para derramarse el contenido en la boca. No sabía que la gente hiciera eso en la vida real. Solo lo había visto en los anuncios de bebidas deportivas.

Me quedo rezagada. No me apetece escuchar la perorata de Sam para comprobar si me puedo quedar con ellos, por si acaso Duncan decide que no quiere que haya una chica siniestra rondando por su gimnasio. Me doy la vuelta y me fijo en una vitrina de trofeos polvorienta. Hay varios premios alineados en los estantes: placas de campeonatos regionales en todo tipo de disciplinas, desde el judo al jiu-jitsu, pasando por el muay thai. En el fondo no me sorprende, pero... Bueno, vale, sí que me sorprende. Desde fuera, el gimnasio no parece gran cosa. Pero resulta que es la caña. Oteo los estantes y me topo con una foto de Duncan, mucho más joven, sosteniendo una medalla de plata. El texto del marco me informa de que quedó segundo en lucha libre durante las Olimpiadas. «¿Cómo es posible?». Buf, lo lógico sería que me hubiera vuelto menos clasista, ahora que tengo que comprarme la ropa interior en los mercadillos.

Más abajo, hay una foto de Sam en una jaula. Lleva puestos unos guantes de MMA y un protector bucal.

Me doy la vuelta. Duncan está escuchando atentamente mientras Sam le cuenta mis penas. Ni siquiera se me ocurrió preguntar si pensaba contarle a

Duncan lo del foso. Si pensaba hablarle de mí. ¿Es que todos en este gimnasio conocen la existencia de los anómalos?

En ese momento, Duncan alarga el cuello para mirar por encima del hombro de Sam. Sam se da la vuelta y me hace señas para que me acerque a hablar con ellos. Mientras me acerco, Duncan cruza sus brazos repletos de tatuajes.

—Vesper. ¿Tienes algún apellido? ¿Y un nombre de pila auténtico, tal vez?

—Vesper es mi verdadero nombre —replico, mirando de reojo a Sam, que se limita a retroceder un paso y a sonreír.

Así que esto es una especie de prueba. Para comprobar qué tal me tomo que Duncan me toque las narices. Pues vale. Yo también me cruzo de brazos.

—Sam dice que estás metida en un lío, pero no ha querido darme más detalles sin tu permiso. Sé que lo hace porque es un buen chico. Pero yo tengo un dilema, porque no tengo costumbre de alojar a desconocidos en mi gimnasio. Así que voy a darte una oportunidad para que me cuentes algo que me permita hacerme una imagen de ti, para poder determinar si esto es una buena idea.

La chica con la que estaba entrenando, Abigail, se acerca a él mientras tensa las cintas de color rosa chillón que lleva alrededor de las muñecas. ¿Es que esta chica solo tiene accesorios de lucha de la Barbie?

Vuelvo a mirar a Duncan.

—Me he ido de casa. No tengo antecedentes, ni vínculos con la mafia. No tengo a ningún Liam Neeson detrás, intentando traerme de vuelta a toda costa. Y ni siquiera tengo previsto quedarme mucho tiempo. Solo necesito un lugar donde pasar la noche.

Duncan me mira con los ojos entornados.

—¿Ya está? ¿Ese es tu mejor alegato?

—¿Y si te prometo que sé hacer pis sin salirme de la taza? —añado, encogiéndome de hombros.

Duncan asiente, observándome con una expresión extraña que no termino de descifrar. Luego cierra los ojos...

Y desaparece.

—¿Qué narices es eso? —exclamo, retrocediendo.

Sam se tapa la boca, esforzándose por no reírse, y Abigail se concentra en los vendajes de sus manos mientras esboza una sonrisita.

Entonces reaparece Duncan, que extiende los brazos para hacer una reverencia. ¡Tará!

Duncan es un anómalo.

—¿Eres un escapista? —pregunto.

Da igual cuántas veces me tope con bichos raros como yo, me sigo quedando a cuadros cada vez que veo poderes en acción. Miro hacia el ventanal de la entrada, como si hubiera alguien con un traje negro y un táser dispuesto a llevárselo a rastras hasta algún laboratorio del Gobierno. O centinelas, preparados para entrar y matarnos a todos. Pero ahí fuera no hay nadie.

—¿Qué me dices? —inquire Duncan—. ¿Quieres modificar tu testimonio?

Puede que a él no le importe exponer sus rarezas, pero a mí sí. Y nunca he fingido lo contrario. Duncan parece lo bastante inteligente como para saber que la confianza no se concede a cualquiera y, sin embargo, este gimnasio parecía un antro y dentro hay un anómalo olímpico. Así que las cosas no son siempre lo que parecen.

—Escucha —replico, mirándolo fijamente—, si no quieres que me quede, dímelo y punto.

Duncan sonríe.

—Está bien.

Esas son las dos palabras más inútiles de nuestro idioma. Estoy a punto de largarme cuando Duncan alza la mirada y señala hacia el altillo que se extiende sobre la viga que sujeta el saco de boxeo.

—Ese es el altillo. Hay un sofá cama. La puerta se cierra desde dentro. Puedes quedarte ahí todo el tiempo que necesites. —Se agacha para ajustarse la rodillera—. Ya has descansado bastante, Abigail. Sigamos.

Abigail rota los hombros y yo me aparto justo a tiempo, antes de que la emprenda a puñetazos con el saco de agua con tanta fuerza que hace temblar el suelo. Sam alarga una mano y me roza el antebrazo con los dedos.

¿Cómo? ¿Va a dejar que me quede sin más? ¿Se acabó el tercer grado?

—Eh..., gracias. Y no tengo problema en pagar por el alojamiento. No pretendo que me dejes quedarme aquí de gorra...

Sam me aparta mientras Duncan ondea una mano para que me vaya; después, comienza a hacerle la cuenta a Abigail.

—Si me das una fregona, podría limpiar la sangre que hay ahí...

—Déjalo, Vesper. Vamos —dice Sam, tirando de mí.

—Ella no es una anómala, ¿verdad? —pregunto, sin dejar de mirar a Abigail mientras Sam me lleva hasta la escalera que conduce al altillo.

—No. Simplemente está cachas.

Recuerdo cuando quedarse a dormir en casa de alguien era algo guay. Mis amigas y yo nos esforzábamos mucho para intentar coordinar nuestras quedadas: no siempre resultaba fácil conseguir que nuestros padres accedieran a que cuatro o cinco preadolescentes ocuparan el salón y se pasaran la noche riendo y viendo pelis hasta el amanecer.

Pero siempre conseguíamos convencer a alguno. Entonces, planeábamos la velada entera: qué pelis íbamos a ver, a qué juegos nos íbamos a viciar y qué historias de fantasmas íbamos a contar.

Pero en cuanto se apagaban las luces, ocurría algo. No tenía nada que ver con ser anómala, ni siquiera con tenerles miedo, antes de saber que yo era como ellos. No importa cuánto me divirtiera o cuánto cariño les tuviera a mis amigas... Cuando se apagaban las luces, siempre me entraban ganas de volver a casa. Estaba en una cama que no era la mía, las mantas eran ásperas y la casa olía diferente. Y me rallaba pensar que mis padres estaban durmiendo en otra parte, lejos de mí.

Casi siempre, podía aguantarlo hasta por la mañana. Pero, a veces..., a veces me quedaba contemplando el techo o la hora iluminada en el aparato de la tele, esperando a que se hiciera de día. Sencillamente, era incapaz de dormir en casa ajena.

Ahora me resulta extraño, teniendo en cuenta la cantidad de sitios en los que he tenido que dormir durante casi dos años. Baños de gasolineras. Estaciones de autobuses. Trenes. Entre unos arbustos en un barrio pijo.

Y cada vez que empiezo a quedarme dormida, me pregunto qué pasará si extraigo en sueños algo peligroso de un desconocido. A menudo, lo único que puedo hacer es repetirme que mi madre vino a revisar la plancha del pelo antes de irse a la cama. Me digo que ese pequeño recordatorio fue lo que introdujo su miedo en mi subconsciente. Tal vez sea una gilipollez, pero a veces es el único modo que tengo de dormir, así que lo aprovecho.

Me despierto bruscamente y me incorporo, estremecida por un miedo que conozco bien.

«¿Están todos bien?». Oteo la habitación a oscuras, esperando ver humo, escuchar gritos. Pero, al no oír ninguno, me doy la vuelta y apoyo los pies sobre el frío suelo.

Pum. Pum. Pum, pum, pum.

Me levanto de la cama, me echo la manta sobre los hombros mientras me acerco a la ventana del altillo y me asomo.

El gimnasio está vacío, a excepción de Sam. Está golpeando uno de esos sacos de boxeo. Puños, codos, rodillas, patadas giratorias. Va descamisado, con las manos vendadas, y está empapado de sudor. Parece que lleva un buen rato haciendo esto.

Miro el reloj. Son las cinco de la madrugada.

Podría volver a la cama. No me conviene enredarme aún más en este asunto.

Pero hay algo en la tensión de sus hombros y en su forma de apretar la mandíbula mientras golpea que me resulta muy familiar.

Sus golpes denotan desesperación, como si estuviera intentando agotarse hasta el punto de olvidar qué es lo que lo mantiene despierto.

Y ese es el motivo por el que me quedo aquí plantada, como en trance. Mirándolo.

Eso es lo que tiene la obsesión. Cuando te quedas marcado por cicatrices que tú mismo te has provocado, resulta fácil reconocer esas mismas heridas en otras personas.

Debería meterme en la cama, porque quedarme aquí quieta mirándolo resulta raro y, como me pille...

Mierda. Mierda, me ha visto.

Hace una pausa, jadeando, y me saluda con la mano.

Ahora no me queda otra que bajar. O, si no, esto va a resultar todavía más raro.

—Te prometo que no te estaba espiando mientras entrenabas.

Esas son las primeras palabras que salen por mi boca. No podían ser otras, no. Sam bebe un largo trago de su botella de agua.

—No pensaba que me estuvieras espiando. ¿Te he despertado?

Me encojo de hombros, tratando de quitarle importancia. Tengo que volver a la cama. Seguir hablando con él no traerá nada bueno.

—Lo siento —dice.

—¿Pelear? —pregunto al fin.

—Antes sí —responde sin más.

Me estrecho entre mis brazos, envolviéndome todo lo posible en mi sudadera. Antes me cambié de ropa, pero aún tengo el pelo humedecido por la lluvia. Empiezo a tiritar.

Sam suelta la botella de agua, el silencio se asienta entre los dos. No tenía pensado de antemano qué decir. No tenía pensado nada, en realidad. Debería volver arriba. Llegar a conocerlo más no servirá de nada, ya que me iré por la mañana. Pero mi boca se niega a cerrarse.

—¿Vives aquí?

Vuelve a coger la botella de agua, como si no supiera qué hacer con las manos. Lleva una larga cadena alrededor del cuello, con un colgante ovalado en la punta.

Sonríe al oír esa pregunta, con la boca llena de agua. Traga.

—A veces da esa sensación, pero no. Comparto piso cerca de aquí con mi amigo Wex.

—¿Y tienes trabajo? —pregunto.

Ya sé que suena como si fuera un interrogatorio, cuando esa no es mi intención. Lo que pasa es que no logro calar a este chico, y me gustaría hacerlo. Quiero saber de qué narices va.

Sam me mira de arriba abajo. Estamos a punto de ponernos a bromear como si fuéramos viejos amigos y los dos somos conscientes de ello. Un paso más y nos adentraremos en aguas pantanosas.

—Pues sí. En uno de los muelles de carga de la ribera occidental. ¿Quieres que te enseñe mi nómina? —me pregunta.

—No especialmente. Pero déjala a mano, por si cambio de opinión.

Sam se da la vuelta para volver a dejar la botella, entonces atisbo un tatuaje que lleva en el tríceps. Está escrito con unas letras muy finas; no podría leerlas si no estuviera tan cerca.

«Elisa», pone.

Cuando se da la vuelta, agacho la cabeza antes de que se dé cuenta de que lo estaba mirando.

Estoy harta de hacer preguntas. Pero hay una cosa más. Una cosa que me lleva carcomiendo desde que llegué aquí.

—¿Por qué fuiste al foso? —pregunto.

—Para no gustarte responder preguntas, te encanta hacerlas.

—Dijiste que no habías ido a ver los combates. ¿Qué fuiste a hacer, si no?

Sam tira de las correas de velcro de sus vendas y las desenrolla. Todavía lleva esa pulsera negra en la muñeca.

—Estaba buscando a alguien.

—¿A alguien? ¿No podrías ser más específico?

Sam lanza un suspiro trémulo.

—Fuiste tú la que dijo que no somos amigos. Me salvaste el culo cuando ese tipo me apuntó al pecho con una pistola, y yo te lo salvé a ti cuando estabas al borde de la hipotermia. Estamos en paz.

Al decir eso, se desliza el nudillo del pulgar por el labio inferior.

«Te está ofreciendo una salida —me dice el sentido común—. Aprovéchala y vete corriendo».

Retrocedo. Sam levanta la cabeza, ligeramente mosqueado. Señala hacia el saco.

—Si no piensas volver a la cama, empezaré otra ronda.

La irritación que me produjo durante aquella primera noche en el Aloa's ha vuelto; me enfurezco al oír ese tonito.

—Oye, has sido tú el que me ha despertado, ¿vale? Yo solo quería asegurarme de que estuvieras bien. Y tal vez...

Me interrumpo. Lo que voy a decir es una de esas cosas que luego no puedes retirar. Lo intento de nuevo.

—Parecías...

Me interrumpo de nuevo, intentando encontrar las palabras. ¿Cómo podría expresarlo?

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

Sam hace una pausa y luego suelta una risita hueca.

—Estoy bien.

Su voz suena a derrota. Ya no hay rabia en sus palabras. Algo ha cambiado en su tono. Suena brusco y crispado. Debería recular. Debería asentir con la cabeza y marcharme al piso de arriba. Debería recoger mis cosas y poner rumbo a la estación de autobuses más cercana. Eso es lo que debería hacer.

Debería volver a estar sola. Estuve viviendo en un estudio desvencijado encima de una pizzería en Seattle, donde la única amiga que tenía en toda la ciudad era una araña que tejió su tela en el techo del apartamento. La llamé Winston y me ponía a hablar con ella cuando me sentía sola. Y, oye, nadie salió herido mientras estuve allí. No hubo ni inundaciones ni incendios.

Creo que olvidé, incluso en ese breve lapso de tiempo, lo que se siente al estar acompañado. Sapphira me lo recordó, y ahora hay algo que me mantiene unida a Sam. No hay escapatoria. Me siento atraída por ese gesto de desolación que tanto me recuerda al mío.

No me siento sola. Me gusta estar con él.

Me gusta que acudiera a proteger a Gabe. Me gusta que no me delatara ante la policía, que sea amigo de Duncan y que no le asusten los anómalos. Me gusta que intentara ayudarme. Me gusta que me siga dirigiendo la palabra.

Sam golpea el saco una vez más, haciendo temblar la viga que lo sostiene.

—Cuéntamelo.

Hace una pausa para mirarme; las palabras son como partículas que flotan en el aire mientras se lo piensa.

—Estaba buscando a un gladiador —responde, levantando el brazo para mostrarme la pulsera negra que vi hace un rato. De repente, la reacción del

segurata cobra sentido.

—¿Quieres participar en el torneo? —pregunto, retrocediendo.

—No puedo. Soy un común. Pero sí, mi intención era patrocinar a un anómalo.

—¿Quieres ganar el millón?

Sam suelta un suspiro.

—No busco dinero.

Hay algo que quiere revertir. Algo que necesita cambiar.

—¿Y por eso me seguiste hasta la calle?

Me da el bajón. Si todo esto ha sido una argucia para conseguir que pelee por él... Pero se me pasa cuando veo cómo me mira.

—No, Vesper. Te seguí porque quería asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Y no perdiste tu oportunidad de encontrar a alguien? —pregunto.

—No. Aún queda la repesca de la segunda ronda.

Recuerdo las reglas del contrato que firmé.

—¿Vas a soltar diez mil dólares a cambio de una oportunidad para ganar el torneo? —pregunto, alzando ligeramente la voz.

Sam se pone muy serio, y esa es la única respuesta que necesito.

—¿Sabes a quién quieres? —pregunto.

—¿Es que nunca te cansas de preguntar? —replica, girando las muñecas, tensando el vendaje deportivo—. Lo sabía, sí, pero ella me dijo que, si intentaba convencerla, me arrearía una patada en el culo —añade, mirándome a los ojos.

Debería cabrearme por haber sacado el tema otra vez, pero hay algo en su mirada que me contiene. Permanezco inmóvil, mientras una idea empieza a cobrar forma en mi mente.

—Carl me puso las pilas, Sam. Perdí.

—Porque te contuviste —replica—. Vi lo que hiciste en el Aloa's. Podrías acabar con cualquiera de ellos.

—No sabes nada sobre mí.

Sam hace una pausa, se desliza el nudillo sobre el labio inferior mientras se gira hacia mí.

—Le preguntaste al tipo del Aloa's qué le daba miedo. Justo antes de que empezara todo.

Sigo inmóvil. Lo miro fijamente sin respirar siquiera, retándole a que lo diga en voz alta.

—Eres una fobos —dice.

—¿Cómo sabes lo que es eso? —pregunto con un hilo de voz.

—Sé más cosas sobre los anómalos que la mayoría de los comunes — responde.

Noto un zumbido en la cabeza mientras la adrenalina se dispara hacia mis oídos. Miro en derredor, tratando de poner en orden mis pensamientos mientras se desperdigan por mi mente. ¿Debería negarlo, decirle que se equivoca? Podría alegar que son imaginaciones suyas.

Pero, cuando vuelvo a girarme hacia Sam, con varias evasivas preparadas en la punta de la lengua, me quedo paralizada al ver cómo me observa con expectación y sin un solo atisbo de miedo.

Antes de que pueda pensar en los cientos de mentiras a las que seguramente debería recurrir, asiento con la cabeza.

Sam avanza un paso, con un entusiasmo palpable.

—Jamás pensé que conocería a alguien con esa clase de poder.

—No es tan guay como parece, Sam. Como demuestra el hecho de que podría haberte matado hace menos de dos días.

—Pero no lo hiciste —replica, negando con la cabeza.

Me río sin ganas y miro al techo, mientras me froto debajo de los ojos con los índices para limpiar los posibles restos del rímel que le afané a Mavis.

—Me contuve porque no podía controlarlo. Puedo aferrarme a la persona cuando está cerca, pero, en cuanto se aleja, pierdo agarre. No me queda otra que localizar el miedo más intenso, que normalmente es el peor. Y entonces...

No concluyo la frase, porque no sé cómo hacerlo. «Y entonces mi miedo lo alimenta y ya no desaparece. Se vuelve más grande que yo. Libero un monstruo».

Aunque eso no es lo único que me convierte en un monstruo. La idea que se formó en mi mente hace unos minutos sigue creciendo en segundo plano, mientras Sam se acerca, con un brillo en los ojos.

—En ese caso, te enseñaré a acercarte. El jiu-jitsu consiste en que el luchador más pequeño utilice el cuerpo de su oponente en su contra. Y si le añades una pizca de muay thai y krav magá, tendrás el control absoluto. Rayos, puede que ni siquiera necesites usar tus poderes, Vesper. Llevo meses observando esos combates. Dependen solamente de sus poderes, y la mayoría ni siquiera saben utilizarlos como es debido. No sabrían qué hacer contra un luchador de verdad. Ácaro o no, hazle una buena llave a Carl y morderá el polvo.

Se asienta un silencio entre los dos mientras me contemplo las manos. No me puedo creer que me lo esté pensando. Sam se acerca un poco más.

—Yo pagaré tu repesca. Deja que te entrene. Patea unos cuantos traseros. Y luego podrás irte con un millón de dólares y yo me iré con...

Se interrumpe cuando alzo la cabeza y le sostengo la mirada. Traga saliva. Conozco ese gesto. Se está tragando sus propias palabras. En esta historia hay más de lo que se ve a simple vista.

—¿Con qué? —pregunto, porque tengo que saber si puedo seguir adelante con esto—. ¿Con qué quieres utilizar la restauración?

Sam se queda mirándome un instante, después mira al suelo, sopesando sus palabras.

—Mi novia se fue —responde con tiento.

Lo miro fijamente.

—¿Y ya está?

Una novia. De repente, el tatuaje del brazo cobra un nuevo significado.

—¿Ya está? —inquire, inclinando la cabeza para mirarme—. ¿Alguna vez te han roto el corazón, Vesper?

—No digo que no sea importante, ¿vale? Lo que pasa es que no te tomaba por el prototipo de...

Hago una pausa, tratando de encontrar las palabras.

—De persona que sienta la cabeza —concluyo con delicadeza.

Entonces, Sam sonrío y la tensión se disipa.

—Bueno. Yo tampoco te tomaba por cotilla, así que supongo que los dos nos equivocábamos.

—¿Cómo funciona? —replico, deseosa de cambiar de tema—. Me refiero al torneo.

Sam me observa.

—Tienes que anotar tu tragedia en un libro de cuentas antes del combate. Si ganas, se producirá la restauración y, luego, te daré el dinero del premio.

—¿Tengo que anotarlo yo? ¿Por qué? —inquiero.

—Solo los anómalos pueden escribir en ese libro.

Mi mente continúa germinando la idea antes de que pueda impedirselo. Se produce un silencio, y lo rompo con una palabra que sella mi destino:

—Adelante —susurro.

—¿Lo dices en serio? —pregunta.

Reconozco ese gesto en los ojos de Sam: es la misma esperanza ardiente y temeraria que experimenté yo cuando mi padre me contó que le habían desposeído. Una esperanza ávida y voraz que es capaz de aferrarse a un clavo ardiendo.

Sam debía de estar muy colgado por esa chica.

Echo un vistazo al gimnasio, lo observo todo, desde el sudor en el saco hasta mis pies descalzos.

—Tampoco te emociones demasiado. Todo esto dará igual si alguien le tiene miedo a una bomba atómica y acabo sumiendo a la mitad del país en un invierno nuclear.

Es un chiste malo. Este no es momento para chistes, y menos para uno malo. Pero lo digo porque quiero que conozca la verdad sobre mi naturaleza, aunque quitándole hierro. Todo el hierro posible cuando se menciona un invierno nuclear, claro.

—Eso no va a pasar —me asegura Sam.

—¿Cuándo es el próximo combate? —pregunto.

—Dentro de dos semanas.

Podría echarme atrás. Podría decirle que lo olvide, que tenía razón al pensar que yo no quería saber nada más del tema. Pero hay un poder palpitando en mi pecho, como un chute de adrenalina. Y, si Sam tiene razón, tal vez —y digo tal vez— podría ganar sin necesidad de liberar un enjambre de abejas asesinas gigantes, o una criatura mitad araña y mitad payaso, o cualquier pesadilla infernal que habite en lo más hondo de los demás gladiadores.

Sam se acerca. Está sudado y jadea mientras me observa. Es la primera vez que me mira así. En la cafetería, yo no era más que una chica que acabó en el lugar equivocado, en el peor momento posible. Luego fui la chica que estuvo a punto de ahogarlo en una cocina industrial. Anoche, me convertí en una chica que necesitaba un sitio donde quedarse.

Pero ¿qué soy ahora?

Sam me está mirando a los ojos y sé que soy la única persona en el mundo que puede cicatrizar sus heridas. Puedo darle el antídoto para la toxina que se introdujo en su organismo desde que se marchó su novia.

—Es una decisión importante. No tiene por qué ser ahora —dice—. ¿Hablamos luego?

Asiento, aunque ya he tomado mi decisión. Pero tengo que hacerme la interesante.

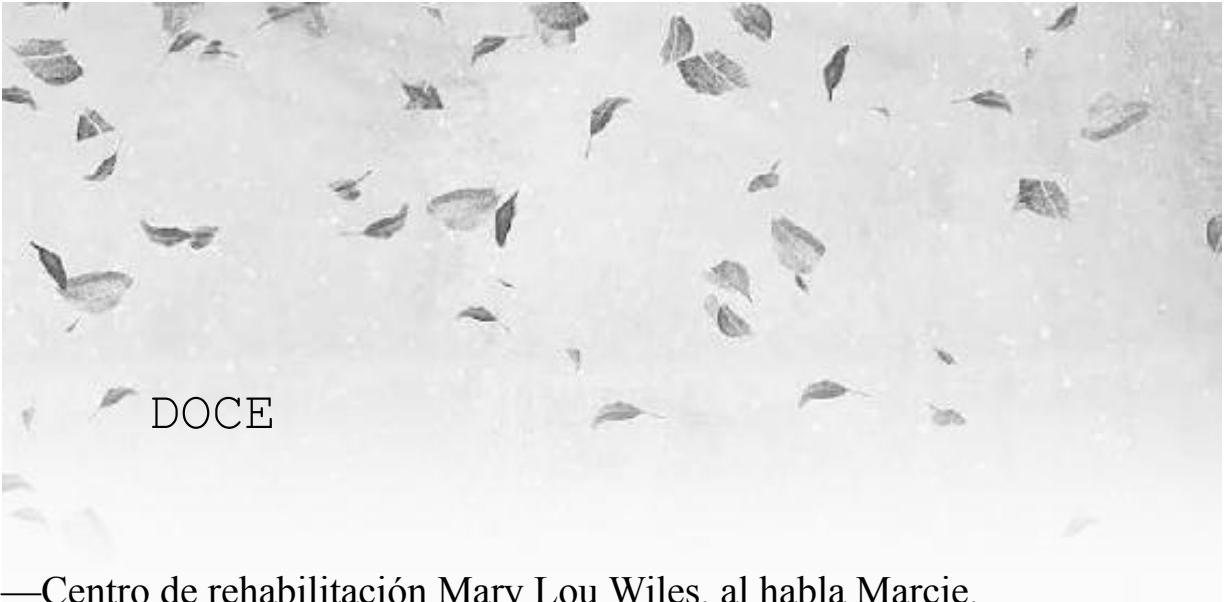
Mientras Sam se va a la ducha, el pensamiento que apenas era una sombra en lo más hondo de mi mente se despliega, extendiéndose por mi garganta hasta llegar a mi boca con tanta fuerza que se me corta el aliento.

¿De verdad me estoy planteando hacer esto?

No solo voy a luchar en ese torneo. Voy a ganar.

¿Y luego?

Luego me quedaré la restauración para mí sola.



DOCE

—Centro de rehabilitación Mary Lou Wiles, al habla Marcie.

La voz que resuena al otro lado de la línea es demasiado alegre como para pertenecer a la recepcionista del pabellón de quemados del hospital Baldwin. Eso no me lo esperaba. Me aparto el teléfono de la oreja y me quedo mirándolo, para asegurarme de que he marcado bien el número.

Tardo un rato en recobrar el habla. He llamado a mi madre al trabajo otras veces, pero siempre colgaba en cuanto respondía. Esta es la primera vez que reúno el coraje necesario para decir algo.

—Eh... ¿El grupo de apoyo se reúne hoy en la sala oeste?

—Sí.

Levanto la mirada del documento. Ante mí, el puente Golden Gate asoma entre la niebla como un titán de leyenda. Estoy sentada en el césped, en la orilla oriental de la bahía. Después de hablar con Sam, apenas dormí unas horas, pero me siento completamente descansada. Me desperté, cogí una barrita de muesli y me vine aquí. Era el lugar más seguro que se me ocurrió para abrir el sobre. Aquí estaré a salvo de miradas indiscretas.

—¿Me puede pasar con ellos? —pregunto con voz trémula.

—Por supuesto —responde la enfermera.

Tardé tres semanas en atreverme a consultar artículos periodísticos sobre el incendio, e incluso entonces apenas podía leer un par de frases del tirón, con una caminata de diez minutos entre medias. Cuando me enteré de que mi familia estaba viva, me eché a llorar. Pero en cuanto la sensacionalista historia de la casa incendiada y la hija desaparecida perdió interés, me

quedé sin forma de comprobar cómo estaban. Indagué un poco en redes sociales, lo suficiente como para saber que no habían dejado de buscarme, pero no tanto como para arriesgarme a ser rastreada. Este sobre es la única información fiable que he vuelto a tener sobre mi familia en casi dos años. Tengo miedo.

Vuelvo a mirar las fotos que tengo sobre el regazo, las fotos de Carmen que consiguió el *hacker* al que contraté. Empleé todo el dinero que había ahorrado trabajando de reponedora en una tienda de barrio, y bastó por poco. Casi todas las fotos son del hospital, mi hermana aparece con la melena recogida en una trenza. Sé, por el informe que me entregó el *hacker*, que Carmen acude los domingos a un grupo de apoyo con un tipo llamado Tim.

Sale sonriendo en las fotos, algo muy propio de ella. Tiene el lado izquierdo de la cara en carne viva; las cicatrices aún se están curando. Aunque eso no le impide tener un aspecto radiante. En una foto aparece un niño pequeño con las manos vendadas, sentado en el regazo de mi hermana, luciendo una sonrisa. En otra sale Carmen con mi padre, yendo al coche después de una reunión de grupo. Se la ve... normal. Contenta. Lleva una taza de Starbucks en la mano y va cogida del brazo de mi padre. En el reverso de la mano tiene unas cicatrices profundas y amoratadas. Antes de mis espectáculos con las animadoras, miraba a Carmen en las gradas, y ella se apoyaba las manos sobre el corazón, una después de la otra. Las dejaba allí apoyadas un momento y después las soltaba al mismo tiempo. Quería decir «Te quiero». Y siempre me hacía sentir fuerte. Ahora, al verle las manos, recuerdo lo débil que era.

Seguramente iban de camino a la casa nueva que compraron un par de meses después de mi fuga. Pararían a por comida y cenarían en el porche con mi madre, con Iris y con Jack.

Me muerdo la lengua con fuerza cuando alguien descuelga el teléfono al otro lado de la línea.

—¿Diga? —dice una voz, entre risas—. ¡Siéntate, Ty! —le dice Carmen a alguien que está a su lado.

Se me saltan las lágrimas mientras me esfuerzo por contener el aliento. Intento no hacer ningún ruido.

—¿Diga? —insiste—. ¿Hay alguien ahí? No se oye nada.

Su voz es la de siempre. La misma voz que me espabilaba por las mañanas cuando se ponía a cantar y a saltarme encima. «Arriiiba, dormilona, no nos hagas esperar», me canturreaba al oído, imitando la molesta manera que tenía nuestro padre de despertarnos cuando éramos pequeñas. La misma voz que chillaba sin parar aquella noche, cargada de dolor y espanto.

—Bueno, seas quien seas, hoy nos vamos a reunir hasta las cuatro y media, más o menos. ¡Pásate! —Se ríe—. ¡Ty! Va en serio...

Clic.

La llamada se corta, pero me dejo el teléfono pegado a la oreja un rato más, bañada en lágrimas.

Carmen parecía radiante, aunque no me puedo ni imaginar el dolor que tendrá que soportar a diario, tanto físico como emocional. Pero al menos está viva.

Me quedo mirando el césped, mientras trato de asimilar lo que estoy a punto de hacer.

Creía haber alcanzado un nivel de monstruosidad imposible de rebasar, pero ahora sé que mi alma aún puede corromperse más. Mi monstruosidad todavía puede aumentar. No por culpa de lo que soy, sino de lo que voy a hacer.

Espero no tener que descubrir nunca hasta dónde sería capaz de llegar.

Toqueteo el sobre que tengo apoyado en el regazo y me quedo mirando el documento, las fotos con los restos chamuscados de mi casa. No voy a limitarme a revertir el incendio. Voy a revertirme a mí misma. Dejaré establecido que nací siendo común.

Entonces, todas las monstruosidades que he cometido se anularán. ¿Y luego? Carmen y mi familia volverán a estar bien.

Me seco las lágrimas que corren por mi mejilla. Con un poco de suerte, eso servirá para compensar la monstruosidad que estoy a punto de hacerle a Sam.



TRECE

Tomo el tranvía de regreso al gimnasio, donde me encuentro a Sam entrenando con otro chico, que lleva el pelo recogido en una trenza y los laterales de la cabeza rapados. Tiene un tatuaje en el omóplato derecho que asoma por debajo de su camiseta negra de tirantes: representa a un santo al que no había visto en mi vida. Otro luchador, que luce una barba espesa, se encuentra en el borde de la esterilla, con un cuchillo arremetido en sus pantalones cortos de chándal. No sé para qué se habrá traído un cuchillo a un entrenamiento, pero he dejado de hacer preguntas desde que vi esos restos de sangre seca en el suelo. Hay cosas que no llegaré a entender nunca.

No se están limitando a boxear. Sam lanza una patada, pero el otro la bloquea y contraataca, tratando de asestarle un codazo. Sam lo esquiva, se agacha y embiste a su adversario, agarrándolo por la cintura. Luego lo levanta en volandas y lo arroja sobre la lona con un golpe seco y desagradable.

De repente, las manchas de sangre dejan de ser un misterio.

—Mueve los pies —dice el barbudo.

El oponente de Sam lanza un gruñido y, por un momento, me pregunto si van a seguir peleando. Pero entonces se echa a reír.

—Ha sido falta, árbitro —dice el de la trenza, quedándose inmóvil sobre la lona. Sam le tiende una mano.

—No puedes pedir falta solo porque hayas perdido, Wex.

Wex. El compañero de piso de Sam. Se estira para agarrar la mano que le ofrece.

—Oye, Sam... —advierde el barbudo. Pero es demasiado tarde.

—No he perdido —replica Wex, tirando de Sam.

Entonces, le rodea los hombros con las piernas, envolviéndolo en un abrazo del oso que tiene pinta de doler que no veas.

Sam forcejea, pero su amigo ha entrelazado los pies por detrás de sus hombros, así que no puede moverse.

—Eso ha sido a traición, Wex —protesta Sam. Su voz se oye amortiguada, ya que tiene la boca pegada al hombro de su amigo.

—El krav magá consiste en pillar a tu adversario por sorpresa, Sam — replica su compañero de piso, apretando los dientes.

Sam se revuelve, pero no encuentra punto de apoyo. Entonces deja de gruñir y se echa a reír a carcajadas, mientras golpea la lona tres veces.

—¿Lo ves? Ahora sí hemos acabado —dice Wex, soltando a su amigo—. Y he ganado yo.

Sam se incorpora y ayuda a Wex a levantarse. Los dos se están riendo. Carraspeo, tratando de llamar la atención de Sam. Él me mira, reparando por primera vez en mi presencia. Después señala a su oponente.

—Vesper, este es Michael Wexler. Wex para los amigos. Un tío tramposo y raro. Y este es Roy, que simplemente es raro.

Sam me mira fijamente a la cara y advierde, demasiado tarde, que debe de resultar bastante obvio que he estado llorando. Parpadeo y me obligo a asentir, como si eso fuera a hacer desaparecer por arte de magia las huellas del llanto. Roy asiente mientras rota los hombros y calienta sobre la esterilla, que ha quedado libre. Wex se ríe y me tiende una mano.

—Supongo que eso te resulta más fácil que presentarme como «el tipo que siempre me apalea», así que no te lo tendré en cuenta. ¿Y tú eres la exterminadora solitaria que tenemos viviendo en el altillo?

Me quedo mirando a Sam.

—A partir de ahora, me llamaré así, ¿vale?

Sam asiente, siguiendo la broma, aunque percibo su preocupación.

—¿Puedo hablar contigo un momento? ¿O tienes cita para que vuelvan a patearte el trasero?

Resulta agradable bromear, pues me permite disimular las partes más oscuras de mi ser, aunque solo sea durante un rato.

Wex le acerca un puño a la boca. Sam ladea la cabeza en broma. Antes de marcharse, Wex me señala y añade:

—Me caes bien, Vesper.

—Anda, mira, se ha aprendido mi nombre —bromeo mientras acompaño a Sam hacia un rincón del gimnasio. Allí le digo que cuente conmigo.

Él inspira hondo, como si no quisiera dejarse llevar por el entusiasmo.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —pregunta en cuanto se asegura de que nadie nos oye.

—Como me lo vuelvas a preguntar, te arreo un puñetazo en la jeta.

—Pero si ni siquiera sabes cómo hacer eso.

—Pues tienes dos semanas para enseñarme.

Sam sonrío de medio lado. Resulta agradable.

—¿Esto va a ser como una de esas películas en las que me convierto en una maestra de kung fu? —pregunto, de camino hacia las escaleras.

Sam pone los ojos en blanco.

—Ve a vestirte. Y que Wex no te oiga llamarlo kung fu.

Puedo afirmar con certeza que, aunque nunca he sido una persona demasiado intimidante físicamente, tampoco me he achantado nunca ante nadie. Cuando se trata de dar miedo, no tengo rival. Pero cuando se trata de MMA, la que más miedo da es Abigail Gaines, la fortachona de los guantes de Barbie.

—Mueve más los pies —dice Sam desde el exterior de la jaula.

—Céntrate, Vesper —añade Abigail, lanzándome un izquierdazo que me habría fracturado el pómulo si no lo hubiera esquivado.

Me deslizo hacia un lado, mientras recuerdo todo lo que me ha enseñado Sam durante los últimos tres días.

Guantes en alto, protegiendo el rostro en todo momento.

No mantener el pulgar pegado al puño al golpear. (Error de principiante. Todavía me duele).

Mover los pies, apoyándose sobre los dedos.

Si puedes alcanzar a tu oponente, puedes arrearle un puñetazo. Y, si puedes asestarle un puñetazo, una patada también.

Abagail me lanza otro puñetazo y esta vez me roza la oreja.

Sam les dijo a Abagail y a los demás que necesitaba su ayuda para entrenarme y todos se apuntaron sin hacer preguntas. No sé cuánto les habrá contado. No sé si sabrán lo que está en juego. Pero Sam les pidió ayuda y ellos acudieron. Entiendo sus motivos. Resulta agradable ver cómo estos chicos se arrojan de un lado a otro del gimnasio, sin miramientos, al tiempo que comparten una lealtad familiar que sobrepasa la necesidad de conocer todas las respuestas. No llevo aquí mucho tiempo, pero ya he visto que este lugar no tiene nada que ver con la gruta. El objetivo de estos combates es aumentar su destreza y su astucia, no intentar jugársela a tu oponente por medio de la magia.

—¡Muévete más! ¡Ataca! —exclama otra voz.

Wex aparece junto a Sam, los dos observan mi lamentable enfrentamiento contra Abagail, del que salgo viva a duras penas. Mi primer entrenamiento serio. Wex es el experto en muay thai del gimnasio.

—¡No dejes que te arrincone! —exclama Roy, que se aferra al enrejado de la jaula y se inclina hacia atrás. Sigo sin saber cuál es su especialidad. Puede que no tenga ninguna. Pero es más astuto que un zorro y me enseñó a defenderme de un ataque con arma blanca.

Es ahora o nunca. No puedo seguir dando brincos y esquivando a Abagail eternamente. Cierro los ojos y descargo un puñetazo con todas mis fuerzas, pero fallo estrepitosamente.

—¡Vas a tener que sacar el codo si golpeas así! —exclama Sam.

—¿Queréis hacer el favor... —resuello, esquivando otro golpe de Abagail— de callaros?

Abagail lanza una patada, me golpea en las corvas y me tira al suelo.

Miro al techo, cubierta de sudor, mientras Wex y Roy se aproximan.

—Ha ido mejor que la última vez, ¿eh? —pregunto con un hilo de voz.

—Al menos, no te has ido corriendo de la jaula —dice Abagail, que se acerca y se agacha a mi lado.

Me incorporo y miro a Sam.

—Voy a darte instrucciones muy precisas acerca de cómo me gustaría que me incineren y quiero que las sigas al pie de la letra, ¿entendido?

Me ayuda a levantarme.

—No te vas a morir.

No para de repetir eso. Pero yo sigo sin creérmelo. Veo a Duncan situado al pie de las escaleras de la jaula, mirándome con los brazos cruzados. Según han pasado los días, se ha ido volviendo más frío conmigo. Al principio parecía de acuerdo en que me quedara, pero parece que ya no es así. No sé qué habré hecho para que cambie de idea, pero ahora mismo no puedo pensar en eso.

Contemplo el calendario que Wex clavó en el tablón de noticias, junto a las taquillas. Han pasado tres días. Quedan once.

—El jiu-jitsu es el arte de utilizar la fuerza de tu adversario en su contra. Se parece más al ajedrez que al boxeo —dice Sam mientras se pasea por la jaula, calentando los hombros. Lleva puesta una camiseta gris de tirantes, con el cuello deshilachado, y unos pantalones de chándal a media cadera.

—Ya, claro, como el ajedrez —replico, mientras él se acerca con tiento. Noto un hormigueo en los dedos, pero lo ignoro.

—Ven a mí como si intentaras derribarme —dice, haciéndome señas para que me acerque.

Me abalanzo sobre él, entonces me agarra de las muñecas y tira de mí mientras se lanza de espaldas sobre la lona; después, gira el hombro y me arrastra consigo. Pegamos juntos una voltereta y, cuando acaba el impulso y nos quedamos quietos, Sam se encarama sobre mí y me inmoviliza en el suelo. Desde esta distancia, percibo su olor a menta y a leña. Resulta agradable.

«Recuerda lo que has venido a hacer aquí», me repito mentalmente una y otra vez.

Veo un futuro sin un pasado en ruinas. Una vida sin temor a mis propias manos.

Me concentro.

—Ahora, lo ideal es que no quede hueco libre entre nosotros —explica Sam, cuando nuestras miradas se cruzan—. Porque, cuanto más espacio tenga tu oponente, más oportunidades tendrá de escapar.

El hormigueo de mis manos aumenta. Noto cómo intenta aferrarse a su pecho.

«No», le digo. Me obedece. Al menos, de momento.

—Tú tranquilo, que no me voy a escapar ni de coña —replico.

Y es cierto. Sam me tiene sujeta por las muñecas, con esas manazas tan grandes, y me ha inmovilizado los muslos con los suyos.

Sam se mueve, el hormigueo que noto en las manos se intensifica, mientras los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. Noto cómo la magia se despliega, culebreando hacia su pecho.

—Necesito un descanso —exclamo, enfadada por dejar entrever mis nervios.

Sam se aparta enseguida y se coloca en cuclillas, mientras yo retrocedo hacia el borde de la jaula.

—¿Estás bien? —me pregunta, observándome con el ceño fruncido.

Mi corazón se serena, noto cómo la magia se repliega.

—Sí. Solo necesito... ver una demostración, si puede ser —contesto, tratando de mantener la calma.

«Estoy intentando no matarte mientras planeo asestarte una puñalada traperera», pienso.

—Sí, claro. Aba, ¿me echas un cable?

Abigail termina de hacerse una coleta y entra en la jaula de un salto.

—Giro de cadera y palanca al brazo. ¿Preparada? —dice Sam.

Abigail asiente y se tumba de espaldas. Sam se encarama encima de ella, bloqueando las rodillas de Aba con las suyas y con los codos apoyados a ambos lados de su cabeza.

—A la de tres. Uno, dos, ¡tres! —dice Sam.

Todo ocurre muy deprisa. Abigail impulsa las caderas hacia arriba, después gira el cuerpo hacia un lado. Mientras rueda sobre sí misma, tira del brazo izquierdo de Sam hasta dejarlo inmovilizado entre sus piernas, al tiempo que se aferra a su pecho con las pantorrillas.

—Esto es una palanca al brazo —explica Sam—. Si Aba impulsa las caderas hacia arriba, me partirá el codo.

Abigail hace amago de aumentar la presión y Sam da unos golpecitos en la lona. Ella le suelta y yo pongo una mueca, sacudiendo el brazo mientras me imagino que alguien me partiera el codo de esa manera. ¿De verdad sería capaz de hacerle eso a alguien?

«Has hecho cosas peores», pienso.

—Da igual qué clase de magia tengas. Un codo luxado deja fuera de combate a cualquiera —dice Sam con una sonrisa.

Abigail asiente con la cabeza, a su lado.

—¿Quieres probar? —pregunta Sam.

El hormigueo de los dedos se reactiva, así que niego con la cabeza.

—¿Te importa si veo un par de demostraciones más? —pregunto, con voz queda.

Sam se queda mirándome. Sabe que le estoy ocultando cosas, pero aun así calienta los hombros y mira a Abigail para ver si le apetece continuar.

Los observo pelear, después practicamos defensas de hombro y de cadera. En todo momento, me las ingenio para no acercarme demasiado a Sam, y sé que él se da cuenta.

Me como un paquete de cacahuetes que compré en el colmado de la esquina y espero a que todos se acuesten antes de volver al gimnasio para practicar unos cuantos movimientos defensivos por mi cuenta. No es que sea una empollona, lo que pasa es que no puedo dormir.

Caigo de espaldas, giro la cabeza y escucho ese sonido sibilante tan satisfactorio cuando me impulso para levantarme de la lona. No había vuelto a ejercitar mi cuerpo de este modo desde que me fui de casa. Mis músculos están distendidos y exhaustos.

—Buenos movimientos. —La voz de Sam emerge de la oscuridad que envuelve a las taquillas. Hace horas que terminamos de entrenar. Pensaba que se había ido a casa.

Me doy la vuelta mientras él sube los escalones y entra en la jaula. Tiene el pelo humedecido y se ha cambiado de ropa.

—Y buenos puñetazos, también.

—Gracias —respondo, apoyándome sobre el enrejado metálico.

—¿Quieres practicar algunos movimientos evasivos? —me pregunta.

—No —respondo rápidamente, mirándolo a los ojos.

Sam da un paso hacia mí, con tiento.

—¿Por qué, Vesper? —pregunta, suavizando el tono—. ¿Te hice daño la última vez?

Trata de sostenerme la mirada, con un gesto de aflicción.

—No, no —respondo, negando con la cabeza.

Y como él no dice nada, se asienta un silencio entre los dos.

—No es eso —añado, porque lo de recular cuando aún se está a tiempo no va conmigo.

—Entonces, ¿qué ocurre? —pregunta Sam, acercándose un poco más mientras se mete las manos en los bolsillos.

—Me da miedo hacerte daño, ¿vale? —respondo, cerrando los ojos mientras pronuncio esas palabras. Como Sam no responde, los vuelvo a abrir—. Antes, cuando estábamos tan pegados, me pareció muy fácil aferrarme a...

No sé si quiero decirlo. Detesto cómo suenan esas palabras cuando se cuelan entre mis dientes:

—A tu miedo —digo al fin.

Sam ladea la cabeza. No parece asustado. Más bien..., ¿curioso? ¿Es posible que sienta curiosidad en vez de espanto?

—¿Y qué has percibido? —pregunta.

—No puedo... No he llegado a verlo. Mi magia quiere aferrarse a ello, pero se lo he impedido.

—¿Puedes frenarla? —pregunta.

—A veces, pero...

—¿Cuántas veces has practicado para contenerla? —me pregunta, al tiempo que se da la vuelta y se quita la sudadera. En su camiseta pone: «Liga de *softball* de Danbury». Debe de haber advertido mi desconcierto, porque se mira la camiseta y luego vuelve a mirarme a mí—. Cuando vivía en casa, era el entrenador del equipo de *softball* de mi hermana.

«Hermana». «Casa». Dos palabras con las que me siento identificada. Dos palabras que entorpecen mi objetivo, así que las ignoro y trato de concentrarme en la pregunta que me acaba de hacer.

—No es algo que se pueda practicar, Sam. A nadie se le ocurriría jugar al *hacky* con una granada.

—A mí no me gustaría jugar al *hacky* con nada, porque odio esas pelotitas —replica—. Pero ¿alguna vez has pensado que ese puede ser el motivo por el que tienes tan poco control sobre tu magia?

Sus palabras son como pequeñas chispas en una habitación oscura. Peligrosas. Esclarecedoras. Espero que capten algo y, al mismo tiempo, espero que no lo hagan.

—La magia no funciona así —digo al fin.

—No lo sabrás hasta que lo intentes —replica Sam, que se sitúa en el centro de la jaula y me hace señas—. Venga. Vamos a practicar unas cuantas evasiones.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —insisto, enojada.

Es lo mismo que si me dijera: «Oye, Vesper, ¿sabes esa criatura mortífera que albergas en tu pecho, la que devoró tu vida entera? ¿Me dejas acariciarla?».

Me cruzo de brazos mientras él se tumba boca arriba.

—Sé que tengo delante a una chica que podría comerse con patatas a cualquier oponente lo bastante idiota como para meterse con ella en un *ring*, pero que no lo hace porque tiene miedo.

—Lo que pasa es que soy prudente —replico, con los pelillos de la nuca erizados. Sam no lo sabe. No sabe con qué está jugando—. Y si quieres a alguien que se coma con patatas a los gladiadores en ese *ring*, no deberías haberme elegido. No faltaban tipos duros en esa jaula entre los que elegir.

—Ellos no son lo que buscaba —responde Sam, ladeando la cabeza. Se impulsa para ponerse en pie.

—Antes has dicho que podías enseñarme a luchar. Pues venga, enséñame y deja de intentar que libere esta... cosa.

No me gusta llorar delante de nadie, pero al decir eso se me han saltado las lágrimas, así que ya no hay vuelta atrás. Esta cosa. Esta maldición. Esta fuerza destructiva de la que no puedo zafarme.

Sam se acerca, pero yo retrocedo con brusquedad. Entonces se detiene, alzando las manos.

Me seco las lágrimas; detesto que me vea así.

Sam retrocede y se mete las manos en los bolsillos.

—Te elegí porque, lo creas o no, sé reconocer un espíritu luchador cuando lo tengo delante.

—Tonterías —replico, conteniendo el resto de las lágrimas.

—No. Es una cursilada como un piano, pero no es ninguna tontería —me corrige.

Prueba a dar otro paso hacia mí, y esta vez no retrocedo. Se inclina para mirarme a los ojos, pero yo tengo la mirada fija en mis manos.

—Creo que podrías ganar el torneo sin usar tu magia, porque eres avispada. He visto suficientes combates donde David derrota a Goliat como para saber que es posible. Pero no puedes entrar en guerra con otros y contigo al mismo tiempo. No puedes meterte en la jaula con dos oponentes. Así pues, si quieres que me olvide de tu magia y me limite a enseñarte maniobras evasivas, que así sea.

Finalmente levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—Pero creo que, cuanto más asustada estés, más difícil resultará. Y yo no tengo miedo de ti.

Aprieto los puños y los vuelvo a aflojar. Sam tiene razón. No seré capaz de planificar mi próximo movimiento en la jaula si no dejo de preocuparme por la posibilidad de que se descontroren mis poderes. Necesito aprender a controlarlos. Es lo menos que puedo hacer.

—¿Estás seguro? —pregunto al fin.

—Solo hay un modo de averiguarlo. Y, oye, si me equivoco, ¿qué le vamos a hacer?

Me hace señas para que me acerque.

—¿Y cómo es que conoces la existencia de este poder? —inquiero.

Sam se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que sé más cosas que la mayoría de los comunes.

—Podrías ser más específico —replico, acercándome, mientras giro los talones sobre la lona, un movimiento que me enseñó Abigail.

—Me gusta hacerme el interesante. Así compenso mi falta de personalidad.

Sam se tiende sobre la lona y me hace señas para que me coloque en posición.

Me río, aunque se me acelera el corazón al pensar en aproximarme al monstruo que habita en mi pecho. Nunca me había planteado que esto se pudiera practicar. Pensaba que hacía falta tener un don innato para controlarlo. Di por hecho que sencillamente había tenido mala suerte. O que estaba maldita.

Aunque la noche en el Aloa's fue un desastre, fui capaz de proyectar mi magia. Cierto, podría haberme costado la vida, pero tengo que admitir que fui capaz de aferrarme a Mitch antes de que decidiera replegar mi poder. También pude indagar en el interior de Carl, en busca de algo que pudiera extraer. Quizá pueda mejorar mis habilidades. Me acerco a Sam y apoyo los pies a ambos lados de sus caderas.

Me agacho y me siento a horcajadas encima de él. Abigail y Sam han adoptado hoy esta posición docenas de veces y ninguno de ellos parecía incómodo. Llevan tanto tiempo haciéndolo que sentarse a horcajadas encima de un chico mono es algo que no perturba a Aba en absoluto.

Pero yo he rehuido todo contacto humano durante más de un año. Pasar de no hablar con nadie a restregarnos de este modo me pone muy nerviosa. Y creo que Sam se ha dado cuenta.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento.

Lentamente, alarga los brazos y me apoya las manos en la cintura, rozando sin querer la porción de piel que asoma sobre mis pantalones de chándal con sus dedos callosos. Se me traba el aliento y cierro la boca de golpe. «Por favor, por lo más sagrado, que Sam no haya oído eso». Lo miro de reojo y compruebo que me está observando con una intensidad extraña, apretando la mandíbula.

Algo se revuelve en mis entrañas al ver eso, pero meneo la cabeza para no pensar en ello. Sam se está ofreciendo como cebo para una magia infernal. Simplemente está nervioso, y no me extraña.

—¿Qué extraeré de ti si te equivocas? Quiero saber de antemano si nos tocará enfrentarnos a tiburones terrestres o a Freddy Krueger.

—Tiburones terrestres. Con alas —responde, tirando de mí.

Me acomodo encima de él, noto cómo se me clavan los huesos de su cadera en el interior de los muslos. Inspiro una bocanada trémula y me inclino hacia delante, apoyando los codos en el suelo, junto a su cabeza.

—En ese caso, serían tiburones aéreos —le corrijo.

Me tiembla la voz mientras rozo el lateral de su cabeza con la mejilla. Esto es una mala idea. Por muchos motivos. Soy consciente de ello mientras inspiro hondo y paladeo su aroma en el fondo de la garganta.

—Son tiburones terrestres alados que no pueden volar —replica con un tono risueño. Su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—¿Como un tiburón gallina? —pregunto, riendo, a mi pesar.

Sam se echa a reír a carcajadas. Entonces me incorporo y le apoyo las manos en el pecho para no caerme.

—Sí. Mi miedo más profundo es el escurridizo tiburón gallina. Con sus fauces gigantescas y sus muslos carnosos.

No puedo evitarlo. No sé si es porque hacía una eternidad que no me reía, pero el caso es que me troncho de risa, y Sam también. Me desplomo sobre la lona, jadeando. Sam gira el cuerpo para ponerse de costado.

—Un momento, ¿los tiburones tienen muslos? —pregunto, levantando la cabeza de la lona, entre risitas sofocadas.

Sam se echa a reír y se tiende de espaldas.

—No —admite—. Eso sería una gilipollez.

Nos quedamos así tendidos un rato, partiéndonos de risa. Cuando recobramos el aliento, Sam se apoya en los codos y alarga un brazo hacia mí.

—Puedes hacerlo, Vesper. Estoy convencido.

Lo observo mientras me seco las lágrimas. Vale la pena intentarlo. Me tiendo boca arriba y le hago señas para que se suba encima de mí. Obedece. Se activa el hormigueo de las manos. Ya noto cómo empieza a emerger de mi piel.

—Uno, dos, tres —dice Sam, que me sujeta más fuerte mientras yo impulso las caderas y giro el cuerpo hacia un lado. Zarandeo la pierna y la

magia se desata. En un visto y no visto, tengo sujeto a Sam con una palanca al brazo.

—¡Excelente! —exclama con entusiasmo, y entonces lo suelto.

Estoy a punto de levantarme, pero me detengo, porque percibo un vínculo. Lo tengo. Sam pone los ojos como platos, porque él también lo ha notado.

—No te muevas, Sam —susurro.

Me levanto, él sigue tumbado boca arriba. Extiendo una mano y la magia va hacia él como si fuera un imán. Oigo voces en mi cabeza. Es un sonido rítmico, como el de una carcajada, pero difícil de distinguir. Cierro los ojos.

«Tira. Tira».

El deseo es tan fuerte que estoy a punto de caer de rodillas, pero aprieto los dientes y miro hacia abajo. Sam tiene los ojos abiertos, me lanza una mirada penetrante mientras permanece tendido ante mí, completamente expuesto.

—No lo contengas. No intentes detenerlo. Deja que... siga su curso. Antes dijiste que se alimenta de tu miedo. Así pues..., intenta no asustarte.

—Es muy fácil decirlo —replico, apretando los dientes.

—Puedes hacerlo. Respira, Ves —dice Sam.

«Ves». Nadie me había llamado así desde que me fui de casa.

Inspiro hondo y dejo que la magia fluya por mis venas.

«Ahora no —le digo—. Hasta aquí, pero no más».

Me quedo quieta un rato y no sucede nada. Sam sigue tendido, en silencio. Estoy a punto de rendirme y decirle que corra —aunque no serviría de nada—, cuando la magia se relaja. Solo es un atisbo, al principio, pero entonces el vínculo con el pecho de Sam desaparece de mis manos. Me quedo mirándolas.

—Ha funcionado —susurro.

Levanto la cabeza, sonriendo. Sam se pone en pie.

—Sabía que podrías hacerlo —dice.

Entonces, hace algo inesperado. Alarga las manos y tira de mí. Me envuelve en sus inmensos brazos y me levanta del suelo. Y antes de que pueda arrepentirme, le devuelvo el abrazo, porque lo he conseguido.

Puede que haya una oportunidad de que esto salga bien.

Sam me deja en el suelo y recoge su sudadera del borde de la jaula.

Me quedo quieta, con un atisbo de confianza y una esperanza renovada. Por un momento, soy lo bastante egoísta como para olvidar mi plan. Por un momento, finjo que somos amigos y que no estoy planeando una vileza. Y, cuando Sam mezcla la sintonía de *Tiburón* con la musiquilla del baile de los pajaritos, vuelvo a echarme a reír a carcajadas.

Los días se confunden entre sí a medida que adopto una especie de rutina. Me despierto a las cinco de la madrugada y bajo al gimnasio para calentar. Abigail se pasa por allí antes de ir a trabajar. Y, si no es ella, es Roy. Wex y Sam vienen cuando terminan sus turnos en los muelles. Pero a pesar de las idas y venidas, estoy empezando a descubrir que esto no es un simple gimnasio. Para ellos, es un hogar. Un refugio frente al mundo que los marginó.

No me queda mucho tiempo para hablar, con la cantidad de tiempo que dedico a recibir tundas, pero aun así he aprendido mucho sobre esta gente. Abigail fue gimnasta en la UCLA, pero lo dejó tras sufrir una lesión de rodilla. Su familia quería que volviera a casa, en Tennessee, pero ella tenía otros planes: a finales de este año debutará en la UFC. Ahora asiste a la escuela de enfermería. Así que, básicamente, se pasa la mitad del día cosiendo heridas y el resto del tiempo provocándolas.

Duncan no solo compitió en las Olimpiadas. También ejerció como capitán en la Marina, donde conoció a Jeffry Wexler, el padre de Wex. Eran grandes amigos, así que Wex se crio en gran medida en este gimnasio, salvo por las dos misiones en Irak en las que participó.

Roy se crio en hogares de acogida y tiene una aparatosa cicatriz en el torso. No le he preguntado cómo se la hizo. Tampoco sé si quiero saberlo.

Practico boxeo con Sam y me muele a palos.

Practico jiu-jitsu con Abigail y me muele a palos.

Practico muay thai con Wex y empiezo a mejorar bastante.

Es coña. También me muele a palos.

Durante todo ese tiempo, practico para mantener mi magia a raya. Noto cómo se proyecta, pero, en vez de asustarme y reprimirla, dejo que fluya

por mis venas. No tiro, pero sí me aferro y después aflojo. De momento, me basta con eso.

Roy y Wex me enseñan krav magá. Wex tenía razón: es una disciplina furtiva de narices. Consiste en utilizar todo lo que tengas a mano; es lucha callejera en su esencia más pura. Por eso Roy lleva un cuchillo encima. Es de goma, pero no lo descubrí hasta que me apuñaló en broma en el riñón. Por un instante pensé: «No me puedo creer que vaya a morir así». Todos se partieron de risa. El krav magá es la disciplina más sucia, pero también es mi favorita. Solo tiene una regla: si alguien te ataca, acaba con él antes de que él acabe contigo.

Me sorprende al ver cómo se activa la memoria de mis músculos, deseosos de realizar esos movimientos que cuando era animadora me resultaban tan naturales como respirar. Las volteretas del jiu-jitsu se parecen mucho a las de nuestras coreografías, y los diferentes agarres del krav magá me recuerdan a las acrobacias aéreas. No es fácil, para nada. Pero vi la cara de sorpresa que puso Wex cuando me zafé de Roy con un movimiento de cadera.

—Muy bien, señorita Pompón. No ha estado mal.

—¿Señorita Pompón? ¿Qué ha pasado con lo de exterminadora? — exclamo.

De sol a sol. Madrugar. Desayunar. Pelear. Comer. Pelear. Cenar. Pelear. Luchar, luchar, luchar, dormir.

Entonces, el lunes previo al segundo combate, freno el ataque de Roy, cuando intenta apuñalarme con el cuchillo de goma.

Me zafó de Abagail cuando me tiene apresada con una llave conocida como «guardia cerrada», una especie de abrazo de oso que, sí, duele que no veas. Incluso consigo contraatacar con una palanca al brazo.

Le asesto una patada a Wex.

Y entretanto no paro de ver el rostro de Sam a través de la jaula, mirándome fijamente. Sam cree en mí y, por alguna razón, eso me anima a volver a levantarme cada vez que me tumban.

El calendario se va llenado de equis.

Es la víspera del combate.

Le dije a Sam que iba a acostarme, pero he vuelto a bajar. Me va a ser imposible conciliar el sueño cuando sé lo que me espera mañana. Estoy sentada en mitad de la esterilla, bebiendo de una botella de plástico que debería haber tirado hace días. Se ha despegado la etiqueta, dejando solamente el adhesivo mugriento. Estoy contemplando la pared de ladrillo pintado. Por primera vez, me fijo en las frases escritas con rotulador permanente que se extienden por la pared, al lado de las taquillas:

*En la noche que me envuelve,
negra, como un pozo insondable,
doy gracias al dios que fuere
por mi alma inconquistable.*

*En las garras de las circunstancias
no he gemido, ni llorado.
Bajo los golpes del destino,
mi cabeza ensangrentada jamás se ha postrado.*

*Más allá de este lugar de ira y llantos
acecha la oscuridad con su horror.
Y, sin embargo, la amenaza de los años me halla
y me hallará sin temor.*

*Ya no importa cuán estrecho haya sido el camino,
ni cuántos castigos lleve a mi espalda:
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.*

Es «Invictus», un poema de William Ernest Henley. Recuerdo haberlo escuchado una vez en clase de Inglés, pero no me impactó tanto como ahora.

Estoy hecha polvo, pero lo prefiero.

He estado entrenando tanto que no he tenido tiempo de pararme a pensar. A pensar en lo que estoy haciendo y en sus posibles consecuencias.

Percibo una presencia a mi espalda y pego un respingo. Solo han pasado dos semanas, pero soy capaz de rodar hacia un lado y levantarme de un salto en cuestión de dos segundos.

Duncan se encuentra en el borde de la esterilla, con las manos en los bolsillos del chándal.

—No está mal —dice.

Asiento con la cabeza. Supongo que debería haberle dado las gracias, pero ya es tarde. El momento ha pasado. Ahora me limito a permanecer inmóvil, con los brazos cruzados. Duncan mira al techo.

—En dos semanas no da tiempo a aprender todo lo necesario para sobrevivir en una pelea —se limita a decir.

Me quedo mirándolo fijamente.

¿Qué se supone que debo responder?

Me pregunto si habrá deducido lo que planeo hacer si gano el torneo. Me pregunto si podría explicárselo: que el hecho de que Sam recupere a su chica no es tan importante como que el mundo se libere de un monstruo. Y que mi familia vuelva a estar unida.

Me limito a asentir con la cabeza.

—Pero eso no significa que estés indefensa. Contra un luchador experto, no tendrías nada que hacer. Te dejaría por los suelos. —Mira hacia arriba, oteando el techo antes de volver a posar su mirada sobre mí—. Pero, mañana por la noche, no habrá luchadores expertos. Son polvorines andantes que se creen los amos del universo. No esperarán encontrarse a alguien como tú. Recuérdalo.

Y, tras decir eso, se da la vuelta y se marcha. No sé si pretendía ayudarme o ponerme de los nervios.

Puede que ese sea su plan.



CATORCE

Tras una noche de sueño irregular, me despierto y me dirijo al saco de boxeo, pero Sam me detiene cuando empiezo a ponerme las vendas. Acaba de venir de cumplir su turno en los muelles. Tiene las manos llenas de mugre.

—No. Hoy no. Hoy te lo vas a tomar con calma.

—Pero es que hoy, más que ningún día, necesito aporrear algo. Además, ¿no estás cansado?

Sam niega con la cabeza.

—No. Y tú necesitas ahorrar energías para esta noche.

Echo un vistazo al gimnasio. Anoche llovió. A través del ventanal de la entrada veo que la calle sigue empapada y que el cielo está encapotado.

—Como me quede aquí sentada, esperando a que se haga de noche, me voy a volver loca.

—Entonces, será mejor que no nos quedemos sentados.

El muelle 39 es un hervidero de turistas, aunque eso significa que hay un montón de gente entre la que pasar desapercibida. Es el único lugar de San Francisco que recuerdo que me gustara durante nuestras excursiones familiares cuando era pequeña. Nadie piensa en los lugareños y suele estar atestado. Me preocupaba que hubiera poca gente por culpa de las nubes, pero esto es San Francisco. Aquí siempre está nublado.

Flota un aroma a pan en el ambiente. Resuena la melodía de un carrusel en el centro de la plaza, junto con la voz de una camarera que anuncia el nombre de una reserva en una marisquería. Sam y yo caminamos entre este maravilloso caos, empapándonos de lo que nos rodea. Resulta extraño pasear así, como si fuéramos amigos. Como si hubiéramos quedado para salir. Como gente normal. Los niños corretean entre nosotros, arrastrando globos a su paso, y Sam se echa a un lado. Genial. Ahora se ha abierto una brecha incómoda entre nosotros.

Sam regresa a mi lado mientras pasamos junto a un tenderete donde venden gorras de recuerdo del muelle 39.

—El día del combate, necesitas distraerte para no pensar demasiado —dice al fin.

—¿Qué hacías tú? —pregunto.

Sam se queda mirándome y yo me encojo de hombros.

—Vi esa foto tuya en el gimnasio —le explico—. Antes peleabas, ¿verdad?

—Nada profesional. En plan aficionado. Wex y yo participábamos en combates clandestinos. Para ganar dinero rápido.

Percibo tensión en su voz, un titubeo que me indica que en esa historia hay algo más. Sam se queda mirándome, como si estuviera sopesando si contármelo o no.

—Cuando Wex y yo participábamos en el circuito *amateur*, nos íbamos a montar en kart los días de combate.

Me río al imaginarme a Sam y a Wex, dos de los tíos más fortachones que conozco, embutidos en un kart diminuto.

—¿Juntitos? —le pregunto, riéndome todavía más al hacerme la imagen mental.

—En coches separados —me corrige, recalando la última palabra.

—Un momento. ¿Ibais a los recreativos? ¿Uno de esos donde los niños pequeños celebran sus cumpleaños?

Ahora sí que me estoy riendo a carcajadas. Sam reprime una sonrisa mientras niega enérgicamente con la cabeza.

—No, no. Organizan piques y todo, que es algo exclusivo de los adultos. Si un circuito organiza piques de aceleración, no es solo para niños.

—¿«Solo»? —replico, burlona—. ¡Ay, madre! ¡Así que fuisteis a los recreativos! ¿Y ganasteis algún peluche? ¿Os comprasteis pulseras de colores?

—Bah, olvídalo. Mejor nos volvemos al gimnasio y nos quedamos sentados mirando la pared.

Sam hace amago de dar media vuelta, pero yo me río y le agarro del brazo, tirando de él. Es la primera vez que le toco de un modo amistoso fuera de la jaula.

No sé si él se habrá dado cuenta..., pero yo sí.

Entonces lo miro mientras bajo el brazo, como si tuviera que disculparme o algo así.

—No, lo siento. Lo siento. Ya paro. Gracias por haberme traído aquí.

Me detengo a mirar desde la barandilla. Hay unos leones marinos holgazaneando más abajo, ajenos a las gaviotas que descienden y se posan sobre sus inmensos torsos.

—A mi madre le encantaba esta zona del muelle —digo, apoyando los codos en la barandilla—. Siempre nos hacía parar aquí cuando regresábamos de la cabaña que alquilábamos en Oregón.

Mientras pronuncio esas palabras, me siento como si mi familia estuviera a mi lado. Iris, a mi izquierda, tiritando a pesar de que hace veintiséis grados; Carmen, sonriendo al primer chico que pasa por allí; Jack, encaramándose a la barandilla; mi padre, comprándonos algodón de azúcar mientras mi madre se afana por encontrar la crema solar que está convencida de haber metido en su bolso antes de venir.

Me muerdo la lengua. No funciona. Quiero sumirme en este recuerdo un ratito más. Sobre todo hoy. Necesito recordar por qué estoy luchando. Por qué voy a convertirme en la mala de esta historia.

—Para el cuarenta cumpleaños de mi madre, mi padre le pidió a uno de los vigilantes que le permitiera acercarse un poco más. Mi hermana Carmen se echó a llorar. Se enfadó con él por haber puesto en peligro a mi madre. Estaba convencida de que los leones marinos se comían a la gente —añado, antes de que pueda reprimirme.

Las palabras penden en el aire, incómodas, reacias a disolverse entre la brisa marina. Se quedan allí flotando, voluminosas, a la espera de recibir

una explicación más amplia.

Me muerdo la lengua más fuerte mientras miro a Sam, que trata de buscar mi rostro con la mirada.

—Les echas de menos —dice. Es una pregunta y una afirmación al mismo tiempo. Está empezando a calarme, a pesar de mis intentos por impedirlo.

Me gustaría negarlo, pero estoy harta. Harta de fingir, de esconderme, de memorizar seudónimos, coartadas y direcciones falsas. Pero no quiero que Sam conozca demasiado mis motivos. Podría atisbar la verdad. Además, si se acerca demasiado a mis motivos, significaría que nosotros también nos estamos acercando. Y eso solo dificultaría las cosas. Sin embargo, las palabras escapan de mis labios antes de que pueda contenerlas.

—Así es —admito.

Sam asiente y se pone a mirar al horizonte. Yo finjo interesarme por una familia de leones marinos, cuando en realidad lo estoy mirando a él. El corte que tiene en la ceja, fruto de la pelea con Mitch, se está curando bien. Tiene una cicatriz en el labio inferior, hacia el lado derecho. Me gustaría preguntarle cómo se la hizo.

Me miro las manos. Hace tanto frío que apenas las siento, pero sé que, si digo algo, Sam insistirá en que vayamos a algún sitio más cálido. Y no quiero romper este momento.

—Venga, ahora te toca a ti contar una historia lacrimógena. ¿Cómo conociste a Elisa?

«Y tú que no querías acercarte a él», pienso. Pero tal vez quiera saber más sobre ella. Si dejó que Sam se le escapara, no puede ser muy lista. A lo mejor dejo de sentirme tan culpable si le ahorro a Sam una restauración horrible. «Lo que soy capaz de hacer con tal de justificar mis miserias», pienso.

Sam se queda mirándome, enarcando una ceja, mientras sopesa mi pregunta.

—Lo tuyo no era una historia lacrimógena. Era un recuerdo bonito de la infancia.

—Incluía lágrimas, así que técnicamente lo era —replico.

Sam sonríe, con la mirada perdida, mientras reflexiona sobre lo que he dicho.

—Conoc  a Elisa en una fiesta que celebraron mis padres. Para sus amigos, claro. Me cr e en esa región de Connecticut donde todos los niños visten con polos y donde los perros son hipoalergénicos y tan purasangres que en realidad son fruto de la endogamia, aunque nadie se atreva a decirlo.

Al decir eso, toca el colgante que lleva al cuello. Trato de imaginarme a Sam en un hogar tradicional y remilgado, pero no me encaja. Sonrío cuando me mira, animándolo a continuar.

—En fin. El caso es que en el fondo no nos conven amos.

 Aj ! Lo sabía.

—Mis padres querían que saliera con la hija del socio comercial de mi padre. En realidad, les habría parecido bien que saliera con cualquiera menos con Elisa. Seguramente porque era una chica transparente y no se callaba nada. En fin.

Olvídalo.

—Fuimos más en serio cuando surgió el tema de la universidad. A mis padres no les entusiasm , como te podrás imaginar, sobre todo porque mi padre tuvo que mover sus hilos e incluso logró que me aceptaran en Brown, lo creas o no.

Tengo un millar de preguntas. Un millar.  Connecticut?  Brown? Me las callo todas. Si digo algo, Sam dejar  de hablar. Si me muevo, podría interrumpirse, así que permanezco inmóvil.

—Decidí tomarme un año sabático. Me había graduado pronto del instituto, solo tenía diecisiete años. Elisa tenía cosas que hacer por aquí para el negocio familiar, así que me vine con ella. Mis padres se pusieron como fieras. Me desheredaron. Duncan me contrat  para limpiar el gimnasio, así que empecé a entrenar all . Conoc  a Wex, a Roy y a Abigail. Estuve por aquí un año y, entonces..., las cosas empezaron a torcerse. Nos peleamos.

Me quedo mirando a la barandilla. Sam se aferra a la superficie de madera, se le blanquean los nudillos. Esta es la parte que estaba deseando oír... Y, al ver lo mal que lo est  pasando, me siento fatal.

—Discutimos una noche. Ella se march  y yo no... —Se interrumpe—. No la detuve. Tendría que haberlo hecho. Daría cualquier cosa por volver

atrás y detenerla. —Me mira—. Obviamente —añade con una sonrisa, haciendo un gesto que nos abarca a los dos.

Después se desliza el nudillo sobre la mejilla sin afeitarse mientras contempla el agua. Parpadea, traga saliva y se vuelve a subir la cremallera de la cazadora. Tose y hace todo lo posible para ahuyentar las palabras que acaba de pronunciar.

Y, de ese modo, el Sam al que vi golpeando el saco —el mismo que llevaba dentro una herida que yo no alcanzaba a comprender del todo— cobra sentido.

—Mi historia ha sido mucho más triste que la de los leones marinos, así que... lo siento. —Habla en voz baja, como si se sintiera inseguro. Como si temiera haber dicho demasiado.

Abro los ojos. Los ecos de esa herida tan profunda siguen recargando el ambiente, que palpita con un silencio expectante. Mis labios se activan antes que mi cerebro y pronuncian las palabras que llevo aprisionando en lo más hondo de mis pulmones desde hace meses:

—Incendí mi casa —digo, mirándolo de soslayo—. Mi madre le tenía pavor al fuego, y yo extraje sin querer ese miedo, mientras dormíamos.

Sam se queda mirándome, su expresión se suaviza.

—Joder, Vesper. Lo siento mucho. ¿Alguien salió malparado?

Aborta. Aborta. Se está acercando demasiado.

—No —respondo con un hilo de voz. La mentira me deja un sabor agrio en la lengua—. Solo nuestra casa.

—Menos mal. En ese caso, no te vendrá mal ese millón de dólares, ¿eh?

Me obligo a sonreír.

—Ese es el plan.

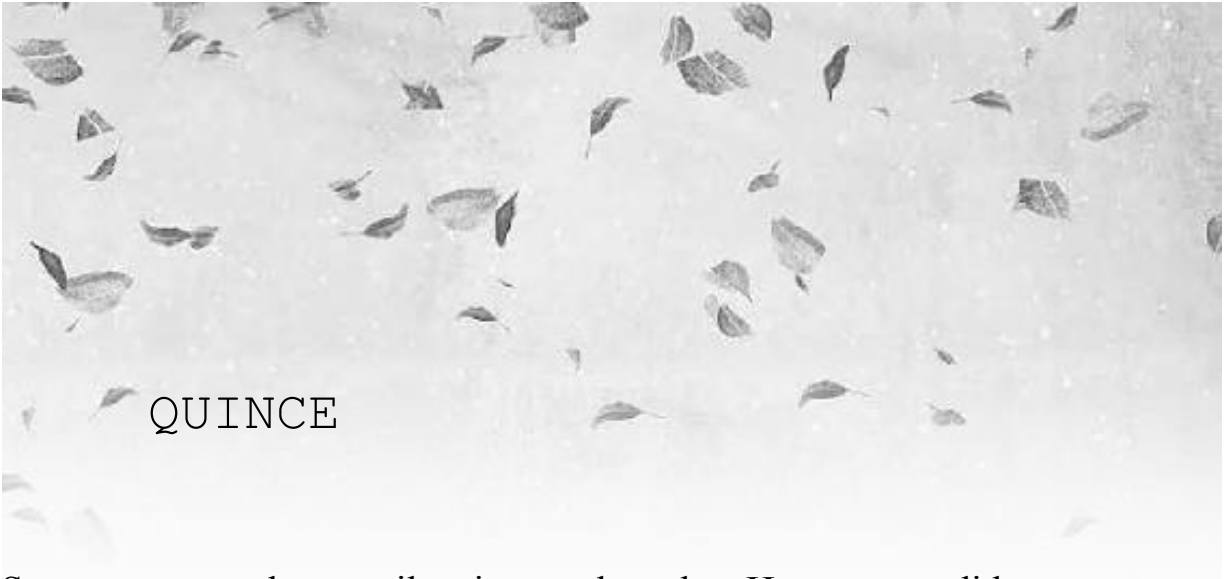
Sopla el viento, trayendo consigo el sonido de un trueno que restalla en lo alto. Las gaviotas se sobresaltan y alzan el vuelo, provocando una maraña de alas a nuestro alrededor, mientras observo a Sam.

—Somos una calamidad, ¿eh? —dice, contemplando la bahía.

—Y que lo digas —asiento, aferrándome a la barandilla de madera e inclinándome hacia atrás.

Me odio a mí misma, porque esas palabras dejan poso. Oigo cómo retumban en mi mente y a través de mis pulmones. «Somos».

Soy la peor persona del mundo porque quiero volver a escucharlas.



QUINCE

Sam y yo guardamos silencio en el coche. Ha comprendido que no me apetece hablar.

No pregunto adónde vamos. Sam recibió una llamada hace un rato donde le dieron indicaciones, pero yo no quise saber cuáles. Nada de lo que pueda decir servirá para aplacar mi inquietud.

Esta noche hay niebla, tan densa que los faros de su coche apenas pueden atravesarla. Me apoyo en la ventanilla y cierro los ojos.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Sam detiene el coche y apaga el motor.

Levanto la cabeza. La niebla se ha disipado un pelín, así que puedo ver lo que tenemos enfrente. Estamos en la zona norte del puerto, en un astillero. Es enorme. Hay varios barcos alineados en diferentes muelles, con armazones oscuros e inmóviles, separados por un agua negruzca.

Sam se inclina sobre el volante y mira al frente.

—Es un astillero industrial.

Me subo la cremallera de la cazadora.

—Supongo que el dueño de este lugar no sabe que estamos aquí, ¿no?

—Eso parece —responde Sam con un tono sombrío.

Salimos del coche. Sam saca una bolsa de lona del maletero y lo cierra con un golpe seco. Hace una noche fría y neblinosa, pero agradezco sentir

el frescor en los pulmones. Es mejor que la adrenalina abrasadora que lleva fluyendo por ellos todo el día.

Caminamos en silencio, pasamos a través de un agujero en la verja metálica —que parece haber sido cortado para la ocasión—, después avanzamos entre una serie de contenedores de embarque. Da mal rollo, como si nos estuvieran guiando, a pesar de que no hay nadie más en los alrededores. Me pregunto si será fruto de algún hechizo o solo de la niebla.

Aunque puede que esto sea lo mejor. ¿Qué me esperaba? ¿Llegar hasta aquí junto con los demás gladiadores? ¿Estar de cháchara, como si fuéramos niños nerviosos durante el primer día de clase?

«¿Cuál es tu poder? ¡Mola! ¿Sabes en qué ronda te ha tocado? ¿Crees que los organizadores serán majos? Bueno, ha sido un placer conocerte. Espero no tener que partirte la cabeza en la jaula para ganar este torneo. Hasta luego».

Sí, tal vez sea mejor que estemos solos.

Sam gira junto a una fila de montacargas y yo lo sigo.

Los dos nos detenemos al ver la jaula. Está instalada sobre una plataforma de hormigón, en el agua, entre dos barcos inmensos. Los espectadores ocupan las cubiertas de ambos navíos. Varios camareros deambulan por el lugar, sirviendo champán espumoso a los asistentes. Hay hileras de luces suspendidas sobre la jaula, aferradas a la barandilla de cada barco.

—¿Qué diablos es esto? —pregunto con el aliento entrecortado, mirando a Sam.

—Ananias dijo que iba a ser un torneo como ningún otro —responde.

—¿Cómo es posible que no nos arresten por esto? —pregunto.

Sam señala hacia la proa de cada barco. Hay tres personas en cada extremo, con los brazos en alto.

—Ocultadores —dice Sam. Nadie podrá ver desde fuera lo que está pasando.

Doblamos una esquina. Más adelante, hay una barricada metálica, encajada entre dos contenedores de embarque. Es la entrada.

—Alto —dice una voz.

Sam y yo nos detenemos. El guardia fornido de las clasificatorias — Demitri, creo que se llamaba— se acerca. Lleva un gorro de lana deshilachado y sus ojos despiden un fulgor verdoso. Verde Matrix. Es un revisor. Como un escáner de vigilancia humano. Señala hacia dos siluetas de negro encaramadas a lo alto de los contenedores, apuntándonos con unos fusiles. Qué agradable.

Alguien chasca la lengua al otro lado de la barricada metálica. Es Tessa. Se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la barandilla igual que hizo en la gruta.

—Me temo que no puedo permitir que alguien tan sexi se meta en una batalla tan peligrosa como esta —dice, ronroneando.

Y no lo digo por decir: suena como un ronroneo auténtico. Como si estuviera articulando esas palabras a partir de un zumbido originado en su garganta. Me revuelvo en el sitio, incómoda. Sam tose y agacha la mirada.

—No, yo soy el mecenas. Sam Hardy. La gladiadora es ella.

Me señala. Yo saludo con la mano. Es un gesto brusco, en plan: «Estoy aquí, so mema».

—¿Nombre de la gladiadora? —pregunta Tessa. Lleva los labios pintados de morado, un tono que contrasta bien con sus tacones color esmeralda.

—Vesper —respondo.

Tessa levanta la cabeza, estira el chicle que tiene en la boca con la lengua.

—Tu verdadero nombre, cari.

—Ese es mi verdadero nombre, guapi —replico sin achantarme.

Tessa enarca las cejas mientras hace otra pompa con el chicle y consulta una pantalla.

—Lo siento. No estás en la lista.

—Es una repescada —responde Sam.

Tessa alza la mirada de su tableta.

—Son diez mil dólares por acceder a la repesca —refunfuña Demitri.

Ya lo sabía; aun así, tuerzo el gesto al oír mencionar esa suma.

—Lo sé —dice Sam.

—En efectivo —reitera Tessa.

Sam le sostiene la mirada a Demitri mientras arroja la bolsa de lona a sus pies.

El guardia gira la cabeza para mirar a Tessa. Los dos cruzan una mirada escéptica y luego Demitri se agacha para abrir la bolsa. Pone cara de sorpresa al ver su contenido. Le hace un gesto a Tessa con el pulgar levantado.

—Está bien. Otro aspirante y tú seréis los repescados. Vuestros nombres se extraerán al azar. El gladiador de la primera velada que obtenga la peor marca será sustituido por el repescado con la mejor marca. ¿Entendido?

Miro a Sam. No esperaba tener que hacer esto cronometrando los tiempos, pero aun así asiento con la cabeza.

Tessa pulsa un botón en la tableta y la barricada se abre.

—No hay duda de que vas a necesitar tus oraciones esta noche —dice, sonriendo, cuando paso a su lado.

No lo dice con acritud. De hecho, me sorprende mucho que sepa lo que significa «vesper».

Tuerzo el gesto para mostrarme de acuerdo con ella y Tessa nos hace señas para que pasemos.

Acabamos de cruzar la entrada cuando...

—¡Eh, sirenita! —exclama una voz estridente desde una tienda de campaña situada a mi derecha. Encima de la puerta, hay un letrero que pone: «Solo gladiadores».

Aldrick se acerca hacia mí, extendiendo los brazos.

—Me alegro de verte. Pensábamos que te habías largado.

—Pues ya ves que no —replico.

Los focos situados sobre la jaula parpadean un par de veces.

—Será mejor que subas a las gradas —añade.

—Voy a pelear —respondo.

Aldrick se queda callado un instante, mirando a Sam, después vuelve a mirarme a mí. Su mirada denota indecisión, pero la disimula bien con un encogimiento de hombros y una sonrisa.

—Entonces eres de los míos —dice.

Vuelvo a mirar a Sam. No volveré a verlo hasta después del combate. No quiero que se vaya. Quiero que se quede aquí y que me distraiga contándome historias sobre Connecticut.

—Puedes hacerlo —me susurra, inclinándose hacia delante.

Asiento con la cabeza. Parece tan seguro que casi me lo creo. Entonces, se marcha y Aldrick me conduce hasta la tienda de campaña.

Me paso la siguiente hora haciendo estiramientos con Aldrick y evitando a Mavis, a Carl —el tío más memo que he conocido en mi vida— y a ese súcubo de pelo color zanahoria que no se despega de Carl en el otro extremo de la tienda.

Mavis está recostada en un sofá, dando sorbitos de una bebida energética mientras arroja con una mano enguantada un pequeño cuchillo hacia uno de los postes de madera que sostienen la tienda. Cuando me ve, pone los ojos en blanco y acierta en la diana.

Entonces, se encienden las luces. Salimos a la zona de espera próxima a la jaula, donde Ananias se encuentra situado sobre las escaleras que conducen al *ring*.

Me detengo a contemplar la estructura. Es la misma que había en el foso, pero la han reconstruido aquí. Los eslabones metálicos centellean bajo la luz de los focos.

Ananias coge el micrófono que lleva Tessa en la mano.

—Segunda velada —dice, sonriéndonos. Hace una pausa al verme, me siento incómoda cuando nuestras miradas se cruzan—. Recordad mantener todo el civismo posible mientras os sacudís entre vosotros ¡y no dejéis de sonreír a la cámara!

Señala hacia las tres cámaras de vigilancia que cubren cada ángulo de la jaula.

—Comencemos —anuncia, sonriendo de oreja a oreja mientras le devuelve el micro a Tessa y se dirige hacia el andamio que conduce hasta la cubierta del barco.

—¿Quién está ahí arriba? —le susurro a Aldrick.

Los dos miramos hacia la cubierta. La mayoría de los rostros están a oscuras, pero distingo algunos trajes y copas llenas de champán.

—Inversores —responde Aldrick. Lo miro sin comprender—. Se lo oí decir a Tessa hace un rato.

—¿Y en qué van a invertir? —pregunto con otro susurro.

Aldrick sonríe.

—Ni idea. Pero ya te dije que esto solo era el comienzo, ¿verdad?

Lo miro a la cara, Aldrick menea las cejas con entusiasmo. ¿Qué pasaría si me emparejasen con él en el *ring*? ¿Podría tumbarle, con lo amable que ha sido conmigo?

«Has hecho cosas peores. Y las seguirás haciendo», pienso.

Tessa anuncia el primer combate. Brittany, la polvera, y Scot, el metamorfo.

Trato de localizar a Sam en la cubierta, pero no veo nada por culpa de los focos que nos alumbran sin piedad.

A partir de ese momento, todo sucede muy deprisa.

El combate entre la polvera y el metamorfo no dura demasiado. Él puede escindir su cuerpo en siete partes distintas, pero no tiene nada que hacer contra el potencial alucinógeno de su adversaria. El metamorfo se abalanza sobre ella, pero Brittany se agacha y sopla el polvillo que lleva en la mano, dejando a su contrincante tirado en el suelo entre convulsiones.

Entonces, Aldrick se enfrenta a un miasma. Lo golpea tan fuerte contra el enrejado metálico que me pregunto si llegará a partirse, pero los centelleantes eslabones absorben el golpe. Aldrick alza una mano rocosa, pero se detiene en el último segundo, devolviendo su puño a la normalidad antes de noquear al miasma. Ha ganado, pero sin infligirle tanto daño como habría podido. Se oyen unos aplausos corteses desde la cubierta superior, mientras Demitri saca al miasma a rastras de la jaula. Entonces llega mi turno.

Me enfrento a una tal Briony.

Cuando entro en la jaula, la chica del pelo zanahoria que no paraba de sobar a Carl accede por el otro extremo. Se impulsa la barbilla hacia un lado

con los nudillos.

—¡Tú puedes, Vesper! —exclama Aldrick.

Giro la cabeza para mirarlo. Él asiente. A su lado, Mavis se desliza el dedo índice por el pescuezo, mientras articula con los labios: «No, no puedes».

Me doy la vuelta. Si pierdo ahora, quedará eliminada.

Briony se desliza la lengua por los dientes superiores y se ríe de algo que le ha dicho Carl. Cierro los ojos y me imagino mi hogar. En este momento, abro la puerta que había dejado atrancada para poder sobrevivir y dejo que salga lo que hay dentro. Me obligo a recordar la risa de Carmen y el olor de la leche de coco en polvo que tanto le gusta a mi madre. Recuerdo el tacto del pelaje de Íñigo y el chirrido de la puerta principal cuando alguien la abría. Me acuerdo de mi familia.

Voy a ganar este torneo y voy a volver a casa.

No oigo lo que dice Tessa mientras nos presenta, pero asiento con la cabeza cuando me mira. Entonces, Briony y yo ocupamos nuestros rincones y aguardamos la señal para empezar.

«Adelante».

Es una lucha a contrarreloj. Tengo que rematar esto pronto.

Briony se apoya en el enrejado y luego se impulsa hacia delante. Avanzo un paso para encararme con ella. Ella no sabe a quién se enfrenta. Sam y yo llevamos toda la semana practicando derribos. La sorprenderé con una palanca al brazo o una guardia cerrada y...

Briony alza las manos y sonrío. Unas llamas se extienden por sus brazos, subiendo por sus dedos como si fuera una corriente de agua invertida. Se me forma un nudo en la garganta y me quedo quieta.

«Una furia de fuego».

El calor que emerge de sus llamaradas me impacta en la mejilla cuando giro la cabeza, en un intento por respirar aire fresco.

Briony se acerca un poco más, yo retrocedo.

—¡Vamos! —chilla y, mientras se ríe percibo una luz en el fondo de su garganta que estremece el aire.

Entonces oigo los gritos de Carmen. Oigo el gorgoteo de su respiración acelerada, el terror que se hizo trizas en mitad de la noche como un trozo de

cristal en un huracán.

¿Fue así como se sintió cuando vio que no tenía escapatoria? Cierro los ojos.

—Vaya. Menuda decepción —dice Briony, acercándose.

Abro los ojos y miro hacia abajo. Aún lleva las piernas envueltas en unos vaqueros oscuros. Siento un atisbo de esperanza. Briony es como Aldrick. No puede mantener la furia de fuego en todo su cuerpo durante mucho tiempo.

Eso me deja una oportunidad.

Y con eso me basta.

Me agacho y me abalanzo sobre ella para agarrarla por las corvas. Briony cae de espaldas, chillando. Me encaramo a ella y le inmovilizo los brazos con las piernas, mientras le sujeto la mandíbula con la mano para que no la abra. Con la boca y las manos fuera de juego, Briony no puede quemarme ni escupir fuego.

Noto un cosquilleo en los dedos, la sensación se proyecta hacia fuera, zambulléndose en su pecho.

No estamos en la jaula del gimnasio de Duncan. No estoy entrenando con Sam. Esto es una situación de mucho estrés, así que el control que tengo sobre mi magia es limitado. Pero por ahora es suficiente.

El público ruge entusiasmado.

Briony tiene el rostro contraído de rabia. Cierra los ojos y, cuando los vuelve abrir, despiden un fulgor amarillento. Un calor intenso se extiende bajo mi cuerpo cuando mi adversaria prende fuego a su torso. Pego un grito y me aparto. Ella intenta levantarse, pero yo le pongo la zancadilla y la hago girar, agarrándola por el codo. No tardará en concentrar las llamas en el punto donde la estoy tocando, pero he ensayado este movimiento con Sam suficientes veces como para saber que me basta con unos segundos. Le apreso el brazo entre las piernas y le rodeo el torso con las pantorrillas.

Una palanca al brazo.

El público enloquece.

Impulso las caderas hacia arriba y Briony suelta un chillido. Después cierra los ojos, inspirando entre dientes. Cuando los abre, comprendo que

está pasando algo. Briony es más fuerte de lo que aparenta y está aguantando más de lo que esperaba. Tengo que acabar con esto de una vez.

Con un chillido feroz, Briony arquea la espalda entera. La piel que está en contacto con mis dedos se calienta en segundos. Está utilizando las energías que le quedan para prender su cuerpo entero. Oigo un desagradable chisporroteo bajo mis dedos, pero eclipso el sonido con un grito. Empieza a salir humo de los puntos donde la tengo agarrada. Pretende abrasarme para que la suelte.

Pero eso no va a pasar.

Le arde la piel como si fuera presa de una fiebre atroz. Yo pego otro grito mientras impulso las caderas un poco más hacia arriba, haciendo presión con los muslos.

Pero Briony no cede, y tampoco su puñetero codo.

Noto cómo el calor que mana de ella atraviesa mis vaqueros, quemándome las pantorrillas y las corvas.

Aumento la presión, aunque el calor resulta casi insoportable.

La magia de mis dedos se ha desbocado, suplicándome que la libere. Mi poder se proyecta fuera de mi cuerpo, adentrándose en el de Briony antes de que pueda impedirselo. Me sumerjo a través de sus rincones más oscuros, indagando entre terrores y recuerdos. Sus miedos claman a voces cuando mi magia pasa junto a ellos, tratando de llamar mi atención.

Sé que Briony nota que estoy hurgando en su interior, porque se pone tensa y suelta un grito ahogado. Ese fugaz movimiento es suficiente para poder aferrarme mejor a su brazo y tirar con más fuerza.

—¿Qué ha sido eso? —chilla.

Pero no respondo. Necesito concentrarme a fondo para no permitir que mi magia desate el caos en su interior.

Podría poner fin a esto en segundos si le diera rienda suelta. Briony no sabría por dónde le vienen. Pero sé que no puedo controlar mi poder ahora mismo. No seré capaz de pararlo. Así que repliego mi magia y ella obedece.

Miro hacia arriba, localizo el rostro de Sam. Está asomado a la cubierta, mirándome fijamente, con una mezcla de espanto e incredulidad. Me muero de dolor, pero consigo sostenerle la mirada.

«Puedo hacerlo».

Sam asiente con la cabeza. Quiero creer que es porque está preocupado por mí. Quiero creer que es porque somos amigos. Pero no voy a engañarme. Sam me está utilizando para enmendar su relación con Elisa. Y yo le estoy utilizando para apuñalarle por la espalda.

Al pensar eso, una oleada de rabia me recorre el espinazo, produciendo un efecto dominó. Estoy furiosa por tener estos poderes. Estoy furiosa por tener miedo de mí misma. Estoy furiosa por haber arruinado mi vida, por disfrutar con el sonido de la risa de Sam, por lo que me dolerá cuando empiece a odiarme, y estoy furiosa por...

Profiero un alarido final e impulso las caderas hacia arriba con todas mis fuerzas.

Con un último grito, Briony se desploma sobre la lona, convertida en un amasijo humeante, conforme se extingue el fuego de su interior. La magia ha consumido sus fuerzas, así que se ha desmayado.

Me quedo inmóvil, resollando, aliviada. No he tenido que romperle el brazo. Gracias a Dios, no me ha hecho falta.

Suelto el codo de Briony, tengo la piel en carne viva por las quemaduras. Ruedo hasta ponerme de rodillas y el público prorrumpe en aplausos y vítores.

No sé cómo he llegado al puesto de enfermería. ¿Me ha traído Sam? ¿He venido por mi propio pie? Todo resulta confuso. Lo único que sé es que tengo las manos vendadas y las pantorrillas embadurnadas con un ungüento. Empieza a picarme la piel entre los omóplatos, así que me incorporo.

—Con cuidado —dice Aldrick.

Lo miro. Está sentado en una camilla, a mi lado.

—No te fuerces, Vesper —insiste, alargando una mano. Tiene una herida en el antebrazo, con unos puntos de sutura recientes. Y tiene otra en la mejilla.

Permanezco sentada hasta que la estancia deja de dar vueltas. En el exterior, el público aplaude cuando resuena el impacto de un cuerpo contra una superficie metálica. Hago una mueca.

—Respira hondo —susurra Aldrick. No lo dice con condescendencia..., tampoco para burlarse. Cuando lo miro, sonrío—. Menudo combate. Has vuelto a lo grande.

—Lo sé. —Pongo los ojos en blanco y alzo mis manos vendadas—. Soy una profesional.

No sé si es cosa de la magia o si la adrenalina hizo que el fuego pareciera más caliente de lo que era en realidad, pero el caso es que las heridas no son graves. Más que combatir contra una furia de fuego, parece que me he pasado calentando un cuenco de tallarines en el micro.

No son para tanto. Podría haber sido peor.

—Los placebos te curaron lo mejor posible, pero el resto tendrá que curarse por sí solo —dice Aldrick. Lo miro y él capta la pregunta implícita en mi mirada—. Placebos. Ya sabes: médicos mágicos, con poderes sanadores.

—Nunca había oído hablar de ellos. —Los añado a la lista de cosas que desconozco.

—No utilizaste tu magia —dice Aldrick.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Se encoge de hombros.

—Tampoco la utilizaste en el foso.

—Ya —respondo.

—¿Por qué no? —insiste, apoyando las manos en la camilla, a ambos lados de sus piernas, mientras inclina el torso hacia delante.

Trago saliva con fuerza. No sé hasta dónde debería contarle. Un momento..., ¿debería contarle algo? Es mi adversario.

—Pues...

Aldrick está sonriendo, como si me hubiera leído la mente.

—Vesper, peso ciento diecisiete kilos y puedo convertir mi cuerpo en granito. La guerra psicológica nunca ha sido mi fuerte.

Lo miro con el ceño fruncido, él despliega sus brazos, mostrando su pecho desnudo.

—No estoy intentando jugártela. Es solo que parece que...

—¿Qué es lo que parece? —replico.

Aldrick ladea la cabeza.

—Parece que te da miedo tu magia.

—La tengo bajo control —replico. Siento un cosquilleo en la nuca.

—No, la tienes encerrada, que no es lo mismo. Te niegas a aceptarla.

—Pues claro, ¿no te fastidia? Y tú harías lo mismo, si estuvieras en mi lugar —le espeto. Las palabras escapan por mi boca antes de que pueda detenerlas.

Aldrick se queda inmóvil. Debería disculparme por haberle hablado así. Él no sabía que me estaba metiendo el dedo en la llaga.

—No sé cómo liberarla sin hacerle daño a nadie —añado, mirándolo a los ojos.

Aldrick asiente, frunciendo los labios mientras sopesa mi respuesta.

—Está bien. ¿Quieres aprender a hacerlo?

Me quedo mirándolo fijamente. ¿Habla en serio? «Puede que esté intentando jugártela».

—¿Cómo?

Sam también quiso ayudarme, pero con Aldrick parece más sencillo.

Para empezar, es un anómalo. Y estrechar lazos con él no me inquieta tanto como la posibilidad de hacerlo con Sam. Sé cómo bloquear mi poder, pero Sam tenía razón. No puedo seguir luchando con dos adversarios a la vez.

—Pásate un día por la gruta. Entrenaremos juntos.

Nos quedamos un rato en silencio mientras las palabras retumban en mi mente.

—¿Y por qué querrías ayudarme?

Aldrick se encoge de hombros.

—Ya te lo he dicho. Salvaste a Sapphira cuando estábamos huyendo de la poli. Además, sé lo que se siente al tener miedo de tus poderes. Y sé lo que significa estar solo. Esas cosas no molan nada.

—¿Y qué pasa si mi marca me permite pasar a la siguiente ronda y nos emparejan para luchar? —inquiero.

Aldrick ensancha su sonrisa.

—Cari, si nos emparejasen para luchar, me gustaría tener una rival digna de ese nombre.

—Nadie es tan noble en la vida real —replico.

Se oye un clamor cuando comienza el siguiente combate. Aldrick y yo nos levantamos para presenciar la última pelea desde la entrada del puesto de socorro.

Mavis se enfrenta a un desollador llamado Riles. Cuando rota los hombros, de su piel asoman unas puntas afiladas como cuchillas. Parece un puercoespín, pero con cuchillas en vez de púas. Riles sonríe, sacando la lengua. Ahí también tiene una cuchilla. Mavis enarca una ceja escultural mientras se quita los guantes negros y los arroja a un lado.

El desollador traza un arco con el brazo, directo hacia el rostro de Mavis, pero ella se agacha y su manto de cabello dorado la sigue, formando un arco perfecto. Mavis trata de agarrarle la pierna, pero Riles la levanta y gira sobre sí mismo, después intenta asestarle un codazo. Mavis se aparta, sus ojos despiden un fulgor rojizo mientras rueda por el suelo. La jaula emite un resplandor morado al absorber el impacto de su poder. De lo contrario, la estructura se habría hecho añicos al sentir el roce de la demo.

—Mierda —murmura Aldrick. Sale de la tienda y yo lo sigo para acercarnos a ver el combate.

El desollador sonríe mientras se desplaza rápidamente de un lado a otro.

—Mavis solo tiene que tocarlo, ¿verdad? —pregunto.

Aldrick niega con la cabeza.

—Tiene que tocarle con las yemas de los dedos. Y no le resultará fácil si se queda sin ellos.

Su voz es sombría, y su gesto, tenso. Aldrick parecía la clase de persona que sabe digerir bien la violencia. Pero ahora comprendo que simplemente es un buen luchador. Presenciar algo como esto le gusta tan poco como a mí.

Mavis se lanza en plancha hacia un lado, deslizando una mano sobre el borde romo de una de las cuchillas de Riles, que se desintegra. Riles grita enfurecido mientras su adversaria gira el cuerpo, alargando de nuevo la mano para rozar la otra cuchilla que tiene en el hombro, que se deshace igual que la otra.

Mavis se pone en pie, sonriendo, mientras Riles alza las manos y genera nuevas cuchillas que ocupan el lugar de las anteriores. Mavis borra su

sonrisa. Riles es capaz de generar nuevas cuchillas tan rápido como ella las destruye.

El desollador ladea la cabeza un segundo, antes de abalanzarse de nuevo sobre Mavis. Esta vez, sin embargo, ella no echa a rodar. En vez de eso, alza los brazos y le sujeta las manos a Riles.

Suelto un grito ahogado, aferrándome al brazo de Aldrick mientras Mavis profiere un alarido.

Riles aumenta la presión, hincándole las cuchillas a Mavis en las manos, pero ella no le suelta. Roza las cuchillas con las yemas de los dedos y las desintegra, pero su contrincante las reemplaza en segundos.

Riles voltea el brazo, apuntando hacia el rostro de su oponente. Mavis se lo sujeta también y pega otro alarido cuando las cuchillas le desgarran la piel. Empieza a correrle sangre por el brazo, que gotea sobre la lona, junto a sus pies, mezclándose con el polvillo de las cuchillas desintegradas de Riles.

—¡Ríndete, Mavis! ¡Pon fin a esto! —mascullo, hincando los dedos en el brazo de Aldrick, que niega con la cabeza.

—No conoces a Mavis. No se rendirá por nada del mundo.

Y así es. Empuja a Riles hacia el centro de la jaula, después hacia el extremo contrario. Cuando se estrellan contra el enrejado metálico, Mavis aprovecha para sujetarlo con más fuerza. Está ganando terreno: sus poderes están destruyendo las cuchillas de Riles apenas un milisegundo antes de que él pueda regenerarlas, pero ese es todo el tiempo que necesita.

Si llega hasta su piel, será el fin de Riles.

Miro hacia la cubierta del barco, preguntándome si Ananias será consciente de lo cerca que están de la destrucción. Está contemplando la pelea con una expresión indescifrable, mientras toquetea el tallo de su copa de champán.

Riles intenta zafarse de Mavis una vez más, pero ella reacciona aferrándose con más fuerza todavía. Todos nos percatamos del momento en que le roza la piel con las yemas de los dedos. Riles profiere un alarido horrible y desgarrador. Me tapo los oídos, pero no logro contener las lágrimas.

Mavis se aparta y alcanzo a ver lo que queda del brazo de Riles.

Casi nada. Le brota sangre del hombro, resuella mientras observa lo que ha pasado, con la mirada perdida por la conmoción.

Se tambalea y cae de rodillas. Mavis se detiene un instante, balanceándose ligeramente mientras contempla su obra.

Tessa alza un dedo y lo ondea, haciendo señas para poner fin al combate y para que se acerquen los placebos. No hace falta que anuncie quién ha vencido. Mavis retrocede mientras los placebos entran en la jaula y suben a Riles, que se ha quedado inconsciente, a una camilla. Una placebo resbala con la sangre, pero logra mantener el equilibrio.

Mavis los observa mientras se llevan a su adversario, después se dirige hacia la puerta de la jaula. Tiene el rostro manchado de sangre, la sonrisa ha desaparecido de sus labios oscuros.

—Mavis —dice Aldrick, alargando un brazo, pero ella se zafa de él y se aleja.

Yo bajo las manos, sin dejar de mirar la sangre derramada sobre la lona. La visión de mis manos chamuscadas y de la sangre fresca sobre la lona anega mis sentidos y me revuelve el estómago. Sabía que este torneo era peligroso cuando me inscribí, pero «saberlo» y «experimentarlo» son dos cosas distintas. Ananias dijo durante la primera velada que este torneo pondría a prueba nuestros límites. Ahora sé a qué se refería. Y lo cierto es que no puedo sentirme asqueada por lo que acaba de hacer Mavis. Porque yo habría hecho lo mismo. Igual que todos.

Solo de pensar eso se me revuelven las tripas, así que me doy la vuelta y me alejo, mientras me quito los vendajes de las manos y dejo que caigan revoloteando al suelo. Los focos centellean a mi alrededor, cegándome. La escena me resulta tan familiar que siento como si estuviera de vuelta en el campo de fútbol de Northview, formando un corro con mis chicas antes de un partido, embadurnándonos las sienes con purpurina. Llevo puesto mi uniforme de animadora, despide un fulgor dorado bajo la luz de los focos. Oigo cómo se ríe Lindsay mientras me recoloca un rizo que se me ha quedado enganchado en la cremallera. Hace un frío que pela, el aire helado me produce un escozor en las quemaduras que resulta agradable e insoportable al mismo tiempo. Me pongo la capucha e inspiro hondo varias veces.

—Ha sido impresionante —susurra alguien, dándome un susto de muerte. Es Ananias, que se está acercando. Se detiene junto al puesto de socorro y se cruza de brazos—. Por un momento, pensé que ibas a partirme el brazo.

Lo miro, mientras trato de recuperar el habla.

—Lo habría hecho —digo al fin, intentando determinar por qué se habrá acercado a hablar conmigo.

Ananias se detiene frente a mí, todavía con la copa de champán en la mano. Arroja el líquido restante al suelo. Un médico se asoma a la entrada de la tienda.

—Vamos a trasladarlo, señor Ventra. Aquí no podemos hacer nada más por él.

—Mi coche está ahí detrás. No esperéis a la ambulancia. No aguantará tanto —dice él.

El médico asiente y vuelve a entrar en la tienda. Permanezco inmóvil mientras Ananias se queda mirando el puesto de socorro. Su expresión sigue siendo inescrutable cuando vuelve a girarse hacia mí. Tiene los ojos de color marrón oscuro, con unos anillos amarillos alrededor de las pupilas que se expanden conforme habla. Su mandíbula se estremece cuando esboza una media sonrisa. Observa mis manos chamuscadas.

—Un profano podría pensar que eres común. Pero yo percibí algo latente hacia el final. Lo que quiera que lleves dentro quería salir.

Lo miro a los ojos, pero no respondo.

—Has obtenido la mejor marca, así que pasas a la siguiente ronda. Espero que decidas dejarlo salir. Quiero saber qué secretos esconde una chica como tú.

Dicho esto, pasa de largo junto a mí. Yo lo sigo con la mirada.

Me doy la vuelta, preparándome para entrar en la enfermería, pero me detengo cuando veo a alguien plantado frente a mí. Es Sapphira.

Lleva puesta una sudadera negra, con el rostro entre las sombras. Incluso se mueve como si fuera una, pues no la había oído llegar. Cuando se gira para mirarme, sus radiantes ojos azules resaltan en la oscuridad.

—Aldrick me dijo que debía permitir que te formaras tu propia opinión sobre los combates. Según él, debería habértelo contado en vez de intentar

que te marcharas.

—Pero no lo hiciste —replico.

Sapphira se acerca y me roza la camiseta. Observo el lugar que señala, donde una mancha de sangre procedente del combate de Mavis aterrizó sobre mí cuando estaba entre el público.

—Todos mis amigos se quedaron en trance con ese combate. No quería que te pasara lo mismo a ti. No te imaginas hasta qué punto puede llegar a afectarte todo este asunto. La gente pierde el norte y no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde.

Le agarro la muñeca con suavidad y la miro a los ojos.

—Yo ya perdí el norte hace mucho tiempo. Esta es mi oportunidad para recuperarlo.

Le suelto el brazo. Ella cierra los ojos, sus pestañas largas y oscuras se posan sobre sus marcadas ojeras.

—Todo el mundo tiene un precio, ¿eh? —Se pone a jugar con los colgantes de su brazalete mientras niega con la cabeza, tragando saliva con fuerza. Después me señala las manos—. Deberías volver a vendártelas. No querrás que se te infecten.

—¿Vesper? —Alguien me llama desde el interior de la tienda. Es el médico, que quiere examinarme.

Sigo el sonido de su voz. Cuando miro atrás, Sapphira ya se ha ido.



DIECISÉIS

Sam conduce de regreso al gimnasio. Resulta casi una burla que todo parezca normal cuando entramos en la calle. Las luces están encendidas. Hay gente saliendo del Aloa's.

Estoy cubierta de un bálsamo antibiótico y envuelta en gasa, mientras mi mente sigue dándole vueltas a mi conversación con Sapphira. No dejo de repararla, confiando en identificar ese detalle que se me escapa.

Miro a Sam.

Está callado, pero no es su silencio habitual.

Esta vez tiene miedo, noto cómo mana de él en oleadas. Aparca el coche enfrente del gimnasio. Las luces están encendidas. Seguramente, Abigail, Wex y Roy nos estén esperando.

Sam apaga el motor.

Ninguno nos bajamos del coche.

Él permanece sentado, no sé qué se le estará pasando por la cabeza.

—No pensé que fuera a ser así.

—Estoy bien, Sam. El médico dijo que se curará en unos días.

—Me quedé allí plantado, viendo cómo ocurría... —Su voz se va apagando.

No me gusta oír cómo se le quiebra la voz, lo pequeñito que le hace parecer. Sam no es pequeño. Es cualquier cosa menos eso. Así que ver cómo se vuelve diminuto de repente hace que prenda en mi interior un miedo que no sabía que estuviera allí.

—Sabía que iba a ganar —replico.

Sam se queda mirándome.

—Estás herida, Vesper. Y no son unos cuantos moratones, fruto de una reyerta en el foso. Jamás pensé que permitirían que llegara tan lejos.

Percibo algo en su forma de hablar, como si se estuviera reprendiendo por no habérselo pensado mejor. Como si me hubiera dado cuerda y me hubiera soltado en una maraña de alambre de espino. Como si me hubiera utilizado. Me hace sentir superincómoda. Verlo así me parte el corazón, pero me apresuro a cerrar la compuerta de esa zona de mi pecho.

He dejado que esto llegue demasiado lejos. Ya era consciente de ello, pero no lo entendí de verdad hasta que entré en la jaula. Nuestra relación no tiene por qué desembocar en una amistad. Sam es un medio para obtener un fin, y yo tengo que contener el impulso de decirle que todo saldrá bien, porque no es cierto. Tengo que espabilarme y romper el hilo de sus pensamientos. Y no solo porque le estén haciendo sentirse mal, sino porque no puedo permitir que albergue la idea de echarse atrás ahora.

—Me inscribí para esto. Yo misma me lo he buscado —replico, mirándolo.

Empleo un tono uniforme, pronunciando las frases a intervalos regulares para que pueda asimilarlas y digerirlas.

—Vamos a dejar clara una cosa, ¿vale? Tú no me obligaste a hacer esto. No está en tu mano obligarme a hacer nada.

Sam mira para otro lado mientras niega con la cabeza.

—Ya sé que tú lo elegiste. ¿Crees que no me había dado cuenta? Maldita sea, Vesper. ¡Eso es lo peor de todo! Al verte metida en ese lío, me sentí horrorizado y orgulloso a partes iguales... ¿No lo entiendes? Y eso es lo que me asquea. Te vi gritar. Incluso podía ver el humo que salía de tu piel... Era insoportable, pero aun así me quedé allí, deseando que hicieras pedazos a esa chica. ¿En qué clase de monstruo me convierte eso?

«En uno que sigue sin ser peor que yo».

Me quedo mirando el salpicadero. El arañazo en la superficie de cuero, la mancha de café al lado. Las palabras se agolpan en mi garganta.

—Háblame de Elisa —le digo.

Sé que esto dificultará las cosas a largo plazo, pero necesito que se concentre en su objetivo, porque si le entran las dudas, será el fin de los

dos. Además, puede que oír lo mucho que quería a esa chica me ayude a levantar una barricada delante de esa compuerta que tengo en el pecho.

Sam se queda mirándome como si hubiera dicho un disparate.

—¿Cómo?

—¿Qué pensaste cuando la conociste? ¿Qué fue lo primero que se te pasó por la cabeza?

Sam trata de cruzar una mirada conmigo, mientras se recuesta sobre la puerta.

—Pensé que era una ladrona.

—¿Qué? —La exclamación emerge en forma de carcajada.

Sam asiente con la cabeza.

—Elisa estaba en el piso de arriba durante una de las fiestas de mis padres. Entré en su habitación a coger algo para mi padre y la vi saliendo del cuarto de mi hermana pequeña. Llevaba puesto un vestido negro. Tenía el cabello rubio oscuro, enmarañado, ¿sabes cómo te digo?

Muevo las manos sobre la base de su cuello para indicar lo que parece un recogido bajo. Las farolas iluminan su rostro mientras el recuerdo va cobrando forma. Sonríe.

—Le grité que se detuviera, pero ella se largó. Saltó al patio desde una ventana.

—¿Y tú qué hiciste?

—La seguí. Era veloz, pero no tanto como yo.

Sam se ha quedado sumido en el recuerdo. Lo noto al ver que la sonrisa que comenzó a asomar en sus labios se ha extendido hasta sus ojos.

—La alcancé en mitad del jardín trasero de los Thompson, cerca de la caseta de la piscina. Nos caímos sobre el césped. Creí que llevaba las de ganar, pero ella me volteó y me inmovilizó en el suelo. —Hace una pausa para tomar aliento—. Se le había soltado la melena y... pensé que iba a noquearme de un puñetazo.

Se me encoge el pecho al escuchar su voz. Nunca le había oído emplear un tono tan suave, como si ese recuerdo estuviera hecho de cristal y lo hubiera sacado de su envoltorio para permitirme echar un vistazo.

—¿Y qué hizo ella? —susurro.

Sam me observa, ya no tiene la mirada perdida.

—Se quedó... mirándome. Y entonces se encendieron los aspersores. Sonríe. Es la sonrisa más radiante que le he visto hasta el momento.

—¿Y qué estaba haciendo en casa de tus padres? —pregunto con una curiosidad sincera.

Sam parpadea como si estuviera volviendo en sí.

—Pues... robar, sí. —Al ver la cara que pongo, añade—: Por aquel entonces, tenía muchos secretos. Incluso ante su círculo más íntimo.

«Íntimo». Me imagino a Sam, bañado por la luz del sol. Me imagino a Elisa haciéndole reír en la cama, un domingo por la mañana. Imagino cómo será la cara de felicidad de Sam. Pero no quiero pensar en eso. No quiero compararla con la que tiene ahora.

Tampoco quiero imaginármelo en la cama. Alejo ese pensamiento de mi mente.

—¿Discutisteis por eso? ¿La noche que se marchó?

—No —responde Sam—. Puede que eso me convierta en una mala persona, pero nunca la presioné con ese tema. Sabía que estaba metida en asuntos turbios, pero... —Se interrumpe, mira por el parabrisas como si estuviera paladeando las palabras que acaba de pronunciar—. Hay personas que, cuando las tienes cerca, te hacen sentir... pleno. Creo que esa es la palabra. Alimentan tu alma y te hacen ser mejor persona con solo tenerlas a tu lado. Supongo que esto te sonará un poco raro.

Me obligo a mirar para otro lado antes de responder.

—No. Tiene todo el sentido del mundo.

Sam aparta las manos del volante y volvemos a quedarnos en silencio.

Digo la única cosa que creo que hará que lo de esta noche valga la pena. Lo único que se me ocurre que sea cierto:

—Quiero ganar este torneo, Sam. Ayúdame, ¿vale?

Cuando Sam alza la mirada, percibo un cambio en él. Parece haber aceptado que la cosa va a ponerse fea y que no le queda más remedio que aceptarlo. Y que tampoco le queda más remedio que permitirme seguir adelante.

Sam asiente. Una única vez, y solo ligeramente.

Me ayuda a salir del coche. Abigail vuelve a vendarme las heridas, que ya están curadas casi del todo gracias a la magia del placebo. Wex nos

prepara una sopa. Y por «preparar» me refiero a que calienta un táper en el microondas. Sam les relata lo ocurrido mientras yo me siento en el sofá, al lado de Abigail.

Me quedo dormida sobre su regazo mientras ella juguetea con mi pelo.

En algún momento en mitad de la noche, me despierto y oigo el saco de boxeo. Alguien ha debido de traerme en brazos al altillo. Normalmente, me habría horrorizado sentirme tan vulnerable, pero aquí esa idea no me asusta tanto como lo haría antes.

«Un, dos, tres. Un, dos, tres».

Me consuela saber que es Sam. Me gusta saber que está en el piso de abajo, que está cerca. Aquí, a solas en la oscuridad, me permito pensar en eso. Hundo la cabeza en la almohada y cierro los ojos con fuerza. El dolor físico se acabará pasando. Pero lo que me aflige ahora es algo completamente distinto.

Porque cuando Sam habló de esa persona que te hace sentir plena, completa, fuerte...

Sí, conozco esa sensación, y me duele pensar en ello.

Porque así es como me siento cuando él está cerca.



DIECISIETE

Consigo evitar a San durante el siguiente par de días. Me ducho en el baño del gimnasio, con cuidado, y estiro mis músculos doloridos. Sam se va a trabajar y luego viene a entrenar, pero yo me aseguro de estar en el altillo. Mi nuevo pasatiempo consiste en espiar por internet con el viejo ordenador que hay en un rincón del despacho. Encuentro a Ananias en Facebook. En Instagram.

Tiene fotos suyas cenando en las Torres Petronas de Kuala Lumpur con unos amigos, brindando. En otra aparece sentado en la terraza de una cafetería de París, ofreciéndole una miga de pan a una paloma.

No sé qué esperaba encontrarme, pero al menos algo más útil que esto.

Tecleo el nombre de Sapphira. Encuentro su cuenta de Instagram. O lo que era su cuenta. Lleva casi un año inactiva. La Sapphira que yo conozco no tiene nada que ver con la que aparece en estas fotos.

Sapphira en las escaleras de su instituto, rodeada de amigos. Una chica rubia hace el símbolo de la paz. Sapphira se apoya en su hombro.

Sapphira en un partido de fútbol, cogida del brazo de dos amigas.

Hago una pausa mientras se carga otra imagen. Un niño pequeño, que no tendrá más de cinco años, sentado sobre su regazo, con la cabeza recostada sobre su hombro. En las manos sostiene un dinosaurio de juguete. Leo el pie de foto: «¡El insólito y peligrosísimo Nolanosaurio!».

Hay un motivo por el que he permanecido tanto tiempo sola. No puedes intimar con la gente sin dejar tus cicatrices al descubierto. Las ruinas de vidas pasadas tienen todas el mismo aspecto cuando las recorres, y sé que

me estoy adentrando en una parte de Sapphira que ella no querría que yo viera.

Estoy inquieta. La habitación se me hace pequeña, como si necesitara salir.

Cierro la ventana del ordenador y me levanto, algo se mueve en la esterilla del gimnasio y atrae mi atención hacia la ventana. Sam cierra su taquilla con cuidado, se pone un gorro de lana y recoge una mochila que se cuelga del hombro.

No sé si será porque no quiero quedarme a solas con mis pensamientos, o porque percibo algo en su forma de mirar por encima del hombro que me sugiere que Sam no quiere que nadie lo vea...

Pero el caso es que me calzo las botas y lo sigo.

Sam enfila por la calle 5th y gira a la izquierda. Los cables del tranvía se entrecruzan en lo alto, bajo el encapotado cielo nocturno. Emiten un chisporroteo, como si alguien estuviera punteando la cuerda de un instrumento. Al otro lado de la calle, hay una banda tocando en un pequeño restaurante. Sam se detiene a mirar. Yo me escondo detrás de un árbol, creyendo que va a darse la vuelta de un momento a otro. Pero no lo hace.

Lo sigo por Broadway, asegurándome de mantener una distancia prudencial entre los dos.

Como esto sea un simple paseo y acabemos girando en círculo de regreso al gimnasio, voy a sentirme como una idiota. Sam se detiene en un cruce y mira por encima del hombro; yo me escondo a toda prisa detrás del carrito de la compra de un vagabundo. Está durmiendo con la espalda apoyada en la pared de ladrillo de un garito, abre los ojos cuando me agacho de repente a su lado.

Por un momento, siento una oleada de terror. Estoy sola, en la oscuridad. Extiendo una mano, la palma me empieza a palpar, pero me doy cuenta de que Aldrick tenía razón. Lo único que puedo hacer es mantenerla encerrada.

No puedo aprovecharla.

—¿Estás bien, chica? —pregunta el sintecho.

Asiento con la cabeza mientras bajo la mano lentamente. Él se reacomoda y vuelve a cerrar los ojos.

Observo las bolsas de basura apiladas encima del carro, mientras Sam se detiene ante una puerta metálica azul, al lado de un mural donde aparecen pintados unos personajes de cómic bailando salsa.

Atraviesa la puerta. Aguardo unos instantes antes de salir tras él.

En el interior, las paredes son de color rosa chillón. Una oscura escalera de madera forma una curva hacia arriba. Oigo unas pisadas que supongo que serán de Sam. Permanezco un piso más abajo, asomada desde el borde del tercer piso mientras Sam saca una llave y abre la puerta del apartamento 408.

Debería irme. Esto no es asunto mío. Comienzo a bajar por las escaleras, pero algo me detiene. Puede que Sam esté ocultando algo. Algo peligroso. Giro la cabeza para mirar y advierto algo junto a la puerta. Hay una pequeña placa identificativa de cerámica encima de un timbre.

¿Pondrá un nombre?

Lentamente, subo por las escaleras y me acerco a la puerta con todo el sigilo posible.

«E. Littleton».

«E.».

¿Elisa?

Este es el apartamento de Elisa. Un momento... Si han roto, ¿qué hace Sam en su piso?

Estoy a punto de volver a bajar corriendo por las escaleras cuando la puerta se abre de golpe. Sam aparece en el umbral, con un gesto que sin duda catalogaría como de enfado al verme.

—¿Ahora te ha dado por seguirme? —inquire, apoyándose en el marco de la puerta.

—Me preocupaba haberme asociado con un rarito que se cuele en el apartamento de su exnovia en mitad de la noche. Y ¿sabes qué? Resulta que había acertado.

—Vesper... —dice Sam, lentamente, pero yo retrocedo y alzo las manos.

—En realidad, no es asunto mío, Sam. Aunque me siento obligada a decirte que esto es raro de cojones, y mi conciencia me dicta que te

recuerde que esta clase de invasión de la privacidad no está bien. Ya sé que la echas de menos, Sam, pero de ahí a espiarla... No puedes...

—Vesper. Por favor. ¿Podemos hablar dentro? —pregunta.

—Sí, claro, como si esto no fuera ya bastante raro. Así, cuando Elisa vuelva a casa, podemos explicarle que vamos a participar en un torneo sobrenatural para recuperarla. Seguro que se pone tan contenta.

—Elisa está muerta, Vesper. Murió hace un par de años —dice Sam.

Su voz se convierte en un cuchillo que desgarrar el aire con una precisión de cirujano. Me quedo callada, en un vano intento por asimilar lo que ha dicho.

—¿Cómo? —susurro.

Sam se echa a un lado.

—Por favor —dice, haciéndome señas para que entre.

Atravieso el umbral con las piernas entumecidas. Me da vueltas la cabeza.

El apartamento es pequeño y acogedor. El salón está lleno de cajas, la encimera de la cocina cubierta de pilas de papeles. Un gato gris pasa como una centella entre mis pies.

—Esa es Penny —dice Sam—. He intentado reubicarla, pero siempre encuentra el modo de volver aquí, así que he tirado la toalla.

—Es un placer conocerte —murmuro mientras la gata me mira con unos preciosos ojos de color verde azulado.

Penny lanza un maullido y, en un visto y no visto, estoy sentada en el suelo, acariciándola. Sam se mete en la cocina.

—¿Quieres un té?

—Quiero una explicación —replico, tajante.

Nos quedamos en silencio, hasta que se oye el sonido de la tetera. Sam regresa al recibidor y me hace señas para que lo siga.

Las paredes son de color lila. Veo marcas en la pintura, en los lugares donde antes había cuadros. Me pregunto si los quitaría Sam.

—Este piso era de su familia —dice, deteniéndose ante una mesita auxiliar—. Yo se lo cuidaba cuando ella estaba fuera por trabajo. Últimamente he estado... —Se da la vuelta para mirarme— recogiendo.

—¿Durante dos años? —inquiero.

Sam frunce el ceño.

—Esto no es asunto tuyo, Vesper. No deberías haber venido aquí.

—Lo sé —respondo, porque, sinceramente, sé que he cruzado una línea roja—. Es que... estaba preocupada por ti.

Mi instinto me dice que esas palabras son ciertas, lo cual no hace sino empeorarlo todo.

Sam se sienta en un sillón orejero con un estampado floral y se cruza de brazos. Yo me siento en el brazo del sofá, mirando a mi alrededor, como si las paredes fueran a ofrecerme las respuestas que busco.

—No te he mentado —murmura.

Vuelvo a girarme hacia él. Tiene una mirada intensa. Vulnerable. Me produce un cosquilleo en la piel, como si esas palabras se hubieran adentrado en mi cuerpo y estuvieran impulsando mi falsedad hacia la superficie.

—Somos socios, Sam. No me debes nada —replico, haciéndome a un lado—. Solo quería asegurarme de que no tuvieras un congelador repleto de cadáveres desmembrados. Si existiera algo así, me gustaría saberlo. Pero ¿esto? Yo...

Sam se pone en pie.

—No. Tienes razón. Somos socios, y me siento fatal por haberte confundido. Yo solo...

Se interrumpe, y espero con todas mis fuerzas que no diga nada más. No debería haber venido aquí. Resuello mientras me planteo la posibilidad de darme la vuelta y largarme.

—No quería ponerte esta carga encima. Sé que la jaula te somete a mucha presión. Todo el mundo te está observando. Y el dinero era suficiente. No quería que, además de todo eso, conocieras la macabra historia de Elisa. Ya supone una carga enorme para mí, y eso que no soy el que combate. —Agacha la mirada—. Pero no mentí cuando te dije que quería revertir una pelea. Discutimos una noche...

Inspira hondo y continúa su relato:

—Yo iba a participar en un combate por el título, en un local del centro, y ella recibió una llamada. No quería que se fuera, pero no me hizo caso. Y

no la seguí. Me quedé. Y gané. Pero esa fue la última vez que la vi con vida.

Sam levanta la cabeza, tiene los ojos acuosos. No debería haberlo seguido. No quiero saber esto. Noto cómo la compuerta de mi pecho se hace trizas al sentir la presión que ejercen sus palabras.

—Tres días después, encontraron su cuerpo en la bahía. La causa oficial de la muerte fue... desconocida. Más tarde, me pasé por aquí para echarle de comer a Penny.

Como si fuera una señal, la gata salta sobre mi regazo. Ronronea y se restriega contra mi mano.

—Me puse a ordenar sus cosas. —Ondea un brazo que abarca toda la estancia.

La tetera empieza a chiflar y Sam regresa a la cocina.

Oigo el agradable gorgoteo del agua cuando la sirve en unas tazas y cierro los ojos mientras acaricio a Penny por detrás de las orejas. Esto complica las cosas.

Tengo planeado jugársela, lo cual me resultaba más fácil cuando creía que su dolor era algo sacado de una canción de Taylor Swift. Pero ¿esto?

Echo un vistazo a la estancia. Las cajas están etiquetadas por años, y hay pósits en las mesas señalados como «Facturas» y «Registros telefónicos». Sam lleva años intentando desentrañar lo ocurrido. Esto es mucho más serio que intentar enmendar una ruptura. Es una cuestión de vida o muerte, y eso no me lo esperaba.

Sam regresa con dos tazas humeantes, pero yo me levanto, bajando a Penny al suelo con brusquedad.

—Lo siento. Ha sido una estupidez. No tendría que haber venido.

Me doy la vuelta, confiando en hacer una salida rápida. Pero mis esfuerzos se ven truncados por una caja de cartón que no había visto, a los pies de una silla. Tropiezo, me desequilibro y me doy de bruces contra la pared.

—Ostras... ¿Estás bien? —pregunta Sam, que se acerca corriendo a ayudarme.

—Soy idiota —digo, y no solo por la caída.

—Este lugar es una leonera. No es culpa tuya —contesta, pero yo no escucho una sola palabra de lo que dice.

Estoy mirando a la pared, donde una línea de tinta ha aparecido lentamente sobre la pintura. Sam se queda callado mientras lo observa también.

—¿Qué diablos es eso? —inquire.

—Tinta umbría —murmuro, cerca de la pared. El rastro se extiende—. Es un tipo de escritura que solo se activa por medio del aliento de un anómalo.

Me pongo de pie. Extiendo mi aliento por la pared, respirando con fuerza.

Unas palabras negras y oscuras comienzan a desplegarse por la superficie, como si fueran obra de una mano invisible.

Retrocedo y Sam se queda completamente inmóvil a mi lado.

«Déjalo correr, *il mio combattente*».

Miro a Sam, que se ha puesto pálido. Retrocede un par de pasos, tambaleándose, hasta toparse con la pared contraria.

—¿*Il mio combattente*? —pregunto con voz ronca, mientras resuenan alarmas en mi cabeza. Intento expresar con palabras la pregunta que se forma en mi mente.

—Elisa. —Sam se acerca a la pared y desliza una mano sobre el mensaje—. Estuvo de intercambio en Florencia con la universidad. Me llamaba «*il mio combattente*».

Mi luchador.

—Ella escribió esto, Vesper —dice Sam.

Se le acelera la respiración mientras se desliza una mano por el pelo, que se le queda de punta. Me mira con un fulgor inédito en los ojos. Está jadeando, su pecho se expande y se contrae.

—¿Por qué me diría que lo deje correr? —pregunta.

No espera una respuesta, así que no se la doy. Sigue deslizando las manos sobre el mensaje, como si las palabras fueran a revelar sus secretos al sentir su roce.

—Más de dos años. He examinado todos los registros. He localizado a todas las personas con las que hablé. Me pasé una noche entera metido en la

comisaría, solo para intentar que alguien me hiciera caso. He buscado por todas partes. Y esto estaba aquí desde el principio.

Tengo una pregunta en la punta de la lengua, la formulo antes de que pueda contenerme:

—¿Cómo conocía Elisa la tinta umbría? —pregunto.

Sam se queda inmóvil, después suspira mientras se frota el rostro y se da la vuelta hacia mí.

—Era una metalurga —dice al fin.

Un anómalo capaz de controlar el metal. Elisa era una anómala. Eso explicaría por qué Sam se siente tan cómodo en el foso. Por qué no le perturban los poderes de Duncan.

—Tengo que sacarle una foto —dice Sam, que desaparece por la cocina. Le oigo rebuscar en el salón.

Mi mente bulle de preguntas, pero las reprimo mientras contemplo el mensaje de la pared.

Sam regresa y saca una foto con su móvil antes de volver a mirarme con una sonrisa que no le había visto hasta ahora.

—¿Qué? —inquiero.

—En el fondo, parece una pérdida de tiempo a estas alturas, ¿no crees? Teniendo en cuenta que estás a punto de ganar este torneo que deshará todo esto.

Se me forma un nudo en el estómago.

—Ya sabes lo que dicen: no vendas la piel del oso antes de que gane un torneo sobrenatural.

Sam suelta una risita sin dejar de mirarme, y yo sonrío a mi vez.

Adoro esa risa, por más que me pese.

—No solo por eso. Incluso aunque ganaras..., necesito saber qué ocurrió. Y Elisa... —Sam se interrumpe un momento, como si estuviera sopesando si continuar o no— se callaba muchas cosas.

—¿Crees que no te lo contaría? —pregunto, sintiéndome como una alimaña por insinuar algo malo sobre ella.

El rostro de Sam se ensombrece.

—Elisa era muy celosa con sus secretos —responde—. Pero si no sé cómo ocurrió esto, ¿cómo podré impedir que se repita?

—¿Qué crees que te estaba ocultando? —pregunto.

—No lo sé. Pero sospecho que fue lo que le costó la vida.

Sam se queda mirándome, yo enarco una ceja a modo de respuesta. Los dos retrocedemos un paso y nos quedamos mirando el mensaje.

Deslizo las manos por la pared, dejando escapar un suspiro. Puede que dejara otro mensaje. Llego hasta el dormitorio, pero no aparece nada más.

—Voy a necesitar algo más fuerte que un té —dice Sam, regresando a la cocina.

Me detengo ante una torre de cajas apiladas en equilibrio precario dentro de un armario de madera. Juro que no estoy fisgando. Pero algo me llama la atención. Hay una lata metálica y redondeada apoyada encima de unos marcos puestos boca abajo. Dentro hay unos cuantos abalorios y un par de imperdibles. Al fijarme mejor, me doy cuenta de que mi caída también ha revelado algo más.

Un doble fondo.

Tras asegurarme de que Sam sigue en la cocina, alargo la mano y lo levanto con cuidado.

Se me entrecorta el aliento y se me revuelve el estómago.

Debajo del doble fondo hay un puñado de flores de acónito secas. Los latidos de mi corazón me retumban en los oídos mientras contemplo esos capullos marchitos y quebradizos.

Hago un vano intento por contarlos. ¿Se puede saber cuántas flores le dejaron?

Pego un respingo al oír a Sam moviéndose por la cocina. Vuelvo a dejarlos donde estaban y retrocedo tres zancadas, como si las flores muertas fueran a abalanzarse sobre mí.

De repente, el apartamento empieza a darme claustrofobia. Parece como si todo fuera a desmoronarse.

—Sam, voy a salir a tomar el aire —digo, intentando que no me tiemble la voz. No sé por qué no le avisé de inmediato. Necesito recobrar el aliento.

Sam se asoma a la puerta, secándose las manos con un trapo mientras me observa durante unos segundos.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento.

—Es que me siento un poco encerrada. Este lugar es un poco claustrofóbico.

Sam arroja el trapo sobre la encimera.

—Te acompañaré a casa. Puede ser peligroso —dice.

—Yo también —replico, forzando una sonrisa mientras me alejo.

Necesito estar sola. Necesito procesar todo esto. Sam no parece muy convencido, pero yo extiendo los dedos y los meneo para enfatizar mis palabras.

—Esto no me gusta —dice con recelo.

Abro la puerta y salgo del piso.

—Estaré bien. Nos vemos en el gimnasio.

Salgo y cierro la puerta antes de que Sam me pueda replicar, después me alejo lo más rápido posible. No quiero que cambie de idea y decida seguirme.



DIECIOCHO

Por el camino siento el roce fresco de la brisa nocturna en la cara, mientras me deslizo las manos por el pelo.

Elisa está muerta.

Eso cambia las cosas, pero al mismo tiempo no cambia nada.

A lo mejor, por eso me siento tan mal. O, mejor dicho, peor de lo que me sentía antes.

Hasta ahora, elegir entre mi familia y la relación rota de Sam no tenía ni punto de comparación. Seguía siendo una decisión mezquina, y una atrocidad por mi parte, ponerme a decidir quién tenía el corazón más partido, quién merecía ver aliviado su dolor. Como si las heridas del alma pudieran cuantificarse de ese modo.

Pero Elisa no solo está muerta, sino que, además, todo apunta a que la mataron los centinelas.

A ver, existe la posibilidad de que sencillamente le gusten los acónitos. Son unas flores bonitas. O puede que sintiera debilidad por las plantas tóxicas.

Me paro en un semáforo.

O eso o la mataron los centinelas, e investigar sobre su muerte supondría meter las narices donde no debemos.

Paso por encima de una rejilla verde en la acera que tiene tallada una sirena sonriente, junto a una pastelería que sigue teniendo mesitas fuera, a pesar del frío que hace. Me envuelvo aún más en mi cazadora mientras

advierto que ya no me dirijo de vuelta al gimnasio. No puedo parar quieta. No con todo lo que está bullendo en mi mente.

Mi padre me dijo que mi capacidad para sobrevivir dependía de cuánto temiera a los centinelas.

Pero acabo de descubrir que me he visto envuelta en un misterio que tiene su firma inscrita.

Me detengo, contemplo las nubecitas de vaho que se arremolinan frente a la luz de la farola.

Podría limitarme a volver al gimnasio, mantener la cabeza gacha y no volver a mencionar a Elisa en la vida. Al fin y al cabo, ella no es mi problema. Y Sam tampoco lo es. Quiero ganar el torneo, aprovechar la restauración, salvar a mi familia de lo que he hecho y luego desaparecer.

Entonces, ¿por qué no puedo hacerlo y punto?

Cierro los ojos mientras me asalta la respuesta.

Porque me importa Sam.

Quiero ayudarle a descubrir cómo acabó con esta espina clavada en el corazón. No quiero largarme y dejarle con un palmo de narices.

No sé cuánto tiempo me paso deambulando por las calles.

Cuando abro los ojos, me sorprende descubrir que estoy más cerca de la gruta de lo que pensaba. Entre la oscuridad, asentada entre las hojas negras de los árboles, una lucecita asoma desde el faro.

Sapphira.

Una lucecita reluce en la oscuridad junto a la barandilla, y mis pies se ponen en marcha antes de que pueda cambiar de idea.

—¿Qué tal tus manos? —pregunta Sapphira cuando abro la puerta oxidada. Ni siquiera se molesta en mirar para confirmar que soy yo.

—Bien —respondo, mientras me acerco a la barandilla y me siento a su lado.

Ya apenas me acuerdo de la carne enrojecida de mis palmas. No es nada comparado con la sensación de tener el corazón roto en pedazos.

—¿Te has pegado la caminata desde el gimnasio de MMA? —dice, ofreciéndome el vino especiado.

—No estaba en el gimnasio —respondo, mientras doy un trago de ese líquido tibio antes de devolvérselo.

Me doy la vuelta para mirarla. Está bañada por la luz de la luna, parece una muñeca de porcelana.

Sapphira bebe un trago.

—Ese chico. Tu mecenas —comienza a decir, mirándome a la cara—. Parecía muy preocupado por ti durante tu paso por la jaula.

—¿Lo viste? —pregunto.

Sapphira ladea la mandíbula, pero se encoge de hombros.

Los pensamientos que llevan bullendo por mi cabeza durante la caminata hasta aquí emergen a la superficie. Alargo una mano para coger el termo.

—Estaba preocupado por su gladiadora. A ti te pasaría lo mismo, si estuvieras intentando traer de vuelta a tu difunta novia. Pensé que habían roto. Pero no. Resulta que ella lleva dos años muerta —explico mientras remuevo el vino.

—Ostras. Menuda...

Sapphira se queda sin voz, yo asiento y le devuelvo el termo.

—Entonces, ¿vosotros dos no...? —comienza a decir, y yo niego con la cabeza con vehemencia.

—Ni de coña —exclamo, consciente de que mi protesta es excesiva.

Sapphira se muerde el labio inferior y enarca una ceja, pero no insiste.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Su novia tenía tinta umbría en su apartamento. Dejó un mensaje antes de desaparecer hace dos años. ¿Conoces a algún escriba que pudiera saber quién la ayudó a escribirlo?

—Dos años —dice Sapphira.

Se cruza de brazos y su mente se pone en funcionamiento mientras hace girar las muñecas. Los colgantes de dinosaurios tintinean al chocar entre sí.

—Encontré flores de acónito secas en una caja, entre sus pertenencias —añado.

No sé por qué se lo cuento. Supongo que no quería seguir cargando con eso yo sola. Solo es otra muestra de cobardía emocional.

Súmala a mi lista.

—¿Crees que los centinelas la mataron? —pregunta Sapphira.

Frunzo los labios sin decir nada, y ella lo toma como una respuesta.

—Me suena que hay un escriba que lleva rondando por aquí desde hace un par de años. Deja que averigüe quién es —dice al fin.

—Gracias.

Sapphira se queda mirando el agua, con gesto apagado. El sonido de las olas al romper y los azotes del viento copan el ambiente, mientras admiramos las vistas desde la barandilla.

—Es lo menos que puedo hacer, dado que vas a pasarme tus apuntes de Historia antes de que acabe el trimestre.

Me río. No era consciente de lo mucho que lo necesitaba.

—Son muy cutres, pero cuenta con ellos.

Sapphira engulle el resto de la taza y sonrío con la boca llena.

Nos quedamos mirando el océano, a los pelícanos que descienden en picado y desaparecen entre una fina capa de niebla.

—Si la traigo de vuelta, ¿recordará su muerte? ¿O será como si nunca hubiera ocurrido? —murmuro. En el fondo, creo que no espero una respuesta.

—Lo recordará. La restauración anula las consecuencias directas de una tragedia, pero deja el recuerdo de lo ocurrido. Ella volvería a la vida, plenamente consciente de lo que ha pasado. No cambiaría nada más.

Sopeso esas palabras.

—Seguirías conociendo a Sam, si esa es la paradoja temporal a la que te refieres. Todo lo que ha ocurrido hasta ahora seguirá siendo válido. Sencillamente, Elisa aparecerá en alguna parte, con vida. La restauración no reescribe el paso del tiempo.

Me imagino de regreso con mi familia, con las cicatrices curadas y la casa arreglada. Aun así, seguirían recordando lo que hice.

Me revuelvo en mi asiento. Sapphira me tiene calada. Eso no me gusta.

—¿Por qué hace esto Ananias? —pregunto, mirando al cielo nocturno y nublado—. Posee un poder ilimitado. ¿Por qué lo ofrece a modo de premio?

—No es ilimitado. Los restauradores se rigen por normas, igual que todos nosotros. No pueden revertir sus propias tragedias y solo pueden

restaurar aquello que se amara antes de perderlo.

—Entonces, ¿es un don que no puedes usar contigo mismo y que solo puedes emplear para hacer el bien?

Sapphira me observa.

—Más o menos, sí.

—¿Quién pone esas reglas? —pregunto.

Sapphira se ríe.

—¿Quién estableció que Aldrick solo puede mantener su forma de pétreo durante unos minutos? ¿Quién decidió que tú solo puedes extraer miedo? Supongo que el mismo que creó la gravedad, las mareas y todas esas cosas. Nadie lo sabe.

Me crie con una creencia: que existe un poder superior que puso todo eso en marcha. Dios. Pero mi fe fue una de las cosas que salieron malparadas del incendio de aquella noche. Y es que ¿por qué el Dios que creó las algas luminiscentes o los glóbulos blancos habría de crear también a alguien como yo? Alguien que solo trae miedo. No tiene sentido.

Sapphira me pasa el vino y nos quedamos en silencio mientras contemplamos cómo se extiende la niebla sobre el océano. Me inclino y le apoyo la cabeza en el hombro. Ella se pone tensa un instante, después suspira y apoya la cabeza sobre la mía. Me pongo a pensar en Sam. En lo que planeo hacer.

Esta decisión me dejará marcada para siempre.

Si gano la ronda final, me acordaré de todo esto —y de él— incluso después de haber obtenido la restauración. Recordaré lo que he hecho a cambio de una vida libre del temor a mi propia naturaleza.

Cierro los ojos mientras ese pensamiento se adentra en mis entrañas como un cuchillo al rojo vivo.

Me doy cuenta de que he estado tan preocupada por lo que quedará de Sam al final del camino que no me había parado a pensar en lo que quedará de mí. Si es que queda algo.

Por la noche, de regreso en el gimnasio, me tumbo en la cama y me quedo mirando al techo. Pienso en lo que dijo Aldrick. En que no estoy

controlando mi magia, sino encerrándola.

Y en lo harta que estoy de tener miedo por todo.

Puede que nunca llegue a estar en paz del todo con lo que soy. Ni con lo que he hecho. Incluso aunque consiga revertir mis secretos más oscuros, puede que siempre haya una parte de mí que se sienta fuera de lugar.

Pero estoy harta de sentirme agotada, estoy harta de tener miedo de mí misma cuando hay muchas otras cosas a las que debería temer.

Y puede que la mejor forma de revertir lo que soy pase por aceptarlo primero.

Y por aceptar que Sam y yo nunca seremos amigos. Estoy luchando para devolverle la vida a su novia; eso es lo que él quiere. Y voy a traicionarlo. Ahora necesito concentrarme en ganar. Necesito concentrarme en volver a casa.

Saco el móvil de prepago.

«Hagámoslo», le escribo a Aldrick.

Al rato, el móvil suena.

«Cojonudo —responde—. ¿Cuándo?».



DIECINUEVE

—Esto no me gusta, Aldrick —digo, apoyándome sobre los metatarsos. Mis pies descalzos rechinan sobre la esterilla.

—Al principio no te va a gustar. Es parte del proceso —responde Aldrick desde el otro extremo de la estancia. Va descamisado y lleva el pelo recogido en un moño.

—He venido para aprender a controlar esto. No para utilizar a la gente que me importa como cebo —replico, señalando a Wex y a Abigail.

Sapphira está sentada junto a Sam, en el borde superior de la jaula, junto a la esterilla. Me quedo mirándolos.

—¿Cómo pensabas que funcionaría esto, si no? —exclama Sam.

—Cuando os juntáis a tramar algo, sois un peligro —replico, señalándolos a los dos.

Tenía previsto reunirme con Aldrick para entrenar en algún lugar privado, pero Sam se metió por medio y, antes de que me diera cuenta, Aldrick se estaba quitando la camiseta y todos estaban esperando a que despertara a la bestia que habita en mi pecho.

—Nadie nos ha obligado a venir, Vesper —dice Abigail.

—Me gustaría obligaros a iros —replico.

—Te asusta hacerle daño a alguien. Afrontar ese miedo es parte del proceso para reclamar lo que te pertenece por derecho —dice Aldrick.

—¿Y si esto se sale de madre? —pregunto, mirando a Sam.

—Te aplicaré la llave del sueño —responde.

Le hice prometer que me noquearía si pierdo el control de la magia. No sé si eso servirá para que el horror que invoque desaparezca, pero quiero pensar que al menos no empeorará la situación.

—No caerá esa breva —dice Sapphira.

—Vamos —dice Aldrick, haciéndome señas.

La invitación me produce un escalofrío, noto cómo mi magia se despliega bajo mi piel. Aldrick se abalanza sobre mí, me agarra por las corvas e intenta desequilibrarme. Despliego las piernas, para ampliar mi punto de apoyo, y flexiono el torso sobre el suyo.

Mi magia se sobrecarga cuando le sujeto los brazos.

—¿Lo sientes? —gruñe mientras le aferro con más fuerza, para que no pueda tirarme al suelo.

—Sí —respondo, apretando los dientes.

—Vamos, Vesper. Inténtalo. Solo un poquito.

Inspiro hondo, sé que no servirá de nada discutir. En algún momento tendré que abandonar mi zona de confort. Bien puede ser ahora.

Libero la magia, noto cómo se zambulle en su pecho. Se adentra a fondo, diseccionando recuerdos que resuenan como carrillones al sentir el roce de mi poder.

«¡Aldrick! ¡Cuidado!», grita una mujer. Un cristal se hace trizas.

Aldrick se incorpora, yo me desplazo hasta situarme detrás de él. Le rodeo la cintura con las piernas, noto un subidón repentino mientras mi magia se impulsa hacia delante, como si acabara de pisar el acelerador.

Veo atisbos del miedo de Aldrick. Estoy asomada al borde del Gran Cañón: las alturas. Hice lo mismo con Carl la primera noche, pero esto es diferente. Esta vez puedo sentir las diferentes intensidades de sus miedos. Normalmente, determino cuál extraer en función de cómo me siento, pero ahora sé cómo hacen sentir a Aldrick. Sé discernir cuáles le traumatizarían frente a los que solo le harían sentirse incómodo.

Aldrick termina por zafarse de mí y me desplomo sobre el suelo.

La magia regresa a mí mientras los dos recobramos el aliento.

—¿Bien? —pregunta.

Tengo el rostro perlado de sudor. Se me mete en los ojos cuando levanto la cabeza para mirar a Aldrick, mientras asimilo lo que ha pasado. He

dejado que mi magia saliera y luego la he replegado.

Aldrick sonríe cuando me ve asentir con la cabeza.

Entrenamos una hora más, mis amigos se van turnando mientras yo voy extrayendo la magia con cuidado de la cueva en la que la había encerrado. Poco a poco, la dejo fluir mientras peleamos.

Escarbo dentro de Wex y veo sombras. Su vida entera est  plagada de miedos. Mi magia obedece cuando le digo que vuelva y no deja ninguna herida abierta en su retirada.

Le toca el turno a Sam. Intento disputar este asalto sin emplear mis poderes. Me justifico pensando que es porque quiero practicar diversos niveles de uso con mi magia, pero en realidad es porque no creo que fuera capaz de soportar adentrarme aún más en Sam. Encuentro más seguro pedirle a Sapphira que me ayude a encontrar al escriba que pueda proporcionarnos respuestas sobre Elisa.

Mientras Abagail me ataca, bloqueo los golpes con los guantes y mi magia se infiltra en su pecho. Veo un apartamento vacío mientras ella ve la retransmisión de la fiesta de Nochevieja por la tele. Soledad. Baja la guardia un instante y consigo asestarle un gancho —ha sido de chiripa—, pero noto cómo la tensión de mi pecho replica el golpe y hago vibrar ese miedo como si fuera la cuerda de una guitarra.

Abagail resuella y retrocede, llevándose una mano al pecho.

— Est s bien? —pregunto, jadeando. Es la primera vez que ocurre algo así.

Abagail inspira varias bocanadas.

—Ha sido como... Durante un segundo, he sentido el miedo como si fuera un cuchillo en el pecho.

—Si quieres, podemos parar —propongo, pero Abagail niega con la cabeza.

— Ahora que empieza a ponerse divertido? —inquire, sonriendo.

Tiro con los dientes de las correas de velcro de mis guantes para apretarlos bien antes de reanudar el combate.

Abigail voltea la pierna para lanzarme una patada circular, pero yo la sujeto sobre mi pecho y le golpeo detrás de la rodilla, derribándola. La fuerza del golpe hace que mi magia salga despedida hacia ella en oleadas, noto cómo la envuelve. Es la primera vez que ocurre algo así, por lo que no sé qué efecto tendrá.

Abigail se queda paralizada, yo me detengo y me arrodillo.

—¡Abigail! ¿Estás bien?

Se queda callada un instante, pero luego parpadea varias veces. Asiente con la cabeza y yo suspiro aliviada.

—Ha sido como... Por un momento, sentí tanto miedo que no podía moverme.

—¿Miedo de qué? —pregunto.

—Miedo..., sin más —responde, sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

Abigail asiente.

—Porque ha sido increíble. Me has metido el miedo en el cuerpo.

Me incorporo y la ayudo a levantarse. Después, miro a Sam, que no nos ha quitado ojo en ningún momento. Sonríe lentamente.

—¿Meter el miedo en el cuerpo es una técnica? —pregunto.

Sam se desliza la mano sobre los labios mientras ensancha su sonrisa.

—Ahora sí.

Pasan las horas, y personas a las que no conocía hasta hace unas semanas se siguen turnando para ponerse en mi línea de fuego, solo para demostrarme que no soy ese monstruo que afirmo ser.

Cuando hacemos una pausa para que Wex y Abigail vayan a por unas *pizzas*, tengo que tragar saliva sin parar para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

No creí que algo así fuera posible: que la gente me conociera, me tratara y no se sintiera horrorizada por lo que soy o por lo que he hecho.

De todos modos, aún no he extraído ningún miedo. He indagado, he rebuscado, pero no he hecho realidad ninguno.

Y ellos siguen sin saber lo que le hice a mi familia. Ni siquiera Sam conoce toda la verdad.

«Para que no vean cómo eres», dice la vocecilla de mi cabeza.

Aldrick y Sam están en la jaula. Sam le está enseñando algunos movimientos evasivos.

Roy y Sapphira están sentados en un banco, debajo del poema «Invictus», charlando. Ni siquiera había reparado en la presencia de Roy; siempre va y viene como si fuera una sombra o un gato callejero. Está sonriendo mientras habla con Sapphira, una imagen poco habitual en él. Ella produce ese efecto en la gente.

Entonces, a Sapphira le suena el móvil y revisa la pantalla. Cuando levanta la cabeza, nuestras miradas se cruzan y me hace señas para que la siga. Subimos por las escaleras. Cuando nos quedamos a solas, se da la vuelta.

—Solo ha habido un escriba en la ciudad durante los últimos seis años. He averiguado dónde trabaja. O, al menos, dónde estaba trabajando hace un mes. Aunque era un operario de los centinelas, así que quién sabe adónde se habrá ido.

Se me encoge el estómago. ¿Los centinelas?

Hace dos meses, su simple mención habría hecho que me subiera corriendo a un autobús. Pero ahora trago saliva para contener la bilis que se encarama por mi garganta y asiento con la cabeza.

—¿Dónde?

—Iré contigo.

Niego con la cabeza.

—No sé adónde conducirá esto, Sapphira, pero no quiero que te veas mezclada en ello.

Su mirada se endurece.

—No sabes dónde encontrarlo y tampoco sabes qué aspecto tiene.

—Pues dímelo tú y, luego, enséñame una foto.

Sapphira sonrío, enarcando las cejas.

—Lo tomas o lo dejas, Vesper.

—Vale. Pero sin Aldrick —replico. Ella frunce el ceño.

—¿Quieres librar una batalla perdida? Prueba a decirle a Aldrick que no ayude en algo. Él tampoco piensa quedarse de brazos cruzados en la gruta, con todo lo que está pasando. —Sapphira percibe la pregunta implícita en mi rostro—. Un par de anómalos han comentado que sus poderes se han vuelto... raros después de la primera ronda del torneo. Otros opinan que lo que quieren es poner nerviosos a los demás.

—¿Y tú les crees? —pregunto.

Sapphira se encoge de hombros.

—No tengo motivos para dudar de Theo. Si dice que sus poderes están actuando de un modo extraño, me lo creo.

—Está bien. En fin, con cosas raras o sin ellas, sigo creyendo que Aldrick no debería venir.

Sapphira me observa con una ceja enarcada.

—Es posible que nos enfrentemos a los centinelas, Sapphira. No quiero poner a más anómalos en el punto de mira. Y, además..., ¿por qué me estás ayudando? —añado, porque no puedo evitar preguntármelo.

Detesto parecer tan desconfiada. Como si la estuviera acusando de tener motivos ocultos. Pero ella se encoge de hombros.

—Porque parece importante para ti —responde sin más, antes de mirar a Sam, para luego volver a mirarme a mí.

Conozco esa mirada, sé lo que significa. Y decido ignorarla.

Sapphira se queda mirándome fijamente durante unos segundos. Yo me limito a asentir con la cabeza.



VEINTE

—El próximo combate es dentro de una semana —dice Sam, mientras me vendo las manos ya curadas, enrollando el tejido entre mis nudillos y sobre las muñecas. Ya he aprendido a hacerlo. Y, para qué mentir, me hace sentir como una tía dura de verdad.

Roy y Sam están entrenando con cuchillos de pega. Sam le voltea y le clava la punta de goma en el riñón.

—Y... ¡muerto!

—Hijo de perra —susurra Roy, que se pone en pie de un salto y comienza a pasearse por el borde de la esterilla, mientras Sam hace girar el cuchillo y sonrío.

—¿Hay algo que quieras aprender hasta entonces? —me pregunta Sam, mientras se agacha para recoger su libreta del banco. Después, anota algo.

Miro hacia la jaula. Abigail está estirando, inclinando el torso hacia el suelo con las piernas extendidas.

—Deberías aprender unas cuantas técnicas de sumisión —dice Abigail, torciendo el gesto mientras tensa su postura y presiona las palmas sobre el suelo.

—Vale, pues sumisión —respondo.

—¿Duncan? ¿Puedes ayudarme a enseñárselo? —pregunta Abigail cuando entra Duncan.

Él se detiene, me mira y después hace lo propio con Abigail.

—Estoy ocupado —se limita a decir antes de adentrarse en su despacho.

Normalmente se me da bastante bien colarme en los sitios.

Antes incluso de que se convirtiera en una necesidad. Tenía un don. Lindsay y yo solíamos saltar la verja de la piscina del club de campo para bañarnos desnudas al menos una vez por semana, en verano. Y nadie se habría enterado si Lindsay no se hubiera dejado a propósito sus bragas negras de encaje colgando de la rama de un árbol, para que los socorristas buenorros las vieran por la mañana. Sí, mi madre dedujo lo que pasaba. Y, sí, después de eso tuvimos que limitar nuestros baños en pelotas a una vez al mes.

Pero eso fue culpa de Lindsay. De haber sido por mí, jamás nos habrían pillado. Con esto quiero decir que debería ser capaz de bajar por las escaleras del gimnasio al alba sin hacer ruido. Pero es posible que tenga un mal día, porque ese no ha sido el caso. Hoy he cerrado sin querer con un portazo. He tropezado en las escaleras. Mis zapatillas han rechinado un montón, cosa que nunca habían hecho. Incluso el sonido de mis vaqueros, el frufú de mi cazadora, la cremallera de mi mochila... Todos hacen un ruido ensordecedor mientras atravieso lentamente la esterilla. Jamás pensé que saldría a hurtadillas en la mañana de Halloween para ir a buscar respuestas sobre la difunta novia del chico al que estoy a punto de jugársela. Pero eso es lo que estoy haciendo.

Quiero asegurarme de que este rastro conduzca a alguna parte antes de informar a Sam. Además, no sé en qué clase de lío acabaremos metidas hoy. Si ese tipo fue en su momento un operario de los centinelas, eso podría poner a Sam en el punto de mira.

Ya sé que voy a hacerle daño, pero al menos puedo asegurarme de que nadie más lo haga.

Llego hasta la puerta. Justo la estoy abriendo cuando...

—¿Vesper?

Me doy la vuelta, con gesto culpable, mientras cierro la puerta de golpe y sonrío a Sam, que está plantado junto a las taquillas, quitándose la sudadera. Seguramente lleva todo este rato ahí, viéndome recorrer la estancia de puntillas como si fuera tonta de remate.

—Feliz Halloween. —No se me ocurre nada mejor que decirle.

—¿Adónde vas? —pregunta, mientras termina de quitarse la sudadera por la cabeza.

Al hacerlo, se le sube la camiseta blanca de tirantes que lleva debajo y veo un atisbo de su piel, allí donde los músculos laterales forman una V. Una línea de vello oscuro se extiende por su torso plano, hasta desaparecer bajo la cintura de sus vaqueros. Algunas chicas del equipo de animadoras tenían un nombre para eso: el «sendero feliz». Ahora lo entiendo. Aparto la mirada a toda prisa, con las mejillas al rojo vivo, porque estoy segura de que se ha dado cuenta de lo que estaba mirando.

Los ojos. Mírale a los ojos.

Levanto la cabeza. Sam tiene los labios entreabiertos y una ceja enarcada. Me ha pillado seguro. Me quedo inmóvil. Sam enarca las cejas y me doy cuenta de que está esperando una respuesta

Pero no tengo ninguna.

Al menos, ninguna que no implique contárselo todo.

—A la calle —digo al fin, girándome una vez más hacia la puerta.

—Ya —replica Sam.

Sé que no tengo por qué detenerme al oír su voz. Puedo seguir mi camino, pero hay algo en su tono —como si se sintiera dolido— que me incita a pararme.

—No sabía que tuviera que pedirte permiso —replico, airada, al ver la cara que pone, como si esperase una explicación.

Me acerco lentamente hacia él, sin levantar la voz. Esta conversación no necesita más volumen del necesario.

Lo observo, es la primera vez que lo hago detenidamente desde hace días. Sus ojos brillan bajo su ceño fruncido, su rostro está ensombrecido por una ligera barba de tres días. Se mete las manos en los bolsillos antes de responder.

—Y no tienes que hacerlo. Es que pensé que... —comienza a decir, pero la frase queda inconclusa mientras sonrío con melancolía y se desliza los nudillos sobre los labios—. ¿Sabes? No tengo derecho a cabrearme si no quieres contarme nada.

Me observa con tiento, y su forma de intentar mirarme a los ojos anula mi decisión de dar media vuelta y largarme.

Se acerca y, con cada paso que da, noto cómo empieza a faltarme el aire. Las luces del techo cubren la curvatura de sus hombros desnudos con un fulgor blanquecino.

Quiero su ayuda, y se merece que sea honesta con él. Al menos, hasta cierto punto. Y esos motivos parecen lo bastante nobles como para hacer la vista gorda ante esa verdad oscura que acecha por debajo de ellos, como un brote de mala hierba.

Avanzo un paso, pero tropiezo con el borde de la esterilla.

Me caigo de bruces y él se apresura a sujetarme. Al final, aterrizo sobre su pecho.

¿En serio? ¿Ahora me he convertido en un cliché? «Ayúdame, que me caigo», entonces él me sujeta y yo levanto la cabeza para mirarlo a los ojos. Los tiene verdes, por cierto, con destellos grises y dorados que reflejan la luz mientras trata de sostenerme la mirada.

Aún tiene las manos en mi cintura y no hace amago de apartarlas.

El momento en que resultaría apropiado apartarse se agota, pero sigue sin soltarme. Sigue mirándome a los ojos, hasta que agacha la mirada hacia mis labios.

Por un momento —apenas un instante, un suspiro—, soplo las ascuas que hay en mi pecho, para iluminar la silueta de aquello que lleva creciendo en las sombras de mi corazón negro y traicionero. Para evaluar los daños.

¿Cuánto tiempo hace que anhelo estar tan cerca de él? ¿Comenzó la noche de la cafetería? ¿O en el foso?

Intento cerrar la compuerta de mi pecho. Intento impedir que lo que siento me deje sin aire en los pulmones. Intento recordar que, dentro de unas pocas semanas, Sam me odiará más que a nada en el mundo. No quiero sintetizar esos sentimientos con palabras. Son demasiado horribles. Peor que eso: son inviables. Un enamoramiento absurdo e imposible.

Voy a volver a casa. Voy a disponerlo todo para no hacerle daño nunca más a nadie. Sí, es inviable.

Pero, cuando lo miro, por un instante...

No parece tan imposible.

Y puede que sean imaginaciones mías, pero Sam aún tiene las manos apoyadas en mi rabadilla.

Flexiono los dedos sobre su pecho.

Por un momento, me permito creer que la realidad no es tan complicada.

Sam no es más que un chico musculoso con una barba de tres días, y ese tatuaje que lleva en el tríceps no es más que un error de adolescencia, de esos frente a los que siempre nos alertan nuestros padres. No soy una gladiadora. No soy una cobarde, ni una amenaza. Solo soy una animadora y me he tropezado con él como si fuera la prota de una de esas pelis tan cursis de las que Lindsay y yo nos burlábamos siempre.

Me ruborizo de vergüenza mientras la vocecilla punzante de mi mente resuena entre la niebla tóxica que estoy respirando.

«Esta no es tu historia», sisea como si fuera vapor al rojo vivo.

Me avergüenza pensar que tengo algún derecho a apropiarme de Sam.

Me avergüenza pensar que sigo sin apartarme.

Pero... él tampoco lo ha hecho. Soy consciente de que la realidad resultará dolorosa cuando parpadee y se disipen todos estos pensamientos. Así que dejo correr un segundo más antes de apartarme.

Y aquí llega el momento: podría hacer lo correcto y dejarle al margen. Podría relegarle a un segundo plano y ocuparme yo sola de esto. O podría traerlo a mi lado, llevarlo conmigo.

Tomo aliento y me confieso:

—Encontré flores de acónito entre las cosas de Elisa.

Sam deja caer las manos mientras retrocede.

—No te lo conté antes porque no sabía qué decir. Sencillamente... me asusté.

Sam asiente, procesando lo que acabo de decir.

Le cuento lo del escriba, le explico que dar con él podría ser peligroso. Sam pone los ojos como platos.

—¿Y pensabas hacerlo tú sola?

Me quedo callada al oír eso, embargada por una certeza demoledora. Sí. Sí, pensaba hacerlo. Estaba a punto de enfrentarme a mis peores miedos, a la caza de un fantasma, por...

Sam. Iba a hacerlo por él.

Quiero ayudarle, porque le aprecio.

Esa es la verdad. Es una verdad intensa y complicada que me dejará hecha polvo, pero aun así no estoy dispuesta a reprimir lo que siento.

Menuda jodienda.

—Iré contigo —dice, tajante.



VEINTIUNO

La mañana de Halloween siempre me ha hecho sentir rara. Hay algo en la forma en que se descompone la luz, como si supiera lo que acecha en sus confines al final del día, que siempre me ha producido un extraño sentimiento de alerta.

Así que imagínate meter esa sensación en una batidora con cuatro raciones extra de purpurina, dos botellas de dos litros de Monster Energy y una pizca de sangre artificial, y te harás una idea del aspecto que cobra San Francisco el día de Halloween.

Sobre todo aquí, en Nob Hill, donde la gente ya está haciendo cola para la visita guiada titulada «Leyendas siniestras de la bahía», ante la puerta del Nob Hill Café. El único aparcamiento se encuentra al final de la calle, y nos sumergimos en el trajín de la acera atestada de turistas. Hace un frío que pela y la niebla es densa, flotando sobre nuestras cabezas como una amenaza.

—¿Cómo vamos a conseguir hablar a solas con él? —pregunta Sam, subiéndose la cremallera de la cazadora—. Suponiendo que esté aquí.

—Estoy pensando —respondo, mientras sonrío educadamente a una mujer rolliza y entrada en años que tiene una cámara más grande que su cabeza colgando del cuello.

Llegamos hasta la puerta, donde un tipo con bigotito y sombrero de copa está hablando con una mujer con un vestido morado. La raja de la falda le llega hasta la cadera, mostrando unas medias de rejilla con murciélagos bordados.

Noto cómo alguien se me acerca por detrás y me toca la espalda. Me sobresalto, pero al darme la vuelta reconozco a Sapphira. Dijo que se reuniría con nosotros.

—Bienvenidos, mortales, a la visita guiada de las leyendas siniestras — dice el tipo del sombrero de copa—. Saldremos enseguida, así que no olviden comprar su entrada y recoger la ristra de ajos que les dará Zac.

Señala hacia el tipo que tiene detrás, que sostiene en alto un collar hecho con dientes de ajo. Sapphira me coge de la mano y me la aprieta. Sé lo que significa ese gesto.

—Sam —digo, inclinándome hacia él—. El tipo del ajo es el escriba.

El tipo del sombrero de copa prosigue:

—Desde aquí iremos a Huntington Park, a Grace Cathedral y a muchos otros lugares sangrientos antes de regresar a la cafetería, que estará abierta en exclusiva para los clientes de esta visita. Zac les contará la macabra historia de este establecimiento antes de que puedan degustar una pasta tan deliciosa que debería ser pecado o nuestras *pizzas* caseras y orgánicas.

La gente se agolpa a nuestro alrededor y, cuando miro hacia atrás, Sam ha desaparecido.

Trato de mirar a mi alrededor sin parecer aterrorizada, cosa que, por cierto, no se me da nada bien.

¿Se ha ido? Se ha ido. No. No puede haberse largado sin avisar. El tipo del sombrero de copa anuncia que es hora de irse, y Zac vuelve a desaparecer en el interior de la cafetería. Sapphira y yo nos miramos y nos quedamos rezagadas, dejando que la multitud se aleje mientras nos acercamos al edificio. Cuando se marchan, Sapphira y yo nos quedamos apoyadas en la pared, cerca de la puerta de cristal. No podríamos resultar más sospechosas.

—Solo está abierto para la visita guiada. ¿Cómo vamos a entrar? ¿Y cómo vamos a pillarle a solas? —pregunta Sapphira, que pone los ojos como platos al comprender por qué estoy mirando en derredor—. ¿Dónde está Sam?

Estoy a punto de responder cuando la puerta de cristal se abre. Sam lanza un silbido y nos hace señas con la cabeza para que le sigamos al interior.

—¿Cómo ha hecho eso? —susurra Sapphira detrás de mí, mientras la cojo de la mano y tiro de ella para atravesar el umbral.

Aquí dentro hace calor. Estoy a punto de suspirar aliviado, pero me contengo cuando Sam nos mete en otra sala para eludir a dos camareros de uniforme que pasan de largo. Pegamos la espalda a las oscuras paredes de madera.

—¿Cómo? —es lo único que alcanzo a decir, y Sam se encoge de hombros.

—Por la salida de incendios del segundo piso. No quise contártelo, porque disimulas tan mal que nos habrías delatado.

—¿Así que decidiste dejarnos tiradas? —exclamo, mosqueada—. Y no se me da mal disimular.

¿Por qué he dicho eso? Claro que se me da mal.

Ya sé por qué lo he dicho. Porque Sam esboza una sonrisita mientras se encoge de hombros, disfrutando de mi fingido arrebatado de ira.

—Recuerdo lo sigilosa que fuiste en el Aloa's.

—Oye, que tampoco lo hice tan mal —replico.

Sam se echa a reír. Vale, si así es como quiere jugar a esto, entonces...

—¿Podrías dejar de flirtear un rato para que podamos encontrar a ese tipo? —dice Sapphira, asomada a una esquina para comprobar que la zona esté despejada.

Ni siquiera es consciente de lo que acaba de decir. Sus palabras se clavan como un cuchillo en mis entrañas, y el momento para replicar en broma ya ha pasado. Me quedo quieta, abriendo y cerrando la boca como una idiota mientras contemplo las marcas del aspirador en la moqueta. Sam se sitúa a mi lado y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarlo, para tratar de descifrar su expresión.

—Que quede claro que yo no estaba flirteando.

¿Por qué digo eso? Claro que estaba flirteando.

Sapphira flexiona un dedo y sale al salón principal. La estancia tiene revestimientos de madera oscura, tapizados de color esmeralda y alfombras mullidas y lujosas. Avanzamos por un pasillo lateral, se oye el traqueteo distante de las sartenes y cazuelas en la cocina. Sam va por detrás de mí, todo lo que tiene que ver con él me desconcentra. El sonido de su

respiración. El frufrú de su cazadora negra. El olor del desodorante que se aplicó antes de salir.

Nos detenemos ante una puerta abierta. Sam se acerca. Noto su presencia por encima del hombro. Giro la cabeza ligeramente; sé que, si miro hacia atrás, nuestros rostros quedarán casi pegados. Sapphira se asoma desde el umbral. Se aparta rápidamente, asintiendo.

—Déjadme a mí —susurro, ofreciéndome voluntaria.

Cualquier cosa es mejor que quedarme aquí plantada, notando el aliento de Sam en el cuello. Porque cada cosquilleo que me provoca en la piel me condena todavía más al círculo del infierno reservado para las chicas que se quedan pilladas por el novio de una difunta.

No espero a que respondan. Irrumpo en la estancia. No es gran cosa, simplemente un pequeño despacho. Hay papeles y tazas de poliestireno desperdigados por todas partes y una puerta de cristal a mi derecha. Zac está revisando unos documentos ante una mesa. Levanta la cabeza de golpe, nuestras miradas se cruzan. Trago saliva con fuerza.

—¿Zac? —pregunto.

Él mira por detrás de mí y luego vuelve a sostenerme la mirada.

—¿Quién lo pregunta?

—Una amiga de Elisa —respondo. Supongo que es mejor ir al grano.

Ante mí tengo un ejemplo de alguien que sabe disimular de maravilla. No se inmuta lo más mínimo al oír ese nombre. Al cabo de un rato, alarga cuidadosamente la mano para desplegar sus largos dedos —demasiado largos, incluso— sobre la superficie de madera, mientras sopesa la situación. Entonces, en menos de lo que tardo en pensar «Vaya, qué fácil está resultando», echa a correr.

Se dirige hacia la puerta de cristal que tiene a su izquierda, la abre y sale como una centella.

—¡Se escapa! —grito, saliendo tras él.

Sapphira y Sam me siguen a toda velocidad, y juntos salimos a un pasillo adyacente justo cuando Zac dobla la esquina. Lo perseguimos mientras ataja a través de la cocina.

Se oyen gritos mientras Zac se abre paso a empujones entre los cocineros, seguido de cerca por Sam. Bolas de *mozzarella* y cuencos de

lechuga romana salen volando, y Sapphira y yo nos agachamos para esquivar a un tipo que va cargado con una bandeja de *pizzas* congeladas. «Nuestras *pizzas* caseras». Ja.

Salimos en tromba de la cocina y subimos por una escalera trasera. Zac llega al piso superior, gira para continuar por otro pasillo...

Y entonces se oye un golpe seco cuando un brazo emerge por una esquina y le hace un placaje. Los pies de Zac se elevan por los aires y aterriza sobre el suelo enmoquetado con un golpetazo y un gemido tremendamente gratificante.

Aldrick aparece por la esquina, sonriendo con satisfacción. Al hacerlo, deja al descubierto unos dientes de vampiro de plástico.

Sam se detiene cuando llega al descansillo, pero yo me detengo en las escaleras, seguida de cerca por Sapphira.

—De nada —dice Aldrick, poniendo voz de vampiro, mientras se gira hacia mí.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —exclamo, mientras noto cómo Sapphira se queda paralizada detrás de mí.

Zac hace amago de levantarse, pero Aldrick apoya una bota sobre el pecho del escriba y escupe los colmillos de pega sobre la palma de su mano.

—Dijisteis que ibais a tomar café, pero no me lo creí. Quise asegurarme de que mi media naranja no corriera peligro. —Después nos señala a Sam y a mí—. Vosotros no me importáis tanto, obviamente, pero me alegro de que sigáis vivos.

Sapphira se adelanta un paso, frunciendo el ceño.

—¿Me has seguido? ¿A quién se le ocurre?

—Eso, ¿a quién se le ocurre? —inquire Sam con sequedad.

—¿Te importaría dejar de pisarme? —resuella Zac.

—Tú calla —replica Aldrick.

Se oyen gritos procedentes del piso de abajo. El numerito de la cocina ha alertado de nuestra presencia al personal. Llegarán de un momento a otro.

Podríamos seguir sumidos en este silencio denso e incómodo, pero se acaba el tiempo.

—Vosotros dos distraedlos, ¿vale? Sapphira y yo podemos ocuparnos de esto.

Miro a Sam con un claro gesto de desesperación. No podemos quedarnos aquí parados más tiempo.

Aldrick enarca una ceja con escepticismo.

—Por favor, Aldrick —le ruega Sapphira—. Te lo explicaré todo más tarde.

Aldrick se queda mirándola un instante, después aparta su enorme bota del pecho de Zac. Sam le ayuda a levantarse.

—¿Seguro que podéis ocuparos? —pregunta Sam.

Miro a Sapphira, que asiente una sola vez, con una sonrisita en los labios.

—Podemos —dice.

Sam no parece tan seguro, pero yo vuelvo a asentir.

—Conseguidnos todo el tiempo que podáis, ¿vale?

Sam acaba accediendo, aunque se nota que no le gusta un pelo dejarnos a solas con Zac.

Los ruidos se intensifican, así que Sam le hace señas a Aldrick. Se dirigen a la escalera, bajando los peldaños de dos en dos.

Sapphira y yo acorralamos al escriba contra la pared.

Hace amago de ponerse a gritar, pero yo le apoyo un dedo en los labios. Los tiene humedecidos. Qué asco. Pensé que esto sería una demostración de poder, pero me está costando horrores no ponerme a temblar.

«Céntrate, Vesper».

—Yo, en tu lugar, no haría eso —dice Sapphira, lanzándome una mirada cómplice—. ¿Has oído hablar de los flamígeros? Son como los artificieros, pero peor.

¿Y por qué no habrían de serlo? Estoy segurísima de que se lo acaba de inventar.

El escriba pone los ojos como platos mientras observa a Sapphira. Está pensando en decir que eso es una gilipollez, se lo noto en la mirada. Pero hay algo en la palabra «flamígero» que le hace recular.

—Estás mintiendo —masculla.

—¿Quieres descubrirlo? —pregunta mi amiga, inclinándose hacia él.

Para recalcar sus palabras, Sapphira alza las manos. El escriba pone una mueca.

Bajo el dedo y me lo limpio disimuladamente en los vaqueros. No pienso volver a tocarle el morro a nadie en mi vida.

—Elisa Littleton —digo—. Tenía un mensaje escrito con tinta umbría en su pared. Y sabemos que tú, Zac, eres especialista en esa clase de encargos.

—No conozco a ninguna Elisa —replica sin convicción.

Sapphira vuelve a levantar las manos y Zac se achanta.

—¡Vale! ¡Vale! Lo siento. Elisa me pagó cien pavos para que dejara un mensaje en su pared. No hice preguntas, ¿vale? No quería saber nada sobre sus asuntos.

Se me entrecorta el aliento.

—¿Por qué no? —insisto.

Zac me mira como si fuera idiota.

—¿Conocías a Elisa Littleton? —inquire.

—Un poco —respondo con cara de póquer.

—Preferí guardar las distancias con ella.

—A no ser que los centinelas te dijeran lo contrario, ¿verdad? —dice Sapphira.

Intento mantener mi cara de póquer mientras la miro, sin comprender. ¿Por qué pregunta por los centinelas?

—Ya no hago esas cosas —replica Zac, apretando los dientes.

—Entonces, ¿no dijeron nada sobre su paradero? ¿No le dieron ninguna información a su mensajero favorito?

«¿Se puede saber qué está haciendo Sapphira?».

—Elisa tuvo que decirte algo, Zac. Tuvo que darte alguna pista sobre... lo que sea —insisto.

Sabía que tendría que haber visto más episodios de *Ley y orden*. Este interrogatorio se está yendo al garete. Pero tengo que recuperar la iniciativa frente a Sapphira, porque no sé qué leches estará tramando al preguntar por los centinelas.

Zac se queda mirándome, yo me muerdo la punta de la lengua.

—Responde —añade Sapphira, cruzando conmigo una mirada.

Vale. Volvemos a estar en la misma onda. Eso es bueno.

Zac frunce los labios y Sapphira se inclina un poco más hacia él.

—¿Alguna vez has visto cómo se queda un fémur después de recibir el impacto de un pétreo? —susurra—. Tienen que recoger las astillas de hueso con pincitas.

—Uf, qué mal suena eso —digo, girándome para mirar a Zac con un gesto teatral de preocupación.

—¡Está bien! Escuchad. La oí hablando por teléfono con una tal Lynn para reunirse con ella.

—¿Lynn Holloway? ¿La seísma? —pregunta Sapphira, y no puedo evitar fruncir el ceño. ¿Cómo sabrá todo eso?

Zac se encoge de hombros.

—Eso creo. Mencionaron una cabaña en Big Sur.

—¿Has estado allí? —pregunto.

Zac niega con la cabeza.

—No. Pero era un antiguo refugio de centinelas. Todos sabemos dónde está.

—Haznos un mapa —ordena Sapphira.

Zac se mete una mano en el bolsillo y saca un recibo arrugado y un boli morado. Se da la vuelta hacia la pared y garabatea algo en el papel. Luego se vuelve a girar y le entrega el mapa a Sapphira. Ella lo examina, después me mira y asiente con la cabeza.

—Gracias por su cooperación —digo, repitiendo una frase que oí en una peli de acción.

Era lo que decía el interrogador después de clavarle un cuchillo en la mano al otro. No es el mismo caso, pero me sirve. Lo importante es que tenemos una pista.

—Vámonos —dice Sapphira, dirigiéndose hacia las escaleras. Los gritos se han intensificado.

Encontramos a Sam al fondo del pasillo. Aldrick ha adoptado su forma de pétreo y ha arrancado el marco de la puerta, dejándola atrancada. Se oyen gritos procedentes del otro lado. Sam se apoya en la pared, con los brazos cruzados. Se le ve muy cómodo para ser alguien que ha estado a punto de ser arrestado.

—¡Estoy tirando! Ya os lo he dicho, chicos, está completamente atascada —dice Aldrick, hincando el travesaño más a fondo con su brazo de granito.

—¿Quiénes sois? —exclama alguien desde el otro lado de la pared.

—Ya os lo hemos dicho —responde Sam.

«Vámonos», articulo con los labios, pero Aldrick me hace señas para que espere, mientras Sam reprime una carcajada. Durante el rato que llevamos fuera, parece que se han hecho muy amiguitos.

Se produce un instante de silencio.

—Vale, lo hemos comprobado —dice la voz del otro lado de la pared—. Eso de fingir un secuestro en plan *Misión Imposible* como sorpresa de cumpleaños os lo habéis inventado. Queremos hablar con Zac.

—¿Estáis de coña? —masculla Sapphira—. Vámonos.

Aldrick revisa la puerta una vez más, después nos vamos corriendo.

Achico los ojos para protegerlos del sol cuando salimos en tromba por una salida de emergencia. Me detengo para tratar de orientarme, pero Sam me agarra del brazo.

—Tenemos que largarnos. No tardarán en llamar a la policía.

Parpadeo. Repito el gesto una y otra vez mientras Sam tira de mí. Finalmente, mis ojos se acostumbran a la luz. Aldrick va el primero. Sapphira está detrás de mí.

Doblamos la esquina y nos detenemos. Estamos en una especie de mercadillo callejero de Halloween.

—Esto servirá —dice Aldrick, que se mete una mano en el bolsillo y deja un par de pavos sobre un tenderete, del que coge unas máscaras de plástico.

Las reparte entre nosotros mientras se asoma por encima del hombro de Sam.

—Dispensaos, nos reuniremos al final de la calle —dice, mientras se pone una máscara negra que le cubre la mitad del rostro.

No le hacemos caso. Sapphira y yo lo seguimos. Sam comienza a avanzar en dirección contraria, pero cambia de idea y echa a correr detrás de nosotros.

—Aldrick —lo llamo, diciéndole que no con la cabeza a una mujer que me ofrece una muestra gratuita de no sé qué bebida de piña.

Pero él no se detiene.

—¡Aldrick! —grita Sapphira.

—No creo que sea buena idea utilizar mi verdadero nombre —replica, girando la cabeza.

Sapphira pasa de largo junto a mí y le coge de la mano. Pero él la convierte en piedra, la aparta y sigue caminando.

—Tienes motivos de sobra para estar cabreado. Pero, por favor, escúchame.

Aldrick se detiene, pero solo un segundo. Percibo la ira que centellea en sus ojos mientras nos mira y, luego..., algo más. Tristeza. Nos situamos entre dos tenderetes en los que venden dulces de agave y cacahuets bañados en chocolate negro.

—No tengo motivos para enfadarme. Esa es la cuestión. No tengo ningún derecho a controlarte, Sapphira. Y sí, me sentí mal al seguirte, porque sé que está muy feo. Pero es que...

—Querías protegerme. Y yo quería protegerte a ti. No queríamos meterte en esto, porque podía resultar peligroso —dice Sapphira.

—¿Pero a Mr. Musculitos sí le avisasteis?

—Se llama Sam. Y mira quién habla —replico, señalando hacia su ceñida camiseta gris—. Es como si la sartén acusara al cazo de tomar esteroides.

Aldrick me fulmina con la mirada. Yo agacho la cabeza y me quedo mirando las gotas de agua que salpican la acera.

—¿Qué pasó con lo de dispersarnos? —pregunta Sam cuando nos alcanza.

Sapphira me mira, después a Aldrick. Me parece percibir también tristeza en sus ojos, mientras lo observa y alarga una mano hacia él.

—Siento haberte mentido —dice.

Aldrick se queda mirando la mano y después se la agarra. Los dos se alejan, dejándonos a Sam y a mí en medio de los tenderetes.

—¿Nos vamos o nos quedamos aquí con pinta de sospechosos?

No quiero separarme de ellos, pero Sam tiene razón. No podemos quedarnos aquí. Nos vamos juntos, de vuelta a su camioneta.

—Entonces, ¿conseguisteis lo que necesitabais? —me pregunta mientras nos detenemos a contemplar un tenderete repleto de miel orgánica a un precio desorbitado.

—Zac conoce a alguien que quizá sepa dónde encontrar a otro alguien que estuvo hablando con Elisa —susurro mientras reanudamos la marcha.

Sam asiente, cauto en sus esperanzas. Me suena el móvil y lo reviso. Es un mensaje de Sapphira.

«Id yendo vosotros».

Sam me echa hacia un lado, para resguardarnos bajo un toldo. Envío una respuesta.

«¿Estáis bien?».

«Sí. Id yendo. Ya volveremos».

Le enseño el mensaje a Sam, justo cuando resuena un trueno.

—Será mejor que nos vayamos —dice.



VEINTIDÓS

La lluvia traquetea con fuerza sobre la parte trasera de la camioneta. Lo agradezco, porque eclipsa el repiqueteo metálico de las palabras de Aldrick en mi mente y me ayuda a pensar en algo que no sea su cara de tristeza. Encojo las piernas y apoyo la cabeza en las rodillas.

—¿Estás bien? —pregunta Sam en voz baja mientras nos detenemos ante un semáforo.

No quiero que me pregunte eso, porque no puedo decirle la verdad. Lo miro, con una mano en el volante, con un tono tan sincero que no hace sino recordarme las mentiras que llevo a cuestas. Niego con la cabeza. Sam levanta el pulgar sin soltar el volante, invitándome a añadir algo más, pero me quedo callada.

Él me mira y yo vuelvo a hundir el rostro en mis rodillas.

Entonces asiente y cambia bruscamente de sentido, haciendo que me golpee contra la puerta de la camioneta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, pero Sam niega con la cabeza.

—No vamos a volver al gimnasio. Después de lo que ha pasado hoy, no te conviene ponerte a golpear cosas. Eso solo serviría para que te aislaras aún más en tu mente.

—Sam, tenemos una pista que seguir.

—En Big Sur. No podremos ir allí hasta mañana. Y hasta entonces tendremos que comer, ¿no?

El ambiente está cargado de humo, dulce y chisporroteante. Crepita como si la propia brisa se hubiera caramelizado por los bordes, encogiéndose como azúcar derretido. Hace frío, pero las luces que penden sobre nuestras cabezas y las lámparas de calor lo hacen soportable. La lluvia ha cesado, dejando un aroma a pavimento mojado y queso fundido. No se me ocurre una combinación de olores mejor para serenar el alma.

Hay un puñado de *food trucks* y mesas de terraza, con gente pululando a su alrededor, chupeteándose los dedos pringosos y engullendo bebidas espumosas. Se oyen risas y una música lejana. Nada que ver con el sonido de los gritos y el metal retorcido, con las sirenas de la policía. Con esos sonidos, en definitiva, frente a los que cada vez estoy más insensibilizada.

—Está bien. Veinte minutos, pero luego tenemos que volver —digo, pero Sam niega con la cabeza y se planta delante de mí, dándose la vuelta mientras camina hacia atrás.

—De eso nada. Si de algo entiendo en esta vida... es de crisis nerviosas. Necesitamos despejarnos un poco.

El viento frío me roza las mejillas mientras nuestras miradas se cruzan. Quiero aferrarme a este instante.

No quiero apropiarme de esta sensación cálida en el pecho que se extiende por mis costillas cuando Sam enarca una ceja. Esa sensación que me dice que la realidad puede ser más sencilla. La realidad de que él es un chico, yo una chica y que estamos dando un paseo. No debo apropiarme de esta sensación y no pienso hacerlo. Solo quiero tomarla prestada.

Durante un rato.

No hay nada de malo en ello.

Sonrío.

—No me puedo creer que nunca hayas venido al StrEat Food Park —dice Sam, que me observa mientras miro con asombro a mi alrededor.

Avanzamos, revisando las diferentes opciones. Podría probar platos de unos siete países distintos. Teniendo en cuenta que siempre me ha costado horrores decidirme entre el burrito o las quesadillas del Taco Bell, esto me va a llevar un rato.

—Ya, Sam, pero no he venido a San Francisco de turismo, precisamente —replico con una risita—. Acabé recayendo aquí en mitad de la noche, por

accidente.

—¿De dónde venías?

«Cuidado».

—De Seattle. Viví seis meses allí.

—Entonces..., no quieres estar aquí. ¿Te has planteado volver a casa? —pregunta, y choca conmigo ligeramente—. ¿Comida india? —añade, señalando a una camioneta.

—No me apetece demasiado —respondo, torciendo el gesto.

—¿Lo de volver? ¿O la comida india? —pregunta, repitiendo ese gesto de pasarse los nudillos por los labios. Sonrío. Me pregunto si se dará cuenta de que lo hace.

—Pide lo que te apetezca —replico, eludiendo la pregunta como una profesional.

Además, Sam debería comer algo. Debe de necesitar una cantidad inmensa de calorías para mantenerse en pie. No quiero que se desmaye por mi incapacidad para decidirme. Si se desploma, no seré capaz de sujetarlo.

—No, esa no es la cuestión. Lo divertido es elegir. Ven, te voy a enseñar el lugar.

Pasamos junto a una camioneta de comida tailandesa y un tenderete donde ofrecen hamburguesas orgánicas de soja.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Alguna vez has pensado en volver a casa?

Sam suelta un bufido.

—La verdad es que no. Que Elisa viniera aquí fue lo que terminó de decidirme, pero nunca quise quedarme en esa ciudad. Solo quería permanecer el tiempo suficiente para proteger a mis hermanas.

—¿De qué?

Sam se queda mirándome. Podría decirme que no es asunto mío. Tiene todo el derecho a hacerlo. Pero se encoge de hombros y señala hacia un puesto de *pizzas*. Arrugo la nariz, así que seguimos caminando.

—Mi hermana pequeña, Cheyenne, eh... —Atropella las palabras. Desliza un dedo sobre el colgante que llevaba puesto la noche que decidí aceptar que me patrocinara—. Es una anómala. Mejor dicho, lo era.

«Lo era». Siento un nudo en el estómago.

—Cuánto lo siento —digo, pero Sam niega con la cabeza.

—No. No es eso. Mi hermana sigue viva. Lo que pasa es que... —Se detiene—. La desposeyeron.

Sam percibe mi cara de espanto y comprende que no se está explicando bien.

—Tranquila, está bien. Mejor que bien, en realidad. Era una midasarena. Podía...

—Convertir minerales en oro —concluyo por él.

Sam parece sorprendido de que lo sepa.

—Sí. Y, como podrás imaginar, mis padres estaban... encantados con eso. —Percibo rencor y amargura en su voz—. La utilizaron sin pudor. Al principio, solo fue para quitarnos a los acreedores de encima. Mi padre se metió en ciertos... líos —añade, y comprendo que está siendo diplomático—. Por eso empecé a participar en combates clandestinos, para ayudar en casa. Tampoco es que ganara demasiado, pero... quería que dejaran en paz a Cheyenne. Pensé que, si conseguía saldar yo las deudas, la dejarían tranquila. —Hunde las manos en sus bolsillos y niega con la cabeza—. Pero nunca tenían suficiente. Siempre querían más. Más coches, más estatus. Más obras de arte moderno que a ninguno nos gustaban. No sé cuándo o cómo dejaron de verla como una hija, incluso aquella vez que la forzaron tanto que acabó hospitalizada por agotamiento. O cuando dejaron de hacer caso a mi otra hermana. Pero el caso es que fue... fue un desastre hasta que la desposeyeron.

Sam inspira hondo. Me quedo mirando mis Converse mientras su mundo se asienta en mi mente. Las palabras de mi padre resuenan en algún lugar de mi memoria.

Antaño, los centinelas hacían cosas buenas. Mi padre lo creía de verdad. Es fácil considerarlos los malos de la historia por las historias que he oído. Pero también he visto el miedo de los comunes y sé lo que puede hacer ese miedo, porque no les gusta lo que no pueden entender. Los centinelas han hecho cosas horribles, pero también nos han mantenido en secreto. Y esta es la primera vez que miro a los ojos de alguien que ha experimentado de primera mano esa sensación de seguridad.

—Por eso sabes tantas cosas sobre nuestro disparatado mundo —digo.

Sam asiente y sigue caminando. Lo sigo.

—Después de eso, mis hermanas se fueron a vivir a Oregón con una tía nuestra. Mis padres las dejaron marchar, porque..., en fin, porque mi hermana ya no les resultaba útil.

La amargura de sus palabras resulta palpable. Me detengo un momento y señalo hacia el colgante.

—¿Lo hizo tu hermana? —pregunto.

Sam asiente.

Se le iluminan los ojos cuando habla de ellas, y me siento identificada con ese cariño. Es el mismo que siento yo por mis hermanos. Es el mismo cariño que me ha llevado a ser capaz de cualquier cosa con tal de recuperarlo.

Me trago el sentimiento de culpa, lo impulso hacia el fondo de mis entrañas.

Sam señala el puesto de comida china, pero se me ha quitado el hambre. Niego con la cabeza.

—Cuando dijiste que la desposeyeron, me esperaba lo peor —digo.

—¿Y eso por qué? —pregunta, con las manos en los bolsillos—. Me imagino que algunos anómalos preferirían que les quitaran sus poderes. Cheyenne, por ejemplo.

—Eso sería maravilloso, desde luego. Pero no es tan sencillo. Desposeer a alguien es extremadamente peligroso. Tratar de extraer ciertos poderes puede causar la muerte.

Empleo las mismas palabras que utilizó mi padre.

«Tratar de extraer ciertos poderes puede causar la muerte».

Sam escucha con atención.

—Mi padre... —Me quedo a medias, porque no sé muy bien qué decir.

Nunca le he contado esta historia a nadie. Apenas me permito pensar en ella. Pero que Sam me haya hablado de su familia me impulsa a hacerlo.

—Hace tiempo, mi padre trabajó para los centinelas.

Sam se detiene, yo también. Esas palabras resuenan con fuerza entre nosotros. No es una reflexión ni un recuerdo, sino un hecho que tiene consecuencias.

—Era un fobos, igual que yo, y, cuando no pudo cumplir con lo que esperaban de él, le desposeyeron.

—Eso es una atrocidad.

—Así son los centinelas —replico, mirándolo, mientras me obligo a seguir caminando—. Querían que utilizara sus poderes con una adolescente, Sam. Querían que castigara a una cría. Mi padre se negó, así que el desposeedor le arrancó sus poderes y después le dejaron tirado en un callejón recóndito de Nueva York. Querían que muriera desangrado. Si sobrevivió fue solo porque alguien lo encontró y lo llevó a un hospital.

Sam se detiene otra vez, yo hago lo propio. Está muy serio.

—Lo siento mucho —dice al fin.

Trago saliva, conteniendo las lágrimas, mientras recuerdo la cicatriz de mi padre.

—Puede que los desposeedores hicieran algún bien, en un momento dado. Pero son la herramienta de tortura favorita de los centinelas y, por lo que dice mi padre, no les gustan los fobos. Somos impredecibles. Peligrosos.

—Todo lo contrario que tú —bromea Sam, sonriendo ligeramente.

Agradezco esa sonrisa. Significa que podemos aparcar las cosas serias durante un rato. Y necesito hacerlo cuanto antes. Pero primero tengo otra pregunta.

—Un momento. ¿Sabes dónde podríamos encontrar a ese desposeedor?

No sé por qué le pregunto eso. Puede que esté trazando un plan B por si pierdo el torneo. Daría lo que fuera con tal de no hacerle daño a nadie más.

Sam niega con la cabeza, aunque se nota que sigue dándole vueltas a lo que acabo de contarle. Me hace señas para que sigamos caminando, pero se detiene y alza una mano, como si quisiera añadir algo.

—Lo siento, Vesper. Siento que hayas tenido que cargar con eso, porque es una jodienda. Este asunto es una jodienda bien gorda.

No sé cómo responder a eso, ni a la mirada que me lanza, ni a la tensión palpable en sus hombros por la seriedad que destilan sus palabras. Hacía tanto tiempo que no pensaba en la putada que es todo esto que no sé qué decir ni dónde poner las manos. Así que asiento con la cabeza, porque es lo único que puedo hacer.

—Da pena oírnos hablar. Necesitamos cambiar el chip y ser más optimistas —bromeo.

Sam sonrío. Me doy cuenta de lo poco que le he visto sonreír hoy, y esa compuerta que cerré a cal y canto en mi pecho se tensa y se astilla por el impacto de la alegría que me produce ese gesto.

—Estás mejorando con tu nueva modalidad de artes marciales mixtas —me dice—. Vamos a tener que buscar un nuevo nombre para esa combinación de hechizos y puñetazos.

—Primero vamos a comprobar si funciona —replico, ignorando la sensación de fatalidad que me embarga—. Ni siquiera sé si seré capaz de utilizarlo en la tercera velada.

—Para. Cosas alegres —dice, señalando hacia un puesto de hamburguesas situado detrás de mí.

—La perfección —digo, porque lo es. Una hamburguesa. Eso es lo que quiero.

Pido una hamburguesa con queso azul y cebolla a la parrilla, porque es perfecta en dos niveles: tiene una pinta deliciosa y me veré obligada a guardar las distancias con Sam para no tumbarle con mi aliento.

Anuncian mi pedido y me acerco a recoger la bandeja. Cuando me doy la vuelta, Sam está escribiendo otra vez en su libreta.

—¿Qué es eso? —pregunto, cuando regreso al banco donde está sentado y le doy su hamburguesa doble con queso y beicon.

Sam cierra el cuaderno, casi a la defensiva.

—Lo siento —me disculpo, levantando las manos—. No pretendía ser cotilla.

Sam se queda callado, como si se diera cuenta de que su reacción ha sido exagerada. Coge nuestras hamburguesas y nos ponemos en marcha, en busca del sitio perfecto para sentarnos.

—Es algo que empecé a hacer después de lo de Elisa, cuando me entraba la depre. Duncan me dijo que empezara a anotar cosas buenas. Cosas por las que dar gracias. Para así tenerlas cerca y poder recordarlas. Como el olor a lluvia sobre el pavimento mezclado con el de las patatas fritas.

Quiero preguntarle por la depre. Quiero saber si está bien. Pero hemos acordado no hablar de cosas tristes. Vamos a comernos unas hamburguesas. Sam me lleva hasta un autobús escolar que ha sido reconvertido en un restaurante sobre ruedas. Mientras se abre camino hacia una mesa del

fondo, me maravillo de lo perfecta que es esta ciudad. De lo caótica, insólita, colorida y humana que resulta.

Quiero recordar este momento. Quiero dejarlo por escrito, para que no se pierda en el olvido.

Sam y yo comemos en silencio, porque no pienso pararme ni a respirar mientras me zampo esta hamburguesa. Está exquisita.

Hago un ruido muy poco femenino y Sam se ríe mientras sorbe su bebida con una pajita.

—¿Quieres que te deje sola?

Le arrojo una patata frita y Sam la coge al vuelo con la boca.

—Esta hamburguesa me recuerda a las que solía tomar en Roger Mac's después de los partidos.

—¿Qué partidos?

Trago saliva. Hemos pasado por tantas cosas juntos que resulta fácil olvidar que Sam no tiene ni idea de mi vida previa a aquella noche en el Aloa's.

—Fui animadora. En el insti.

Sam me observa y yo me encojo en mi asiento, sintiéndome un poco cortada. Esa chica quedó borrada del mapa hace años. Siento como si ya no tuviera nada que ver con ella.

—Se te nota —dice Sam, mientras embadurna una patata en el ketchup que ha extendido sobre una servilleta. Ahora me toca reír a mí.

—¿Lo dices por el pelo grasiento? ¿Por las ojeras? ¿Por mi aversión a hablar con la gente? ¿Qué me ha delatado?

Sam se queda mirándome. No me gusta su expresión, como si estuviera sopesando lo que he dicho. Como si me estuviera analizando.

«¿Qué me ha delatado?».

No me gusta su manera de tomar aire, como si fuera a decir algo, para luego cambiar de idea.

No me gusta que eso me provoque mariposillas en el estómago.

—Creo que es por tu nombre, Vesper. Es inusual. Supongo que siempre he asociado a las animadoras con nombres... llamativos.

—Ya estamos con los estereotipos... —replico, riendo con la boca llena, y Sam abre mucho los ojos.

—Oye. Cheyenne era animadora, y he visto las cosas que son capaces de hacer esas chicas. Que me parta un rayo si me burlo de ellas. Por mi parte, respeto absoluto.

Lo dice con franqueza, así que le perdono.

—En fin. Tienes razón en que un nombre que significa «oración» resulta un poco excéntrico. Nací prematura y me tiré un tiempo en la unidad de cuidados intensivos de neonatos. Mis padres se pasaron mucho tiempo... rezando.

—De ahí el nombre —concluye Sam.

Asiento con la cabeza mientras extraigo de la hamburguesa un pepinillo y me lo meto en la boca.

—Eso me gusta. Eres una luchadora nata. Ahora lo entiendo todo.

—¿De veras? A veces me pregunto si no hubiera sido mejor para todos que yo...

Me interrumpo al comprender lo que he estado a punto de decir. A veces hay pensamientos tan recurrentes que no me doy cuenta de cuándo cogen impulso y escapan entre mis dientes. Sam se queda callado, mirándome. Hemos dicho que nada de cosas serias, pero parece que siempre acabamos recayendo en ellas. En el origen de nuestras cicatrices.

—No —dice. Es una respuesta sencilla, pero es la mejor posible en este caso. «No».

Me obligo a sonreír. Quiero olvidarme de este tema. Quiero quitarme este peso de encima. Necesito romper el silencio.

—¿Y tú qué hacías? ¿Tocabas en la banda del colegio? ¿Jugabas al fútbol? ¿Eras la mascota del equipo?

—Vaya. ¿Tengo que encajar sí o sí en una categoría sacada de *El club de los cinco*?

—¿Qué hacías, entonces?

Sam se queda pensativo mientras le pega un trago a su refresco.

—La verdad es que no iba a ver los partidos. Elisa no estudiaba en mi instituto, así que íbamos a nuestra bola.

Ya está. El nombre de Elisa regresa a la palestra, como una ventolera que derriba los escombros de todas esas cosas que no nos hemos dicho y que se

estaban empezando a apilar. Me siento mejor y peor al mismo tiempo. Sam me observa y sonrío.

—Elisa se cabreó una vez conmigo porque di por hecho que no íbamos a ir al baile de graduación. Lo cual estaba bien, porque me habían castigado tantas veces que me habían apuntado en no sé qué lista de excluidos. Se cabreó mucho porque quería ponerse uno de esos vestidos ridículos y arreglarse el pelo.

—¿En su colegio no había baile? —pregunto.

Sam niega con la cabeza.

—No. La educaron en casa. Yo no era consciente de lo mucho que significaba para ella, así que me tiré dos semanas portándome bien para que borrarán mi nombre de esa estúpida lista. Y al final solo nos quedamos a escuchar tres canciones.

Sam tiene la mirada perdida mientras evoca ese recuerdo, yo permanezco callada hasta que sale de su ensimismamiento y vuelve a girar la cabeza hacia mí. Entonces me lo imagino. Repeinado, con un esmoquin elegante y Elisa cogida del brazo. Ella se ha rizado el pelo y se ha maquillado como una diva. No sé qué aspecto tiene, pero aun así soy capaz de imaginármela. Bailan agarrados, aunque no veo a Sam como el típico bailongo, así que seguro que se limitaron a balancearse de un lado a otro. Me pregunto cómo sería el roce de sus manos sobre la cintura de Elisa.

Me estoy poniendo colorada. Lo sé. Aborta. Aborta. Di algo. Lo que sea.

—Ya has respondido a mi pregunta —alcanzo a decir. Cojo mi refresco y sorbo los restos de agua con la pajita—. Eras el eterno castigado.

—De eso nada.

—Conozco de sobra al prototipo de chico al que castigaban tantas veces como para impedirle asistir al baile, Sam. Eras el eterno castigado. Como el personaje de Bender.

Sam se queda callado, sopesándolo. Después se recuesta en su asiento como si acabara de perder una discusión.

—Mierda. Sí que lo era, ¿eh?

Se ríe y yo le tiro otra patata frita. La caza al vuelo y alza los brazos en señal de victoria.

—¿Hace un helado? —me pregunta.

—Por supuesto —respondo, mientras recojo los desperdicios.

Hace un frío que pela, pero yo no puedo negarme a un helado. Me pido uno de chocolate y Sam uno de menta con pepitas de chocolate. Nos los intercambiamos mientras nos dirigimos de vuelta a la camioneta.

Entonces advierto que, en todo este tiempo, no he pensado ni una sola vez en el tercer combate.

No sé cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a sentir algo así.

No sé si llegará ese momento.

Así que lo saboreo. El aire frío que me alborota el pelo. Las nubecillas que crea el aliento de Sam. Su forma de reírse cuando le duele la cabeza por lo frío que está el helado. Aprovecho para enseñarle el truco de apoyarse un dedo en el paladar.

Saboreo estos instantes compartidos de regreso a casa, con un regusto a menta y chocolate en la lengua.



VEINTITRÉS

Escribo a Sapphira cuando Sam y yo aparcamos enfrente de la gruta al día siguiente, pero no me responde.

—Vuelvo enseguida —digo, con inquietud creciente.

—Te acompaño —dice Sam, pero yo le detengo.

—No creo que se tomen bien que un común invada su espacio.

Sam tamborilea con los dedos sobre el volante. Sé que esto no le gusta un pelo, pero aun así asiente.

—Si no regresas en siete minutos, pienso entrar ahí.

Bajo por las destartaladas escaleras y emerjo en el segundo nivel del aparcamiento. Me dirijo al hueco del ascensor cuando oigo cómo se cierra la puerta de un coche a mi espalda.

Me agacho detrás de una camioneta desvencijada y echo un vistazo.

Hay un SUV negro aparcado delante del ascensor. Sapphira se apea del asiento del copiloto y se echa una mochila negra al hombro.

Las ventanillas están tintadas, así que no veo al conductor. Pero entonces el desconocido baja la ventanilla. Es Ananias, que apoya el antebrazo en la puerta mientras Sapphira se acerca a hablar con él. No oigo lo que dicen, pero prefiero no acercarme más.

No sé qué esperaba encontrarme, pero, desde luego, no que Sapphira acabara de bajarse del coche de Ananias. ¿Es que no tiene esbirros que hagan las labores de chófer?

Sapphira niega con la cabeza y él le apoya una mano en la muñeca. Siento un nudo en el estómago al ver cómo ella aparta el brazo.

—¿Sapphira? —pregunto, emergiendo de entre las sombras.

No sé si necesita ayuda o no, pero se nota que está incómoda. Su gesto flaquea al verme, como si hubiera preferido que siguiera escondida.

Ananias sonrío mientras dirige su atención hacia mí y se baja del coche con un único y fluido movimiento. Cierra de golpe la puerta y se apoya en el SUV, que sigue en marcha. Lleva puestos unos vaqueros oscuros y un jersey blanco de cuello alto. Está raro sin traje. Vale que solo lo he visto un par de veces, pero parece una de esas personas que no se quitan el traje ni para dormir.

—¿No vas a presentarme a tu amiga, Sapphira? —pregunta.

—Ya nos conocemos —respondo.

Su sonrisa se acentúa mientras ondea una mano.

—Pero eso no significa que nos hayan presentado formalmente. Y los amigos de Sapphira son mis amigos.

Me tiende una mano. Me quedo quieta unos segundos, porque hay algo en esta escena que me resulta... extraño. Aunque no debo olvidar que me he acostumbrado a dormir bajo los puentes de la autopista. Puede que haya olvidado el protocolo apropiado para aquellos que no se pasan la vida huyendo.

Recorro la distancia que nos separa, alargando el brazo para estrechar su voluminosa mano. De inmediato, mi poder se aferra a su palma. Me quedo inmóvil, mirándolo a los ojos para comprobar si se ha dado cuenta. Hace mucho tiempo que no rezo, pero suplico mentalmente para ser capaz de soltarle la mano sin que ocurra algo.

—Vesper, ¿verdad? —Me está mirando fijamente mientras me esfuerzo por disimular que mi poder se ha adentrado en sus huesos.

El poder ha envuelto su mano y comienza a enroscarse por sus brazos. Oigo el chasquido de los recuerdos que empiezan a desplegarse. Capto atisbos de miedo. «No permitiré que hagas esto», grita una voz femenina.

—La otra noche apenas tuvimos ocasión de charlar —prosigue.

«No te lo permitiré», chilla de nuevo la voz. No percibo terror en ella; más bien, rabia. Sí, está cargada de rabia.

Asiento con la cabeza, obligándome a sonreír mientras le suelto la mano y miro al suelo, aprovechando el momento para cerrar los ojos con fuerza y

ordenar a mi magia que se repliegue. Preferiblemente sin traer nada entre sus fauces.

Noto cómo mi poder se desenreda, cumpliendo mi orden, y se repliega lentamente hacia las palmas de mis manos. Suspiro aliviada.

—Tengo muchas ganas de ver tu próximo combate. Los inversores se quedaron muy intrigados con tu... peculiar estilo de lucha. Están deseando ver de qué más eres capaz.

—Bueno, ya lo veremos —respondo, mientras la voz femenina se diluye en el fondo de mi mente.

Le echo un vistazo a Ananias para comprobar si ha advertido algo, pero no sabría decirlo. Trata de sostenerme la mirada, con un esbozo de sonrisa.

—Esperemos que sí. —Entonces, devuelve su atención a Sapphira—. ¿Cuándo volverás?

—Por la tarde. Solo vamos a ir al cine y puede que a comer —responde Sapphira, que se encoge de hombros mientras se recoloca la mochila.

Pongo cara de póquer, aunque mi mente bulle con un montón de preguntas. Sé que Sapphira trabaja para él, pero ¿desde cuándo eso implica informarle de todos sus movimientos?

Ananias sonrío de nuevo y después asiente.

—Cuídate.

Sapphira asiente y me coge de la mano para dirigirnos hacia la escalera. No me giro, pero siento que Ananias no deja de mirarnos hasta que desaparecemos de su vista.



VEINTICUATRO

Big Sur es una preciosidad. La unión de un bosque verde y un mar azul, entremezclados, sin importarles que la lógica establezca que la tierra y el mar han de estar separados. El paisaje me ayuda a dejar de pensar durante un rato.

Los árboles, con sus gruesos troncos y su imponente altura, nos dejan sin habla mientras avanzamos por el bosque. Este lugar está sumido en una atmósfera sagrada que me reporta un momento de paz.

Sam se detiene. Oigo cómo se interrumpen sus pisadas y alzo la mirada. Hay una pequeña cabaña asomando entre unas ramas, un poco torcida hacia la izquierda. Parece como si estuviera corriendo y se hubiera quedado enredada entre los árboles.

—¿Llamamos... a la puerta? —pregunta Aldrick.

—No hará falta —resuena una voz femenina a nuestra espalda.

No la hemos oído llegar. No sé cuánto tiempo habrá estado acechándonos antes de decidirse a intervenir.

Nos damos la vuelta. Es una mujer esbelta, con la piel oscura y una melena blanca que desciende en oleadas por su espalda. Nos observa a través de la mira de una escopeta.

—Ostras —dice Sam, que se desplaza para situarse delante de mí.

¿Se cree que soy una damisela en apuros?

Intento ponerme delante de él, pero me agarra por la cazadora y tira de mí hacia atrás. Me gustaría decirle cuatro cosas, pero ahora mismo tenemos

problemas más serios que su síndrome del caballero andante. Por ejemplo, la escopeta del calibre doce que nos está apuntando.

Sapphira pone las manos en alto.

—No hemos venido a hacerte daño.

—Me da igual. El caso es que estáis aquí. Esto es una propiedad privada.

Tiene una voz grave y profunda. El pelo blanco me despistó en un principio, pero al verla de cerca calculo que tendrá unos treinta y tantos años.

Oigo el crujido de la piel de Aldrick y comprendo que todo esto podría irse al garete en un visto y no visto. Sam se adelanta para decir algo:

—No te robaremos mucho tiempo, te lo prometo. Solo queremos preguntarte por Elisa Littleton.

La mujer sopesa lo que ha dicho Sam, analizando sus palabras sin mover un solo músculo. Después, baja el arma.

—No me robaréis ni un segundo. Largaos de una vez.

Se abre camino entre Sapphira y yo, después pasa de largo junto a Sam. Se dirige a la cabaña.

Miro a Sapphira. Firmamos una tregua, al menos hasta que resolvamos esto. No hemos venido tan lejos solo para rendirnos ahora.

Sam la sigue, yo aprieto el paso para alcanzarlos. Aldrick y Sapphira nos siguen también.

—Dejadme hablar a mí —les digo, mientras fulmino a Aldrick con la mirada.

—¿Por qué me miras a mí?

—¿Acaso tu brazo no se ha convertido en un bloque de hormigón?

—Esa tipa tiene un arma —replica—. Perdóname si me pongo un pelín nervioso.

Ondeo la mano con vehemencia para que baje el volumen.

Estamos a punto de alcanzarla cuando se da la vuelta y nos mira fijamente.

—¿Creéis que necesito la escopeta para convenceros de que os marchéis?

—No. Yo no —respondo—. ¿Y tú crees que seguiríamos a una mujer armada si no fuera una cuestión de vida o muerte?

La mujer me observa mientras se muerde el interior del carrillo. Su pose se relaja mientras examina nuestros rostros.

—¿Qué os hace pensar que sé algo sobre Elisa?

—Hablaste con ella justo antes de su desaparición. Nos lo contó Zac.

Percibo un gesto de irritación en su mirada.

—Fue ella la que me llamó —aclara—. No pude ayudarla.

Abre la puerta principal y entra en la cabaña. Hace amago de cerrarla, pero meto el pie para impedirselo.

Cualquier rastro de simpatía que pudiera tener se evapora como agua en una olla hirviendo. Vuelve a levantar el arma.

—Se acabó —dice Aldrick, que se acerca y abre la puerta de golpe.

La mujer se tambalea hacia atrás, apuntándole al pecho. Pero Aldrick agarra la escopeta y la arroja hacia un lado.

—Deberías haberle hecho caso a mi amiga, porque es mucho más diplomática que yo. Así que intentémoslo de nuevo. ¡Hola! Estamos buscando información sobre Elisa.

Le seguimos al interior de la cabaña.

Es un lugar austero, con una caldera encendida en una esquina, una cama pegada a la pared y una cocina diminuta. Estamos todos apiñados, nuestro calor corporal invade la estancia como un visitante indeseado. No me gusta actuar así, pero tampoco quiero dejar que se enfríe el rastro. Sobre la mesa hay una carta sin abrir. Está dirigida a Lynn Holloway.

—Gran error, capullo —dice Lynn, sacando el revólver que llevaba prendido de la cintura. Aldrick está de espaldas, así que no le da tiempo a reaccionar.

Mis dedos se cargan de energía mientras extiendo la mano, dejando fluir mi poder a toda velocidad. Ojalá tuviera más práctica, pero aun así ya noto la diferencia: lo estoy proyectando a propósito. Yo he invocado la magia, no se ha limitado a escapar de mí.

Allá va, una boca hambrienta que se lanza hacia las profundidades del pecho de Lynn. Noto cómo hinca los dientes en el palpitante miedo que habita en su núcleo.

Pego un tirón sin titubear. Me aterroriza lo que pueda pasar, pero el arma que encañonaba a Aldrick eclipsa todos mis pensamientos.

Lynn se tambalea, la pistola cae al suelo, traqueteando.

Y entonces todo se vuelve negro.

Por un momento, la escena resulta nítida. Veo a una niña pequeña con el pelo blanco, acurrucada en un armario. Está sumida en una oscuridad absoluta. Se oyen gritos al otro lado de la puerta.

Parpadeo y la visión desaparece. Parece como si se hubiera producido un apagón, pero estamos en pleno día. Ni siquiera puedo ver la mano que tengo extendida, tampoco oigo a Aldrick, a Sapphira, ni a Sam. Todo está oscuro y en silencio. Intento respirar con normalidad mientras doy un paso al frente.

Oigo unos gemidos de terror delante de mí, acompañados de una respiración entrecortada y angustiada.

—¿Lynn? —pregunto.

Cuando se da la vuelta, veo que tiene los ojos desorbitados y las manos extendidas. Está aterrorizada.

—¿Qué has hecho?

Miro a mi alrededor. La oscuridad lo ha cubierto todo con su manto, dejándonos encerradas en una burbuja de negrura. Todos los miedos que he extraído en mi vida han cobrado forma fuera de mí, pero esto es diferente. Esto lo estoy controlando yo.

La estancia vibra.

El entusiasmo que me embarga se mezcla con el espanto, al comprender que estoy disfrutando con esto mientras Lynn está aterrorizada. Esta sensación de tener el control se ha producido a su costa, y puedo ver la expresión de terror absoluto que se refleja en su rostro.

Me repito que ha estado a punto de disparar a Aldrick y que no me dejó elección.

Avanzo otro paso hacia ella, hasta quedar lo bastante cerca como para rozarle una mano. Lynn se sobresalta al sentir el roce, oteando en la oscuridad, pero sin encontrar nada. Puedo verla, pero ella a mí no. Tal y como yo quería.

La vibración se convierte en un temblor; entonces, recuerdo que Lynn es una seísma: controla la actividad sísmica. Lo que faltaba.

Le agarro la mano con firmeza. Tiene los dedos fríos y temblorosos.

—No voy a hacerte daño, ¿vale? Nadie te hará daño. Pero tienes que calmarte y ayudarnos. Por favor.

Su respiración se estabiliza.

—Eres una fobos —dice al fin, asomando por encima de mi hombro.

Asiento con la cabeza, pero entonces recuerdo que no puede verme.

—Sí. Y necesito que me cuentes lo que sepas sobre Elisa Littleton. Por favor.

Estoy en tensión, tratando de mantener la oscuridad sin permitir que se expanda. El zumbido de la magia se extiende por mis miembros, y mentiría si dijera que este poder no me hace sentir genial.

—¿Me lo pides por favor, cuando me tienes prisionera en mi propio miedo? —Percibo un tembleque en su voz—. Podrías sonsacármelo, si quisieras. Torturarme hasta conseguir lo que buscas, como los fobos de los centinelas. Eran unos monstruos. Es una lástima que nadie sepa dónde están: te llevarías bien con ellos.

La miro. Un miedo indómito reluce en sus ojos, pese a su esfuerzo por mantener la compostura. Tiene delante lo que más la aterra en el mundo y, aun así, mantiene los ojos abiertos. Le planta cara con los puños cerrados, aunque le tiemblen.

La vibración se intensifica bajo mis pies.

No me gusta ser así. Tras inspirar hondo, dejo que el poder se deslice entre mis dedos, como una fuga en un globo de helio. La oscuridad se disipa y Lynn parpadea mientras recobra la visión. Se tambalea y la estancia reaparece a nuestro alrededor. Los temblores cesan.

—¿Qué narices ha sido eso? —exclama Aldrick, extendiendo los brazos—. ¡Desaparecisteis de repente!

No los miro; ni a él, ni a Sam. Estoy concentrada en Lynn. La seísma no hace amago de recoger la pistola que está en el suelo, pero me mira con un gesto desafiante.

—No quiero obligarte a que me cuentes nada, Lynn. Pero, si intentas hacer daño a alguno de mis amigos, lo volveré a hacer. No soy una fobos de los centinelas. Jamás lo seré.

Lynn se queda mirándome.

—Solo conozco a otro fobos capaz de mostrar compasión. No está en vuestra naturaleza. Por eso no sobrevivió mucho tiempo. Si haces una demostración de fuerza como esa, chiquilla, más vale que estés dispuesta a llegar hasta el final.

Una esperanza prende en mi pecho al percibir un gesto de tristeza en su mirada.

—¿Te refieres a Brady Montgomery? —susurro.

Es la primera vez que pronuncio el nombre de mi padre en voz alta desde hace casi un año. Me deja un regusto extraño en la lengua.

—¿De qué lo conoces? —me pregunta, con los ojos como platos.

Trago saliva con fuerza. Si he malinterpretado su mirada, esto podría ser un mal movimiento.

—Es mi padre —digo al fin.

Lynn me mira con el ceño fruncido, sus fosas nasales se dilatan mientras inspira hondo.

—No entiendo por qué la hija de Brady Montgomery querría salir en busca de los centinelas. Debes de tenerle mucho cariño a Elisa.

Miro a Sam, que me sostiene la mirada. Giro la cabeza rápidamente, para que mi rostro no me delate.

—Los centinelas han desaparecido —interviene Aldrick. Es la primera vez que lo dice como si no terminara de creérselo—. Estamos buscando respuestas sobre una chica muerta.

Lynn se saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero y le da unos golpecitos para extraer un cigarro.

Le dedica una sonrisa a Aldrick mientras mueve el cigarro con la lengua, jugueteando con él como si fuera un *joystick*. Hay algo en esa sonrisa que me encoge el estómago, como si la convicción de Aldrick le resultara enternecedora o algo parecido.

—¿Qué querían de ella? —pregunta Sam en voz baja.

Lynn gira la cabeza hacia él.

—No se lo pregunté. No quería saberlo.

—Entonces, ¿por qué te pidió ayuda? —insiste.

—Porque yo antes trabajaba para Iván —responde, esbozando una sonrisa mordaz al ver la cara que pongo.

—¿Iván Illeria? Pero si está muerto. Lleva muerto cien años —dice Aldrick.

Lynn enciende el cigarro con una sola mano.

—Lo poco que sabéis sobre los centinelas es la prueba de que no deberíais meteros en nada relacionado con Elisa Littleton.

Sam se enfurece, pero yo le agarro del brazo. Se tranquiliza al sentir mi roce.

—Está bien. Pongamos que te creemos. ¿Cómo es posible que Iván Illeria siga vivo? —insisto.

—Me da igual que me creáis o no —replica Lynn, mirando al techo mientras expulsa una bocanada de humo con los labios fruncidos.

—Por favor.

Las palabras escapan de mis labios antes de que pueda sopesarlas. No obtendremos respuestas si Lynn decide negárnoslas. Tras ella, nos espera un callejón sin salida.

Lynn me sostiene la mirada, mientras me escruta. No sé qué es lo que percibe en mis ojos, pero su expresión se suaviza. Expulsa el humo con los dientes apretados y se pasa la lengua por el labio inferior.

—Si Iván enviaba a los suyos a por alguien, esa persona tenía los días contados. Su hija era una desposeedora. Era una alimaña, pero él la adoraba. No tanto porque fuera su hija, sino porque los desposeedores no abundan, como ya sabréis. Ella tenía... tatuada una frase en húngaro que decía: «Las sombras son un santuario. La luz es mi cuchillo». Desposeía a la gente sin medida. Daba igual a qué misión la enviara su padre... Ella la cumplía con creces. No sabemos con certeza por qué sigue vivo, pero corre el rumor de que le encargó a su hija que despojara de su inmortalidad a un perpetuo para dársela a él, en lugar de guardarla en el ateneo, que es donde se almacenan los poderes desposeídos.

Lynn me mira de reojo antes de añadir:

—Y luego se aseguró de que su hija y los demás de su especie eliminaran a todos los fobos que no quisieran utilizar sus poderes al servicio de los centinelas.

Me quedo inmóvil, creo que incluso se me ha parado el corazón. Esta es la reacción que Lynn estaba esperando. Lo noto en la manera que tiene de

expulsar el humo hacia el techo.

—Según él, eran demasiado peligrosos. En cuanto tenían un desliz..., Iván los encontraba.

Aprieto los dientes, noto cómo Sam me clava una mirada en la nuca. Lynn se desliza la lengua sobre los dientes.

—¿Sigues queriendo encontrarlos?

Iván eliminó a mi gente. Sacrificó a los de mi estirpe y los sometió. Pero sé cuál es mi respuesta. Sé en qué lado de la balanza quiero caer.

—Sí.

Porque esto ya no solo tiene que ver con Elisa.

Tiene que ver con mirar a los ojos al monstruo que acecha en mis pesadillas.

Quiero saber si han desaparecido.

Necesito confirmar que han desaparecido.

Lynn enarca las cejas y me mira con los ojos entornados. Después hace lo propio con Sapphira y Aldrick. Por último, mira a Sam como si estuviera sopesando algo.

—Elisa no me necesitaba. Quería saber dónde encontrar al cronista. No es alguien con demasiada vida social, por motivos obvios. Tenemos una historia en común y es posible que yo sepa dónde encontrarlo.

Dice lo de «es posible» con un retintín que suena a instinto de protección.

—¿Nos llevarás hasta él? —pregunto, tratando de contener el entusiasmo que me embarga ante la posibilidad de que el cronista exista de verdad.

Lynn niega con la cabeza, pensativa.

—Es muy reservado. Tendríais que hablar con él en un lugar que considerase seguro.

Hace una pausa para reflexionar.

—El festival de la reina de los venenos —dice al fin—. ¿Lo conocéis?

—¿El que se celebra la semana que viene? —pregunta Aldrick.

Lynn asiente.

—Id allí. Entretanto, hablaré con el cronista. Si consigo que hable con vosotros, ese será el lugar elegido. Os garantizo que solo un lugar así ofrece

el anonimato necesario como para conseguir que salga de su guarida, aunque solo sea un rato. Lo conozco. Lo suyo no es agorafobia, es lo siguiente. Os buscaré allí y os conduciré hasta él, pero os lo advierto: lo más probable es que solo os conceda unos minutos.

Vuelvo a mirar a Sam. Tiene la cabeza gacha, pero alza la mirada cuando percibe mi movimiento. Se encoge de hombros, como queriendo decir: «Menos da una piedra».

Asiento y vuelvo a mirar a Lynn.

—Así lo haremos.

Ella asiente y saca otro cigarro del paquete.

—Y, ahora, largaos de mi casa de una vez.

Aldrick les sostiene la puerta a Sapphira y a Sam, después sale él también. Se da la vuelta para mirarme, pero yo le hago señas para pedirle que me conceda un momento. Me doy la vuelta hacia Lynn.

—¿Por qué has decidido ayudarme? —pregunto.

Lynn expulsa el humo por la nariz y se relame.

—A Brady Montgomery lo desposeyeron porque se negó a utilizar sus poderes conmigo.

Me quedo inmóvil un instante mientras asimilo sus palabras.

—¿Mi padre?

Lynn asiente, mirando al suelo mientras sacude la ceniza. Cuando vuelve a levantar la cabeza, tiene los ojos cubiertos de lágrimas.

—Me recuerdas a él —añade, encogiéndose de hombros.



VEINTICINCO

—No. Si me vienes con esas, yo hago esto —dice Abigail, poniéndome una zancadilla para tirarme al suelo.

Sam me dijo que descansara hoy, pero no le he hecho caso. Tengo costras por todo el cuerpo y los brazos cubiertos de moratones. Abigail se me echa encima y me inmoviliza con una llave, extendiendo las piernas para que no pueda zafarme. Sin embargo, por mucho que duelan las llaves de Abigail, peor sería quedarme sentada comiéndome la cabeza.

Impulso las caderas con todas mis fuerzas y giro las piernas para aferrarme a su cintura con los pies, después la volteo y aprovecho el impulso para encaramarme a ella.

—Bien hecho —me felicita Sam desde el rincón de la esterilla en el que está sentado, debajo de los sacos de boxeo.

Tiene su libreta al lado, con un boli asomando entre las páginas. También tiene un corte en la ceja, un ojo morado e incontables arañazos y moratones en los pómulos, pero por lo demás está bien. Roy arroja su cuchillo hacia un tablón de contrachapado que se encuentra al otro lado del gimnasio. Cada diez segundos, resuena un golpe seco en la estancia.

Cierro los ojos y la magia se escabulle con suavidad mientras aflojo sus riendas y dejo que se adentre en Abigail. Ella se queda quieta al sentir su presencia.

—Jamás me acostumbraré a esta sensación.

—Lo tengo controlado —le aseguro, y es cierto. Después del apagón con Lynn, he seguido haciendo pruebas con mi magia.

—Bien. Porque no pienso dejarte marchar tan fácilmente —dice con una sonrisita.

Abigail gira el cuerpo y me sujeta con una guardia cerrada: me tiene agarrada por detrás, con los pies entrelazados sobre mi cintura.

Dejo que la magia se filtre, vadee, busque.

Entre aquellas cosas que resultan demasiado personales y dolorosas como para utilizarlas en un entrenamiento —un portazo y una cama vacía—, encuentro algo que puede ser útil.

—Osti, Ves. ¿Cómo piensas salir de este embrollo? —dice Aldrick desde el otro extremo de la jaula.

Abro los ojos y lo veo: se está comiendo un perrito caliente mientras observa cómo intento respirar a duras penas, como si fuera lo más gracioso del mundo. Sam se acerca a él y le pega un capón.

—¿Qué pasa? —pregunta Aldrick, ofendido—. Vesper dijo que necesita ayuda para concentrarse a pesar de las distracciones. Eso es lo que estoy haciendo.

Sapphira trabaja mucho últimamente, así que Aldrick cada vez pasa más tiempo aquí.

—Tal que... así... —alcanzo a decir.

Entonces tiro del vínculo que me conecta con Abigail, y ella chilla y me suelta. Me giro a tiempo de ver cómo se quita una serpiente del brazo y la arroja sobre la lona.

—¡¿Serpientes?! —grita, con cara de sentirse traicionada, mientras se encarama a la jaula y se sienta en la plataforma superior.

—No es venenosa —dice Wex, que aparece al lado de Aldrick.

Él también tiene un perrito caliente. ¿Qué pasa, que han ido a por papeo para ver cómo Abigail me pegaba una tunda?

—Hay un refrán que dice: serpiente negra y amarilla solo hace cosquillas. —Wex señala hacia los anillos de la serpiente, mientras el animal se enrosca.

—Yo creía que decía: serpiente negra y amarilla, tu peor pesadilla —replica Sam.

Wex se mete el trozo de perrito que le queda en la boca.

—Mierda, quizá tengas razón...

—¡Llévósla de una vez! —grita Abigail desde lo alto de la jaula.

Esta es la parte que he estado practicando. Cierro los ojos, extendiendo las manos y pienso: «Solo es miedo».

Cuando abro los ojos, la serpiente se desintegra.

—¿Necesitas ayuda para bajar? —le pregunta Wex a Abigail, pero ella le hace una peineta.

—Bien hecho, Vesper —dice Roy mientras lanza el cuchillo una vez más. *Tonc.*

—No, no ha estado bien —replica Duncan, saliendo de su despacho.

Todos se dan la vuelta hacia él.

—Has sido demasiado blanda con ella —dice Duncan—. No le haces ningún favor haciéndole creer que es mejor de lo que en realidad es.

—Tampoco te pases, Duncan —protesta Wex, pero Duncan le acalla con una mirada.

—Está en baja forma. Tiene los miembros flácidos y le falta rematar.

—Señor, acaba de hacer aparecer una serpiente de la nada. Eso no lo hace cualquiera... —protesta Abigail.

—Fuiste tú la que le permitió alcanzar ese miedo, Abigail. En la jaula, los oponentes no se lo pondrán tan fácil.

Esta ya es la gota que colma el vaso. Duncan me está tocando las narices con su actitud. Vale que me deje alojarme aquí. Vale que me deje entrenar aquí. Pero no sé qué le he hecho para que esté tan cabreado, y ya estoy harta.

—Entonces, hazme una demostración —digo.

El sudor me corre por la frente. Llevo puesto mi sujetador deportivo, unos *leggings* negros y unas vendas de color rosa chillón que me regaló Abigail cuando superé la segunda ronda del torneo. Seguro que le parezco ridícula. Una animadora traumatizada y sin hogar.

Duncan se queda mirándome y yo extendiendo los brazos.

—Venga, enséñame. Haz algo aparte de criticarme.

Sam nos mira a Duncan y a mí.

—Vesper... —dice con tiento.

—No —replico, jadeando. Señalo a Duncan—. Adelante.

Duncan achica los ojos. Por un momento, creo que va a echarme a patadas.

Pero, en vez de eso, se quita la camiseta. Se pone unos guantes y se aferra las correas con los dientes.

Tiene unos bíceps tan grandes como mi cabeza. ¿Cuántas veces puedo pensar que la voy a palmar hasta que un día acierte?

Duncan abre la puerta de la jaula y entra, haciéndole señas a Abigail para que se vaya.

—Pelea, pelea, pelea —canturrea Wex en broma.

Roy deja de lanzar el cuchillo y se acerca a mirar.

Duncan me observa. Asiente ligeramente con la cabeza para ver si estoy preparada y empezamos.

Duncan se abalanza sobre mí, yo esquivo su ataque.

Se apoya sobre los dedos de los pies.

—No puedes pasarte la vida huyendo, Vesper —dice.

Le lanzo una patada voladora, apuntando al estómago, pero él me aparta como si fuera una mosca y choco de espaldas contra la verja de la jaula.

—Duncan —dice Sam, con un tono de advertencia.

Pero Duncan ataca de nuevo y le esquivo por los pelos. Esta vez, estoy preparada. Giro el cuerpo para golpearle con el reverso del guante en la parte trasera de la cabeza.

Y, de repente, estoy otra vez tirada en el suelo.

No sé cómo ha ocurrido. ¿Me habré desmayado?

Tengo a Duncan encima. Ni siquiera se ha despeinado.

—Y ahora es cuando te mato, si me da por ahí. Estabas tan entretenida jactándote que no me viste venir.

—No pienso morirme —le espeto.

Entonces, su fachada de autocontrol se resquebraja, aunque solo por un segundo.

—¿Estás jugando con cosas que escapan a la comprensión humana y crees que vas a irte de rositas? Vas a conseguir que te maten. Vas a conseguir que maten a otras personas por tenértelo tan creído.

Se acabó. Ahora sí que me ha cabreado de verdad.

Alargo un brazo y me aferro a su pecho. No me adentro demasiado, no hasta los rincones más oscuros de su ser. Ni siquiera indago en sus pesadillas. Me introduzco bajo su piel, donde encuentro las cosas que le producen escalofríos. Esas cosas que obligan a la gente a apartar la mirada o a cambiar de canal. Los demás contienen el aliento; noto cómo se quedan inmóviles a mi alrededor.

Duncan se balancea hacia delante y yo me impulso hacia arriba, con los brazos estirados.

En la jaula, junto a la puerta, aparece un maniquí.

Parece... salido de un centro comercial. Está desnudo: tiene los brazos inclinados hacia los lados y la cabeza apuntando al frente. Tiene una pierna extendida, la otra replegada, como si estuviera ensayando una pose para exhibir un vestido carísimo. Duncan se gira lentamente, contemplándolo con un gesto de horror absoluto.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué narices es eso? —pregunta Wex.

Roy hace girar el cuchillo que tiene en la mano, observando al maniquí con recelo. ¿Y Sam? Sam se tapa la cara.

—Oh, no.

—¿Maniquís? ¿Te dan miedo los maniquís? —pregunto, soltando una risita.

Me quedo mirando el muñeco. Todos lo miramos, sin saber muy bien qué hacer. ¿Deberíamos tirarlo al contenedor? Por mi parte, creo que sería muy gracioso ponerle unos guantes y dejarlo aquí como recuerdo.

Y entonces...

ENTONCES, SE MUEVE.

Gira la cabeza de golpe, como si hubiera oído mi plan de disfrazarlo.

—¡La hostia! —exclama Aldrick, sobresaltado.

Duncan pega un grito —muy parecido al de esa escena en la primera peli de *El señor de los anillos*, cuando están torturando a Gollum—, mientras retrocede hasta toparse con el enrejado metálico.

El maniquí da un paso y comienza a avanzar hacia nosotros, dando tumbos. Parece como si estuviera ejecutando el baile del robot, moviendo la cabeza de un lado a otro con cada movimiento.

—¡Mátalo! —grita Duncan.

—¡No está vivo! ¿Cómo puedes matarlo si no está vivo? —replica Wex.

Abigail se levanta, boquiabierta, mientras Sam se impulsa para ponerse en pie. ¿Y Roy? Roy se queda quieto como un pasmarote, con los ojos como platos, mientras juguetea con su cuchillo.

Sam abre de golpe la puerta de la jaula y se lanza sobre el maniquí, derribándolo. Aldrick le sigue, y las extremidades del muñeco se desencajan y empiezan a aletear como locas sobre la lona. Wex le arrea un puntapié a una pierna que está a punto de tocarle. Sale disparada hacia Duncan, que le asesta un patadón tan fuerte que la abolla.

Sam agarra un brazo por la articulación del hombro y lo utiliza para golpear el torso.

Abigail se ríe mientras se desenrolla las vendas, encaramada a la verja.

Duncan se pone a patearle el torso, movido por un ataque de pánico hilarante, como si pretendiera desintegrarlo a puntapiés.

Sam se queda quieto, contemplando los frenéticos movimientos de Duncan.

Y entonces se echa a reír.

Empieza siendo una risita sofocada, pero después se le extiende por todo el cuerpo. Wex también se queda quieto, contemplando el torso abollado del maniquí. Empieza a descojonarse. A Abigail también se le contagian las carcajadas.

—¿Os parece gracioso? —inquire Duncan, jadeando—. ¿Mi terror os parece divertido?

Sam se troncha de risa. Roy extrae el cuchillo de la cabeza del maniquí y atisbo una sonrisita en sus labios. Yo me quedo apoyada en la verja, sin atreverme a moverme. Me siento mal. Puede que a nosotros nos resulte divertido, pero, al ver la capa de sudor que cubre la frente de Duncan, comprendo que esto ha supuesto un calvario para él. No puedo reírme.

No debería reírme.

Demasiado tarde. Se me escapa una carcajada, pero intento hacerla pasar por un ataque de tos.

—Explícate —dice Sam, señalando hacia el maniquí.

Duncan se desliza una mano por el rostro.

—Ni lo sueñes.

—Venga, Duncan. ¿No quieres hablar de tu miedo a los estándares de belleza imposibles que nos imponen a las mujeres? —dice Abigail, ondeando la pierna que lleva en la mano.

Wex se troncha de risa. El brazo que está tirado en el suelo se mueve y Duncan pega un respingo.

—Era pequeño, ¿vale? Me perdí en una tienda, el encargado apagó las luces y me quedé casi una hora encerrado con esas... cosas —dice con aversión—. He tenido pesadillas con ellos desde entonces.

—¡Pero si estuviste en la guerra, tío! En la guerra de verdad —dice Sam, deslizándose una mano por el pelo.

Después me mira, con la misma sonrisa de incredulidad que me lanzó la noche que nos conocimos en la cafetería. Me aferro con más fuerza al enrejado que tengo detrás. Aprieto los dientes y me quedo mirando al suelo.

—¡Así os haréis una idea de la clase de maniquís que había en esa tienda! —protesta Duncan—. Líbrate de él —me ordena.

Cierro los ojos y giro la muñeca; entonces, el maniquí desaparece. Ha funcionado. He invocado un miedo y luego lo he vuelto a guardar, ¡dos veces!, y no ha muerto nadie.

Giro la cabeza y sonrío, pero Sam está de vuelta en su taquilla, de espaldas a mí.

Wex le dice algo a Duncan, que le hace una llave y lo derriba.

Me excuso alegando cansancio y subo por las escaleras, mientras escucho las descacharrantes bromas de Wex, las amenazas de Duncan con hacerle picadillo y el reconfortante *tonc* del cuchillo que Roy ha vuelto a lanzar.



VEINTISÉIS

Estoy en la cama.

En mi cama.

¿Qué?

Me incorporo.

Es mi cama. Esta es la colcha de rayas que me compró mi madre cuando cumplí quince años. Veo el escritorio junto a la puerta. La mancha de lejía al lado del tocador, donde se me derramó quitaesmaltes sobre la moqueta.

Mi casa.

Estoy en casa.

Me giro y bajo los pies al suelo. Cuando lo rozo con las plantas de los pies, la habitación entera queda envuelta en llamas.

Oigo gritos, pero no sé de dónde proceden. Puede que sean míos.

Salgo del cuarto. Echo a correr entre las llamas, pero no me quemó.

Oigo gritar a Carmen. Veo a mi madre corriendo por el pasillo, llamándome.

«Estoy aquí», chillo.

Pero ella no me oye.

No me ve.

Y yo no quiero que me vea. Esto es culpa mía. No puedo decirle que es culpa mía.

Entonces, me atravieso la lengua de un mordisco y empieza a correrme sangre por la barbilla.

Mi madre está llorando por mí.

«Vesper. Vesper, responde. Dime algo».

Las llamas aumentan de tamaño. En ese momento, alguien sube por las escaleras.

Apenas es una silueta, pero sé quién es, del modo en que se reconocen las cosas en los sueños. El miedo se arremolina en mi interior. Es Iván.

Abre la mano, revelando una flor de acónito.

La sopla y empiezan a caer cientos de flores moradas del techo. Me ahogan. Tengo la boca llena de sangre y pétalos.

Me caigo de bruces, cubierta de pétalos. Me envuelven las llamas.

Los gritos se desvanecen.

Me despierto en la habitación del gimnasio, empapada de sudor.

Hoy es el tercer combate. No voy a ser capaz de dormirme otra vez.

Voy al piso de abajo. Tengo ganas de golpear el saco, pero prefiero ahorrar fuerzas para esta noche.

Así que me siento junto a los sacos, debajo de la claraboya que deja pasar la luz de la luna. Cuando dejo de moverme, la certeza de mi mayor miedo se extiende como la niebla sobre la bahía.

Cuanto más nos acercamos a la respuesta sobre lo que le ocurrió a Elisa, más nos aproximamos a los centinelas.

Oigo pisadas cerca.

Me sobresalto al ver a Duncan.

—¿Puedo? —pregunta.

Señalo hacia la porción libre de esterilla que tengo al lado y él se sienta.

Silencio.

No sé qué decir. «Siento haber extraído un maniquí de tu inconsciente, sobre todo porque resultó que estaba vivo. Y siento que los demás te oyeran chillar con esa voz de pito».

No. Creo que mejor me quedaré calladita.

—La noche que llegaste aquí, me puse muy contento —dice. Yo permanezco inmóvil.

—¿Por? —pregunto con voz ronca, todavía adormilada.

—Porque vi cómo te miraba Sam. Y por un momento pensé...

Deja la frase a medias. Me gustaría pedirle que continúe, pero me muerdo el carrillo. Saberlo no servirá de nada. Solo para hacerme daño.

—¿Sabes? La verdad es que ya casi nunca pienso en esa noche que pasé en aquella tienda —dice, apoyando las manos sobre las rodillas—. Fue una sorpresa ver esa cosa.

—Lo siento, Duncan —digo, sin contenerme, porque decírselo me hace sentir bien.

Me he sentido cada vez más culpable desde que me fui al piso de arriba. Extraje de su interior algo que no era asunto mío. Y solo porque estaba cabreada.

—Fue una estupidez —dice Duncan, negando con la cabeza—. Pero te perdono.

Lo miro y me sorprende lo fácil que le resulta pronunciar esas palabras.

Duncan se queda callado unos segundos.

—Hace tiempo conocí a alguien como tú. Una amiga del ejército. Nunca se lo contó a nadie, salvo a mí. Murió a las afueras de Mosul hace quince años.

Me siento como si estuviera hambrienta. Ávida. Atiborrada de preguntas. ¿Duncan conoció a otra fobos?

Yo tenía a mi padre, pero era diferente. A él lo desposeyeron. Nunca he conocido a un fobos que conservara sus poderes.

—¿Cómo...? ¿Quién era? ¿Cómo era?

—Era una de las mejores personas que he conocido en mi vida —responde Duncan con total franqueza—. Tenía un enfoque interesante sobre el miedo. Lo utilizaba en combate. Creía que el miedo puede llegar a ser algo hermoso, el reflejo de tu amor más profundo. Piensa en... —Le cuesta decirlo en voz alta— los maniquís. ¿Sabes por qué me asustaban tanto de pequeño?

Niego con la cabeza.

—Porque estaba solo. Corrí de un lado a otro, sin oír nada más que el chirrido de mis zapatillas sobre el suelo pulido. En aquella época no teníamos un duro. Yo soñaba con algunas de las cosas que veía en los escaparates. Anhelaba formar parte de esa élite que podía permitirse comprarlas. Pero esa noche, rodeado de productos bonitos valorados en

miles de dólares, me sentí muy solo. Rodeado por esas cosas que parecían personas, pero que no lo eran. Y en ese momento comprendí, a mis siete años, lo mucho que quería a mi familia y lo poco que importaban las cosas materiales en comparación. Lo mucho que deseaba oír la voz de mi hermana o ver cómo mis hermanos se colaban en mi cuarto para robarme los G. I. Joes cuando creían que estaba durmiendo.

Sus palabras me resultan ajenas, como un bálsamo que me cubre la piel, pero sin llegar a absorberlo. Una idea bonita, pero que no coincide con la realidad que yo conozco. Siempre me he considerado una especie de broma macabra —como una versión retorcida del mito de Dorian Gray—, así que me cuesta creer que mis poderes puedan añadir algo positivo a la vida de alguien, en lugar de mostrarle sus abismos más profundos.

—Pero no he venido aquí a pedirte una disculpa, sino a ofrecerte una.

Me doy la vuelta, sorprendida. ¿Qué?

—He sido un borde contigo desde que decidiste participar en el torneo en nombre de Sam. Y hasta hoy no me había parado a pensar por qué. Hasta que vi ese maniquí y me acordé de aquella noche en la tienda.

Duncan se queda contemplando la luz de la luna.

—No veo a mi familia a menudo. Mis dos hermanos murieron en el extranjero. Mi hermana y mis padres sobrellevaron su dolor de formas diferentes. Nos distanciamos. Pero esta gente: Sam, Wex, Roy, Abigail... Ellos son mi familia. Y haría cualquier cosa con tal de protegerlos.

—Lo sé.

Es cierto. No me cabe ninguna duda.

—Y, si creyera que traer de vuelta a Elisa es una buena idea, Vesper, yo mismo me habría apuntado para luchar por Sam. Habría arriesgado mi vida por él. La habría dado por él.

Me quedo quieta. No quiero oír lo que va a decir. Aunque, al mismo tiempo, sí quiero.

—¿Por qué crees que no es una buena idea? —pregunto con un hilo de voz.

—No me malinterpretes. Elisa era una bellísima persona. Generosa, compasiva y quería a Sam con locura. Por eso creo que ella no querría regresar.

Me quedo mirando a Duncan, tratando de asimilar sus palabras.

—¿Cómo dices? —Quiero asegurarme de haberlo entendido bien.

Duncan señala hacia el poema que está escrito en la pared.

—«Invictus». Era el poema favorito de Elisa. Y, de hecho, también uno de los míos. Fue ella quien lo pintó en la pared. Sin pedir permiso, debo añadir. —Percibo un deje risueño en su voz, pese al tono de reproche.

Deslizo la mirada sobre los versos, aunque los he leído tantas veces que los tengo grabados a fuego en mi mente.

—«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma». ¿No significa eso que deberíamos revertir las cosas?

—No dice que seamos los amos del tiempo. Ni de la muerte. Cualquiera que se crea eso se llevará un buen chasco. No. Ahí no dice que seamos los amos de nada, salvo de nosotros mismos. Puede que suene un poco... arrogante. Pero en el fondo es muy humilde. No puedes controlar nada, salvo a ti mismo.

—Entonces, ¿crees que hay un plan? —pregunto, mientras contemplo los versos pintados en la pared. Elisa tenía una letra preciosa. Incluso sobre una pared de ladrillo.

Duncan asiente, señalando hacia el tatuaje que lleva en el antebrazo. Es un crucifijo rodeado de flores.

—Elisa también lo creía —responde, mirándome—. Creía en el destino. En Dios, o como quieras llamarlo: aquello que es más grande que nosotros. Elisa y yo nos quedábamos despiertos hasta las mil hablando del tema, en ese sofá de allí. —Señala hacia un sofá raído que se encuentra al otro lado del gimnasio—. Ella creía que todo tiene un motivo.

»Sé lo que se siente al estar en una sala de espera y sentirse impotente. Cuando mi esposa murió... —añade, mientras me quedo completamente inmóvil a su lado—. Recuerdo el pánico que sentí en esa sala de espera, consciente de que no podía hacer nada para cambiar las cosas. Sé lo que es plantarse delante de un ataúd y sentir una rabia inconmensurable que no puedes canalizar de ningún modo. No tienes dónde ponerla para dejar de sentirla. Lo único que podía hacer era sobrellevarla, y ya solo pensarlo resultaba abrumador. Pero es lo único que podemos hacer. Sobrellevarlo.

—Si querías animarme, lo estás consiguiendo, Duncan —susurro con ironía, girando al fin la cabeza para mirarlo.

Duncan sonríe, la luz de la luna se refleja en sus ojos oscuros.

—No nos corresponde hacer las cosas que ofrece ese torneo, Vesper. No nos corresponde revertir la realidad. Y ese tal Ananias tiene intenciones oscuras que van más allá de un simple negocio lucrativo. Quiere que la gente crea que los anómalos pueden ser los amos del mundo..., pero no lo somos. Somos los amos de nuestro propio destino, pero nada más.

Cierro los ojos y me acuerdo de las velas de vainilla que mi madre encendía antes de las lecciones sobre la Biblia. Me imagino a Carmen probándose mis vestidos y a Iris tomando prestados mis libros.

Coincido con lo que ha dicho Duncan, pero esa convicción no deja poso en mi corazón. Estoy empezando a ser capaz de controlar mi poder y todavía me siento capaz de hacer cualquier cosa con tal de recuperar mi vida anterior. Ese deseo me ha calado muy hondo.

—Sin embargo, dejar pasar una oportunidad así... Es más fácil decirlo que hacerlo.

Duncan asiente.

—Lo sé. Pero aceptar las cosas también es una demostración de poder. Lo que pasa es que no resulta tan tentador como tener el control.

Pienso en ello, pero no termina de convencerme. Parece la excusa que te repites cuando te sientes impotente. Resulta bonito pensar que así eres más fuerte, pero...

Duncan carraspea.

—En fin. Solo quería decirte que me alegro de tenerte aquí, Vesper. Y cada vez tengo más claro que te preocupas por Sam.

Esto último lo dice con tiento. Lo miro de reajo. Duncan trata de cruzar una mirada conmigo y entonces entiendo lo que está insinuando.

Él también se ha dado cuenta.

Me pongo colorada.

¿Los demás también pensarán lo mismo?

—Espero que te vaya bien esta noche. Rezaré por ti —dice, poniéndose en pie.

—Gracias —respondo con un hilo de voz, mientras se aleja—. ¿Duncan?
—añado, y él se da la vuelta—. ¿Crees que hay errores en el plan?

Duncan ladea la cabeza, sin comprender, y yo me aclaro la garganta.

—¿Crees que Dios comete errores? —Me tiembla la voz mientras formulo en voz alta la pregunta que lleva rondándome desde que sentí por primera vez ese hormigueo en las manos.

Duncan hace una pausa, esperando a que lo mire a los ojos para responder.

—No, Vesper. No lo creo.

Duncan se va y yo me quedo mirando al suelo.

La luna ilumina la esterilla, todavía se ven algunas manchas de sangre.

La diferencia es que ahora sé cuáles son mías.



VEINTISIETE

Desde el momento en que ponemos un pie fuera del coche, presiento que esta noche no va a salir como yo esperaba.

Sam llama por teléfono, le dan la dirección y finalmente dejamos el coche en un aparcamiento para asistir al tercer combate. Aldrick y Mavis ya están allí, sentados al lado de una barandilla junto a una dársena. Sam y yo nos acercamos a ellos.

Parece que nadie ha querido perderselo. Al fondo está Carl, junto a Briony. Mavis está sentada al lado de Aldrick. Yo ocupé el puesto de la polvera cuando superé su marca en el astillero. Ya solo quedamos cuatro, que se quedarán en dos al terminar la velada.

—Los comunes esperan allí —dice Mavis, señalando hacia una tienda térmica que ha sido instalada en la zona de carga. No es tanto una sugerencia, por si tiene frío, como una forma educada de decirle a Sam que se largue.

—Por mí que se quede —dice Aldrick, y Mavis se encoge de hombros.

—Esto me da mala espina —digo, erigiéndome como la santa patrona de las obviedades.

No había querido pensar en quién podría ser mi contrincante esta noche, pero, ahora, al tenerlos delante, resulta imposible eludir la cuestión. Tendré que enfrentarme a Aldrick, a Mavis o a Carl. En cualquier caso, lo tengo crudo.

Alguien da una palmada por detrás de nosotros y dice:

—En marcha, mis pequeños monstruitos de feria. —Es Tessa—. Es hora de amasar dinero y repartir traumas.

Y así es como termino en este barco. Todos subimos a bordo. Tiene una parte techada, como en los ferris. En el lateral se puede leer un nombre: «Victoria Marie».

Me apoyo en la barandilla, el viento me azota las mejillas mientras partimos a toda velocidad hacia Dios sabe dónde.

Sam aparece a mi lado, con dos tazas humeantes de café en las manos.

—Toma —dice, entregándome una.

Pruebo un sorbo y pongo una mueca.

—Lo sé. No sabría decir si es café o el producto que utilizan para limpiar la maquinaria —dice Sam.

Me da igual. Me obligo a tragarlo. Al menos está caliente.

Nos quedamos en silencio. Sam podría estar con los inversores de Ananias en la plataforma superior, degustando entremeses y champán. Pero me alegro de que esté a mi lado, en esta gélida cubierta.

—Escucha, Vesper —dice Sam.

Mi corazón se alborota, no sé si quiero escuchar lo que tenga que decir.

Y entonces diviso una silueta oscura. Ya sé adónde nos dirigimos.

—Santo cielo —susurro.

Alcatraz.

Nos dirigimos a Alcatraz.

Nos separan en cuanto atracamos en la isla.

—Los comunes deben dirigirse a la plataforma de observación —dice Tessa, sin apartar la mirada del móvil, mientras le hace señas a Sam para que se marche.

—Puedes hacerlo —dice, cogiéndome de la mano.

Asiento con la cabeza. No me queda otra.

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo y después traicionarlo para anular mis poderes. Estoy empezando a creerlo de verdad. Lo difícil no es hacerlo. Es la perspectiva de traicionar a alguien que me importa.

Sam se dirige hacia la izquierda junto con los demás mecenas, mientras Tessa conduce al resto de gladiadores por una pasarela.

Las nubes adoptan un tono casi morado en el cielo. El edificio central de la prisión se yergue ante nosotros. Nos hablaron de este lugar en el colegio, cuando tuvimos que hacer un trabajo sobre edificios históricos. Siempre he querido visitarlo.

Pero no de este modo.

No quiero ni saber cómo ha conseguido Ananias permiso para hacer esto. Si me quedaba alguna duda acerca de que tiene a las autoridades en el bolsillo..., ya se ha disipado.

—No pretendo ser redundante, pero quiero dejar claro que a mí esto también me da mala espina —dice Aldrick mientras nos dirigimos hacia el edificio.

Yo me pongo a mirar a Mavis, que observa el alambre de espino y las torres de vigilancia abandonadas con lo más parecido a un gesto de miedo que he visto en su rostro.

Tessa nos conduce hasta el bloque de celdas A, que resulta tan siniestro como me imaginaba. El ambiente es frío y húmedo, y parece como si la brisa soplara y se estancara al mismo tiempo. No me preguntes por qué.

No somos amigos, eso está claro. Pero hay algo primigenio en este lugar tan oscuro; como si fuera una criatura viviente que respira y a la que no le gusta que la miren. Nos apiñamos unos con otros, espalda con espalda.

Nos detenemos al ver la jaula.

La han instalado en mitad del bloque de celdas inferior.

Cuando nos acercamos, se oyen ruidos procedentes de los niveles superiores.

—Los inversores están ahí arriba. ¿Cómo diablos ha podido montar esto Ananias? —pregunta Aldrick.

Miro hacia arriba: hay mucha más gente que en el astillero. Debe de haber corrido la voz sobre la iniciativa de Ananias. Trato de localizar a Sam entre la multitud, pero no lo veo. Sé que Sapphira tiene que estar ahí, en alguna parte, pero tampoco la localizo.

—A ver, chicos. En las celdas hay botellas de agua y cosas para picar. Podéis acomodaros allí hasta que os llamemos —dice Tessa, desde arriba.

—¿Pretendes que nos metamos en las celdas? —replica Mavis.

Tessa levanta la mirada de su móvil, con cara de fastidio.

—Tranquis. No vamos a encerraros. Lo que ocurre es que aquí no sobra el espacio. La distribución es lo peor.

—Es que estamos en una prisión —replica Aldrick, pero Tessa vuelve a centrarse en su móvil.

Mavis, Aldrick y yo ocupamos una celda. Carl y Briony se quedan la de al lado. Mavis salta sobre la litera de arriba y Aldrick se sienta en la de abajo. Pero yo no puedo parar quieta. La pintura está descascarillada y el metal oxidado. Las paredes parecen impregnadas de desesperación. Como si fuera algo palpable. Me apoyo en los barrotes y contemplo desde el ventanuco la niebla que se despliega sobre la bahía.

—Nunca pensé que rezaría para enfrentarme a Carl —dice Aldrick al rato.

—No te me pongas blandito, Aldrick —dice Mavis. Apoya los pies en la pared y se tumba de tal modo que su melena queda colgando por el borde de la litera.

—No es eso. Lo que pasa es que, si te mato, los gatitos del acantilado se quedarán sin alimento.

Mavis se incorpora y se asoma desde lo alto.

—¿Quién te lo ha contado?

—Podrías dejarlos entrar. Joey y Lucy se pondrían tan contentos —responde Aldrick.

Mavis resopla y se da la vuelta, se vuelve a tumbar y cruza los tobillos sobre la pared.

—Es un gesto muy bonito por tu parte, Mavis —digo, consciente de que seguramente mi comentario solo servirá para que me odie aún más.

Mavis me mira desde la litera, boca abajo, con los ojos entornados. En el fondo, ya no me sorprende. Vi la cara que puso después de luchar con aquel desollador. Cuando le hirió, se fracturó algo dentro de ella. Mavis gira la cabeza y se pone a mirar al techo otra vez.

Está todo demasiado tranquilo. El murmullo de las conversaciones de los inversores me está poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Tú por qué luchas, Aldrick? —le pregunto.

Si nos emparejan, tal vez no me convenga conocer la respuesta a esa pregunta. Pero, ahora mismo, necesito romper el silencio como sea.

—¿Qué te hace pensar que este es un buen momento para intimar entre nosotros? —replica Mavis, incorporándose.

—Si me toca enfrentarme a Aldrick, no saldré de esa jaula por mi propio pie. A lo mejor me apetece conocer el motivo por el que voy a recibir esa tunda —razono.

Mavis sonrío.

—Me parece justo. Responde a la chica, Aldrick. Yo también siento curiosidad.

Aldrick me mira e inspira hondo.

—Si gano, quiero revertir algo que hice cuando tenía catorce años.

—Especifica —ordena Mavis.

Aldrick golpea el colchón desde abajo y Mavis pega un bote, a punto de caerse de la cama.

—A eso iba —dice Aldrick.

Entonces, vuelve a mirarme, poniendo los ojos en blanco.

—Mi familia mantiene una larga enemistad con una familia de miasmas que viven al otro lado de la ciudad, allá en Samoa. Siempre ha sido una cuestión candente: de pequeño, sabía que no debíamos hablar con ellos. Así que, cuando cumplí los catorce y mis habilidades como pétreo se manifestaron por primera vez, me creía un tipo duro de verdad. Había un miasma que tendría unos diecisiete años por aquel entonces. Estaba hablando mal de mi familia a la puerta de un restaurante y... —Aldrick se interrumpe, moviendo la mandíbula de un lado a otro—. Le hice daño. Mucho. Desde entonces, me convertí en un héroe para la mitad de mi familia, aunque era consciente de que lo que había hecho estaba mal. Lo sabía incluso mientras lo estaba haciendo.

Se queda callado y yo me preparo para que Mavis suelte algún comentario sarcástico, pero incluso ella guarda silencio.

—Vamos, Mavis. Te toca —dice Aldrick al fin.

Mavis se tumba boca abajo y se apoya sobre los codos.

—Yo estaba tocando el órgano en la iglesia cuando mis poderes se manifestaron por primera vez. Mil habitantes de un pequeño pueblo sureño

vieron cómo el órgano se desintegraba en mitad del himno «Cuán grande es él».

—Tampoco suena tan horrible —replica Aldrick.

—¿Tú crees? —inquire Mavis, con un tono mordaz—. ¿Qué te parece pasar de liderar el comité del baile de graduación a convertirte en una paria de la noche a la mañana? ¿Y que mis antiguos «amigos» empezaran a apodarme «la sacerdotisa» y a formar cruces con los dedos cuando pasaba a su lado? ¿Qué te parece perderlo todo?

—No me hagas caso. Claro que es horrible —se disculpa Aldrick. Mavis asiente.

—Lo fue. Aunque no todo el mundo se portó mal conmigo. Mucha gente de la parroquia comprendió que mi magia no cambiaba quién era en el fondo. Pero fue... un grupo reducido —añade. Nunca le había oído hablar tan bajito.

—Así que quieres impedir... —comienzo a decir.

Mavis me mira.

—Quiero impedir que todos esos capullos llegaran a nacer —exclama.

Mantiene una expresión amenazante unos segundos antes de soltar una carcajada.

—Ja, no puedo creer que te lo hayas tragado. No, no voy a matar a nadie. Quiero impedir que mis poderes se manifiesten en ese lugar por primera vez. Quiero mantener mi identidad en secreto.

—¿Y no quieres... dejar de ser una demo? —pregunto, atropellando un poco las palabras.

Mavis sonrío, con un destello en los ojos.

—Ni de coña. Y en el fondo me gusta el apodo de sacerdotisa. Lo que pasa es que... —Hace una pausa—. Quiero que mis padres puedan vivir en paz.

Nos quedamos en silencio. Unas carcajadas resuenan desde el piso superior.

—La sacerdotisa. Te pega —dice Aldrick al fin.

Mavis asiente, después me señala.

—Te toca.

Me agarro a los barrotes que tengo detrás.

—Voy a devolverle la vida a la novia de Sam —respondo, intentando que no me tiemble la voz.

—¿A la tía buena esa? ¿Y eso por qué? —replica Mavis.

—Sam y yo solo somos amigos. Yo me quedo con el dinero y él recupera a su chica.

Cometo el error de mirar a Aldrick mientras respondo.

—¿Solo amigos? —pregunta, con una ceja enarcada.

—Sí —respondo.

Aldrick se relame y sonrío.

—Si tú lo dices...

De pronto, se apagan las luces.

El chirrido de las puertas metálicas es el único ruido que se oye en el bloque de celdas. Yo pensaba que el tiempo que he pasado huyendo me habría vuelto más valiente, pero aquí, en esta celda diminuta, en mitad de la negrura, descubro que aún me queda mucho por aprender.

Y entonces veo algo.

Unos ojos rojos que refulgen, asomándose desde el otro extremo de la celda.

Estoy a punto de gritar cuando oigo que Mavis se ríe.

—¡Mavis! —exclamo, llevándome una mano al pecho.

—¿Qué? —pregunta, como si no hubiera hecho nada.

Un foco ilumina el centro de la jaula, donde aparece Ananias con las manos a la espalda y una sonrisa en el rostro. Me acerco a la puerta y me aferro a los barrotes.

—Alcatraz. Un lugar para los inadaptados. Un hogar para los desposeídos. Una jaula para los indignos.

Me aferro con más fuerza a los barrotes mientras escucho cómo se extiende su voz entre la oscuridad.

—Qué lugar tan apropiado para nuestra tercera velada, la prueba que determinará quiénes de vosotros llegaréis a la final. Porque ya no tenemos que vivir sometidos —prosigue, observando a los patrocinadores que se agolpan en la barandilla del segundo piso.

Ananias sonríe y da dos palmadas.

— Empezamos?

El público lo aclama y Tessa interviene para anunciar los nombres.

Aldrick contra Mavis.

Se me encoge el corazón, no solo por saber que tendr  que enfrentarme a Carl, sino por el espanto que me produce imaginar un combate entre ellos dos.

Mavis se pone en pie y le lanza una sonrisita a Aldrick.

— Vamos? —pregunta, señalando hacia la puerta de la celda.

Aldrick sale de la celda entre unos aplausos ensordecedores. Mavis se detiene y se da la vuelta hacia mí.

—Si me muele a palos, dile a Sapphira que los gatitos est n debajo del viejo puesto del socorrista —dice.

—Lo hará.

—Y si alguien toca el batido que guardo en la nevera, lo dejar  reducido a cenizas en cuanto vuelva.

Le dedico un saludo militar y ella me hace una peineta antes de salir de la celda.

Una parte de mí piensa que lo mejor sería no ver el combate, pero sí que los gritos del público solo conseguirán que me imagine lo peor.

Aldrick y Mavis toman posiciones en la jaula, uno frente al otro, mientras Tessa los presenta. El público aplaude cuando da la señal para que empiece el combate.

Los dos se dirigen hacia el centro. Mavis se quita los guantes con los dientes y los arroja a un lado. Aldrick extiende los brazos, convirtiéndolos en piedra.

Miro al piso superior, preguntándome si Sapphira también estar  viendo esto. En el fondo, espero que no.

Mavis se abalanza sobre Aldrick, pero él la aparta de un manotazo. En cuanto toca el suelo, Aldrick golpea la lona, provocando una onda expansiva que lanza a su adversaria contra el enrejado. Sus ojos despiden un fulgor rojizo mientras se levanta, haciendo crujir sus nudillos; después, se abalanza de nuevo sobre Aldrick.  l gira el cuerpo y su brazo recupera su aspecto normal antes de golpear a Mavis en la espalda.

No ha utilizado su apariencia pétrea. Ha evitado hacerle más daño de la cuenta, y ella pone los ojos como platos al percatarse de ello.

—Ni se te ocurra contenerte conmigo —le advierte.

Mavis roza el pecho de su adversario con los dedos y le desintegra la camiseta. Aldrick contempla su pecho desnudo, después vuelve a mirar a Mavis. El público aclama, mientras ella lanza un gruñido.

Aldrick vuelve a adoptar su apariencia pétrea y embiste contra su oponente. Le lanza un gancho de izquierda seguido de un derechazo, al tiempo que esquivo sus réplicas. Después le sujeta las manos de tal modo que ella no pueda rozarle con las yemas de sus dedos.

Mavis toma impulso y le arrea una patada en el estómago, que conserva su apariencia humana. Aldrick se encoge de dolor y ella logra zafarse, después se gira y la emprende otra vez a golpes con él, aunque Aldrick pega un salto y logra esquivar el roce de sus dedos en el último momento.

Mavis ataca de nuevo, pero él la sujeta por los antebrazos. Mavis acerca los dedos al cuello de su oponente.

Aldrick se resiste como puede. Se debilitará en cuanto pierda su forma pétrea, y Mavis lo sabe. Solo tiene que esperar a que ocurra.

Sus manos cada vez están más cerca, Aldrick empieza a temblar.

Me doy la vuelta para no ver lo que está a punto de pasar. Pero enseguida vuelvo a girarme.

Se oye un crujido cuando Aldrick abandona su apariencia pétrea. Mavis le rodea el torso con las piernas y trata de acercar los dedos un poco más, mientras su adversario sigue sujetándole los brazos.

Aldrick gruñe a causa del esfuerzo, está perdiendo terreno.

Por un momento pensé que Mavis tenía corazón, pero me equivocaba. Sabe que, si le roza el cuello, lo matará. Y aun así no se detiene.

Me aferro a los barrotes con todas mis fuerzas, presionando el rostro entre ellos sin dejar de mirar el combate.

Mavis se contiene cuando está a un par de centímetros de distancia.

Algo cambia en ella, mientras observa a su adversario. Los dos cruzan una mirada cómplice. Aldrick la empuja y ella no se resiste. No sé si los demás se habrán dado cuenta desde ahí arriba, pero percibo un gesto de incredulidad en los ojos de Aldrick cuando Mavis pierde el equilibrio y cae

al suelo, mientras que él adopta de nuevo su apariencia pétrea. Se cierne sobre ella, apretando su puño de granito. Mavis lo observa, jadeando.

Aldrick alza su puño rocoso, pero entonces se detiene.

Después baja el brazo y se queda mirando a Mavis.

—No —dice. Levanta la cabeza para mirar al público—. No. No pienso hacerlo.

Aldrick le tiende una mano a Mavis. Ella se pone el guante y deja que la ayude a levantarse.

—Mavis pasa de ronda —anuncia Aldrick, sosteniendo la estupefacta mirada de su adversaria.

Ella le sonríe y unos tibios aplausos resuenan desde el palco. Los dos se dan la vuelta hacia la entrada de la jaula.

Ananias se adelanta, emergiendo de entre las sombras del palco.

—Me temo que así no es como funciona esto —replica.

Los aplausos van cesando, dejando un eco melancólico que resuena entre las celdas.

—Si te niegas a terminar el combate, significa que has renunciado, de acuerdo con el contrato del libro de cuentas. —Su voz es fría, la compasión no tiene sitio en una buena pelea—. Y Mavis también, ya que frenó su ataque en el último momento, lo que la hace indigna de esta fase de la competición.

Mavis abre la boca para protestar, pero Aldrick le apoya una mano en el hombro.

Ella se traga lo que estuviera a punto de decir y los dos salen de la jaula.

Ha sido la primera muestra de compasión y humanidad que he visto en esta competición. Y les ha costado a ambos la oportunidad más importante de sus vidas.

Los observo mientras salen de la jaula. Me gustaría decir algo, pero Tessa pronuncia mi nombre y anuncia lo que ya sabía: me toca luchar contra Carl.

Me dirijo a las escaleras de la jaula y Aldrick me ayuda a vendarme las manos.

—¿A qué ha venido eso? —susurro, refiriéndome a su combate.

Él niega con la cabeza.

—Concéntrate en lo que tienes que hacer ahora mismo, que es patearle bien el culo a ese cretino.

Asiento. Aldrick choca el puño conmigo.

—Puedes hacerlo, Vesper.

Y entonces lo entiendo todo: Aldrick sabía que Mavis daría marcha atrás cuando lo hiciera él. Quería allanarme el camino hacia la victoria.

Abro la boca para decir algo, pero él niega con la cabeza.

—Concéntrate, Vesper.

Vuelvo a asentir.

Mientras subo por las escaleras, hago lo que me ha dicho Aldrick. Me concentro.

Estoy más cerca de la final de lo que jamás creí posible. Más cerca de poner fin a este horror que habita bajo mi piel. Entonces podré volver a casa. Y podré recuperar mi vida.

No dejo de repetírmelo mientras recorro la mullida lona hacia mi extremo de la jaula.

Voy a recuperar mi vida.

Inspiro hondo mientras Carl me lanza una sonrisita arrogante, con un brillo en los ojos que denota una mezcla de odio y diversión. Un zumbido resuena en mis oídos cuando recuerdo nuestro último combate. El miedo y la indefensión que sentí.

Entonces, algo se reajusta en mi interior. La última vez que me enfrenté a él, yo era una persona distinta. Me daba más miedo lo que habitaba en mi pecho que él. Me tiemblan las manos mientras la magia se agita dentro de mi cuerpo, arañando el reverso de mi piel mientras toma impulso hacia mi adversario.

No oigo la voz de Tessa. Carl me sigue mirando, así que cierro los ojos. «Solo es miedo».

Entonces, Tessa alza la mano y Carl atraviesa la jaula como un rayo, desplegando sus aguijones, desgarrando el vendaje que se ha hecho en una mano.

Y mientras corre se pone a gritar, creyendo que así me dejará paralizada por el miedo.

Pero se equivoca.

Lo esquivo y Carl se estampa contra el enrejado. Se da la vuelta, poniendo una mueca, con los puños en alto. Me anticipo a su ataque. Me agacho y giro el cuerpo para asestarle un gancho de izquierda. Le acierto de lleno en la mandíbula y le aplico una descarga de miedo, tal y como he practicado con Abigail. Carl se tambalea hacia atrás, con los ojos desorbitados, mientras trata de recobrar el aliento.

El miedo se disipa de su mirada, reemplazado por un odio atroz. Despliega el aguijón de la parte inferior de su muñeca, la punta negra reluce con un líquido verde. Se lanza de nuevo sobre mí, apuntando hacia mi cabeza. Ruedo hacia un lado y vuelvo a ponerme en pie. Después giro el cuerpo y le golpeo en el estómago con una patada circular. Su miedo se reaviva a causa del impacto, que lo lanza despedido contra el enrejado, mientras el aguijón pende inerte de su brazo.

Carl parpadea, combatiendo el terror que lo abruma momentáneamente mientras se impulsa para ponerse en pie. Con un gruñido, extiende el brazo y su aguijón pasa rozando junto a mi cabeza, después se impulsa hacia delante y descarga un puñetazo hacia mi rostro. Le agarro del brazo, con cuidado de no tocar el aguijón, y se lo retuerzo por detrás de la espalda. Después le derribo con una patada en la corva. El público chilla entusiasmado, y siento una oleada de orgullo.

Le rodeo el cuello con un brazo y echo el peso de mi cuerpo hacia atrás, apresándolo con una guardia cerrada. Le sujeto el pescuezo con el antebrazo mientras, con la otra mano, me agarro el interior del codo. Si esta llave es capaz de someter a Aldrick, también funcionará con Carl.

Miro hacia la plataforma superior. Veo a Sam, aunque no me explico cómo consigo distinguirlo entre la oscuridad. Está agachado ante la barandilla, agarrado a la barra de en medio con una mano. La otra la tiene apoyada en la cabeza, mientras contempla el combate.

Carl gruñe bajo mi cuerpo, soltando espumarajos por la boca mientras trata de liberarse. Intenta agarrarme del brazo con la mano libre, pero yo le sujeto la muñeca y la dejo inmovilizada sobre su pecho, inutilizando así sus aguijones. Unos segundos más y perderá el conocimiento.

Mi magia se despliega y se adentra en su pecho. Noto cómo indaga, cómo picotea entre diferentes recuerdos, entre diferentes miedos. La voz de

su madre deja paso a un monstruo que avanza dando tumbos por un pasillo oscuro. Sangre. Rostros burlones en un parque infantil. De nuevo, el chillido metálico de su madre. Pero ahora sé que hay algo más enterrado en su pecho, algo capaz de paralizarlo.

Al sentir la incursión de mi magia, Carl comienza a forcejear para intentar liberarse, tal y como hizo Briony, y yo lo utilizo en mi provecho, potenciando mi agarre.

Repliego mi magia. Esto habrá terminado sin necesidad de extraer más miedos de su interior.

Entonces, noto un picotazo furibundo en el interior de la muñeca y pego un grito.

¿Qué ha sido eso? Miro por encima del hombro de Carl para localizar su agujón. Ahí está. Entonces, ¿qué habrá producido ese pinchazo?

Se me nubla la mente, como si me estuvieran sacando a rastras de mis pensamientos. Los gritos del público se disocian del foco que está proyectado sobre mí. Entonces, comienzo a soltarle el cuello y a caerme hacia atrás, mientras Carl se levanta a trompicones.

Me incorporo a toda prisa. O eso creo yo. En realidad, me está costando un poco. Estoy erguida, pero entonces pierdo el equilibrio y tropiezo con el enrejado. Los eslabones metálicos se me clavan en los dedos mientras freno mi caída.

Todo me da vueltas mientras observo a Carl, que se frota la boca con el reverso de la mano. Sus muñequeras emiten un destello y, entonces advierto algo a pesar de mi abotargamiento.

Una aguja. Carl ha escondido algo en sus muñequeras y me ha drogado.

Se acerca lentamente, sonrío al comprobar que la sustancia está surtiendo efecto. Me aparto del enrejado, pero Carl me asesta un revés y me hace caer a la lona. Noto un regusto metálico en la boca. El suelo de la jaula queda salpicado de sangre mientras toso, incorporándome sobre los codos y las rodillas.

Carl me pega un patadón y echo a rodar por el suelo.

Cuando se cierne sobre mí, levanto una mano para proyectar mi magia. Me aferro a su pecho y extraigo lo primero que encuentro.

La voz de su madre resuena en la jaula, parece muy lejana.

Sin embargo, atisbo un gesto de espanto en los ojos de Carl mientras el ruido desciende desde las alturas.

—¡Eres un mierdecilla, Carl Jeeves!

Carl pone los ojos como platos mientras mira en derredor, aterrorizado. Después vuelve a girarse hacia mí, con el rostro desencajado de rabia. Se encarama a mí y trata de estrangularme.

—¡Páralo! —grita.

Me gustaría apartarle las manos, pero no puedo. La voz de la jaula se desvanece mientras trato de recobrar el aliento. Ya no consigo localizar el vínculo entre los dos, y lo que extraje de él no era lo bastante fuerte.

Todo se ralentiza mientras Carl aprieta más fuerte.

«Así no. No pienso acabar así».

Levanto una mano, concentrando las últimas fuerzas que me quedan en el latigazo de miedo que descargo sobre su pecho. Carl retrocede, tambaleándose, y me suelta. Me levanto a duras penas, con la espalda apoyada en el enrejado para mantenerme derecha. Entonces, veo lo que he invocado.

Con la mente abotargada, lo más parecido con lo que puedo compararlo es con un zombi. Al fin y al cabo, lo parece. Es un monstruo de aspecto humanoide que en algún momento del pasado pudo ser una mujer. El hombro izquierdo le cuelga como si lo tuviera fracturado y camina arrastrando los pies. Su cabello rubio y estropajoso pende por debajo de sus hombros. La criatura suelta un gruñido. Es un gorgoteo estridente, como si se estuviera asfixiando. Entonces, aparece una segunda criatura. Un hombre, esta vez, con una camiseta andrajosa de un equipo de fútbol, cuya piel putrefacta asoma entre los agujeros de la tela. Los dos empiezan a caminar hacia Carl.

Me incorporo, agarrándome a los eslabones de la verja para no caerme.

—¿Qué has hecho? —susurra Carl, aterrorizado, mientras corre por la jaula, tratando de alejarse de las criaturas que lo acechan.

—¿De qué tienes miedo, Carl? —pregunto, con la vista nublada, mientras me impulso para ponerme en pie.

Tengo la lengua entumecida, pero aún llevo las riendas del miedo. Giro la muñeca y los zombis se acercan hacia él. Carl chilla y descarga su

aguijón contra la mujer zombi. Da en el blanco con un sonido viscoso y desagradable, pero no logra frenar su avance.

—¡Malnacido! —chilla, mientras patea al zombi de la camiseta de fútbol en el estómago. La criatura se tambalea, pero sigue avanzando.

Siento un peso en el pecho que me obliga a sentarme en la lona. Me quedo apoyada en el enrejado. Carl despeja una senda hacia mí, hace una mueca mientras toma impulso con el brazo, listo para atacarme una vez más con su aguijón.

Giro la muñeca y aparecen más zombis. Carl gruñe, desesperado, mientras se enfrenta a ellos con su aguijón. He conseguido ganar tiempo, pero no sé cuánto más podré llevar las riendas de su miedo. El vínculo se debilita a medida que el veneno se adentra cada vez más a fondo en mis venas.

Entonces oigo una voz. Es Sam.

—¡Vesper!

Giro la cabeza. Sam está junto a la puerta de la jaula, pero dos seguratas le impiden acercarse. Tiene el rostro desencajado mientras grita y forcejea con ellos, intentando apartarlos.

Intentando llegar hasta mí.

Si toca la jaula, quedaré descalificada. Todo habrá terminado para los dos.

«En cualquier caso, ya estás acabada», dice la vocecilla de mi cabeza.

Todo se vuelve confuso. La plataforma de los inversores se inunda de gritos, y alguien —puede que sea Tessa— está diciendo algo por el altavoz.

—Tiempo muerto —anuncia Tessa.

Suspiro ante la posibilidad de un aplazamiento y levanto una mano. Aunque casi no me quedan fuerzas, el miedo obedece. Los zombis se quedan paralizados.

Entonces, Aldrick empuja a uno de los seguratas y Mavis alarga un dedo hacia la cerradura de la jaula. Cuando se desintegra, Sam entra corriendo. Con un veloz movimiento, agarra del cuello a Carl y lo empuja contra el enrejado.

—¿Qué cojones le has hecho a Vesper? —grita.

—¡Guardias! —La voz de Ananias resuena desde lo alto. Oigo cómo amartillan sus armas.

—¡Sam! —exclamo. Aún tengo la lengua entumecida.

—La he vencido, capullo. Asúmelo —replica Carl.

Mavis se pone los guantes y me ayuda a incorporarme.

Ananias entra corriendo en la jaula. Chasquea los dedos y los guardias bajan las armas. Observa a los zombis con interés y se acerca para inspeccionarlos.

—Eres una fobos —dice, mirándome, con la voz cargada de asombro.

Lo miro a los ojos, que despiden un brillo inédito hasta ahora. Parece eufórico.

—Tessa, ¿podrías acompañar a nuestros invitados hasta el yate durante el intermedio? —pregunta.

Se oyen pasos en el piso superior, mientras los guardias se llevan a los inversores. En cuanto cierran la puerta, Ananias deja de sonreír. Levanto la cabeza para ver qué pasa.

—Ha habido una acusación de conducta antideportiva —dice Ananias, que rodea a la mujer zombi para ver mejor a Carl.

—Mienten —replica él.

Sam introduce una mano entre los pliegues del vendaje de Carl antes de que este pueda impedirselo. Después levanta hacia la luz una pequeña jeringa.

—Que yo sepa, los ácaros no manifiestan sus poderes por medio de ningún instrumental médico —masculla Sam mientras se acerca a Ananias, sosteniendo todavía en alto la jeringa.

Ananias la observa, después mira a Carl con un gesto cargado de desprecio.

—¿Es eso cierto? —inquire.

Carl abre la boca como si fuera a replicar, pero al final se limita a mirarlo fijamente, con gesto desafiante.

Trato de intervenir para alegar que quiero terminar la pelea, que solo necesito un respiro, pero tengo el cerebro abotargado. Ananias niega con la cabeza.

—Esto ya ha entorpecido bastante la velada. —Mira al guardia que tiene detrás—. Llévatelo de aquí.

Mientras el guardia se acerca para llevarse a Carl, me doy la vuelta hacia Sam. Me acaricia la cara mientras me observa detenidamente.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento, ya un poco más espabilada. La sustancia que me inoculó Carl no estaba diseñada para durar demasiado. Solo lo justo para ganar a cualquier precio.

—*No hacía falta que...* —farfullo.

Aldrick sujeta la puerta de la jaula. Entonces, veo algo por el rabillo del ojo...

Carl se estremece de rabia, su mirada tiene una expresión inédita hasta ahora.

Flexiona la muñeca y despliega su aguijón.

Con un grito, alza la muñeca para clavárselo a Sam en el pecho.

Ni me lo pienso. Extiendo las manos. Aparecen más zombis, que inundan la jaula y bloquean el aguijón de Carl. Los que estaban paralizados se ponen en marcha de nuevo, para acercarse a él arrastrando los pies.

La jaula despide un olor húmedo y terroso, como a tierra mojada mezclada con un hedor agrio y mohoso. Los gruñidos inundan el bloque de celdas, una cacofonía de rugidos resuena entre los muros de la prisión. Carl tiene los ojos desorbitados por el terror.

Ananias, Mavis y Aldrick corren hacia la puerta.

—¡Vamos! —nos grita Aldrick.

Sam trata de sacarme de aquí, pero me zafo. Alzo las manos e intento que vuelvan a quedarse paralizados. Pero no me obedecen. No consigo controlar mi poder para hacer que se detengan.

Todos se dirigen hacia Carl, que balancea su aguijón a la desesperada. Logra derribar a un par de criaturas, pero no puede hacer nada para frenar a la horda que se cierne sobre él. Comienza a trepar por la verja metálica, pero sus zapatillas son demasiado voluminosas y no encuentra asidero en los eslabones. Se agacha para desatárselas, pero los monstruos se aproximan demasiado rápido.

No dejan de aparecer más, llenando la jaula poco a poco. Uno se gira hacia Sam y le lanza una dentellada feroz. Él lo tumba de una patada.

—¡Aldrick! ¡Sácalos de aquí! ¡Yo iré a por Vesper! ¡Tenemos que asegurarnos de que no escape ninguno! —grita Sam.

Aldrick asiente, mientras empuja a Mavis por el bloque de celdas.

—Tenemos que irnos, Vesper —me apremia Sam, dándose la vuelta hacia mí.

Me tiemblan las manos mientras hago un nuevo intento por disipar el miedo. Es en vano.

Aparecen más zombis, que nos repliegan aún más hacia el borde de la jaula.

—Tenemos que irnos ya, Vesper —grita Sam.

Paso de la magia. Puedo llegar hasta Carl por mis propios medios. Me impulso hacia delante, pero Sam me agarra y me levanta en volandas, después me lleva a rastras hacia la puerta de la jaula.

Una vez fuera, Sam me deja en el suelo, pero no me suelta.

Ananias está en lo alto de las escaleras. Pensé que se habría largado ya, pero resulta que está junto a la jaula, observando.

Carl se abre camino a empujones entre los zombis, está a punto de alcanzar la puerta cuando dos criaturas le agarran de las zapatillas.

—¡Ayúdale! —suplico.

Ananias cierra la puerta de la jaula.

—¿Qué estás haciendo? —grito.

—No hay tiempo —se limita a responder mientras desciende por las escaleras.

—¡Tenemos que ayudarlo!

Intento replegar el miedo una vez más. El veneno se está disipando, pero aún sigo muy débil. Me impulso hacia delante, alzando una mano, rezando para que mi magia funcione. Sam me sujeta la muñeca con más fuerza y los dos caemos al suelo mientras me retuerzo para intentar zafarme, arañándole la piel.

—¡No podemos abandonarlo! —grito, pero oigo algo que me detiene.

Carl lanza un chillido escalofriante cuando las criaturas se abalanzan sobre él. Me mira, y el terror que reflejan sus ojos es lo último que veo

antes de que Ananias se plante delante de mí.

—No tienes por qué ver esto —dice, alzando las manos.

Un grueso muro de color esmeralda emerge del suelo, ocultando el horror que está teniendo lugar al otro lado.

Ananias retrocede mientras los gritos se disipan.

Pataleo y le clavo las uñas a Sam hasta que me suelta. Golpeo el muro con la mano. Está hecho de cristal.

—Se acabó, Vesper —murmura Sam.

Ya lo sé. Los gritos de Carl han cesado, eclipsados por los rugidos guturales de los monstruos que yo misma he creado. Vuelvo a golpear el cristal, aunque es tan inmenso que mi puño parece diminuto e inofensivo en comparación.

Entonces, se hace el silencio. Normalmente, eso me haría sentir mejor, pero sé que si los zombis han desaparecido es porque Carl ya no está aquí para albergar ese miedo.

Me doy la vuelta, apretando los puños, y me quedo mirando a Ananias.

—¿Cómo has podido hacer eso? —inquiero, horrorizada.

Ananias se aparta un mechón de pelo de la cara.

—No le ha ocurrido nada que tú no quisieras.

—¿Cómo dices? —grito, abalanzándome sobre él.

Sam no me detiene esta vez. Le pego un empujón a Ananias, sin pararme a pensar en que se trata del anómalo más poderoso que existe. Él me mira a los ojos, sin inmutarse.

—Carl hizo trampas y después intentó matar a tu amigo. ¿Acaso no querías que pasara esto?

—¡No! —chillo. Yo solo quería detener a Carl, no matarlo. Unas lágrimas ardientes se agolpan en mis ojos mientras grito—: ¡No nos correspondía decidir algo así!

Ananias me mira fijamente.

—Ah, ¿no? ¿Qué crees que estamos haciendo aquí, Vesper? ¿Qué estás intentando hacer tú?

Retrocedo, el impacto de sus palabras es como un bofetón en pleno rostro. Sam guarda silencio, con los brazos en jarras mientras recobra el aliento.

—Se acabó —dice Ananias.

No lo dice con acritud. No me está amenazando. Solo está expresando la realidad tal y como la ve él. Tal y como él mismo la ha creado.

Me desplomo sobre el escalón que conduce a la jaula y me cubro los ojos, mientras Ananias da media vuelta y se marcha. Sam se agacha a mi lado y me abraza, pero yo niego con la cabeza. No sé qué va a pasar ahora. Ni siquiera puedo pensar en ello.

—¿Puedes dejarme sola, por favor? —le ruego—. Me reuniré contigo en la orilla dentro de un rato.

Sam no parece muy convencido con la idea de dejarme sola, pero asiente y se marcha.

Cuando vuelvo a oír pisadas al rato, levanto la cabeza, lista para decirle a Sam que necesito más tiempo. Pero me interrumpo cuando compruebo que la persona que tengo delante es Sapphira. Por su palidez, deduzco que lo ha visto todo.

Me conduce hasta el yate, donde sé que me están esperando. Al fin y al cabo, soy la campeona. Soy la anómala que ha llegado hasta el combate final.

Llegamos junto a la orilla y alzo la vista para contemplar el yate, que despide un brillo dorado y majestuoso.

Sapphira me coge de la mano y pego un respingo al sentir su roce.

—Estás temblando —susurra.

—Es que... ahora mismo no puedo subir ahí —digo, acercándome al agua—. Es que...

Mi voz se deshace en una ristra de sollozos entrecortados. Mis pulmones están agotados por el peso de lo ocurrido esta noche y no consigo recobrar el aliento.

Me agacho y meto las manos en el agua helada, para limpiarme la sangre de los dedos. Sé que está helada, pero no siento el frío.

No siento nada.

Sapphira aparece a mi lado, me coge las manos mientras me restriego la sangre de los dedos.

—Tú no tienes la culpa —dice al fin.

Contengo el sollozo que se encarama a mi garganta.

—Necesito...

Me siento en la orilla, dentro del agua, sin dejar de restregarme las manos, pese a que ya no tienen ninguna mancha.

Ella se mete junto a mí en el agua y me abraza. Yo rompo a llorar. No quiero que me suelte.

No sé cuánto tiempo nos quedamos aquí sentadas, en silencio. Finalmente, Sapphira me ayuda a levantarme y regresamos juntas a la orilla. Allí nos desplomamos sobre la arena, al lado del yate. Ninguna de las dos quiere levantarse. Estoy tiritando, aunque no siento el frío.

—Tú no tienes la culpa de nada —me dice, mientras me aparta un mechón de los ojos.

—Claro que sí —replico—. Soy un monstruo, Sapphira. Soy...

—No. No lo eres. Le salvaste la vida a Sam. Carl intentó matarlo dos veces esta noche.

Niego con la cabeza, las palabras bullen en mi pecho a pesar del frío que me envuelve.

—No es solo eso. Me inscribí en el torneo con la intención de traicionarlo. Todavía planeo hacerlo. Voy a arruinarle la vida para revertir algo que hice. Yo...

Me interrumpo antes de terminar lo que iba a decir. Me trago las palabras.

—Me importa Sam y, aun así, estoy dispuesta a partirle el corazón para enmendar mis propios errores. Solo un monstruo podría hacer eso, Sapphira.

Sapphira me mira fijamente a los ojos, apretando la mandíbula. Al principio, me pregunto si sentirá la misma aversión hacia mí que siento yo. Entonces, me sujeta el rostro con las manos. Yo cierro los ojos con fuerza.

—No eres un monstruo. Mírame. No lo eres.

Abro los ojos.

—Hacer algo monstruoso para proteger a un ser querido no te convierte en un monstruo. Te convierte en un ser humano.

Se le quiebra la voz al pronunciar esa última palabra, yo la cojo de la mano.

—¿Por qué trabajas para él? —susurro con un tono suplicante, desesperado.

—¿Sigues creyendo que los centinelas son lo peor que podría ocurrir?

—Vesper —me llama Sam desde la pasarela.

Sapphira baja las manos y yo me levanto, sacudiéndome toda la arena posible de encima antes de comprender que es inútil. Estoy hecha un despojo.

—Sapphira. Aldrick te está buscando —dice Sam, mientras desciende por la rampa.

Ella se levanta, pasándose una mano por la melena enmarañada. Pasa a mi lado y me roza el brazo con suavidad.

Sam agacha la mirada cuando nos quedamos a solas junto a la orilla.

—Habrá una fiesta en el Palacio de Bellas Artes la noche previa al combate final. Ananias hizo un anuncio formal ahí arriba. Cuentan con tu presencia, ahora que eres, según sus propias palabras, «la cara visible de este torneo». Tu oponente final se elegirá al azar de entre el libro de cuentas, ya que...

No queda nadie más. Mavis y Aldrick quedaron descalificados. Y Carl está muerto.

—Es absurdo. Tú eres la única que queda en pie. Todo esto debería terminar.

No sé si estaré conmocionada o qué, pero sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro. Las oigo, pero no las escucho. Estoy mirando fijamente por encima de su hombro a la niebla que se arremolina sobre las aguas. Debería sentirme furiosa, pero ahora mismo me da todo igual. Recuerdo el gesto en los ojos de Ananias mientras dejaba morir a Carl. Ananias es quien maneja los hilos en este asunto. Ahora lo comprendo. Y, sinceramente, una parte de mí se siente aliviada por no tener que afrontar aún la decisión de la restauración. Una ronda más significa que puedo aplazar esa elección.

—Ananias dijo que habría una ronda final. No podemos hacer nada al respecto.

—Vesper. Tenemos que hablar.

Sam trata de cogerme la mano, pero me aparto.

—Necesito un momento.

No lo miro a la cara. No puedo. Resuenan las sirenas de niebla y las olas al romper contra la orilla, pero, aun así, parece haberse asentado un silencio insoportable entre nosotros.

—En ese caso, te esperaré arriba —dice al cabo de un rato.

No me muevo hasta que se marcha. Entonces, advierto que algo me ronda por la mente. La forma en que Sapphira me tocó el brazo.

Me dirijo hacia el lugar donde estuvimos sentadas y veo algo escrito en la arena. Es un mensaje.

«Lo malo conocido».



VEINTIOCHO

No duermo.

No puedo.

Cada vez que cierro los ojos, veo a Carl.

Oigo las dentelladas de un monstruo que yo misma liberé y luego no pude contener.

Percibo la luz del yate cuando Sapphira y yo subimos finalmente hasta la cubierta. Noto la manta que Aldrick me echó sobre los hombros. Oigo los aplausos templados de los inversores que estaban a salvo en el barco, comiendo fresas bañadas en chocolate mientras yo desataba el infierno dentro de esa prisión. Noto el aliento gélido del mar que me envolvió en la proa del barco, mientras veía cómo unos ocultadores hacían invisibles a los miembros de un equipo de limpieza, que le estaban dando una pasada a Alcatraz para que nadie supiera que estuvimos allí.

Y veo unas palabras. Unas que no tienen sentido.

No me arriesgo a escribir a Sapphira, por si acaso Ananias intercepta los mensajes. Es obvio que no querrá que sepa que me lo ha contado todo.

Aun así, no dejo de darle vueltas a esas palabras. «Lo malo conocido».

Agarro mis guantes y voy al piso de abajo. La luz de la luna se filtra por la claraboya. Camino sobre la esterilla, me detengo con los dedos de los pies en el borde del círculo luminoso.

No quiero adentrarme en él.

No puedo.

Esta sensación rara en el pecho está aumentando, enrollándose alrededor de mi garganta y tensándose cada vez más.

Hace tanto frío que puedo ver cómo el vaho de mi desdicha se enrosca bajo la luz de la luna.

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma».

Esas palabras me parecen un chiste. Soy la dueña de este desastre, la capitana de este tren descarrilado.

«Hacer algo monstruoso para proteger a un ser querido no te convierte en un monstruo. Te convierte en un ser humano», eso fue lo que dijo Sapphira.

Pero no, yo soy un monstruo porque recuerdo lo que sentí cuando extraje esos monstruos del interior de Carl: orgullo. Por mi poder. Por mi fortaleza.

Y después se salió de madre y ahora Carl está muerto.

Anoche estuve aquí sentada con Duncan, y él me dijo que rezaría por mí. No creo que Dios le haya escuchado. Me tiemblan las manos mientras se origina un nuevo sollozo, pero logro contenerlo.

—¿Vesper? —La voz de Sam resuena desde la oscuridad, fuera del alcance de la luz de la luna. No sabía que estaba aquí. Habrá vuelto a quedarse a dormir en el sofá.

O no. Parece que él tampoco ha pegado ojo.

Me seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—¿Sí?

Sam se encuentra al otro lado del haz de luz de luna. Lleva una sudadera oscura y unos pantalones de chándal negros. Tiene una barba de tres días, y nunca le había visto con el pelo tan largo.

—¿Estás bien? —pregunta, susurrando.

Asiento con la cabeza.

—Mentirosa.

Se acerca, yo retrocedo. Lo hago por instinto, porque el sangriento combate no es lo único que me ha quitado el sueño, sino también una pregunta.

Y, aunque me muero por conocer la respuesta, me da mucho miedo formularla.

Sam extiende las manos, confuso.

Soy incapaz de mirarlo. Me doy la vuelta y paso de largo junto a la jaula. No sé adónde narices voy. Al piso de arriba. A la calle. Cualquier sitio antes que este. Cualquier cosa antes que hablar con él. No pienso hacerlo. No quiero hablar con él de esto.

—Vesper. Dime algo —insiste Sam, siguiéndome.

Me doy la vuelta.

—¿Por qué detuviste la pelea? —susurro.

Pues nada, parece que al final sí que vamos a hablarlo.

—Ya te lo dije. Carl te inyectó algo y supe que...

Niego con la cabeza.

—Tú no sabías eso. Es imposible que lo supieras. Desde fuera parecía que me estaba dando una tunda, nada más, algo bastante habitual últimamente. Así que déjate de rollos.

Mis palabras producen el mismo efecto que una bofetada.

Por un momento, me pregunto si se habrá parado a pensar en sus motivos. Si sabrá por qué se arriesgó a que nos echaran de la competición..., por qué se arriesgó a que lo mataran. Sam traga saliva con fuerza y yo miro al suelo. No puedo mirarlo a la cara. No quiero que vea la mía.

—No podía dejar que... No podía... —Se interrumpe—. No podía permitirlo.

—¿El qué? —insisto, levantando la cabeza—. ¿No podías permitir que saliera adelante por mi cuenta? ¿Que encontrara una salida? ¿Que pasara de ronda? Tu oportunidad no era la única que estabas tirando a la basura, Sam. También la mía. Y yo no te pedí ayuda, así que haz el favor de decirme qué es lo que...

—No podía permitir que te murieras.

No grita. No alza la voz. Pero sus palabras me dejan paralizada. Reverberan en mis huesos. Su voz está a punto de partirme por la mitad, y tengo que cruzar los brazos para no reventar por dentro. Se me abren las costras y mi manga se queda manchada de sangre. Un llanto se encarama por mi garganta, pero lo contengo.

—No soy una damisela en apuros a la que tengas que salvar, Sam.

—Yo no he dicho eso.

—Ah, ¿no? —mascullo, expresando al fin la idea que me lleva rondando durante las últimas dos semanas—. Porque si lo que buscas es una especie de catarsis retorcida con la que redimirte al intentar salvarme...

—No eres consciente de la cara que tenías. Te estabas muriendo delante de mis narices —interrumpe Sam con voz ahogada, acercándose un poco más.

Algo se resquebraja en mi interior.

—No soy un sustitutivo de Elisa.

—Nadie ha dicho que lo seas —responde con un susurro bronco.

Sam se queda mirándome un instante antes de darse la vuelta y alejarse con pesadez unos pasos. Después, se da la vuelta.

—Lo creas o no, no todas las decisiones que tomo están relacionadas con ella.

—Ah, ¿no? Mira a tu alrededor, Sam. Elisa lleva muerta más de dos años y, aun así, todo lo que haces gira en torno a su pérdida.

—No sigas por ahí —me advierte. Su voz suena como una cuchilla al cercenar el aire.

Pero no quiero recular. Quiero hacerle tanto daño que no vuelva a mirarme a los ojos. Quiero que empiece a odiarme y acabar de una vez con esto.

—Todos están preocupados por ti. Eres el mejor luchador de este gimnasio, pero... lo dejaste sin más. La cagaste una vez, pero eso no significa que lo abandones todo y te olvides de vivir.

Me he pasado los últimos dos meses golpeando sacos, almohadillas y adversarios. Pero no había asestado ningún golpe tan doloroso como este. Sam retrocede, parpadeando varias veces mientras profiere una carcajada lúgubre y quebrada. Al oírla, siento escalofríos.

—Y lo dice la chica que lleva más de un año sin hablar con su familia a causa de un accidente —replica.

Me quedo muda al oír eso, porque es cierto, dejando escapar el aire entre los dientes apretados.

Sam avanza un paso y señala al suelo.

—Estamos juntos en esto. Estabas en apuros, así que decidí tomar la iniciativa.

Sam me salvó la vida. Lo sé. Pero ahora necesito tensar la cuerda. Necesito apartarlo de mí todo lo posible. Sam frunce el ceño.

—Tienes razón. Somos socios, Sam, y tú actuaste en nombre de los dos.

—¿Eso es lo que somos? ¿Socios de negocios?

Sam cruza la esterilla en dos segundos y se planta frente a mí.

—¿Acaso no es así? —Detesto cómo me tiembla la voz.

Necesito que me diga que somos un equipo. Necesito que esas palabras cautericen la herida que tengo abierta en el pecho desde la noche del primer combate.

Pero Sam no dice lo que necesito oír. Trata de sostenerme la mirada mientras se acerca. Noto su aliento en la cara y el calor que irradia de su pecho. Trago saliva mientras se me pone la piel de gallina.

Espero que no se dé cuenta.

Y, al mismo tiempo, espero que sí.

Quiero.

Pero no puedo.

Si no lo aparto de mi lado ahora mismo, no seré capaz de hacer lo que tengo que hacer cuando llegue el momento.

Sam se acerca un poco más y yo levanto las manos.

—Esto nos ha funcionado hasta ahora, Sam... —Nos señalo a uno y a otro, alternativamente—. Nos hemos utilizado para conseguir nuestros objetivos, y los dos lo sabemos. Debería haberlo parado cuando tuve la oportunidad, pero... —Contengo las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Me encojo de hombros—. Debería avergonzarme por haberte utilizado para sentirme normal de nuevo, aunque solo fuera durante un rato. Y tú deberías avergonzarte por haberme utilizado para cerrar tus heridas.

Esas últimas palabras emergen en tromba de mi interior, porque no puedo soportar la certeza que rezuman. No puedo soportar haberme quedado pillada tan fácilmente por él. Sam se acerca, pero yo le empujo con todas mis fuerzas.

Apenas consigo moverle, aunque se queda atónito por la fuerza que he aplicado. Y he debido de activar algún resorte, porque de pronto suelta otra carcajada. Emerge con fuerza de su interior y los ojos se le cubren de lágrimas, mientras se lleva las manos a la cabeza. Se acerca un poco más.

No son unas carcajadas alegres. Suenan como un trueno, ronco y amenazante. Suenan como si algo se estuviera rompiendo.

—Estás haciendo lo contrario a cerrar la herida, Vesper.

Sam baja los brazos y avanza otro paso. Yo retrocedo, hasta toparme con los eslabones de la jaula. Entonces, extiende los brazos y se aferra al enrejado, a ambos lados de mi cabeza.

Una lágrima corre por su mejilla. Podría apartarle de un empujón. Debería hacerlo. Noto cómo me clava la mirada y sé que no debería levantar la cabeza para mirarlo. Debería marcharme, debería...

Lo miro.

Está tan cerca que, cuando alzo la cabeza, nuestros labios están a punto de rozarse.

—Daría lo que fuera para que lo que acabas de decir fuera cierto —susurra—. Tal vez así podría conciliar el sueño.

Me mira fijamente a los ojos, escrutándome; parece como si estuviera sacando a la luz mis pensamientos más recónditos y bochornosos. Y yo se lo estoy permitiendo. Sus ojos se empapan de mí, luego descienden hacia mis labios.

Aprieto los puños mientras el corazón me late con fuerza.

Ya estoy harta.

—Mi único objetivo ahora mismo es pelear para traer de vuelta a tu difunta novia. —La mentira emerge de mi lengua como si nada—. Y, aunque no fuera así..., lo que siento por ti no va por ahí, Sam. —Esas palabras me hieren la boca mientras las pronuncio.

Sam permanece inmóvil mientras baja la mirada al suelo. Me pregunto si esas palabras le habrán hecho tanto daño como a mí.

Soy una mentirosa. Lo soy hasta tal punto que me pregunto si alguna vez me quitaré este regusto a hiel de los labios. Si seré capaz de abrir suficientes ventanas en mi alma como para airear el horrible hedor que está dejando en mis huesos.

—Tienes razón —dice, mirándome a los ojos una vez más. Algo se endurece en él, da la impresión de estar cerrándose en banda. Le entra un tembleque en los labios—. Le diré a Wex que se ocupe de tu entrenamiento

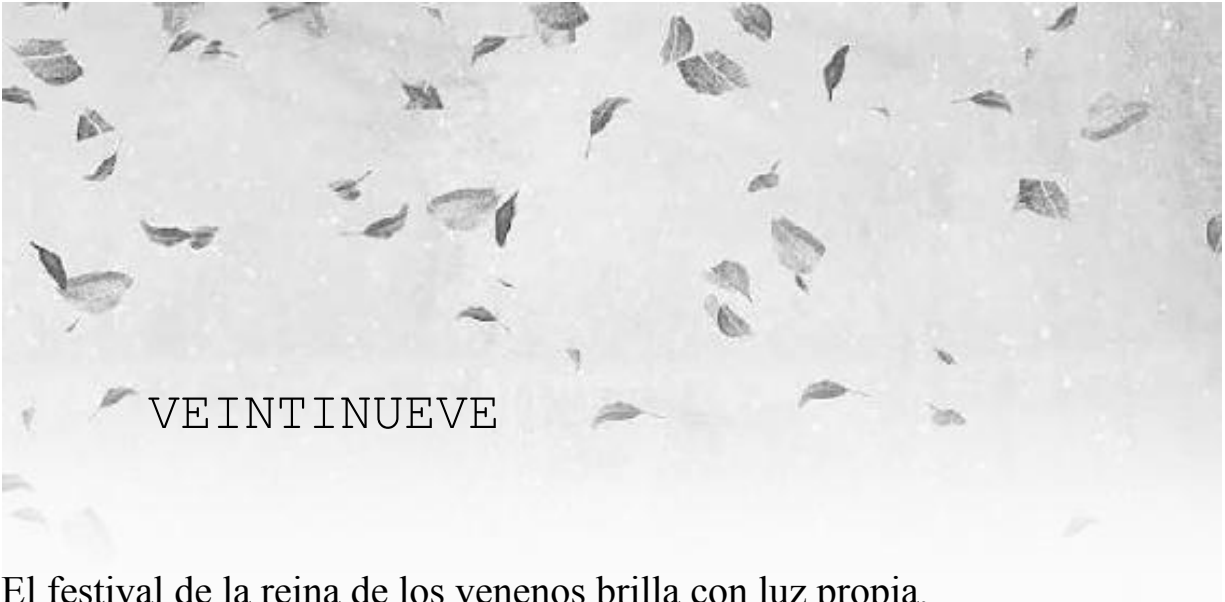
a partir de mañana, y tú y yo mantendremos una relación estrictamente profesional.

Sam baja las manos y se aparta. Necesito reunir todas mis fuerzas para separarme de la jaula y marcharme.

Cruzo la esterilla, subo por las escaleras. De vuelta en el altillo, me asomo a la ventana.

Sam se encuentra junto a la jaula, con los brazos en alto, agarrado a los eslabones.

Parece tan hecho polvo como yo.



VEINTINUEVE

El festival de la reina de los venenos brilla con luz propia.

Y lo digo tanto en sentido literal como figurado.

No es habitual que permitan celebrar fiestas en un parque nacional, pero ¿qué narices? Tampoco teníamos permiso para celebrar luchas de gladiadores en un astillero o en Alcatraz y, aun así, lo hicimos.

Lo que me sorprende no es eso.

Lo que me sorprende es que haya tanta gente.

Los asistentes se cuentan por miles. Hay guirnaldas de luces colgando de los árboles y una hoguera encendida en Pfeiffer Beach.

Entre el público hay comunes y anómalos, pero es imposible distinguirlos, ya que casi todo el mundo lleva máscara, la cara pintada... o ambas cosas. Un ritmo machacón retumba desde el acantilado, donde alguien ha montado una pista de baile. La música se mezcla con la electricidad del ambiente, y el entorno parece haber cobrado vida propia. Incluso los árboles tienen la corteza embadurnada de purpurina, relucen como si compartieran un secreto. Alguien ha llenado el bosque con pequeños conjuntos de sofás, sillas y mesitas auxiliares cubiertas con cubos de hielo y cuencos de uvas y fruta de la pasión. Todo ello agrupado encima de gruesas alfombras, mientras unas lámparas de araña cuelgan de las ramas de los árboles. Esos rincones parecen concebidos para mantener charlas civilizadas, pero ese no es el uso que le están dando a muchos de ellos. Me ruborizo y miro para otro lado.

Paso de largo junto a mesas y tiendas de campaña con Abigail, ya que se empeñó en venir después de que Sam le comentara el asunto. Igual que se empeñó Wex. Y Roy. «Será mejor tenerlos como refuerzo por si las cosas se tuercen», dijo Sam. Yo estuve de acuerdo. ¿Y sabes lo mejor? Que no había espacio para todos en un solo coche, así que opté por ir con Abigail para ahorrarme pasar un montón de tiempo confinada en un espacio pequeño con Sam.

Han pasado dos días desde el tercer combate, tiempo de sobra para apaciguar un poco los ánimos. Después de aquella charla nocturna con Sam, di un paso atrás. Una parte de mi ser se replegó en una esquina y se hizo un ovillo, y yo no se lo impedí.

Voy a ayudarle a averiguar qué le ocurrió a Elisa. Eso se lo debo.

Después, pienso ganar este torneo y revertir lo que soy.

Abigail y yo pasamos junto a dos furias de fuego que se lucen ante el público proyectando llamaradas con las manos, mientras dos tipos descamisados tuestan malvaviscos entre las llamas.

Por todas partes hay flores de acónito colgadas de los árboles, a modo de desafío.

Dos mujeres pasan de largo, ataviadas con sendos vestidos azules de gasa.

—Espera, Amanda —dice la más alta de las dos, ondeando una mano hacia el suelo, cerca del pie de su amiga. Forma un pequeño remolino para extraer un trozo de desperdicio de debajo de la sandalia de su amiga.

Abigail se detiene, con los ojos como platos.

—Cómo mola —susurra.

—Ya deberías estar acostumbrada. ¿Cuántas veces has visto a Duncan desaparecer sin previo aviso?

—Suficientes como para que ya no me sorprenda. Pero nunca había visto tantos poderes distintos. Es...

Abigail se interrumpe para mirar a un electrodo que está besando a alguien que creo que es un metamorfo. Tiene cuernos, así que espero que lo sea. La situación se complicaría bastante si hubiera demonios de verdad pululando por aquí.

—¡Un baño! —exclama Abigail, tirando de mí hacia un pequeño remolque.

La sigo, mientras trato de localizar a Sapphira. No tengo noticias tuyas, así que estoy empezando a preocuparme. El baño —porque, sí, alguien ha montado aquí un cuarto de baño de verdad— está atestado de chicas retocándose ante el espejo. Abigail y yo nos apretujamos para pasar entre la multitud hasta llegar al último lavabo, cerca de la salida.

—Ostras. ¿No debería hacer frío? —pregunta Abigail, abanicándose las axilas con las manos.

Alargo el cuello, en busca de Sapphira. Nada.

—Seguro que pidieron a unos foguistas que introdujeran vetas térmicas en el suelo. Esta zona del bosque es como una manta eléctrica gigante.

Abigail deja de abanicarse.

—¿En serio? Joder, eso es lo más guay que he oído en mi vida. Aunque no ayude mucho con el sudor —añade, examinando su vestido.

Es un vestido de noche dorado que deja la espalda al aire. También lleva puestas unas sandalias negras de gladiador con correas de cuero que le llegan hasta los muslos y una cinta metálica alrededor de la frente para sostener su cabello rizado.

—Estás preciosa —comento, y lo digo en serio.

Abigail se da la vuelta para mirarme de arriba abajo.

—Tú también.

—Qué guapa te pones cuando mientes —replico, arrugando la nariz.

Yo he optado por un vestido liso y negro, con un poco de rímel. No necesito impresionar a nadie y, sinceramente, no me apetece ponerme nada que no sea un traje de combate.

Quiero conocer al cronista, conseguir respuestas sobre Elisa y acabar con esto de una vez.

Salimos del baño y veo a Sapphira al lado de un bidón en llamas, uno más de los muchos que han utilizado para encender hogueras. Está despampanante, con un vestido de color zafiro que pende de sus hombros, a juego con unas botas militares. Se ha pintado los ojos con un degradado, lleva unos pendientes oscuros y la melena suelta sobre la espalda. Estamos más cerca que antes de la pista de baile y la cabina del pincha, y la música

retumba con fuerza a través del bosque. Aldrick se acerca a Sapphira, que le coge de la mano.

A pesar del dolor que siento en el pecho, sonrío. Por fin.

Abro la boca para preguntarle qué narices significaba lo que escribía en la arena, pero me contengo cuando Sam aparece a mi lado.

—Las encontré —dice Wex, mientras bebe de una reluciente pajita curvada de neón.

Miro de reojo a Sam. Siempre le había visto con ropa de entrenamiento, así que me sorprende al verlo con vaqueros oscuros, botas y una camiseta ceñida de color negro. Está muy cambiado. Y para bien. Nuestras miradas se cruzan, pero yo no tardo en apartarla.

—Vosotros sí que sabéis montar una fiesta —dice Roy.

Lleva en la mano una copa repleta con un líquido morado y turbio. Se la acerca para dar un trago, pero se detiene mientras se asoma por encima de mi hombro.

Carraspea y señala algo con el dedo. Me doy la vuelta.

Una figura con una media máscara dorada y un vestido blanco se yergue detrás de mí. Reconozco a Lynn por el color del pelo.

—Tenéis veinte minutos —dice—. Seguidme.

—Nosotros os vigilamos la copa —dice Abigail, con cierto recelo. Y no es de extrañar, ya que estamos a punto de seguir a una mujer extraña y enmascarada hacia el interior del bosque.

Asiento con la cabeza, tratando de parecer lo más serena posible antes de, efectivamente, seguir a esa mujer extraña hacia las entrañas del bosque.

Las hileras de luces van desapareciendo a medida que nos alejamos de la fiesta. El bosque pasa de ser un guateque repleto de colorines a convertirse en un reino oscuro y musgoso, engalanado con una vegetación frondosa y exuberante. Los árboles forman unas sombras monstruosas que se alzan sobre nosotros. El canto de un coro de grillos y el melancólico ulular de los búhos acompañan nuestros pasos.

Aldrick y Sapphira caminan detrás de Lynn, cogidos todavía de la mano.

Sam está detrás de mí, pero no lo miro.

Ha salido la luna, aunque todavía está tan oscuro que solo alcanzo a ver el pelo y el vestido de Lynn durante el trayecto.

De pronto, se detiene, se agacha y desliza una mano sobre el terreno.

El suelo se abre ante sus pies, inclinándose suavemente para revelar una senda que se adentra en la tierra.

—No preguntéis nada de lo que no queráis saber la respuesta. No esperéis recibir respuesta a todas vuestras preguntas. No preguntéis nada relativo a los comunes, pues ella no sabrá la respuesta. Y una cosa más —añade, girándose hacia nosotros—: no preguntéis nada dos veces. Un no es un no.

Me detengo.

—Un momento. ¿Ella? En la cabaña diste a entender que era un hombre.

Lynn sonrío.

—¿Por qué habría de daros pistas sobre su identidad si ella no quería que la encontrarais?

Aldrick se detiene.

—¿Cómo sabemos que no nos estás mintiendo ahora?

Lynn se limita a sonreír y a descender por la rampa.

No nos queda otra que seguirla.

Yo pensaba que la cronista viviría en una casa. En una cabaña en mitad del bosque, como una ermitaña. Pero no me esperaba esto. Descendemos durante lo que parece una eternidad. Miro hacia arriba, recordándome que debo respirar hondo, para no pensar en lo lejos que estamos de la superficie.

Y en lo cerca que estamos de la falla de San Andrés.

Vale, no ha sido buena idea pensar eso. De hecho, ha sido la peor ocurrencia posible.

Accedemos a una gigantesca caverna de arenisca, con brotes de musgo asomando entre los ladrillos. En el centro de la estancia, una enorme cascada se desploma como una sábana desde el techo, que está sumido entre las sombras. Descarga sus aguas sobre un enorme estanque de aguas poco profundas. Del techo cuelgan unas enredaderas, y las paredes están

alineadas con antorchas encendidas, en los escasos espacios libres que no están cubiertos por estantes atiborrados de libros.

Sí, hay libros por todas partes.

La estancia es inmensa; tanto que no se ve el techo. Es un amasijo de sombras, libros y vegetación. Ofrece una panorámica tan hermosa que hago una breve pausa para detenerme y contemplar el entorno.

—Vesper —me llama Sam.

Rodeamos la cascada y me asomo al estanque que se extiende a sus pies. Veo las nubecillas de vapor que se enroscan sobre el suelo de piedra, deteniéndose ante las estanterías como si se hubieran topado con una barrera invisible. Una especie de hechizo protege los libros del agua. Qué gran idea.

El estanque me recuerda al cielo nocturno, salpicado de estrellas y envuelto en el murmullo de unas nubes que se disipan. Desconcertada, miro hacia arriba, pensando que debe de tratarse de un reflejo.

Pero el techo está cerrado.

Es cosa de magia.

Cuando me doy la vuelta, la veo.

La cronista está sentada en una butaca.

Un momento.

Es una butaca tapizada. Con lunares y todo.

Me detengo, miro detrás de mí, confusa. Pensaba que sería una hechicera pelona con una toga blanca y un talismán gigantesco colgando del cuello.

Pero no. Aparenta más o menos mi edad. Lleva puestos unos vaqueros negros y ceñidos, arremetidos en unas botas que le llegan hasta la rodilla. También lleva una chaqueta de punto a rayas. Como las que estaban de moda hace décadas.

Lleva el pelo recogido en un moño y unas gafas de montura grande. El colorete que se ha aplicado casa a la perfección con su tez olivácea. Escribe en un diario con un bolígrafo morado con una borla peluda de color azul en la punta. Me fijo mejor en las estanterías. Son cuadernos. Diarios. En tapa dura y con espiral. Cientos, miles de diarios que albergan sus visiones. Nuestras historias.

—¿Tiffany? —pregunta Lynn, y la chica nos observa antes de cerrar el diario e introducirse el boli en el pelo—. Ya están aquí.

Tiffany, la cronista, se levanta de su asiento y cruza las manos sobre su pecho antes de hacerle un ademán con la cabeza a Lynn.

—Esperaré fuera —dice Lynn.

Vuelve a subir por la rampa; después, todo queda en silencio, salvo por el sonido de la cascada.

A ver, ¿quién debería hablar primero?

¿Cuál es el protocolo en un caso como este?

Avanzo un paso.

—Eh...

¿Cómo debo dirigirme a ella? ¿Su majestad? ¿Mi señora?

—Me gusta tu chaqueta.

Sam se da la vuelta lentamente, mirándome con incredulidad.

Pero mi maniobra funciona, porque Tiffany sonríe.

—Gracias.

Vuelve a observarnos a todos, deteniéndose en Sam un poquito más que en los demás.

Un gesto innecesario, pero bueno, lo dejaré pasar.

—Lynn me ha dicho que queréis información sobre Elisa Littleton —dice, achicando los ojos—. He pensado mucho en ello. Elisa era... complicada. No podré hablaros de ello sin enseñároslo todo.

—¿Qué es todo? —pregunta Sam, con un gesto indescifrable. Daría lo que fuera por saber lo que está pensando ahora mismo.

—Aún tengo pesadillas —prosigue Tiffany—. No me preguntéis por aquello de lo que no queráis conocer la respuesta. Ojalá yo pudiera permitirme ese lujo —añade. Se da la vuelta y se dirige hacia la pared del fondo, sus botas resuenan sobre el suelo de piedra a medida que se aproxima a una de las gigantescas estanterías—. Al menos, desearía que así fuera desde que Iván se puso al frente de los centinelas.

Tiffany levanta un brazo y desliza el dedo sobre los lomos de sus diarios, hasta que se detiene en uno situado en el medio. Lo saca y se da la vuelta hacia nosotros.

—¿Cómo es posible que siga vivo? —pregunto.

Tiffany me mira con un gesto cargado de tristeza.

—Pronto lo sabrás.

El corazón se me agita en el pecho. Se me erizan los pelillos de la nuca y contengo el impulso de salir corriendo.

—Un momento —digo, negando con la cabeza—. ¿Desde que Iván subió al poder? ¿Cuántos años tienes?

Tiffany sonrío con modestia, pero no responde. «No esperéis obtener respuesta a todas vuestras preguntas».

—Entonces, ¿no puedes desconectarlo? —pregunto, mientras contemplo los miles de diarios distribuidos por las paredes—. ¿Ves todo lo que les ocurre a los anómalos y, luego..., lo escribes?

Tiffany se acerca a la cascada y deposita el diario en el suelo, asegurándose de dejarlo centrado. Después asiente.

—Así pues, os imaginaréis lo valiosa que podría ser para alguien como los centinelas. Todos sus secretos... expuestos. Pero no trabajo para ellos, porque perdieron el rumbo hace mucho tiempo. Eso quiero que quede claro.

—Entonces, ¿no crees que hayan desaparecido? —pregunto.

Tiffany me mira a los ojos, después baja la mirada al suelo. «No esperéis obtener respuesta a todas vuestras preguntas». Entonces, se pone a hojear el diario que tiene en la mano.

—No recibo muchas visitas. Solo aquellos que son dignos pueden encontrarme; solo aquellos que busquen el verdadero conocimiento. Y esa clase de gente cada vez escasea más, conforme pasan los siglos.

¿Siglos? Un momento. ¿Cuántos años tiene esta chica?

—Prefiero permanecer escondida, debido en buena medida a la presencia de Iván. —Su voz se endurece, igual que su mirada—. Pero Lynn me lo pidió como un favor. Teniendo en cuenta que su madre fue una de mis mejores amigas, accedí a hacerlo.

Tiffany ignora la pregunta implícita en mi rostro. Nos hace señas para que nos reunamos con ella al otro lado de la cortina de agua.

—Debéis saber que no veo esas escenas como si estuviera presenciando una historia. Más bien, es como si estuviera... allí. De repente y durante lapsos breves de tiempo. Resulta confuso, pero es la única forma que tengo

de describirlo. Así pues, más que escuchar una explicación, simplemente... lo sabréis. Igual que yo.

Tiffany inspira hondo; hay algo en su voz que denota una profunda tristeza.

—¿Seguro que queréis saberlo?

—Sí —responde Aldrick, y nadie le contradice.

Tiffany extiende las manos y la luz de las antorchas se atenúa.

Después baja los brazos y sostiene las manos sobre el papel. Luego las levanta de golpe, como si estuviera extrayendo las palabras de la página y arrojándolas a la cascada.

Sam me coge de la mano mientras nos sumergimos en la historia, y no se lo impido.

Y, de repente, ya no estoy en la cueva.

Me encuentro ante unas puertas de piedra. Tienen al menos una altura de tres pisos, con flores de acónito talladas en los bordes exteriores.

Las puertas chirrían y se abren, revelando una estancia inmensa, más grande que esta, repleta de filas y filas de estanterías.

Cada estante contiene cientos de tarros. Algunos son metálicos, otros de madera, otros de cristal. En estos últimos, veo luces que palpitan y se retuercen, cada una de un color distinto.

Entonces, comprendo de qué se trata.

Es el ateneo de los desposeedores. Existe de verdad.

Es impresionante. Posee una belleza escalofriante. Su perfección resulta sobrecogedora; provoca el mismo asombro que solo produce la muerte.

Hay un hombre. Va caminando entre los estantes, hay algo en su forma de caminar que me revela quién es. Tal y como dijo la cronista que ocurriría..., lo sé sin más.

Es Iván.

Lleva puesta un capa negra, con el rostro oculto bajo una capucha.

Me muevo con él a medida que la historia me transporta.

Sale a un pasillo iluminado por vetas luminosas que se extienden por el techo, a través del hormigón.

«¿Cuál te has llevado esta vez?», pregunta una voz en cuanto Iván sale por la puerta.

Es la voz de una chica. Parece de mi edad, puede que un pelín mayor. Tiene los brazos cruzados y lleva puesto un chaleco de cuero ceñido, abotonado hasta la barbilla. Tiene el cabello de color rubio oscuro, recogido hacia atrás. Sus ojos castaños irradian aversión cuando Iván se da la vuelta hacia ella, casi como si hubiera olvidado que estaba allí.

«El que acordamos el otro día».

La chica se aparta de la pared.

«No acordamos nada».

Se acerca hacia él.

«Mis hermanas te permitieron hacer esto durante siglos. Te dejaron entrar e hicieron la vista gorda cuando arrancabas flores de este lugar a tu antojo, pero yo no pienso hacerlo».

Iván la mira fijamente desde debajo de la capucha, y no sé si se siente orgulloso o furioso con ella. Impresionado o molesto.

Entonces lo entiendo todo, tal y como dijo Tiffany que pasaría. Todas las piezas encajan.

Iván estaba extrayendo poderes del ateneo. Se estaba apropiando de ellos. Por eso seguía vivo, después de tantos años. Robó la inmortalidad. No se los llevó todos a la vez, para no alertar a los demás centinelas.

Lo hizo poco a poco.

—¿Me oyes, padre?

Iván se aleja, entonces veo la cara de la chica. Percibo terror y tristeza en ella. Dolor por aquello en lo que se está convirtiendo su padre.

Es su hija, la desposeedora.

La chica se acerca a las puertas grabadas con flores de acónito y las cierra. Chirrían al sentir el roce de su mano.

De sus dedos emergen unos haces de luz.

Está sellando la entrada. Pues claro. Solo los desposeedores pueden acceder al ateneo.

La imagen se distorsiona y se difumina, entonces oigo unos gritos.

Es horrible. Como una cuchilla deslizándose por tus venas, como un puño que te estruja los pulmones.

Es una madre, que acuna a su hijo inmóvil en la oscuridad de un cuarto infantil.

Es un chico, que encuentra a su hermana inerte en la cama.

Y otro.

Y otro más.

Diferentes hogares, diferentes sombras irrumpiendo a través de las ventanas.

Otro. Otro y otro más, una y otra vez. Veo cuerpos. Miradas inertes que reflejan un firmamento sin luna.

Diferentes países. Diferentes personas, diferentes seres queridos entre los brazos, todos con las mismas quemaduras extrañas en la piel.

El grito es el mismo.

La escena se difumina y el grito deja paso a un alarido feroz.

La desposeedora irrumpe en la corte de Iván, una enorme sala de obsidiana. Iván preside una mesa repleta de ancianos con togas. Los centinelas.

La desposeedora tiene el rímel corrido, el pelo alborotado.

«Has sido tú —masculla, sin molestarse en disimular las lágrimas que corren por sus mejillas, por su nariz, por sus labios carnosos—. Te prohibí que te llevaras la magia del sabueso. Me mentiste acerca del poder que sacaste del ateneo».

El nudo que tengo en el estómago se mezcla con una certeza. Los sabuesos son como los rastreadores, pero permiten encontrar a cualquiera basándose en un único criterio. En un atributo.

Iván hace señas a los demás centinelas para que salgan de la habitación. Se pone en pie mientras se marchan.

«Eran peligrosos», responde.

«¡Eran inocentes! —grita la desposeedora. Las venas de sus sienes se tensan con rabia mientras vuelca una silla, que cae traqueteando sobre el

suelo de piedra—. Y, aun así, enviaste a tus tropas más letales a por ellos. A por los niños, incluso. Mientras dormían».

Eran reanimadores. Modistos. Miasmas con venenos letales e indetectables. Metalurgos. Cualquiera que Iván considerase peligroso. Y los eliminaban.

Se hace el silencio mientras la desposeedora reflexiona. Una idea se asienta en su hermoso rostro.

«No permitiré que hagas esto», dice.

Iván no se inmuta ante el arrebato de la desposeedora.

«Si esperásemos a que hicieran algo, sería demasiado tarde. Limpiar estropicios es cosa del pasado. El futuro consiste en impedir que esos estropicios lleguen a producirse».

La desposeedora se queda quieta, como si acabara de caer en la cuenta de algo. Como si hubiera tomado una decisión.

«Si matar inocentes es la forma de asegurar nuestro futuro, entonces no nos merecemos tenerlo».

Se queda mirando a Iván, y una luz dorada palpita en sus iris mientras hace acopio de su poder.

«Tú no te mereces tener un futuro».

Allí está: el primer atisbo de miedo en los ojos de Iván.

«¿Qué estás haciendo?».

La desposeedora alza las manos, su melena revolotea alrededor de la cabeza.

«Para. Para de una vez», dice Iván. Aún piensa que tiene el control de la situación.

La desposeedora alza las manos, Iván ya no parece tan seguro de sí mismo. Intenta huir, pero ella se le adelanta.

Aprieta los puños y los gira.

«No puedes. No puedes hacer esto —dice Iván, ahogándose—. Morirás».

La desposeedora aprieta los puños con más fuerza e Iván se aferra el pecho.

«Y, cuando eso ocurra, padre, tu única forma de acceder al ateneo desaparecerá conmigo. Te quedarás indefenso. Como esas madres cuyos

gritos escucho en mitad de la noche».

«No», exclama Iván, pero la desposeedora despliega las manos hacia los lados con un chillido que resquebraja las paredes a su alrededor. Iván cae de rodillas.

De su nariz emergen luces de distintos colores. De sus ojos. De su boca y sus oídos.

Es su poder, que mana de su interior como el veneno de una herida y va directo hacia el pecho de la desposeedora. Los poderes con los que nació. Los poderes que robó.

La chica los absorbe todos de golpe. La mesa que tiene delante se vuelca, junto con las sillas, que se estrellan contra las paredes.

La estancia tiembla, la desposeedora pega un grito. Abre los ojos, iluminados por las diversas tonalidades de luz que le ha arrebatado a Iván.

Y entonces comprendo lo que está pasando.

«Extraer ciertos poderes puede causar la muerte».

Esa regla no solo se aplica a quien pierde el poder, sino también al desposeedor.

Absorber de una tacada todo el poder de Iván, un anómalo centenario... Ella sabía que no saldría con vida de aquello.

Un sonido ahogado emerge de su garganta, la luz de sus ojos se desvanece.

La chica se desploma y se queda inmóvil.

Iván levanta la cabeza, con el rostro enrojecido.

«No», masculla, gateando hacia la desposeedora.

«No, no, no, no». Le toca la cara, después la apoya en su regazo y hunde el rostro en su cuello, profiriendo el mismo grito que aquellos que perdieron a sus seres queridos.

El sonido espeluznante y desgarrador de un padre que pierde a su retoño.

Al cabo de un rato, se aparta. Se restriega una mano por la cara, después apoya el cuerpo inerte de la chica en el suelo y se levanta.

Ondea una mano hacia la mesa volcada, pero no ocurre nada.

Lo intenta otra vez.

Nada.

Ya no le queda nada.

Uno de los centinelas entra por una puerta lateral, con el rostro cubierto por una capucha.

«Hemos percibido algo, Iván. ¿Qué ha pasado?».

Iván mira a su hija.

Tiene los ojos abiertos, los labios separados.

«Está muerta».

El centinela se acerca. No sabe qué decir.

«Lo... lo siento muchísimo —tartamudea—. Iniciaré de inmediato los preparativos para su entierro».

Pero Iván niega con la cabeza.

«No. La arrojaremos al puerto».

El centinela encapuchado guarda silencio. Horrorizado.

«Pero, Iván...».

Iván se da la vuelta.

«Era mi hija, y yo digo que la arrojemos al puerto. No hay sitio para los traidores en la cripta familiar».

Se queda mirándola.

«Y tampoco hay sitio para los débiles en mis huestes».

Iván pasa por encima del cuerpo y se dirige hacia la puerta.

«Entonces, ¿qué debo hacer?»., pregunta el encapuchado.

Iván mira por encima del hombro.

«Consígueme otro desposeedor».

La luz se difumina y se desvanece, enroscándose por los bordes. Y entonces regresamos a la caverna de la cronista.

Tiffany baja las manos y la cascada vuelve a la normalidad.

Nos quedamos callados mientras tratamos de asimilar lo ocurrido.

¿Qué acabo de ver?

En serio, ¿qué acabo de ver?

Miro a mi alrededor. Aldrick guarda silencio, con los puños apretados. Sam se pasa las manos por el pelo mientras retrocede, sin decir nada. Unas lágrimas corren por las mejillas de Sapphira, mientras contempla la cascada.

Miro a Sam, embargada por una certeza. Elisa debió de ser uno de esos inocentes a los que mató Iván. Por algún motivo, la consideraba peligrosa.

—Ya os dije que no era bonito de ver —dice Tiffany con un hilo de voz, mientras se agacha para recoger el diario.

—Entonces, ¿eso fue lo que pasó? —pregunto—. Iván estaba extrayendo poder del ateneo y su hija le desposeyó.

Tiffany asiente.

—¿Y dónde está ahora? —pregunta Aldrick, pero la cronista se encoge de hombros.

—Eso es todo... No he vuelto a verlo desde que le desposeyeron. No he vuelto a ver a ninguno de ellos. Los centinelas llevan escondidos desde entonces.

—¿Y por qué no eligieron un nuevo líder? A algún miembro de esa mesa, por ejemplo —dice Aldrick, pero Tiffany niega con la cabeza.

—Iván posee un control sobre los centinelas que trasciende su poder como anómalo. Todos estaban vinculados. Cuando le desposeyeron..., los desposeyeron a todos. No querrán que se sepa que están tan debilitados. Ni que se permitió tal corrupción entre sus filas.

—Entonces, ¿qué piensa hacer Iván? —pregunto.

—Lo que sospecho que ha estado haciendo. Buscar otro desposeedor para abrir el ateneo y así recuperar su poder. Aún cuenta con todos los centinelas a su disposición, así que sigue siendo un adversario formidable. Pero no quiere que el mundo se entere de que ha perdido sus poderes. Ni de que la causante de ello fue su hija.

Miro a Sam. Está callado. Mirando al frente.

—Gracias por mostrárnoslo —dice. Sus palabras suenan huecas. Robóticas.

Se me encoge el corazón. En su mirada no hay sosiego tras obtener las respuestas. No hay paz. Fui una tonta al pensar que esto acabaría bien.

Tiffany tira del bajo de su chaqueta de punto, visiblemente incómoda.

—Lo siento —dice, encogiéndose de hombros con tristeza, mientras regresa a su asiento.

Antes de sentarse, se saca del pelo el bolígrafo con borla. Sus ojos centellean mientras empieza a escribir con ahínco una vez más. Se acabó.



TREINTA

La fiesta está en pleno auge cuando regresamos. La música retumba en mis huesos, pero no identifico la melodía.

Elisa murió a manos de los centinelas.

Los mismos que pusieron el punto de mira sobre anómalos inocentes.

Iván estuvo robando poderes del ateneo.

Guardamos silencio mientras regresamos, tratando de procesar el alcance de lo que acabamos de ver.

Los centinelas eran tan perversos como nos temíamos. Y han desaparecido.

Pero no por propia elección, sino porque les traicionaron, lo que significa que seguramente estarán buscando la forma de volver. Solo es cuestión de tiempo que Iván encuentre lo que quiere.

Así pues, aunque gane el torneo, aunque consiga revertir mis poderes..., algún día me encontrarán.

Algún día, pagaré por lo que hice. Pagaré por haber participado en este torneo. Pagaremos todos.

Haga lo que haga, estoy condenada.

Sapphira se sitúa a mi lado mientras avanzamos entre los árboles, de regreso a la fiesta. Reduzco un poco el paso y giro la cabeza para mirarla. Tiene la mirada perdida, las pestañas empapadas de lágrimas. Cuando nos alejamos lo suficiente de Sam y Aldrick, me doy la vuelta hacia ella.

Algo se quiebra en mi interior. Estoy harta de secretos. ¿Qué han hecho por mí hasta ahora, aparte de arruinarme la vida y partirme el corazón?

—¿Qué demonios significa «lo malo conocido», Sapphira? ¿Por qué no me lo cuentas de una vez? —inquiero, pagando con ella toda mi frustración. Sé que no debería hacerlo, pero estoy cabreada.

Sapphira tiene la mirada perdida y percibo un caos en su interior. Algo la está consumiendo por dentro.

—¿Sapphira? —inquiero, suavizando el tono.

Ella parpadea, después se pasa la lengua despacio por el labio inferior. Se sorbe la nariz y me mira a los ojos.

—No significa nada, Vesper.

Abro la boca para protestar, pero ella niega con la cabeza.

—Me equivocaba. Lo malo conocido es tan malo como lo que está por conocer.

Me sostiene la mirada, después se encoge de hombros mientras sus ojos se cubren de lágrimas. Se muerde el labio inferior para controlar un tembleque.

—¿Cómo podemos ser buenos en un mundo que... no lo es? —dice con un hilo de voz, mientras contempla el cielo nocturno.

La desesperación se enrosca en mis entrañas como si fuera una columna de humo. No tengo respuesta para ella.

—Estabas intentando decirme algo, Sapphira.

—Fue una estupidez, Vesper. Yo confiaba en algo que nunca sucederá... Conoces esa sensación, ¿verdad? —me pregunta, mirándome a los ojos—. Era un callejón sin salida.

Se me saltan las lágrimas. A nuestra espalda resuenan los ecos de la fiesta; los chicos a los que hemos mentido y hecho daño nos están esperando, convertidos en siluetas que asoman por el horizonte.

¿Y para qué?

Todo esto, esta búsqueda, esta esperanza..., han sido en vano. No hay esperanza ni sensación de cierre. Solo queda el recuerdo de unos gritos grabados a fuego en mi memoria.

—Me apetece beber algo —dice Sapphira al fin, un poco más animada al pensar eso—. Quiero una de esas bebidas centelleantes que tenía Wex. Esta noche quiero fingir que soy la chica que era antes de que todo se fuera al garete.

Su voz se va volviendo más fuerte mientras se seca las lágrimas. Me mira con gesto expectante y me tiende la mano.

No sé si es por la desolación, por el miedo o por la decepción, pero el caso es que se la agarro.

Me planto ante la caseta de las bebidas llamativas y pego un manotazo sobre el mostrador, como he visto hacer en las viejas pelis del oeste. La mujer de las pestañas moradas me mira mal, así que dejo un billete de veinte en la barra como propina. Lo saqué de mis ahorros antes de marcharnos, con intención de gastarlo solo en caso de emergencia. Y esto lo parece. La tipa me entrega mi bebida rosa sin mediar palabra.

Está rica, pero no tanto como para justificar que la esté engullendo tan rápido.

Bah, qué más da.

Sapphira se ríe mientras engulle su copa a mi lado.

Bebo un poco más hasta que me envuelve una calidez agradable y me siento mejor. No estoy ebria; recuerdo cuando me emborraché con Lindsay en el sótano de la casa de su madre, y aún no me he puesto a imitar unas pistolas con los dedos —con sus correspondientes «piun, piun»—, así que todavía no voy pedo.

Pero siento un calorcito. Y me siento..., me siento bien.

Eso es lo curioso de estar jodida hagas lo que hagas, ¿verdad?

Que nada importa.

Así que debería comer, beber y divertirme. Porque mañana podría morir, literalmente.

O podría ganar y dejar a Sam en la estacada.

Ya he cumplido con lo de beber..., así que solo falta lo de divertirme. Y sé justo lo que necesito.

Abigail aparece por detrás de mí.

—Hola. ¿Estás bien? —pregunta—. Sam me ha dicho que lo de ahí abajo fue duro.

La miro, se le ha emborronado un poco el pintalabios. Ya lo pillo: Wex. Suelto una risita y me cubro la boca con el reverso de la mano.

De repente, empieza a sonar música. Es una canción pegadiza que inunda mi cuerpo con su ritmo.

—¿Vesper? —pregunta Abigail. La miro—. ¿Estás bien?

—No quiero hablar de ello. ¿Aún tienes el lápiz de ojos?

Abigail y yo nos metemos en el baño atestado, nos apretujamos en una esquina. Miro hacia arriba y ella me pinta la raya y me aplica otra capa de rímel. El alcohol es como un cemento placentero en las extremidades mientras doy golpecitos con el pie al ritmo de la música que resuena a través de la pared en la que estoy apoyada, hasta que Abigail me dice que me quede quieta. Me quita la banda del pelo, saca un botecito de laca de su bolso y me rocía las raíces. Me pinta los labios y me ayuda a ceñir un poco más el vestido, utilizando un imperdible. Tras quedarse pensativa unos segundos, retrocede y sonrío.

—Ahora sí que estás cañón.

Abigail se aparta para que pueda ver mi reflejo bajo la tenue luz del baño.

Ojos pintados. Labios rosas. Escote generoso (ya ni me acordaba de que lo tuviera). Y, durante unos segundos, vuelvo a ser la misma de antes.

Soy Vesper Montgomery. Me preocupa mi nota media y tener hora para volver a casa. Estoy colada por un chico de mi clase. Soy normal.

No durará mucho, pero lo aprovecharé mientras pueda.

Entonces, salgo al amparo de la noche, la música reverbera en mis huesos. Me invita a acercarme.

¿Y sabes qué? Voy a hacerlo. Voy a darlo todo. No sé dónde se habrán metido los demás, pero me da igual.

Agarro a Abigail de la mano y atajamos entre los árboles. Me río, aunque todo se haya ido a la mierda. No hay futuro, así que esta noche pienso divertirme un poco.

La pista de baile está repleta de cuerpos sudorosos y entrelazados. Un espectro ha hecho aparecer unas serpientes centelleantes de luz pálida que se enroscan y se retuercen sobre la pista, proyectando unas sombras

extrañas y sugerentes sobre el entorno. En el ambiente flotan partículas de purpurina.

Abigail y yo entramos y entrechocamos nuestros cuerpos al bailar.

Ella grita de alegría, yo la imito.

No sé cuánto tiempo pasamos aquí. Las canciones se entremezclan entre sí, me arden los músculos. Un tío me ha preguntado si puede bailar conmigo. Es mono, me halaga que me lo haya pedido. Además, huele bien y sabe moverse, y yo estoy decidida a aprovechar las ocasiones que se me presenten. El sudor me corre por la espalda mientras la canción vuelve a cambiar. Levanto la cabeza y me doy cuenta de que estamos en el borde de la pista de baile. Las lámparas de araña que penden de los árboles que rodean el claro proyectan una luz tenue que danza sobre el suelo del bosque. Mis ojos advierten algo.

Es Sam.

Está solo, sentado en un sillón orejero debajo de un árbol, con una cerveza en la mano.

No parece contento de verme. Saber eso me provoca una descarga de adrenalina y me pongo a menear las caderas con más ímpetu junto a mi pareja de baile, levantándome el vestido un poco más, mientras me alboroto la melena. Es una vulgaridad y sé que, si estuviera sobria, me avergonzaría.

Pero, como no lo estoy, me da igual.

A Sam tampoco le importa. Tengo que recordar eso. No le importa. Es imposible.

Me doy la vuelta para bailar de frente a mi pareja, solo para hacerle saber a Sam que no estoy pensando en él. Las luces se tornan moradas y rojas cuando la canción cambia de nuevo y un ritmo más grave y provocativo emerge de los altavoces. El tío me impulsa hacia él. Inclino la cabeza hacia delante.

La música se adentra en mi pecho y lo único que quiero hacer es olvidar. Quiero hacer que todo desaparezca.

Pero el eco de los gritos que escuché en el recuerdo de la cronista resuena en mi cráneo. Levanto la cabeza del pecho de mi pareja mientras se arremolinan unos pensamientos en mi mente, despejando el aturdimiento inducido por el alcohol.

El gesto de rabia en el rostro de la desposeedora.

La mano inerte de una hija en los brazos de su madre.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta el tío que tengo delante.

—Necesito un poco de aire.

—Estamos en la calle —le oigo murmurar mientras le aparto.

Sin saber hacia dónde dirigirme, me abro camino entre los árboles, hacia la oscuridad, caminando por debajo de las lámparas que cuelgan de las ramas, ignorando los cuerpos que están recostados sobre las mantas que cubren el suelo.

Mis ojos derraman unas lágrimas cuando llego a un claro.

Hay tanta muerte acechando alrededor de mi corazón, tanta tragedia y oscuridad, que acabarán asfixiándome. Pensé que podría ahuyentar las sombras, pero son demasiado densas como para disiparlas con una bebida rosa y un poco de música de baile.

Tengo diecisiete años. No debería ser capaz de extraer el miedo de la gente. No debería tener que decidir qué heridas merecen ser cicatrizadas.

Debería estar en casa. Debería estar con Carmen, ocupándome del castillo hinchable durante el festival de acción de gracias de mi parroquia. Debería estar enviándole a Iris pantallazos de publicaciones ridículas de Tumblr para oír cómo se parte de risa en la habitación de al lado. Debería estar gritándole a Jack por hacer el salto del tigre sobre mi cama cuando mamá le envía a despertarme.

No debería sentir cosas por Sam, cuando sigue enamorado de Elisa.

Cuando sigo empeñada en traicionarlo. En arruinarle la vida.

Caigo de rodillas. En cuanto mis manos tocan el suelo, unas vetas luminosas se extienden por el terreno, expandiéndose en forma de espiral. Se extienden por los árboles, envolviendo las ramas, como hileras chisporroteantes que se diseminan entre la oscuridad. Enseguida, el claro reluce con una luz suave y dorada. Las vetas se deslizan por el suelo, entrelazándose a escasos centímetros de la superficie. Tentáculos de luz se desperdigán entre las flores que brotan al pie de los árboles, proyectando diferentes colores sobre los troncos.

Unos luminarias los dejaron aquí. Mi roce los ha activado.

Sé que hay una explicación racional para esto. Lo sé. Aun así, se me entrecorta el aliento. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Presiono la palma de la mano en el suelo, con cuidado. Está caliente, pero no arde. El tacto resulta agradable, en contraste con el frío de la noche, así que me recuesto, dejando que las vetas luminosas me calienten la espalda mientras contemplo los puntitos de luz que salpican el cielo nocturno.

Duncan cree que hay algo velando por nosotros, algo que dará sentido a todo este caos. Mis padres también lo creían.

Le debo mi nombre a esa esperanza.

Una esperanza que he dejado de sentir, aunque me gustaría conservarla. Mientras estoy aquí tumbada, bullendo por dentro y mirando las estrellas, me gustaría creer en los milagros. No he vuelto a rezar desde el incendio. El miedo es como una mala hierba que enterró esa parte de mí, despacito pero sin pausa. Me dejé abrazar por el terror, abandoné la reconfortante plenitud de la esperanza.

—No entiendo nada —digo, con un nudo en la garganta, fruto de la tristeza, de la rabia y del miedo—. No entiendo nada —repito, y unas lágrimas calientes se escurren por los laterales de mi rostro, mezclándose a la altura de mis sienes.

—¿Vesper?

Me incorporo, sobresaltada. Sam está ahí, mirándome, mientras otea el claro con los ojos como platos.

—¿Qué es esto? —pregunta, con el aliento entrecortado.

—Vetas de luminarias. Son los anómalos que controlan la bioluminiscencia.

—Es precioso.

Asiento, mientras me seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—¿Puedo? —pregunta y yo vuelvo a asentir.

Se acerca con cuidado y luego se sienta.

—Huy —dice, pegando un ligero respingo antes de acomodarse del todo.

Suelto una risita.

—Sí. Está caliente.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

Lo miro, después miro al cielo.

—Rezar.

Sam sonrío y la luz de las vetas hace que parezca más guapo de lo habitual, si es que eso es posible. Se me encoge el corazón. Miro al cielo, porque la belleza que hay ahí arriba resulta menos devastadora. Cuando miro a Sam soy incapaz de pensar con claridad.

—¿Y? —pregunta.

Me quedo pensativa.

—De momento, nada.

—Sigue esperando.

A regañadientes, dejo de contemplar las estrellas y vuelvo a mirarlo a él, consciente del peligro al que me estoy exponiendo.

—Las oraciones suelen obtener respuestas inesperadas —susurra.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya has visto el mal al que nos enfrentamos. La muerte que nos acecha. Viste lo que le ocurrió a Elisa. La mataron porque tenían miedo de ella. De ella y de docenas de personas más. Son unos monstruos.

Agacho la mirada. No hace falta que se lo recuerde. Ya lo sabe.

—Lo siento —susurro. Mi voz apenas se deja oír entre la brisa que me alborota el pelo—. Esas respuestas no nos sirvieron de nada, ¿verdad?

Sam me mira a los ojos, después niega con la cabeza.

—No. De nada.

—Lo siento mucho, Sam —susurro—. Pensé que podría arreglar las cosas.

Sam baja la mirada hacia mis labios, se pone tenso.

—Quería arreglarlo —murmuro, inclinándome hacia un lado. Hacia Sam.

—Vesper —susurra él.

Tiene la voz ronca, percibo en ella un anhelo y... ¿una disculpa? Me aparto.

—Yo... —comienza a decir.

Ay, Dios. Lo he malinterpretado. ¿En qué estaba pensando? Sam acaba de descubrir por qué mataron a su novia hace dos años. Me muero de

vergüenza. Me inclino hacia atrás, deseando que me trague la tierra.

—Lo siento mucho —digo, poniéndome en pie.

El frío impacta contra mi piel, el cambio de temperatura me entrecorta el aliento. Pero Sam me agarra por las muñecas antes de que pueda irme corriendo. Lo miro a los ojos, los suyos despiden un fulgor, aprieta y afloja la mandíbula a medida que inspira hondo.

—Quédate, Vesper.

Lo dice con un susurro ahogado, pero yo vuelvo a ponerme de rodillas, con la mirada fija sobre la cálida luz que palpita a través del suelo. Sam me acerca hacia él; me gustaría apartarle y decirle que lo olvide, que no soy su bálsamo, ni su divertimento, ni su redención. Pero no lo hago.

No le mires. No le mires...

Mierda. He mirado.

Y Sam también me está observando, de esa manera tan suya, después inclina la cabeza hacia mí y de repente pruebo sus labios. Suavemente, al principio, entonces él exhala sobre mi boca, como si estuviera tomando aliento. Es un beso titubeante, todavía me tiene agarrada por las muñecas, mientras el tiempo se detiene a nuestro alrededor.

Y entonces se acabó la suavidad. Me recuesto sobre el suelo térmico del bosque y Sam se tiende sobre mí, abrazándome con ansia, profiriendo un ruidito animal desde el fondo de su garganta que me pone a mil. Nuestras lenguas se cruzan, me pego a él como si fuera mi redención. Le muerdo el labio, él me desliza una mano áspera por el muslo.

Su boca me recorre el cuello, yo le levanto la camiseta y extendiendo los dedos sobre sus costillas. Las voy contando, apropiándome de ellas.

Sam me besa como si le fuera la vida en ello, y me doy cuenta de que yo estoy haciendo lo mismo.

Entonces se aparta, apoya la frente sobre la mía.

—No puedo seguir —susurra, pero yo vuelvo a guiar sus labios hacia los míos, y él suelta un gruñido de sumisión, entregándose a mí.

Compartimos esta sombra, rodeados de tierra y luz, mientras el calor que irradian nuestros cuerpos se rebela contra el frío nocturno. Este momento no puede durar, así que lo memorizo todo. El roce de su lengua, el sabor de sus labios. Sus gemidos que reverberan al fondo de mi garganta.

Cuando se aparta me mira a los ojos; me alucina lo verdes que son los suyos.

—Creo que tenemos que hablar —dice, bajando la mirada hacia mis labios, obnubilado. Me encanta que esté así, aunque al mismo tiempo detesto esas palabras, porque sé que son ciertas.

Presiono mis labios contra los suyos, él profiere un sonido que jamás había oído antes y que quiero volver a escuchar. Se lanza sobre mí y yo resuello, apoyándole las manos en el pecho mientras aumenta la presión de sus besos.

Me palpan las manos y siento un extraño tirón.

—Hablemos —susurro, con los labios pegados a los suyos.

Sam asiente e inspira hondo mientras se incorpora.

—Pero supongo que deberíamos hablar en vertical —susurra, tragando saliva—. Si no, va a ser imposible.

Asiento, tratando de contener en vano este placer vertiginoso que se extiende por mi pecho. Sam se levanta y alarga el brazo para ayudarme. Me pongo de pie, ajustándome los tirantes. Me detengo al ver que se ha quedado inmóvil.

Miro hacia arriba.

Abigail, Wex y Aldrick están en la linde del claro, con los ojos como platos.

—Ups. Eh... —comienzo a decir, consciente de que esto no tiene vuelta atrás.

Estoy hecha un lío, despeinada, ruborizada y manchada de tierra. Miro a Sam, que me mira de soslayo antes de volver a fijarse en el grupo.

—Chicos —dice, pero se interrumpe cuando advierte que no nos están mirando a nosotros.

Están mirando a algo que tenemos detrás.

Me doy la vuelta al oír el chasquido de unas ramitas en la oscuridad.

Una figura emerge de entre las sombras.

Lleva el pelo recogido hacia un lado, en una coleta, con un chaleco de cuero desabrochado hasta el esternón. Pero lo que me sobresalta no es su forma de mirar a Sam. Ni siquiera es el hecho de que la he visto antes, ni el

espanto que me embarga al reconocer las palabras que lleva tatuadas en el cuello.

Es la desposeedora de la visión.

La hija de Iván.

Pero ninguno de esos detalles me deja tan estupefacta como la palabra que emerge de los labios de Sam:

—¿Elisa?

Elisa. Elisa la desposeedora, la chica que protagonizó la visión que nos mostró la cronista, la misma que estoy intentando traer de vuelta. Elisa, la novia cuyo cadáver apareció en el puerto. Las dos son la misma persona.

Y, de algún modo, yo la he extraído del interior de Sam, que avanza un paso, extendiendo una mano temblorosa. Da otro paso, pero ella desaparece sin dejar rastro.

Sam se da la vuelta y me mira, con el rostro desencajado. Entonces yo empiezo a unir todas las piezas, fragmentos caóticos de carne y sombra.

Echo a correr.

Sam me sigue, pero no me detengo.

Corro entre la oscuridad, tropezando con las raíces de los árboles, hasta llegar al saliente que asoma a Pfeiffer Beach. Me desplomo junto a un árbol y hundo el rostro entre mis manos. Los sonidos procedentes de la hoguera —risas y cánticos estridentes— se elevan desde la playa, donde la fiesta sigue a todo gas.

—¿Vesper?

Le oigo aproximarse, así que me levanto.

—No des un paso más —le advierto. Detesto que se me quiebre la voz por culpa de los sollozos—. Me mentiste.

Sam niega con la cabeza.

—No, no te mentí.

—¡Me dijiste que era una metalurga! Y me contaste esa trola acerca de cómo os conocisteis, lo de que ella era una ladrona...

—Eso era verdad —dice Sam, acercándose. Yo retrocedo—. Nos conocimos la noche que desposeyó a mi hermana. Lo que estaba robando era el poder de Cheyenne. Para salvarle la vida.

Recuerdo la historia que me contó en el coche.

«¿Y qué estaba haciendo en casa de tus padres?».

«Pues... robar, sí».

Meneo la cabeza, exasperada, con los ojos cerrados a cal y canto.

«La causa oficial de la muerte fue... desconocida».

Todo encaja. Las flores de acónito que había en su apartamento no eran un aviso de los centinelas. Eran suyas. Era Elisa quien las repartía.

Todo empieza a cobrar forma, mientras mantengo los ojos cerrados.

Dos años atrás. Fue entonces cuando se anuló la regla de la sombra. Cuando se produjo el revuelo. No fue cosa de Ananias.

Lo hizo Elisa, al desposeer a los centinelas.

La voz de Sam me trae de vuelta al presente:

—Vesper, cuando te conocí, yo no sabía que ella era esa desposeedora, ¿vale? Solo sabía que era una desposeedora más, y no pretenderás que lo utilizara como argumento a mi favor, teniendo en cuenta la opinión que tenías de ellos. —Se pasa las manos por el pelo—. No lo sabía. No sabía que era la hija de Iván. Lynn mencionó el tatuaje, pero quise creer que todos los desposeedores llevarían el mismo.

—Pero lo supiste. Lo confirmaste cuando la viste aparecer en la visión de la cronista.

Sam traga saliva con fuerza y agacha la cabeza.

Sí.

—Tendrías que habérmelo dicho en ese momento.

—Lo sé. Pero estaba asustado.

Respuestas bruscas, en plan toma y daca. Sam ni siquiera recula.

Ya he oído suficiente. No puedo creer que pensara que podría besar a un chico sin que el mundo se viniera abajo.

—Y luego ¿qué? —Hago una pausa, para asegurarme de que puedo seguir sin echarme a llorar—. ¿Te enrollaste conmigo en plan maniobra de distracción?

Avanzo para pasar de largo junto a él, pero Sam me corta el paso. Está enfadado.

—¿Distracción? Vesper, ¿te das cuenta de lo que acaba de pasar? ¿Eres consciente?

Aprieto la mandíbula. Al ver que no respondo, continúa:

—Sacaste mi miedo al exterior. Supongo que estábamos tan... —No termina la frase, porque creo que sabe que no le servirá de nada en su argumento.

—Sí. Ya sé lo que ha pasado. Ocurre casi siempre que me cabreo, pero no sabía que pasara también cuando estoy...

Me pongo roja como un tomate. No voy a poder terminar esa frase de un modo decoroso, eso seguro.

—Vete a la mierda, Sam —le suelto al fin.

Quiero salir aquí antes de que lleguen las lágrimas de verdad. No puedo permitir que sepa lo que ha significado ese beso. No puedo permitir que perciba el dolor que me produce esta situación.

Está claro lo que ha ocurrido. Su mayor miedo es que Elisa le sorprendiera engañándola, y así ha sido. Me arde la piel en los puntos donde me rozaron sus labios, y me pregunto si algún día llegará a curarse. Puedo enfadarme con él cuanto quiera. Puedo echarle la culpa de todo y dejar la responsabilidad en sus manos, pero yo sabía lo que estaba pasando. También sabía lo de Elisa. Al fin y al cabo, estoy peleando para resucitar a la chica que acaba de atravesar las fronteras de la muerte y el tiempo para pillarme enrollándome con su novio en el bosque.

Paso de largo junto a él, hacia las sombras. Aldrick está ahí, junto con Sapphira, que parece confusa cuando ve mi rostro surcado de lágrimas.

Sapphira me tiende una mano y yo la acepto.

Sam hace amago de seguirnos, pero oigo cómo Aldrick le detiene:

—Ni se te ocurra. —Solo ha hecho falta que me hiciera daño una vez para acabar en su lista negra.

Sapphira me conduce hasta la furgoneta de la gruta y nos montamos en la parte de atrás. Yo no digo nada, y ella no espera que lo haga. Trago saliva, todavía me sabe a Sam. Es entonces cuando llega el dolor, palpable e intenso, como una fractura ósea. Sapphira me abraza y me acuna sobre su pecho.

Yo lloro y lloro y lloro por un chico que me ha roto el corazón.

Volvemos a ser chicas normales y corrientes.

Y no veas cómo duele.

Regreso a casa con Aldrick y Sapphira. Por el camino, me quedo dormida en la furgó, agotada por el llanto y el alcohol. Horas después, cuando al fin llegamos, noto cómo Aldrick me coge en brazos y me lleva dentro, para después acostarme en la cama donde dormí aquella primera noche.

Sueño que los besos de Sam me dejan flores de acónito en la boca. Las escupo y lanzan chispas al tocar el suelo.



TREINTA Y UNO

Me encuentro frente al hospital Baldwin; aún no sé cómo me he convencido para venir aquí.

Necesitaba alejarme de todo.

Lo que necesito realmente es alejarme de mí misma, pero, como eso no es posible, decidí montarme en un tren.

No me quedan fuerzas para seguir adelante. Necesito recordar por qué me metí en esto.

Nada de fotos ni de llamadas telefónicas.

Lo de Sam me ha dejado tan tocada que eso ya no funciona.

Necesito ver a Carmen.

Y es ese pensamiento lo que me impulsa a entrar, pasando de largo junto a un matrimonio mayor con un globo que dice: «¡Es una niña!». Cruzo el segundo par de puertas automáticas. Subo en ascensor.

Atravieso un pasillo.

Llego hasta la puerta que dice: «Centro de rehabilitación Mary Lou Wiles».

Ni me lo pienso. Si lo hiciera, me echaría para atrás.

Pulso el botón y las puertas se abren.

Entro. No sé qué me esperaba encontrar, pero el ambiente es más desenfadado de lo que pensaba.

En una habitación hay unos niños riendo y jugando con unas pelotas saltarinas. A mi izquierda, hay una reunión de grupo. Está hablando una chica que tiene un brazo vendado.

Un niño pequeño pasa junto a mí, con el cuello repleto de vendajes, acompañado por un enfermero con un uniforme rosa. El niño me mira de arriba abajo antes de hacerme señas para que me acerque.

Me arrodillo, lentamente, mientras me inspecciona.

—¿Estás herida? —me pregunta en voz baja.

Esas palabras impactan de lleno contra mi pecho. Suelto una mezcla entre un sollozo y una risita, después asiento con la cabeza.

—Sí. Creo que sí —respondo—. ¿Tienes algún consejo para ayudarme a ser valiente? Tienes pinta de ser un experto.

El niño frunce los labios y se despegua una pegatina del reverso de la mano. Me la pone a mí, asintiendo una vez con la cabeza.

Le devuelvo el gesto, entonces el enfermero le hace señas para continuar.

Miro la pegatina. Es una vaca abrazada a un corazón. «Te quiero muuuucho», pone.

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué pensé que podría hacerlo? Esto es un acto de egoísmo. ¿Me presento aquí, a poner la vida de Carmen patas arriba, solo para sentirme mejor?

Me doy la vuelta y entonces la veo.

Está al otro lado de la estancia, hablando con un tipo con un jersey gris. Carmen desvía la mirada un instante y se topa con la mía; entonces, se queda paralizada, boquiabierta. Le toca el brazo al tipo para excusarse, mientras yo intento escapar de aquí.

—¿Vesper? —susurra con incredulidad.

Cruzo las puertas y salgo al pasillo. Me pongo a pulsar como loca los botones del ascensor, como si el ascensor fuera a decir: «Ostras, esta chica va en serio, será mejor que me dé prisa».

Pero no llega.

La que llega es Carmen, que se acerca por detrás.

No dice nada, pero la reconozco por la respiración. Respira como siempre.

Me doy la vuelta.

Mi hermana tiene el lado izquierdo de la cara en carne viva, no queda rastro de las cejas ni las pestañas. Una cicatriz le impide abrir la comisura

de la boca. Unas lágrimas relucen en sus ojos mientras se acerca a mí, con los brazos extendidos. Intento retroceder. No merezco ese abrazo. No merezco su perdón. Pero ella redobla el esfuerzo, me agarra de la sudadera y tira de mí. Nuestros cuerpos se chocan, ella me apoya una mano en la nuca y nos dejamos caer juntas al suelo mientras me dejo llevar por el llanto.

—Déjame que al menos llame a mamá —dice Carmen.

Estamos en el patio, junto a la fuente. Mi hermana ha traído unos cafés del puesto que hay junto a la entrada, donde conocía al camarero por su nombre de pila.

Niego con la cabeza mientras jugueteo con la tapa de la taza.

—No puedo hacer eso. Ya ha sido bastante duro venir aquí.

Se sienta de medio lado, con los pies arremetidos por debajo del cuerpo, mientras observa a una familia de patos vadeando el estanque. El cielo está nublado y Carmen se ha puesto la capucha.

Hemos hablado de todo. Carmen me ha contado que, cuando me marché, papá les explicó lo de los anómalos. Le contó la verdad a mi familia. También me ha hablado de sus injertos de piel, y me ha costado horrores no echarme a llorar al pensar en el dolor que habrá tenido que soportar. Yo también se lo he contado todo. Adónde fui. Qué he estado haciendo.

No estamos en paz. Eso lo sé. He desaparecido durante casi dos años y tengo muchas cosas por las que responder.

—Nos rompiste el corazón —dice mi hermana.

—Lo sé.

—No, no tienes ni idea.

Suelto una carcajada apesadumbrada.

—Vale. Ya sé que no tengo ni idea. Os arruiné la vida. Y nuestro hogar.

Me interrumpo cuando Carmen me coge de la mano.

—No me refiero a eso. Que le den a la casa. Sobrevivimos, eso es lo importante. Pero te perdimos a ti, y esa fue una herida imposible de cicatrizar. Jack sigue furioso por ello. Como todos, creo. Pero tú sigues pensando en la pérdida de la casa. O de lo que había dentro. O en mi

pérdida. —Se señala el rostro—. Pero la cuestión es que, cuando se disipó la humareda, Vesper, tú no estabas a nuestro lado.

Me deslizo la lengua por los dientes, sin saber qué decir.

En parte porque no sé lo que implicaría creer esas palabras. Me parece imposible que exista esa clase de absolución. Tengo las manos demasiado manchadas como para aceptar algo así.

—Todo empezó como una huida sin mirar atrás, pero luego cambió. No quería volver con las manos vacías. Pensé que podría... —Me interrumpo, consciente de que lo que voy a decir puede parecerle una locura— arreglarlo.

Carmen da un sorbo de café y menea la cabeza. Supongo que ha tenido tiempo de sobra para acostumbrarse a esta clase de locuras. Al fin y al cabo, su hermana pequeña incendió una casa con la mente.

—Me alegra que no encontraras una forma de «arreglarlo», Vesper. Porque no hay nada que arreglar.

La miro con extrañeza y ella niega con la cabeza.

—Puedes martirizarte cuanto quieras si te sientes mal por mí. ¿Es eso? Por favor, dime que no les has roto el corazón a nuestros padres y te has metido en el mundo de las peleas clandestinas solo porque sentías lástima por mí.

Por primera vez, percibo cierto enojo en su voz, lo cual me desconcierta. Carmen se revuelve sobre su asiento.

—¿Sabes que siempre me consideré una cobarde? Desde pequeña. —Mi hermana se queda mirando a un pato que se zambulle bajo el agua, su cuello esmeralda reluce bajo la luz del sol—. Tú eras la que siempre intentaba dar saltos mortales desde el trampolín. Iris veía pelis de miedo con papá sin inmutarse y Jack contuvo el llanto aquella vez que se rompió el brazo. ¿Te acuerdas?

Claro. Jack se cayó de la bici en un callejón sin salida al lado de casa y volvió por su propio pie, con el hueso asomando, como si nada.

—En cambio, yo era la que dormía con una luz encendida a los dieciséis años. Yo era la que os decía que tuvierais cuidado, que os anduvierais con ojo. Pero ¿esa noche? —Inspira una bocanada honda y trémula—. ¿Sabes por qué me hice esto? —pregunta, señalándose la cara.

Estoy a punto de responder: «Porque soy un monstruo de la naturaleza», pero Carmen me interrumpe.

—Volví corriendo a buscar a Jack. Se cabreó con mamá antes de irse a la cama y cerró la puerta con pestillo. Se derritió y se quedó encerrado. Le oí y regresé. Estaba muerta de miedo, Ves, pero no había excusa posible. Tiré la puerta abajo. Aquella noche descubrí quién soy. Pagué el precio. —Señala sus quemaduras—. Pero no quiero renunciar a ello.

Creo que Carmen percibe mis dudas, porque me pega un apretón en la mano.

—No quiero renunciar a ello. Es más, no está en tu mano decidirlo. No sé qué anduviste buscando antes de volver a casa. Pero créeme cuando te digo que lo único que queríamos era tenerte de vuelta.

Inspiro una bocanada trémula, porque esta es la primera vez que pienso en el incendio sin que me entren ganas de vomitar. No sé cómo procesarlo.

—¿Te quedarás? —susurra—. Papá llegará enseguida para recogerme.

Mi corazón pega un vuelco ante la idea de ver a mi padre. Niego con la cabeza.

—No..., de momento. Tengo que volver a casa con Sam. —Levanto la cabeza de golpe, consciente de mi desliz—. No, mierda, no quería decir...

Pero Carmen sonrío con calidez y me estrecha las manos entre las suyas.

—Sí querías decirlo. Y eso es bueno, Vesper. ¿No te das cuenta de que...?

Se interrumpe, toma aliento y lo vuelve a soltar, sin separar los labios.

—Antes de que te fueras, ya estabas ausente. ¿Sabes a qué me refiero? Dejaste el equipo de animadoras. Dejaste de hablar con tus amigos. Te pasabas el día encerrada en tu cuarto. Dejaste de ser... Vesper.

Se me saltan las lágrimas, pero las contengo.

—Creo que hiciste mal en marcharte. —Me levanta la barbilla—. Pero no creo que te equivocaras al encontrar a alguien que te ha hecho sentir de nuevo como si estuvieras en casa.

Las lágrimas se derraman por mi rostro.

—Creo que la he cagado, Carmen. La he cagado a lo grande.

—Pues ve a *descargarla* —me dice sin rodeos—. La vida es demasiado corta como para dejarlo correr.

Se inclina y me besa en la frente. Alguien la llama.

—¿Me disculpas un momento? —pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Se aleja para abrazar a un grupo de niños pequeños. Uno de ellos se le cuelga del cuello.

Garabateo una nota en su servilleta, después me marchó antes de que pueda detenerme.

Me escabullo por detrás de la hilera de árboles que conduce al aparcamiento, pero entonces veo algo que me obliga a pararme en seco. Me agacho un poco más en mi escondite verdoso.

Mi padre está saliendo del puesto donde venden café. Está igual que siempre, con la frente despejada y el pelo canoso peinado hacia atrás. Todavía lleva los vaqueros arremetidos por detrás de la lengüeta de sus desgastadas botas de senderismo, y seguro que Carmen se sigue riendo de él por eso. Arruga el *ticket* de compra mientras se acerca la taza a los labios para soplar el café.

De pronto, pienso en cuánta razón tenía. En todo. En lo de que los centinelas no habían desaparecido del todo. En lo de que mis poderes son peligrosos. En lo del caos que podían desatar.

Porque no puedo cambiar lo que ha ocurrido con Sam. Él ama a Elisa y quiere recuperarla. Y yo no puedo traicionarlo. Ahora lo sé. Creo que lo supe cuando vi cómo la miraba en el bosque, con esa expresión en la mirada.

Me apoyo en el tronco del árbol, cierro los ojos e intento ahuyentar ese recuerdo.

Carmen no quiere revertir lo ocurrido, pero ¿y mi padre? ¿Me seguirá temiendo?

Lo observo mientras atraviesa el patio y comprendo que solo hay una forma de descubrirlo.

Me acerco con cuidado, asegurándome de permanecer oculta bajo la sombra de los árboles. Levanto una mano y suspiro. Una única hebra de poder emerge de mí; resulta tan palpable como el aliento que sale de mis pulmones.

Se extiende por el aire, sorteando a otras personas hasta que alcanza a mi padre. El poder se adentra en su espalda. Entonces hago una pausa,

preguntándome si lo habrá notado. Mi padre alza la mirada mientras la magia se asienta entre sus omóplatos, pero no se detiene. Cierro los ojos y empiezo a rebuscar en su interior, con toda la rapidez y el sigilo posibles.

Sigo el crepitar del fuego, porque sé que es allí donde encontraré el miedo de aquella noche. Es allí donde encontraré el miedo que yo le provoqué. Lo encuentro: es un recuerdo que huele a ceniza y despiden un fulgor anaranjado. Lo envuelvo con mi magia y me asomo a su interior.

Veo a Carmen, tendida en una camilla dentro de la ambulancia. Veo a Iris, cubierta de hollín, con Íñigo en brazos. Veo a mi madre abrazando a Jack, que llora sobre su hombro.

Resulta casi insoportable, me cuesta horrores no recular y salir corriendo. Pero entonces la escena cambia. Ahora veo la ambulancia vacía, el tubo de la vía que me pusieron pendiendo inerte por un lateral, después de mi huida.

«¿Cómo que se ha ido?», exclama mi madre.

La escena vuelve a cambiar. Veo la sala de espera de un hospital, con una silla vacía entre Iris y Jack. Veo el interior de una comisaría, donde mi madre le está gritando a un detective que está detrás de una mesa para que «haga algo».

El miedo se arremolina y veo incontables reiteraciones de lo mismo. Un hueco vacío en la mesa. Mi madre contemplando una foto mía, con el rostro bañado en lágrimas.

Tardo un rato en comprender que ese miedo no lo he producido yo.

Lo que teme mi padre es perderme.

Extraigo mi poder tan rápido que casi no advierto lo que trae consigo. Mientras me alejo de los miedos de mi padre, percibo otra visión. El callejón. Veo a un hombre que se detiene, su silueta se gira bajo una luz fluorescente. «Si no puedes cumplir con nuestras órdenes, entonces no nos sirves de nada», dice.

Su voz me resulta familiar, pero no puedo permanecer aquí más tiempo.

Salgo del interior de mi padre con todas mis fuerzas, después caigo de rodillas, resollando. El suelo está húmedo, me empapa los vaqueros en segundos mientras hincó los dedos en la corteza del árbol y trato de recobrar el aliento.

Cuando levanto la cabeza, veo a mi padre. Se da la vuelta, escrutando los árboles con la mirada. Ha tenido que notar lo, seguro. Perdí la sutileza en la recta final.

La cabeza me da vueltas, noto una presión en el pecho cuando una certeza impacta contra mi maltrecho corazón.

Me he pasado tanto tiempo corriendo, huyendo, planeando e intentando encontrar un modo de enmendar lo que soy y lo que he hecho que no fui consciente del daño que estaba causando.

Se me saltan las lágrimas mientras apoyo las manos sobre la hierba mojada.

No quería volver a hacerle daño a nadie en mi vida, pero Carl está muerto. Mi familia se quedó tan destrozada por mi inexplicable desaparición como por el incendio en sí.

Y Sam.

Me quedé pillada por alguien que solo me veía como una gladiadora. Permití que mi alma se rompiera en pedazos mientras me hundía en mis sentimientos hacia él, mientras planeaba despojarle de la chica a la que ama en realidad. Tenía tanto miedo del monstruo que llevo dentro que no vi el monstruo en el que me estaba convirtiendo.

Arranco dos puñados de hierba mientras me incorporo, derramando las últimas lágrimas que penden de mis pestañas.

No puedo traicionar a Sam. No pienso hacerlo. Él quiere a Elisa, así que la traeré de vuelta. Le concederé la vida que anhela y luego tendré que dar media vuelta y enfrentarme a los escombros de la mía. Tendré que apegarme con lo que he hecho.

Con un gruñido, me incorporo, sacudiéndome la hierba de los vaqueros humedecidos.

A mí no me corresponde el final feliz. Cuanto antes lo acepte, antes alcanzaré ese desenlace. Sea cual sea.

Me cobijo aún más entre las sombras, sin mover ni un solo músculo hasta que mi padre se da la vuelta y se dirige hacia el banco donde está Carmen, que acaba de regresar y ha visto la servilleta. Se entristece al comprender que me he ido, pero creo que sabe que aún la estoy observando, porque se apoya las manos sobre el corazón.



TREINTA Y DOS

Voy en taxi a la fiesta. No quería ir con Aldrick. Prefería estar sola. Cuando llegamos, observo por la ventanilla a los invitados ataviados con vestidos y esmoquin que se dirigen al Palacio de Bellas Artes, un museo fabuloso situado en la parte superior de la península. Unas antorchas iluminan el sendero arbolado, proyectando sombras extrañas y fascinantes sobre los imponentes arcos y columnas.

—¿Seguro que este es el sitio, cielo? —me pregunta el taxista. Parece majo. Me recuerda un poco a mi abuelo.

—Sí, ¿por qué lo pregunta? —Le sonrío por el retrovisor y le pego un buen sorbo a mi granizado. Le pedí que parase por el camino en un 7-Eleven—. ¿No le parezco elegante?

Finjo observar mi atuendo con un gesto teatral. Llevo puesta la camiseta de 300 que utilizaba en los entrenamientos con las animadoras. Esa que está llena de agujeros y muestra una imagen de Gerard Butler gritando bajo la lluvia, con la frase «ANTES PERDER LA VIDA QUE EL HONOR». No he vuelto a ducharme desde antes del festival. Me apliqué un poco de la crema de Sapphira para el acné, pero luego se me olvidó enjuagármela. Llevo el pelo recogido en un moño y todas las pulseras de Aldrick que he podido encontrar. Eso, sumado a mis pantalones de chándal manchados de pintura y mis Converse, me convierte en un espectáculo ambulante digno de ver. Además, no he lavado estas prendas desde mi último entrenamiento con Wex, hace un par de noches, así que, si crees que voy hecha un adefesio, espera a olerme.

Porque, sí, Ananias dijo que tenía que presentarme con un atuendo formal. Pero estoy hasta el gorro de seguir las reglas, puesto que no me benefician en absoluto. No necesito impresionar a nadie. He llegado al combate final con independencia de lo que lleve puesto esta noche y no pienso depilarme las piernas por esta panda de memos.

Saludo desde la ventanilla, en plan reina, a una pareja de figurines que pasan a mi lado, asegurándome de sonreír de oreja a oreja con mis dientes manchados de granizado. El taxi se detiene y yo abro un pastelito de crema mientras le pago la carrera al taxista. Ah, sí, también llevo los bolsillos repletos de bollos.

—¿Sabes, cielo? Te diré lo mismo que a mis hijas —dice el taxista, que alarga el cuello para mirarme—: lo que importa es el interior. Así que entra ahí con la cabeza alta. Eres una criatura de Dios, no lo olvides nunca.

Me meto el pastelito entero en la boca.

—*Facias* —respondo con la boca llena, con una mezcla de solemnidad fingida y agradecimiento sincero.

Me bajo del taxi y lo observo mientras se aleja. Qué majo. Me pregunto si volveré a toparme alguna vez con alguien tan amable.

Me saco otro pastelito del bolsillo y lo abro mientras recorro el sendero hacia el museo. La gente me mira raro mientras le pego un bocado al bollo y lo riego con un trago de granizado.

—¿La fiesta es por aquí? —le pregunto a una mujer con un elegante vestido plateado. La tipa me mira de arriba abajo, tratando sin éxito de disimular su aversión.

—Disculpe, qué maleducada soy. ¿Quiere uno? —pregunto, sacándome otro pastelito estrujado del bolsillo.

La mujer se aparta, asqueada, y yo me encojo de hombros mientras me abro camino entre la horda de gente que se dirige a las escaleras del museo.

Le quito la tapa al granizado y sumerjo el bollito en el hielo antes de meterme la mezcla en la boca.

—¿Vesper? ¿Qué narices estás haciendo? —exclama alguien por detrás de mí. Me doy la vuelta a toda prisa, derramando parte del granizado.

Sapphira lleva puesto un vestido negro que realza sus curvas, con un escote generoso y una tira de tela que conecta los extremos del vestido a la

altura de la clavícula. Lleva el pelo engominado y recogido en una coleta y los labios pintados de un tono carmesí que contrasta con el austero maquillaje de los ojos.

—¡Hola, chica! —exclamo, inclinando el vaso para beber. El hielo se apelmaza y se precipita sobre mi rostro; entonces, empiezo a toser y a escupir cuando se me mete el líquido por la nariz—. ¿Dónde hay una papelera? —pregunto, con la cara pringada.

Sapphira me coge de la mano y tira de mí por el sendero, al amparo de las sombras. Pequeñas aglomeraciones de esmóquines, peinados de fiesta y vestidos centelleantes se abren a nuestro paso. Giramos a la derecha en lugar de a la izquierda, hacia el interior de un edificio situado enfrente de los arcos abovedados donde se celebra la fiesta. Oigo los ecos de un cuarteto de cuerda.

Recorremos varios pasillos de mármol hasta llegar a un pequeño cuarto de baño. Sapphira saca un neceser de debajo del lavabo y lo abre. Contiene peines, rizadoras y toda clase de maquillaje.

—Ostras. Has venido preparada —bromeo.

—A Ananias le gusta que sus empleados vayan de punta en blanco —responde—. ¿Se supone que esto es una especie de declaración de intenciones? —añade, señalando hacia mis pantalones de chándal, mientras me restriega una toallita caliente bajo los ojos.

—Sí, siempre que esa declaración sea: «Aquí está tu estrella, mira cómo tira su vida a la basura».

Me saco un pastelito del bolsillo y se lo enseño. Sapphira me lo arrebatada de un manotazo. El pastelito se estrella contra la pared, con fuerza.

—Al menos he venido —digo, desalentada. Porque eso es lo único que puedo decir. He venido. Voy a luchar por Sam y a darle lo que quiere.

Sapphira me aparta un mechón de la frente, con el ceño fruncido.

—Aún no me has contado lo que pasó —dice, mientras me extiende una especie de limpiador facial por la frente.

No le he contado que la novia de Sam es la desposeedora. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Fue un movida muy chungu. No quiero hablar de eso ahora.

Sapphira deja la toallita a un lado. Tiene ojeras, pero las ha disimulado gracias a su buena mano con el maquillaje.

—Tienes cara de sentirte igual que yo —digo.

—Estoy agotada —responde, haciéndome señas para que no me mueva.

Me desliza una serie de cepillos por las pestañas y los pómulos, me pasa la rizador por el pelo, después saca un vestido de una percha que cuelga del reverso de la puerta del baño.

—Es mi vestido de repuesto. Póntelo.

Obedezco sin rechistar. Me quito los pantalones de chándal y me pongo el vestido color azul cielo y cubierto de cristalitos. El tejido parece de seda y me siento como un guante. Sapphira saca del bolso unos tacones de repuesto y me los lanza. Me los ato y me enderezo mientras Sapphira me observa de arriba abajo, recolocándose un mechón de pelo antes de asentir con aprobación. Me miro en el espejo y me cuesta reconocermelo. Mis ojos centellean, mis labios han adoptado un cariz escarlata. Y no sé cómo, pero Sapphira ha logrado convertir mi maraña de pelo en un moño que asoma por un lado, junto a la base del cuello.

Afuera, el cuarteto empieza a interpretar una canción alegre y Sapphira se pone de puntillas para mirar por la ventana.

—Falta poco para que empiece. Tenemos que irnos —dice.

La sigo por el pasillo, nuestros tacones resuenan sobre el suelo de mármol. Cuando estamos a punto de alcanzar la puerta, me detengo.

—Espera —digo, bajando la mirada—. El móvil. Me lo he dejado en el baño.

Sapphira mira con avidez hacia la puerta, hacia el jardín iluminado por antorchas. Está nerviosa.

—Ve yendo tú —le digo—. Nos vemos allí.

Regreso al baño y me recoloco el pelo antes de coger mi móvil de la repisa. Nada más abrir la puerta, oigo unas pisadas. Son de alguien que camina arrastrando los pies.

Cierro la puerta intentando hacer el menor ruido posible, aunque la dejo abierta por un resquicio.

Ananias y uno de sus guardias se detienen ante la puerta del fondo, señalizada como «Despacho del conservador».

Ananias introduce un código en el panel de la puerta y desaparece en el interior.

Vuelve a salir enseguida, estirándose la americana, y le susurra algo al guardia, con una mirada penetrante y la mandíbula en tensión.

El guardia asiente una vez. Dos veces. Entonces, Ananias atraviesa el pasillo y pasa de largo junto al baño. Cierro la puerta del todo, sin atreverme a respirar hasta que se disipa el eco de sus pisadas. Abro la puerta por un resquicio y me asomo.

El guardia sigue delante del despacho del conservador, con las manos entrelazadas por delante del cuerpo.

Está custodiando algo. Una alarma resuena en mi mente. Sapphira estaba muy rara. Algo la asusta, aunque no quiere contármelo.

«Lo malo conocido».

Alzo una mano y la magia se expande bajo mi piel. Con todo el tiento posible, dejo que se extienda lánguidamente por el pasillo hasta llegar al pecho del guardia. Con el aliento entrecortado, me zambullo en su interior.

El guardia se revuelve, incómodo, y mira a su alrededor. Hago una pausa, pero, después de mirar a un lado y a otro del pasillo para confirmar que está solo, el guardia vuelve a apostarse frente a la puerta.

Cierro los ojos, mientras reviso las cosas que le dan miedo. Perros que enseñan los dientes. Montar en avión.

Entonces, veo el rostro de Ananias. Me inclino hacia ese miedo, lo hago vibrar suavemente como las cuerdas de un arpa. El guardia tiene miedo de que alguien entre en ese cuarto. Tiene miedo de fallar a su jefe.

Una oleada de entusiasmo comienza a burbujear en mi garganta. Solo tengo que hacer que se aleje de esa puerta. Dejo que la magia se deslice por su pecho, activando levemente el miedo que le producen los perros.

Un gruñido resuena por el pasillo, para luego dar paso a un ladrido estridente.

Casi me da pena el guardia cuando veo la cara de espanto que pone. Acciono el miedo una vez más y resuena otro ladrido por el pasillo, más próximo esta vez.

El guardia desenfunda su pistola y se aleja de la puerta, con las sienes perladas de sudor.

—¿Quién anda ahí? —inquire, y yo contengo una carcajada.

Mi magia se adentra más a fondo y el gruñido se intensifica, resonando por el pasillo perpendicular a este.

El guardia sopesa sus opciones antes de alejarse de la puerta y adentrarse en el pasillo, en busca de un perro agresivo que en realidad no existe.

Solo tengo unos segundos. Con un empujón, abro la puerta y atravieso el pasillo. Dejo que mi magia se expanda, siguiendo el chirrido de las suelas de goma del calzado del guardia. Mi magia le asalta por detrás y se pone a rebuscar, hasta que localizo el miedo a que alguien entre en la habitación. Lo extraigo, y la puerta que estaba custodiando se abre con un sonido sibilante.

Me estremezco de entusiasmo y no puedo evitar sonreír mientras accedo al interior y cierro la puerta a mi paso.

Lo he conseguido. Soy yo la que controla la magia, y no al revés.

Céntrate. Tengo que concentrarme. No dispongo de mucho tiempo y aún tengo que pensar en cómo salir de aquí sin que me vean.

Trato de ver algo entre la penumbra, mientras mis ojos se acostumbran a la escasez de luz. Hay encendida una tenue lamparita de escritorio que me muestra un despacho austero. Hay una mesa en medio, pero sin silla.

Encima de ella, hay un maletín de piel.

Al menos, eso es lo que parece. Me acerco y, a cada paso que doy, se oye el frufú de mi vestido. Olvida lo que acabo de decir. Parece demasiado... viejo para ser un maletín.

Tras inspirar hondo, alargo los brazos y apoyo los pulgares sobre los cierres dorados, que se abren al sentir mi roce. Se me entrecorta el aliento.

Dentro hay un libro de color claro encuadernado en piel, con un sello circular estampado en la cubierta.

Representa una pluma, con una cadena enroscada a su alrededor, que se ciñe con más fuerza al llegar a la punta. De la pluma gotea sangre, que se derrama sobre el papel que tiene debajo.

Es el libro de cuentas. El mismo que firmé hace tiempo.

Lo abro con manos temblorosas. Está lleno de contratos. Cientos de ellos, uno detrás de otro.

Me detengo ante un nombre: Rebecca Hannah.

Era la miasma a la que noquearon la primera noche, justo antes de mi combate.

«Yo, el abajo firmante, accedo a luchar en el torneo de la restauración».

Leo el documento por encima. Reconozco el contrato que firmé aquella noche.

Sigo pasando hojas. En una de ellas aparece un nombre escrito con tinta morada: «Tessa DeLaney». Incluso ella está vinculada a Ananias. Sigo pasando páginas, irritada. Todas se corresponden con el mismo formulario estándar.

Agacho la cabeza y suspiro con fuerza. Me he colado aquí para nada.

Después la levanto y veo algo hace que me entrecorta el aliento.

Unas palabras se están formando lentamente sobre la página, extendiéndose como una mancha.

Es tinta umbría.

«Yo, el abajo firmante, accedo a poner mi poder a disposición del torneo de la restauración. En caso de derrota o abandono, entregaré dicho poder a Ananias Ventra».

Mi corazón se pone a latir como un loco. Hincó los dedos en el borde de la mesa mientras asimilo esas palabras.

Cuando pierdes, Ananias se queda con tus poderes.

Mi mente se activa, tratando de encajar las piezas. Todo regresa velozmente a mi cabeza.

Theo diciendo que sus poderes habían desaparecido.

El cristal que materializó Ananias alrededor de la jaula de Alcatraz.

Cuando Theo perdió, Ananias se apropió de su poder.

Sigo hojeando el libro, examinando las docenas de contratos de luchadores que han sido derrotados en el torneo. ¿Cuántos poderes tendrá a estas alturas?

Paso la página y me topo con un nombre que me obliga a pararme en seco.

«Sapphira Raina Savrey».

Sapphira. Su contrato es diferente. Me inclino un poco para leerlo, pero oigo unas pisadas procedentes del pasillo, así que cierro el libro de cuentas

sin hacer ruido, cierro también el maletín y retrocedo lentamente. Vuelvo a salir al pasillo y dejo que la puerta se cierre suavemente a mi paso.

Sapphira tenía razón.

Lo malo conocido —los centinelas— era mejor que esto.

Me doy la vuelta y me doy de bruces contra el pecho de alguien. Mi corazón se desboca, me ha entrado el pánico. Abro la boca para gritar, pero Sam me la tapa con una mano.

—Soy yo, Ves.

Al principio no le había reconocido. Viste con un traje oscuro y lleva el pelo peinado hacia atrás. El pánico remite, pero mi corazón no se serena. Sam baja la mano y se asoma por encima de mi hombro.

—Me preocupé al no verte con Sapphira.

Le agarro de los brazos y lo miro.

—Sam.

Se le ve tenso, su mirada denota desconcierto.

—Tenemos que salir de aquí y volver a la fiesta. No pueden vernos aquí.

Asiento, mi mente sigue dando vueltas a mil por hora. Oigo el tintineo de unas llaves a nuestra espalda, acompañado por el chirrido de unas pisadas. Es el guardia.

Sam mira hacia el pasillo. No hay escondite posible. Llegará de un momento a otro.

—No podremos salir de aquí a tiempo. Sabrá que estamos tramando algo, Sam —susurro.

Entonces, Sam se da la vuelta hacia mí y me mira a los ojos. Algo ha cambiado en él. Todo ocurre muy deprisa, aunque parece que lo hiciera a cámara lenta. Su rostro pasa de un gesto de preocupación a otro de determinación y, de ahí, a... algo distinto.

No sé cómo llamarlo, pero sí cómo describirlo. Es como descender en una montaña rusa, como el calor de una cerilla encendida al acercarla demasiado a los dedos. Siento un cosquilleo en la piel cuando Sam se acerca y me presiona contra la pared, apoyando sus ásperos dedos sobre mis hombros desnudos, con unos ojos que relucen como esmeraldas recién sacadas de un lecho de ascuas ardientes.

—Sígueme la corriente —susurra, antes de juntar nuestros labios.

No es como el primer beso. Este no tiene nada de titubeante ni de tierno. Una parte de mí querría apartarlo de un empujón, decirle que se vaya a la mierda, que ya he aprendido la lección.

Pero otra parte de mí —más ávida, más estridente— toma el control.

Sam presiona la lengua sobre mis labios y yo abro la boca al sentir su roce. Paladeo su sabor mientras me desliza las manos por las costillas, percibo el roce abrasador de sus dedos a través de la tela.

Le muerdo el labio y él suelta un gemido, su mandíbula sin afeitar se mueve sobre la mía como si quisiera fusionarse con ella. Y yo le deslizo los dedos por el pelo sin oponer resistencia.

Sam me muerde el labio inferior y me pega contra la pared, yo le rodeo la cintura con una pierna, él me apoya una mano bajo la rodilla y...

—¿Qué está pasando aquí?

Una linterna nos ilumina el rostro y el hechizo se rompe.

Sam vuelve a dejarme en el suelo —¿cuándo diablos me habrá levantado?— y alza una mano para protegerse los ojos.

—Solo buscábamos un poquito de privacidad —dice Sam, sonriendo como si no hubiera roto un plato en su vida.

—Esto no es un hotel —nos reprende el guardia—. Adecentaos y largaos de aquí.

Me recoloco el tirante del vestido —¿cuándo diablos se habrá caído?— y Sam me coge de la mano.

—Lamento el numerito —le dice al guardia.

El tipo nos acompaña hasta la salida. Miro hacia atrás. Todavía nos sigue. Quiero contarle a Sam lo que he descubierto, pero el guardia está demasiado cerca. No puedo arriesgarme a que me oiga. Me muerdo el labio con fuerza y me concentro en el traqueteo de mis tacones sobre el hormigón.

Sam me pasa un brazo por los hombros, me estrecha contra su cuerpo. Desde fuera, podría parecer que estamos teniendo un momento romántico. Entonces, me acerca los labios a la oreja para decirme:

—Tenemos que hablar.

Vuelvo a mirar hacia atrás: el guardia sigue ahí, me observa con suspicacia cuando nuestras miradas se cruzan. Me doy la vuelta otra vez.

—Necesitamos quedarnos a solas —susurro.

Seguimos avanzando por el sinuoso sendero, de regreso a la fiesta. Llegamos hasta la cúpula iluminada por antorchas y nos detenemos.

Dentro de la cúpula, el techo cóncavo y pintado está iluminado por unas velas flotantes que se mantienen en vilo gracias a la labor de varios lévitas, que están sentados en unos escalones que bordean las inmensas jardineras que hay distribuidas junto a las columnas.

Ananias está subido a un escenario situado al fondo y nos está mirando. De hecho, todos los presentes en la cúpula nos están mirando.

Todos.

Ananias se baja del escenario y la multitud le abre paso. Avanza hacia mí como un felino salvaje que acecha a su presa. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder cuando llega hasta mí.

—Vesper Montgomery es la aspirante a la lucha por el título que se celebrará mañana. Anunciaré a su oponente antes del combate. Cuando vean lo que es capaz de hacer, les aseguro que no les decepcionará —añade, dándose la vuelta hacia la multitud.

Me suenan las caras de algunos inversores, pero también hay mucha gente nueva.

El cuarteto de cuerda empieza a tocar en una esquina y Ananias me tiende una mano.

—Demos comienzo a la noche de un modo civilizado, ¿te parece?

Miro de soslayo a Sam, que está apretando los dientes mientras me lanza una mirada que significa que la elección es mía. Tengo que andarme con pies de plomo. Al menos hasta que decida mi próximo movimiento.

Acepto la mano de Ananias, que me acerca hacia él. Los demás asistentes se emparejan o se dirigen hacia el lateral de la cúpula, donde los lévitas sostienen bandejas de champán flotante.

El chelo resuena por el techo abovedado, suena como un lamento. Ananias me apoya una mano en la base de la espalda y yo miro para otro lado. Varios foguistas se abren camino entre los invitados, ejerciendo como focos térmicos humanos, moviendo las manos para caldear el ambiente. Al otro lado de un lago negro e inmóvil, se yergue una hilera de casas que

miran al museo. Hay dos ocultadores junto a la orilla, con los brazos en alto. Nadie puede vernos.

—¿Nerviosa? —me pregunta Ananias en voz baja.

No puedo seguir eludiéndolo. Me doy la vuelta hacia él y rezo para que no advierta mi gesto de... ¿Qué es lo que siento? ¿Odio? ¿Rabia? ¿Miedo?

Puede que las tres cosas a la vez.

Ananias quería hacernos creer que era nuestro libertador. Quería hacernos creer que ya no teníamos nada que temer.

—No —miento, mirándolo a los ojos castaños.

—Seguro que Sam está entusiasmado. Tener una fobos que luche por ti... A mí también me gustaría contar con esa ventaja.

Agacho la cabeza.

—Ya lo veremos.

El corazón me late desbocado en el pecho, detesto sentirme tan asustada.

Ananias me apoya un dedo bajo la barbilla y me levanta la cabeza. Lo miro, conteniendo el impulso de apartarme.

—No mires al suelo, Vesper. Deberías llevar la cabeza bien alta.

No puedo seguir fingiendo. Fuerzo una sonrisa y le suelto la mano.

—Voy a por algo de beber.

Ananias no me deja irme de inmediato. Su sonrisa se acentúa, y me preocupa que sea capaz de leerme la mente. Que descubra que lo sé todo.

Entonces, resuena la voz de Sam entre el gentío, como una luz en la oscuridad.

—¿Te importa si...? —pregunta Sam, señalándome.

Ananias nos mira alternativamente, después me dedica una ligera reverencia antes de desaparecer entre la multitud.

—No sabía dónde estabas —dice Sam, acercándose—. Le pregunté a Sapphira, pero me dijo que no querías hablar...

Niego con la cabeza.

—Escucha, Sam...

—Lo que pasó en el bosque...

Ya sé lo que va a decir. Va a disculparse y a decirme que soy una chica genial, entre otros halagos concebidos para hacerme sentir mejor, pero ahora no tengo tiempo para eso.

—Cierra el pico un momento, Sam —susurro.

Él se interrumpe, me observa mientras cojo aliento y me inclino hacia él. Le rozo la oreja con los labios mientras le cuento lo que he descubierto. Noto cómo Sam me va agarrando con más fuerza a cada palabra que pronuncio.

Cuando se echa hacia atrás, veo el miedo reflejado en sus ojos. Lo ha entendido.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, girando la cabeza para mirar hacia la multitud.

—Voy a hacer lo que te dije. Voy a traer a Elisa de vuelta.

Sam niega con la cabeza.

—No podemos, Vesper.

Me zafó de él. No me esperaba esa respuesta.

—Claro que podemos. Y lo haremos.

Intento apartarme, pero Sam me agarra de las manos y me acerca hacia él.

—Cierra el pico un momento, Vesper.

Sam me sujeta suavemente el rostro entre las manos y suspira, como si mi gesto de desconfianza le produjera un dolor físico.

—Tú no lo entiendes —replica, inclinándose para mirarme a los ojos.

La luz de las antorchas danza sobre su piel, tiene el rostro desencajado. Yo me quedo sin aliento en los pulmones. Durante un segundo, olvido las sombras que nos rodean. Lo olvido todo menos a él. Le apoyo una mano en la mejilla. Él cierra los ojos y apoya una mano sobre la mía.

Saboreo este instante. Me empapo de él, envolviéndome en el aroma del champán que despide su aliento y en la calidez del roce de su piel.

—Ya sé que no te conté toda la verdad —dice, acercándose un poco más.

—No sigas, Sam —replico, apartándome.

Sam percibe mi gesto de preocupación.

—Ya sé que piensas que te mentí. Y que no hay nada entre nosotros...

Suelto una carcajada. Resulta estridente, así que un par de parejas de baile hacen una pausa para mirarnos. Frunzo los labios. Es ahora o nunca. Me armo de valor.

—Es que no lo hay. Y nunca lo ha habido.

A Sam le entra un tembleque en la mandíbula.

—No lo dirás en serio.

Me arde la garganta mientras lo miro fijamente.

—Pensaba traicionarte, Sam. Durante todo este tiempo, tenía planeado quedarme con la restauración.

Le he dicho cosas horribles, pero esto es algo completamente distinto. Supone romper algo valioso. Supone hacer trizas la frágil esperanza que había logrado extraer de los rincones más oscuros de mi corazón.

Ya no puedo desdecirme.

Ya no puedo echarme atrás.

Pero sé que si no se lo hubiera contado, me habría arrepentido. Habría intentado decirle lo que significa para mí, o peor, habría permitido que me dijera lo que yo significo para él. Eso solo dificultaría las cosas.

Y ya resultan bastante complicadas tal y como están.

Sam ladea la cabeza y retrocede un paso, impulsado por el peso de mis palabras.

Me zafo de él y me dirijo hacia los límites de la cúpula. Rodeo una columna y cojo una bebida centelleante de una bandeja mientras finjo admirar una vela flotante. Me adentro en la oscuridad, donde nadie puede verme, y me presiono una mano sobre la boca, tratando de contener el sollozo que se agolpa en mi garganta.

Me quedo quieta al ver una figura que se aleja de la multitud. Es Ananias, que se saca un cigarro del bolsillo y se acerca a la orilla del lago. De pronto, se me ocurre una idea.

Me adentro aún más entre las sombras. Quizá sea una locura, pero puede que esta sea mi única oportunidad. Ananias expulsa el humo frente al agua. Alzo la mano, mi magia emerge suavemente de mi palma.

—Vesper. Al ver que no aparecías, estaba muy preocupada —susurra Sapphira, mientras se acerca a mi lado.

La miro de soslayo, manteniendo la concentración. Sin mirar, dejo que mi magia se proyecte a través de la oscuridad. Noto cómo se aferra a Ananias.

—Tenías razón acerca de lo malo conocido, Sapphira —digo.

Accedo a su interior. Es turbio. Oscuro. Se oyen ecos de gritos, el chirrido de unas llantas. Hay sangre.

No. Necesito algo mejor. Rozo un miedo próximo a la superficie. No es su miedo más profundo, pero es en el que está pensando ahora mismo. Es el que más ruido hace en su mente.

—Vesper, ¿qué estás haciendo? —pregunta Sapphira.

Pego un suave tirón del miedo de Ananias, que tuerce el gesto al tiempo que Sapphira se desploma a mi lado. Entonces, aparece Aldrick, que debía de estar observándonos.

—¿Qué ha pasado? —susurra, con el miedo reflejado en sus ojos mientras apoya la cabeza de Sapphira sobre su regazo.

Me arrodillo a su lado, la hierba húmeda me cala el vestido. El miedo sigue ahí fuera, noto cómo palpita en el ambiente. Sapphira se ha desmayado. Tomo su rostro entre mis manos.

Está...

Me quedo quieta al comprobar cómo su cuerpo yace entre mis brazos, completamente inmóvil. Aldrick le toma el pulso.

—Está muerta.

Una oleada de pánico se desata en mi pecho, me pongo a resollar mientras miro a mi alrededor.

—Voy a buscar ayuda —dice Aldrick con un hilo de voz.

El miedo de Ananias se aferra al fondo de mi garganta. Lo observo junto a la orilla. Expulsa el aire por la nariz, pero nada ha cambiado.

Nada, excepto...

Miro a Sapphira. Ananias se da la vuelta, clavando los ojos sobre mí, después sobre Sapphira.

—Aldrick. No. Espera.

Aldrick me mira a los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —exclama Ananias, corriendo hacia nosotros, sin separarse de las sombras.

Se arrodilla a mi lado; el miedo es tan denso que podría llegar a asfixiarme. Me obligo a tomar aire. Después lo suelto.

«Solo es miedo».

—¿Qué has hecho? —inquire, con un terror inconfundible en su voz.

«¿Qué has hecho?».

Las palabras regresan revoloteando como un murciélago en mitad de la noche, trayendo consigo un recuerdo antiguo de mi padre.

De la primera vez que extraje un miedo.

Me cae encima con todo su peso, al ver cómo se reproduce en mi mente. Sangre y asfalto mojado. El tipo del traje caminando por un callejón.

La visión se amplía, revelando el miedo en su totalidad, como si llevara acurrucado en mi mente como un polizón desde que rebusqué en la mente de mi padre esta mañana.

Lo veo como si hubiera salido de mi cuerpo, presencio la escena como si estuviera allí.

Mi padre está tendido en el suelo, con veinte años menos que esta mañana, jadeando en busca de aliento. Tiene una herida en el pecho, la sangre se escurre entre sus dedos hasta caer al suelo. Lynn, con el pelo ya blanco incluso de adolescente, tiene la espalda pegada al muro de ladrillo y observa con los ojos desorbitados cómo se desangra mi padre.

El tipo del traje se da la vuelta. Siempre se detenía a mitad de camino, pero hasta ahora no había podido verlo con claridad.

Al reconocerlo, se me escapa el poco aire que me quedaba en los pulmones.

«Iván», le llama alguien desde la entrada del callejón.

Es Iván.

El nombre que me ha estado atormentando en mis pesadillas.

Pero su rostro no me resulta desconocido y no está oculto por ninguna sombra.

Es un rostro atractivo. Un poco más joven, pero reconocible.

Es Ananías.

Emerjo de la visión, la cabeza me da vueltas mientras trato de encajar las piezas sin delatarme.

Está arrodillado frente a mí. Iván, el cabecilla de los centinelas. Era él desde el principio.

Acallo ese pensamiento. Ahora mismo necesito concentrarme en Sapphira. Necesito traerla de vuelta.

Tomo aliento y dejo que el miedo se disipe. Regresa al interior de Ananias, entonces Sapphira empieza a toser, aleteando los párpados.

Él alarga el brazo para tocarle la mejilla y entonces lo veo, justo por encima del puño de la camisa. El puño que siempre intenta llevar lo más estirado posible.

La marca de los fedatarios. La revelación me impacta con tanta fuerza que casi no puedo respirar.

¿Iván es un fedatario? ¿Cómo es posible?

Me paro a pensar en el miedo que extraje de su interior. Era miedo a perder el control. A perder el poder que le otorgó el torneo.

A perder a... Sapphira.

Entonces todo encaja.

Ananias teme que Sapphira se muera. Ananias no es el restaurador.

Es Sapphira.

Aldrick suspira aliviado mientras yo cruzo una mirada con Iván y, en ese momento, comprendo que sabe lo que he hecho. Se estira el puño de la camisa, para tapar la marca.

Me pongo en pie y doy un paso hacia Aldrick, como si pudiera protegerle frente a la ira de Iván.

El ambiente crepita, cargado de expectación. Debería correr. Debería gritar.

—No has podido resistirte a meter las narices, ¿eh? —masculla Iván, como si se sintiera decepcionado.

Entonces levanta una mano y un pequeño dardo me impacta en el cuello.

Todo se vuelve negro.



TREINTA Y TRES

Me despierto sobre un suelo frío, me duele la cabeza. Me cuesta horrores incorporarme. Estoy en una celda. Hay un ventanuco en la roca, en lo alto, por el que se filtra un haz de luz de luna.

—¿Sapphira? —pregunto.

—Está bien —responde una voz entre la oscuridad. Desde el otro lado de los barrotes.

Iván emerge hacia la luz.

—¿Y Aldrick? —pregunto.

—Bien, también.

Trato de invocar el hormigueo de mis manos, pero no ocurre nada. Noto una flojera que me hiela la sangre.

—No te molestes en usar tu magia. El miasma te inoculó una dosis de veneno que te dejará incapacitada durante toda la noche.

—¿Dónde estamos? —inquiero.

—¿Te gusta? —pregunta Iván.

Se agarra a los barrotes y agacha la cabeza, estirando los hombros. Después gruñe con satisfacción antes de enderezarse.

—Tomé la idea prestada de los romanos. Ellos también tenían celdas debajo de sus anfiteatros. Nosotros nos encontramos debajo de mi más reciente creación: una réplica a escala del Coliseo. Normalmente, mis gladiadores deberían pasar la noche en la suite de cuatro estrellas que he preparado para el vencedor, pero esta vez no es el caso.

Iván abre la puerta de la celda. El golpetazo metálico me acentúa el dolor de cabeza. Retrocedo gateando hacia la pared del fondo, mientras Iván entra en la celda. Se detiene al ver lo asustada que estoy.

—No voy a hacerte daño, Vesper, si eso es lo que te preocupa.

Como para probar sus palabras, se arrodilla hasta quedar a la misma altura que yo. Ladea la cabeza, tratando de mirarme a los ojos. Finalmente lo miro, ignorando el horror que me embarga, mientras unas palabras se repiten sin cesar en mi mente: «Iván. Es Iván».

—Intentaste matar a mi padre —digo con voz ronca.

No se inmuta al oír esa acusación. Me deja hablar y después se queda mirando a la pared de piedra que se yergue al fondo de la celda.

—No quería que muriera, Vesper. Pero ya sabes cómo son tus poderes. Sabes lo peligrosos que pueden llegar a ser. Yo solo intentaba protegerle.

—Dejaste que se desangrase en un callejón, detrás de una lavandería —le espeto, mientras la ira ocupa el lugar del miedo en mi pecho.

Iván frunce los labios.

—Era joven. Y... rencoroso. —Se queda pensativo un instante, después menea la cabeza como para ahuyentar un pensamiento—. Me arrepiento de muchas de las cosas que hice.

Me pongo a tiritar en un rincón y él se incorpora. Sale de la celda un momento y después regresa con una manta. Me la ofrece, pero no la acepto. Pese a todo, me la echa sobre los hombros. Me entran ganas de suspirar de alivio al sentir su calidez, pero no quiero darle esa satisfacción. Iván apoya la espalda en los barrotes.

—¿Dónde está Sam? —susurro, oteando las celdas que asoman por detrás de él.

Se echa a reír. Es una carcajada sombría, amarga.

—No te preocupes por él. Está a salvo. Mi hija se aseguró de ello.

Me inclino hacia delante, demasiado ávida de respuestas como para contener mi reacción. Iván debe de haber percibido mi interés, porque se aparta de los barrotes y se acerca unos pasos.

—Pues sí. Sam Hardy ha sido un grano en el culo desde antes de que mi hija me traicionara. Pero ella utilizó a la cronista, que tampoco me tiene ninguna simpatía, para encontrar a un vigilante que le lanzó un hechizo

protector. Para que no pudiera hacerle nada. Para que no pudiera hablar de ella con él. Y, como estoy tan debilitado, no puedo hacer nada para impedirlo.

—¿Debilitado? —insisto.

Iván sonrío y me enseña la muñeca.

—Antes de tener acceso al ateneo, era un simple fedatario. Así que, cuando mi hija me desposeyó —pronuncia esa palabra como si fuera una maldición—, dejó restos del poder con el que nací. Me llevó meses, pero acabé recobrando parte de ese poder. Y me fui apañando con eso.

—Querrás decir que engañaste a otros anómalos para que firmaran el traspaso de sus poderes —replico, sin molestarme en disimular mi desprecio.

En algún momento desde que recobré el conocimiento, comprendí que va a matarme. Si planeara dejarme vivir, no me estaría contando todo esto. En cierto modo, aún no he asimilado la situación lo suficiente como para tener miedo, lo cual es un alivio. Sé que lo acabaré teniendo, pero de momento puedo concentrarme en obtener respuestas.

Iván sonrío. Es una sonrisa lánguida y melancólica.

—No fue tan efectivo como el ateneo. Persuadir a los anómalos para que firmaran la entrega de sus poderes resultaba agotador.

Comienza a pasearse por la celda.

—Y también una tarea bastante inútil. Tras un año de búsqueda, Sapphira era la única anómala con un poder de verdad. Incluso con un torneo diseñado para atraer a los mejores y más inteligentes, lo único que encontré eran miasmas y pétreos. Entonces, apareció el novio de mi hija, un común, y comprendí que podría volver a tenerlo todo.

Se me encoge el corazón al pensar en el momento en que Iván reconoció a Sam.

—Pensé en decirle a Sapphira que se ofreciera para traerla de vuelta, pero el hechizo también me impidió hacer eso, ya que iría de mi parte. Malditas reglas.

—¿Y por qué no utilizaste tú mismo a Sapphira para revivir a Elisa? —pregunto.

Iván deja de pasearse y se da la vuelta hacia mí.

La respuesta se despliega en mi interior como un escalofrío:

—Porque para restaurar algo es preciso amarlo. Y tú no la querías. No querías a tu propia hija.

Iván tuerce el gesto al oír mis palabras.

—Me lo arrebató todo. ¿Cómo se puede querer a alguien así?

—El amor es incondicional. Se quiere a alguien por ser quien es, no por lo que hace —replico.

Iván cruza la celda en dos zancadas, se arrodilla frente a mí, sosteniendo un dedo a escasos centímetros de mi cara.

—¿Lo ves? Ese es el problema, Vesper. Tú. Y tus ideas. Yo pensaba que mis problemas se habían terminado cuando Sam se apuntó al torneo, pero comprendí que solo acababan de empezar. Porque, cuanto más se encaprichaba de ti, más se alejaba mi único vínculo con Elisa.

—Así que has montado todo esto para traerla de vuelta —digo con voz quebrada.

Iván ensancha su sonrisa, como si le resultara gracioso.

—En un principio, sí —susurra—. Pero ahora se me ha ocurrido algo mejor.

Se impulsa para ponerse en pie.

—Voy a darte la oportunidad de tu vida, Vesper Montgomery. Una oportunidad para conseguir todo lo que quieres.

—¿Qué sabrás tú lo que quiero? —replico, aunque con un tono menos convincente de lo que me gustaría.

Me levanto, harta de mirarlo desde abajo. La manta cae al suelo. Iván sonrío de nuevo; es la sonrisa propia de alguien que tiene todas las cartas en su mano y está a punto de ponerlas sobre la mesa.

—Quieres deshacerte de tus poderes. Quieres que tu familia esté a salvo y quieres a Sam. Yo puedo concederte esas tres cosas.

Me quedo paralizada. Me gustaría mandarle a la mierda. Me gustaría parecer menos atraída, menos desesperada. Pero no puedo evitarlo: siento curiosidad, y él se ha dado cuenta.

Con un giro de muñeca, Iván sostiene el libro de cuentas en la mano. Ha aparecido de la nada.

—Firma para entregarme tus poderes, Vesper. Yo te los extraeré. Te prometo que tu familia, incluido tu padre, jamás serán importunados por los centinelas. Me aseguraré de que no le pase nada a Sam y, por encima de todo, Elisa no estará de por medio. Si quieres puedes decir que te obligué a hacerlo. Sea como sea, te convertirás en común y conseguirás al chico de tus sueños.

Mientras habla, unas palabras centelleantes van cubriendo la página, copiando lo que está diciendo. Iván ondea una mano y el libro se pone a flotar ante mí.

—¿Renunciarías a la única oportunidad de volver a ver a tu hija? —inquiero.

Es una pregunta sincera. Percibí un gesto de dolor en su mirada durante la visión de la cronista. En el fondo de su ser, Iván quería a Elisa.

—Hay dos poderes en este mundo, Vesper —dice, acercándose—: el amor y el miedo. Las restauraciones de Sapphira están vinculadas al amor. Incluso Elisa, mi bien máspreciado, me traicionó por culpa del amor. Pero ¿tú? —Se cierne sobre el libro, las palabras iluminan su rostro—. Tú eres la personificación del miedo. Un miedo ilimitado y perfecto.

El fulgor del libro me tranquiliza, me acerco un poco más a la página. Me convertiría en común. Podría regresar a casa y no volver a hacerle daño a nadie. Mi familia estaría a salvo. Y también Sam. No me haría falta traicionarlo, y él no me culparía de lo ocurrido. Iván me ofrece un boli, alargo el brazo sobre las páginas y lo cojo.

Tomo aliento mientras otro pensamiento se introduce en mi mente, frío y esclarecedor.

—¿Volverás a instaurar a los centinelas? —pregunto.

Iván endurece su mirada.

—Ya has visto lo que sucede cuando no estamos al mando, Vesper. Los anómalos necesitan límites, o el mundo acabará colapsando.

—¿Y qué será de aquellos a los que les gusta su libertad? ¿Qué les pasará a los anómalos de este torneo?

—Preocúpate de lo tuyo, Vesper. Creo que mi propuesta es más que justa.

Podría volver a casa, pero a costa de entregarle este poder a alguien que antepone el miedo al amor. Podría conseguir a Sam, pero sin que la elección dependa de él.

No sé por qué, pero de pronto me acuerdo del famoso verso de «Invictus».

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma».

No pude controlar el incendio. No puedo controlar mi naturaleza como fobos. No puedo controlar los sentimientos de Sam y tampoco lo que sucederá mañana.

Pero sí puedo controlar esto.

No.

Levanto el boli, apretándolo tan fuerte que se me blanquean los nudillos. Después, lo dejo apoyado sobre la página.

Iván parpadea, revelando un arrebato de ira que no tarda en reprimir.

—¿Qué estás haciendo?

Retrocedo, la gélida pared de piedra me acaricia los hombros desnudos.

—No.

Iván cierra el libro de golpe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No pienso permitir que te apropiés de ese poder. Jamás.

Y, de repente, desaparece de sus ojos cualquier rastro de humanidad.

Se me encoge el estómago ante la posibilidad de que me haga daño, pero entonces recuerdo que no puede hacerlo. Estoy protegida mientras participe en el torneo. Esto no forma parte de la competición, así que no podrá matarme aquí.

Veo cómo se refleja en su rostro el odio que bulle en su interior, aunque desaparece con la misma rapidez. Resulta imposible descifrar su expresión, y eso me asusta más que sus arrebatos de ira.

—Estás cometiendo un error.

—Probablemente —asiento.

Se acerca a mí.

—Te dejaré que lo reflexiones esta noche, Vesper. Piénsatelo bien. Mañana perderás el combate y me quedaré con tu poder a pesar de todo. Yo

obtendré lo que quiero y tú te quedarás sin protección. No tires tu vida a la basura.

Dicho esto, se marcha de la celda. Cierra de un portazo y me deja sola.

Voy al faro en sueños. Está lloviendo mientras subo por las escaleras. Sapphira está sentada, contemplando el océano. Intento abrazarla, pero no logro llegar hasta ella. La llamo, pero no se da la vuelta.

Y entonces me embarga una calidez repentina; los gritos que salen de mi garganta remiten a medida que unos recuerdos largo tiempo olvidados emergen a la superficie, calentándome con su luz. Fragmentos de bondad que me proporcionan un envoltorio cálido y brillante con el que arroparme sobre el frío suelo de piedra.

El día que Carmen, Iris y yo montamos un puesto de venta de limonada y no apareció nadie, así que mi madre se puso un disfraz súper ridículo — uno de los sombreros que utilizaba mi abuela para ir a la iglesia, las gafas viejas de mi padre, sin cristales, y una dentadura postiza que le dieron en una convención dental—, condujo alrededor de la manzana y se presentó en nuestro puesto con el monedero lleno. «He venido a comprar limonaaaaada», dijo con un acento forzado. Nos reímos tan fuerte que estuvimos a punto de hacernos pis encima.

Mi padre enseñando a Iris a leer a la luz de la chimenea, mientras me sobornaba con M&M's para que no leyera por encima de su hombro y dijera las frases antes de que ella pudiera descifrarlas.

Lindsay y yo caminando por el centro hasta la pastelería los sábados por la mañana, después de quedarme a dormir en su casa. Íbamos a pie porque ninguna de las dos nos habíamos sacado aún el carné.

Los ecos de un «feliz cumpleaños». El olor a crema solar y sandía. El crepitar de una hoguera en la playa. La primera carcajada después de una llantina. Rozarle la mano a un chico guapo en el cine, al ir a coger palomitas del cubo. Mi padre cantando a primera hora de la mañana. El collie de mis abuelos —Oliver, el Perro Maravilla—, poniéndose loco de contento cuando íbamos de visita...

Me despierta algo, no sé el qué. Me estiro, con el cuerpo agarrotado por dormir en mala postura, y me incorporo.

La luz de la luna se filtra a través de los barrotes de la ventana, proyectándose sobre el suelo. Me apresuro a ponerme bajo su haz y alzo la cabeza para que me bañe el rostro.

Imagino cómo la luz se derrama sobre mi piel, anegando mis poros. Imagino su confusión al rozar las lágrimas secas que cubren mis mejillas. Imagino cómo me susurra al oído que el mundo exterior no ha cambiado, que los enamorados siguen besándose bajo su luz, que la luna sigue siendo testigo de encuentros nocturnos a la luz de una hoguera. En alguna parte, la luna estará proyectando sus rayos sobre el vientre de una embarazada, deslizándose sobre la huella de un pie o una mano. Y, en otra, se estará filtrando a través de la ventana del dormitorio de un niño, para arrancarlo de las garras de una pesadilla.

Me alegro de no haberme perdido esto. Este momento hermoso e insólito en mitad de mi celda. Nada ha cambiado. Mi corazón sigue resquebrajado como un caramelo pisoteado. Todo sigue siendo una mierda. Pero, en este lugar y en este momento, me siento viva. Y, por primera vez en mi vida, me siento apegada al poder que habita en mi interior.

Siempre he temido lo que tenía dentro, esa sombra latente, demasiado poderosa como para ignorarla. Pero ahora sé que el peor monstruo en que podemos convertirnos es aquel que nosotros elegimos. He pasado demasiado tiempo temiendo lo que hay en mi interior.

Algo cambió cuando me negué a firmar en ese libro. Tenía delante todo lo que siempre había querido, pero descubrí que no era como yo pensaba.

Soy una fobos.

Contemplo el cielo nocturno. Unas nubes púrpuras se extienden sobre un manto de color azul marino, salpicado de puntitos parpadeantes. Me pongo en pie.

—Dios —susurro.

Ha pasado un tiempo. Mucho tiempo. No sé si sigo cabreada con él o si esto se debe a que mañana voy a participar en un combate, pero siento que debería decir algo.

—Esta movida ha sido muy muy jodida —digo en voz alta—. De principio a fin. Parece que me he equivocado con todas mis decisiones. Todos mis seres queridos han salido malparados. Todo esto no ha servido para nada, y me siento furiosa, agradecida y cabreada, y solo quería decirte que he estado tan concentrada en lo que quería cambiar, en lo que quería revertir, en lo que habría hecho de otro modo, que no me había parado a pensar en las cosas que son... perfectas tal y como están.

Pasear por el parque de *food trucks* con Sam. Escuchar su risa. Sentir el roce de sus caderas.

—¿Acabas de utilizar la palabra «jodida» en una oración?

Pego un respingo al oír una voz procedente del otro lado de los barrotes.

—¿Siempre rezas así? Porque eso explicaría nuestra mala suerte —dice Sam, que aparece bajo un haz de luz de luna.

Me froto los ojos, para comprobar si estoy viendo bien.

Y sí, Sam sigue ahí.

Cruzo la celda, convencida de que sigo soñando. Pero cuando me acerco y él introduce una mano para acariciarme la nuca, suelto un grito ahogado y retrocedo de un salto.

—¡Tienes que salir de aquí, Sam! —susurro, oteando el húmedo pasillo del sótano.

—He venido por ti —dice.

—¿Cómo has entrado? —pregunto, pero él se limita a sonreír. Eso me cabrea—. Vete —le ruego, pero él se acerca aún más a los barrotes.

Vuelve a introducir un brazo y esta vez no me aparto cuando me desliza los dedos por el pelo. Dos de las horquillas con las que Sapphira me hizo el moño se sueltan y caen al suelo con un suave chasquido.

—No vamos a irnos de aquí sin ti —dice en voz baja.

Niego con la cabeza, pero Sam tensa los dedos con los que me acaricia el pelo. Entonces, me mira a los ojos.

—Tenías razón. Todo esto, lo estaba haciendo por mí. No estaba pensando en Elisa, porque, si me hubiera parado a hacerlo, siquiera por un maldito segundo, habría recordado qué era lo que más me gustaba de ella. Me había olvidado de Elisa. De su espíritu. De su voluntad. De su fe inquebrantable en que todo ocurre por un motivo, pero que no estamos

indefensos. Y, aunque no recordara todo eso, al menos tendría que haber entendido el otro motivo cuando fuimos a visitar a la cronista. Elisa murió para poner fin a una carnicería. Gracias a ella, muchos inocentes dejaron de morir a manos de Iván. Elisa le detuvo, consciente de que le costaría la vida.

Niego con la cabeza. No quiero oír esto. No puedo permitir que mi corazón siga por estos derroteros.

—Vi a Elisa, Sam. La vi emerger de entre los árboles cuando la extraje de tu interior. Sé que tu miedo era que te pillara haciendo eso...

Empiezo a retroceder, pero Sam me detiene, obligándome a mirarle a los ojos.

—Maldita sea, estoy intentando decirte que estoy enamorado de ti.

No puedo disimular el gesto que le confirma precisamente lo que yo no quería que supiera.

—No me asustaba que Elisa me pillara engañándola. Lo que temía era que descubriera que me he vuelto a enamorar. Lo que temía era pasar página, Vesper.

Se saca su libreta del bolsillo de atrás. Al abrirla, la luz de la luna ilumina lo que tiene escrito. «Motivos para disfrutar de la vida». Me la entrega.

Y veo la lista.

Empieza de un modo sencillo, con un «La luz del sol en el gimnasio».

Después, escrito en otro color: «Tomar un café con Wex».

«La chica que está sentada al otro lado del Aloa's».

Entonces, algo cambia. Un nuevo boli. El comienzo de una nueva columna. Frases cada vez más apretujadas entre sí.

«Su manera de decir tacos. El mechón que le cae sobre los ojos».

Y un poco más abajo:

«Cuando se cabrea. Cuando se ríe. La cara que pone cuando trata de golpear a Abigail y falla».

«Su voz. Su sonrisa. Su olor a lluvia».

Y, por último, una única palabra, debajo de todas las demás. Escrita en letras grandes.

«Vesper».

Cierro el cuaderno. Se lo devuelvo.

—Estoy enamorado de ti, Vesper. Desde hace tiempo. Lamento que pensaras que te estaba utilizando para aplacar mis sentimientos, porque eso no podría estar más lejos de la realidad. Me hiciste sentir en dos días más de lo que había sentido en los dos años que pasaron desde la muerte de Elisa. Ya sé que no me correspondes, pero tenía que decírtelo. No podía...

Una puerta se abre en el otro extremo del bloque de celdas. Sam y yo nos damos la vuelta. Aparecen Mavis y Aldrick, seguidos de Abigail y Wex. Esto es una misión de rescate.

—¿Cómo sabíais dónde estaba? —pregunto, mientras Abigail le lanza una llave a Sam.

—Sapphira vino a buscarnos —responde él, mientras abre la puerta de la celda.

Ya sin barrotes de por medio, le agarro de la camiseta y tiro de él hacia mí. Nuestros labios se encuentran, sus brazos se aferran alrededor de mi cintura.

—Más os valdría correr para salvar el pellejo y dejar los magreos para más tarde —nos reprende Mavis.

Hago una pausa para mirar a estas personas que acaban de arriesgar su vida para salvarme.

Entonces, niego con la cabeza y vuelvo a meterme en la celda. Sam se queda estupefacto y yo levanto las manos para explicarme.

—No puedo irme.

En ese momento, un golpetazo metálico resuena por todo el bloque de celdas. Se está abriendo una puerta.

—Tenéis que salir de aquí —susurro, adentrándome aún más en la celda.

Sam trata de alcanzarme, pero yo cierro la puerta y cojo la llave antes de que pueda detenerme.

—¿Qué estás haciendo? —exclama, tirando de los barrotes.

—Si me marchó, será el fin, Sam. Tengo que luchar.

—¡Sam! —masculla Abigail, mientras resuenan los pasos de unos guardias que se aproximan.

—Abre la puerta, Vesper. Nos vamos de aquí.

Vuelvo a negar con la cabeza y lo miro a los ojos, con el rostro surcado de lágrimas. Alargo un brazo entre los barrotes y le acaricio la mejilla.

—Tienes que dejarme hacer esto, Sam. Tienes que confiar en mí.

Su mirada refleja una lucha interna mientras las pisadas se acercan, hasta que algo cambia en su interior. Lo noto. Sam confía en mí, aunque no tenga todas las respuestas. Abre la libreta y garabatea algo en un trozo de papel.

—Si vas a luchar, al menos mete esto en el libro de cuentas —dice.

Cojo el papel que me ofrece a través de los barrotes. No lo suelta de inmediato, sino que lo utiliza para tirar de mí hacia él. Me besa una última vez.

Las pisadas resuenan cada vez más cerca.

Me quedo mirando a mis rescatadores mientras se alejan.

Y entonces me quedo sola.



TREINTA Y CUATRO

Amanece y yo no me he movido del sitio. Percibo la presencia de Iván al otro lado de los barrotes.

—¿Acabamos con esto de una vez, Vesper?

Aún tengo en la mano el papel que me dio Sam, sin leer. No importa lo que ponga. Tengo que hacer esto.

Me doy la vuelta, respondiéndole con una mirada que vale más que mil palabras. Iván capta el mensaje y adopta un gesto férreo de indiferencia.

Sabe qué decisión he tomado.

Me paso el día sentada en la celda, contemplando las sombras que se extienden a través de los barrotes.

Al anoecer oigo los ecos de una multitud que empieza a congregarse. Una amalgama de voces resuena a través de mi ventana. El aire parece crepitar, cargado de expectación. El sol se está poniendo cuando oigo a alguien al otro lado de mi celda. Levanto la cabeza y veo a Sapphira en el umbral, vestida de negro.

Me impulso para ponerme en pie.

—«Lo malo conocido». Tú sabías de quién se trataba desde el principio —digo.

Sapphira inspira una bocanada trémula.

—Quería encontrar a los centinelas para detener a Iván. Pero, entonces..., comprendí que eran lo mismo gracias a la cronista. Quise

avisarte, pero mi contrato me impidió decir nada. Hice todo lo que pude.

«Lo malo conocido». Sapphira había estado intentando alertarme de que Ananias era un monstruo. Lo que no sabía es que era el mismo monstruo que llevábamos temiendo toda la vida.

Me acerco a ella y veo que tiene los ojos enrojecidos. Ha estado llorando.

El hormigueo ha regresado a mis manos, lo que me confirma que el veneno se ha disipado.

—¿Por qué firmaste el libro de cuentas, Sapphira? ¿Por qué le diste acceso a tu poder a alguien como él?

Sapphira sonríe con tristeza. Cuando levanta la cabeza, tiene los ojos cubiertos de lágrimas. Tras inspirar hondo, levanta el brazo para mostrarme la pulsera de Nolan.

—Mi hermano fue asesinado por los centinelas. Era un restaurador, igual que yo. Pero era joven y no podía controlarlo. Vinieron a por él, tal y como se mostró en la visión. Ananias me dijo que, si accedía a entregarle mis poderes, encontraría un modo de traerlo de vuelta. Pero ahora sé... que fue él quien dio la orden de matarlo.

«Todo el mundo tiene un precio». Ahora entiendo lo que quería decir con eso.

Sapphira tiene el rostro desencajado, atravieso la celda hasta quedar cara a cara con ella.

—Lo siento mucho, Sapphira.

Ella niega con la cabeza. Cuando abre los ojos, tienen un gesto feroz.

—Tienes una oportunidad de conseguir lo que quieres, Vesper. Deberías aprovecharla.

Afuera, los ecos de la multitud se vuelven más estridentes. Sé que Sapphira se refiere a que debería aceptar el trato de Iván. Debería irme de rositas, con todo lo que quiero. Sé que ella no me echaría en cara que firmase el libro de cuentas y desapareciera.

No alcanzo a determinar cuál es la sensación que se extiende por mi pecho ahora mismo. No es valentía, pero se le parece. Creo que es la certeza de que todo esto tiene un propósito. La certeza de que mi existencia no es un error y de que yo no soy un cero a la izquierda.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —respondo.

Sapphira se queda pensativa, después alza la mirada. Saca algo que llevaba a la espalda y me arroja unos *leggings* y una camiseta negra de tirantes.

—Bueno, no pretenderás salir por ahí a patear traseros con un traje de noche —dice.

Los bramidos del público estremecen el lugar hasta sus cimientos, pero aun así me invade cierta quietud mientras espero ante la entrada del foso.

Está anocheciendo, pero las antorchas bañan el entorno con un fulgor anaranjado.

—¿Sabes lo que vas a escribir en el libro de cuentas? —me pregunta Tessa.

—Escribe lo que pone aquí, ¿vale? —respondo, entregándole la nota de Sam.

Tessa me mira, confusa, pero asiente con la cabeza y coge el papel. Recuerdo que Iván también la tiene controlada. Se pone a hablar por un pinganillo mientras se aleja.

Miro a mi alrededor. De repente, la presencia de todos esos inversores de Ananias cobra sentido. Estamos en un estadio tan grande como el Coliseo de Roma. Salientes de piedra repletos de flores de acónito delimitan los palcos que se distribuyen hacia las alturas, en forma de gradas. Pétalos de rosa caen revoloteando desde la fila más alta de asientos, creando un extraño contraste con este suelo que no tardará en quedar cubierto de sangre.

La verja que tengo delante se eleva, crujiendo y rechinando.

Al fondo, otra verja idéntica hace lo propio. Al otro lado, se atisba una silueta en la oscuridad. Es mi oponente, sea quien sea.

Avanzo un poco, achicando los ojos, mientras Tessa me hace señas para que entre.

Mi oponente sale a la luz y se me entrecorta el aliento.

Iván.

Es Iván.

Pero, mientras atraviesa el umbral de camino al ruedo, cambia. Se transforma.

Y se convierte en Aldrick.

Me detengo, con un fuerte nudo en el estómago. Iván obtuvo los poderes del metamorfo durante la primera velada y quiere demostrármelo.

Quiere que sepa con quién me enfrento.

Con el líder de los centinelas. El fedatario que posee un vínculo mágico con los poderes de una docena de anómalos.

Cuando dijo que no saldría de aquí con vida, hablaba en serio.

Y piensa cumplirlo.

Tessa se sitúa delante de mí, con los brazos en alto, y el coliseo al completo enmudece. Contemplo a la multitud hasta que localizo a Sam.

—Damas y caballeros, ¡bienvenidos al combate inaugural del coliseo de la reina de los venenos!

El público aplaude a rabiar, mientras yo contemplo el cielo nocturno. Cierro los ojos y pienso en la fresca brisa que me acaricia el cuello. Pienso en mi familia. Pienso en el beso de Sam.

—El combate final de este torneo comenzará a mi señal. ¿Preparados? —pregunta Tessa, contemplando a la multitud. Su voz resuena con fuerza entre las gradas.

Es ahora o nunca.

—¡Adelante!

Iván extiende los brazos y los convierte en piedra. Corre hacia mí, con un fulgor en los ojos. Se parece a Aldrick en casi todo, salvo que él nunca me miraría con tanto odio.

Me lanza un puñetazo, pero lo esquivo, me lanzo en plancha y ruedo hacia un lado.

Iván trata de golpearme con una manaza tan grande como un peñasco, pero logro esquivarla por los pelos. El público reacciona de un modo tan frenético que parece que fueran a tirar el coliseo abajo.

No puedo competir contra su fortaleza. Tengo que pensar otra cosa, y rápido.

Tras inspirar hondo, corro hacia el borde del ruedo. Iván me sigue, sonriendo, sin apresurarse.

Está disfrutando con esto.

Apoyo las manos en el muro y cierro los ojos, dejando que la magia se filtre a través de la piedra. No sé lo que me voy a encontrar, pero tengo que intentarlo.

Mi poder se extiende por la pared y llega hasta el público que se encuentra al otro lado, fluyendo de un cuerpo a otro mientras realizo mi búsqueda. Es la primera vez que intento algo así con tanta gente, pero extendiendo los dedos y noto cómo la magia responde, escindiéndose a medida que va explorando. Cientos de personas, miles de miedos.

En mi mente se entremezclan visiones que van desde una radiografía en una pantalla luminosa hasta un lobo hambriento que gruñe desde el otro lado de un árbol muerto. Veo el interior de un ataúd cerrado, con una mano que araña desesperadamente la superficie de madera y, después, un par de ojos amarillos asomados al alféizar de una ventana.

Iván se acerca. Se prepara para atacarme con los brazos de Aldrick, y yo sigo sin tener nada. Mi búsqueda se vuelve más frenética: oscuridad, cementerios, extractos del banco repletos de números rojos. Entonces, me detengo ante la visión de un campo al aire libre. El ambiente crepita bajo un manto de nubes negras.

Abro los ojos. Iván está a punto de alcanzarme, mientras toma impulso con el brazo. Envuelvo el miedo con mi pequeño tentáculo de poder y lo extraigo del pecho de la persona en cuestión, gritando con todas mis fuerzas mientras lo descargo sobre el ruedo.

Un relámpago impacta contra el suelo, Iván sale propulsado hacia atrás. Aterrizo de espaldas en mitad del ruedo y después gira el cuerpo hasta ponerse de rodillas.

Se levanta mientras esboza una versión distorsionada de la sonrisa de Aldrick.

Me aparto de la pared, sintiendo el tacto del miedo en la mano, como si fuera un látigo metálico. Trazo un arco con el brazo y cae un nuevo rayo, que impacta a escasos centímetros de él. Iván levanta los brazos y los convierte en piedra al tiempo que un nuevo relámpago impacta en el foso, cerca de sus pies, y se extiende por sus piernas.

Al ser de piedra, no le causa ningún daño, y empiezo a notar cómo flaquea mi vínculo con el miedo a los relámpagos.

Iván hace girar los hombros y se agacha. Su cuerpo se retuerce hasta convertirse en Briony, la furia de fuego de la segunda velada. El público contiene el aliento, después prorrumpe en aplausos.

Seguramente crean que mi oponente es un metamorfo.

—Aún puedes parar esto antes de que tengan que identificar tu cuerpo por los registros dentales —dice con la voz de Briony, que suena enlatada y cargada de odio.

Aprieto los dientes mientras mi poder se extiende entre el público, en busca de un miedo con el que contrarrestar los poderes de Briony.

Iván me lanza un beso mientras se cruza de brazos, para luego desplegarlos hacia el frente. Una llamarada emerge de sus costillas, viene directa hacia mí.

Ya he encontrado algo.

Me pongo de rodillas y apoyo las manos en el suelo, invocando un miedo que habita en el fondo de la mente de un adicto a la adrenalina. Se oye un estruendo en lo alto, una amenaza espectral.

Iván manipula el fuego, convirtiéndolo en un muro que se cierne sobre mí.

Pero yo tengo algo mejor. Una nevada, densa y turbulenta, aparece de la nada y reduce el fuego a un amasijo de vapor. La nieve forma un arco sobre mi cabeza y noto unas inofensivas esquirlas de hielo en la nuca mientras el gélido aliento de la avalancha pasa de largo junto a mí, anulando la amenaza de las llamas.

Cuando abro los ojos, el ruedo está envuelto en una nube de vapor.

Tras inspirar una bocanada trémula, me pongo en pie y me preparo para su próximo ataque.

Iván se acerca, ahora con la apariencia de Riles. El desollador. Gira las muñecas y sus manos se convierten en cuchillas. Hace crujir sus nudillos, provocando un sonido desagradable.

La multitud enloquece. Sus gritos resultan ensordecedores y han empezado a dar pisotones en el suelo para marcar un ritmo. *Pum, pum, pum.* Palmada. *Pum, pum, pum.* Palmada.

Intento recobrar el aliento. Alzo la cabeza y veo a Sam en las gradas. Tiene mala cara.

Puedo seguir extrayendo miedos de la gente, pero sé que Iván seguirá transformándose. Seguirá adaptándose. Y yo no podré mantener este ritmo eternamente.

Iván ya está cerca, la sonrisa desaparece de su rostro mientras lanza cuchilladas al aire.

Alzo las manos, proyecto mi poder hacia su pecho. Cuando lo alcanza, oigo el eco de unos gritos. Veo oscuridad. Pero, nada más formarse el vínculo, se vuelve a romper. Iván desliza una de sus cuchillas frente a mi cuello, oigo el silbido que produce al cercenar el aire.

Así me va a ser imposible aferrarme a su miedo.

Tengo que acercarme.

Miro a Sam, que parece saber lo que estoy pensando con solo mirarme a la cara. O puede que supiera cómo acabaría esto desde el principio. Sea como sea, me mira a los ojos y asiente.

Una sola vez.

Iván se abalanza sobre mí, preparando el brazo para otro ataque, pero yo lo esquivo y me lanzo en plancha hacia delante, rodeándole la cintura con los brazos.

Es una llave clásica de jiu-jitsu, e Iván no se lo esperaba.

Se desploma y grita con rabia al impactar contra el suelo. Giro el cuerpo para situarme a su espalda, con cuidado de esquivar sus cuchillas, y le rodeo el cuello con los brazos. Después le envuelvo la cintura con las piernas y entrecruzo los pies para inmovilizarle un brazo.

Sin perder un segundo, dejo que mi magia se introduzca en su pecho. Me pongo a rebuscar y en mi mente se proyectan varias imágenes: manos manchadas de sangre, un barco saliendo de un puerto.

Me sumerjo más a fondo cuando noto que vuelve a transformarse. Su cuerpo cambia al contacto con el mío, suficiente como para hacerme perder agarre. Iván me separa los brazos y consigue zafarse.

—¿Qué has hecho? —inquire, con una voz tan familiar que me deja paralizada.

Cuando se da la vuelta, compruebo que no es Briony. Tampoco es Riles. Es mi padre. Iván ha adoptado la apariencia física de mi padre.

—¿Qué has hecho, Vesper? Lo has estropeado todo. —Sus ojos azules irradian odio mientras me mira de arriba abajo, con un gesto inequívoco de aversión.

Se desplaza en círculo a mi alrededor, mientras mi mente se encalla. Sé que esto no es real. Sé que este no es mi padre. Lo sé. Pero eso es lo de menos, porque la cara que pone es una que llevo temiendo ver desde hace mucho tiempo.

Iván no posee los poderes de un fobos, eso lo sé. Solo se trata de la apariencia física de mi padre, nada más. No puede extraer ningún miedo de mi interior, pero no le hace falta.

«Esto no es real. Solo es miedo. Solo es miedo».

—Eres un monstruo, Vesper —dice Iván con la voz de mi padre.

«Solo es miedo».

Aprieto los puños. Me abalanzo sobre él, gritando.

Iván combina la apariencia de mi padre con las cuchillas de Riles y trata de golpearme. Me agacho y esquivo, tal y como me enseñó Abigail, eludiendo la cuchilla para después incorporarme y asestarle un codazo en la mandíbula. Iván cae de espaldas y luego alza las manos. El aguijón de Carl sale disparado, pero yo lo aparto de un manotazo y me lanzo sobre él. El miedo se expande cuando le hincó las rodillas, y él se encoge bajo el influjo del terror que lo abruma momentáneamente.

Me aferro a su miedo más profundo antes de que se me escurra entre los dedos. Dejo que mi magia lo envuelva mientras él se zafa de mí y se da la vuelta.

Retrocedo, ejecutando una defensa de hombro, y me quedo mirándolo mientras recupero la posición.

Iván ha recobrado su aspecto normal, porque acabo de agarrar su miedo a quedar expuesto y lo he sacado a relucir. Aún tiene acceso a los demás poderes que ha robado, pero tendrá que utilizarlos sin modificar su aspecto. El público solo lo verá a él.

Iván se levanta apretando los dientes, después se abalanza sobre mí con los puños en alto, adoptando la forma pétrea de Aldrick. Lanza un puñetazo

y yo lo esquivo. Entonces, anticipa mi próximo movimiento: una zancada hacia la izquierda. Sus manos abandonan la apariencia pétrea y recobran la normalidad, pero, cuando desliza las yemas de los dedos por el suelo, junto a mi pie, comprendo que está utilizando la magia demo de Mavis. El suelo cede y me caigo.

Iván se inclina y sopla un polvillo que tiene en la palma de la mano. Como la polvera del astillero. Me atraganto con ese veneno centelleante, las extremidades me pesan más de lo habitual. Me tambaleo, en mi intento por ponerme de pie.

Iván se lo toma con calma. Oigo sus pisadas, que se aproximan mientras trato de alejarme gateando. Se planta junto a mí.

—Ya te dije que esto te iba a doler. Y pensar que... todo esto podría haberse evitado.

Jadeando, me arrea un patadón en el estómago. Resuello y caigo de costado, mientras mis pulmones se quedan sin aire.

Entonces, se inclina hacia mí, me agarra del pelo y acerca su rostro al mío. Miro hacia la multitud, tratando de localizar a Sam, pero se encuentra al otro lado de las gradas.

No soy rival para él. Iván saldrá victorioso y el mundo entero pagará las consecuencias.

—Tu poder será mío, Vesper. Y mientras tus huesos se descomponen lentamente, hasta fundirse con el polvo que cubre el suelo de este coliseo, tu magia quedará en manos de alguien que sabrá utilizarla. Alguien digno de ella.

Finalmente, alzo la cabeza para mirarle a los ojos y una nueva chispa prende en mi pecho.

No.

Ni hablar.

Mi padre tenía razón en muchas cosas. Mi poder es peligroso. He cometido graves errores. He hecho sufrir a los que me rodean. Me asusta intimar demasiado con alguien. Todo esto es una carga.

Pero mi padre también se equivocaba en otras. Este poder no solo es negativo. Gracias a él, he comprendido que mi familia me sigue queriendo.

Lo he utilizado para salvar a Sam, a Aldrick. Y, durante las últimas semanas, he aprendido a controlarlo. Mi poder también tiene cosas buenas.

Duncan tenía razón: el miedo es un reflejo del amor. Y, si alguien debe ostentar este poder, tiene que ser alguien que sepa eso.

Ya no tengo miedo.

Ese pensamiento es lo único que necesito para hacer acopio de fuerzas para un último ataque.

Iván todavía me tiene agarrada del pelo cuando me impulso hacia atrás. Le hago perder el equilibrio y giro el cuerpo hacia un lado, después le apreso el brazo entre las piernas, apoyando una pantorrilla bajo su mandíbula y la otra sobre su pecho.

Es una palanca al brazo perfecta.

Impulso las caderas hacia arriba, retorciéndole el codo hacia atrás.

Iván pega un grito tremendo que me confirma que ha bajado la guardia.

Solo tengo unos segundos.

Esta vez, no deajo que mi poder se deslice. No deajo que fluya lentamente.

Lo descargo sobre su pecho como si fuera un puño, sin importarme el daño que pueda causar. Voy en busca de su miedo más profundo.

Lo aferro con mi magia y tiro con todas mis fuerzas. Noto cómo el miedo se manifiesta en el ambiente.

Iván se queda inmóvil, bajo mi cuerpo, y entonces echo a rodar para apartarme de él.

Tiene los ojos abiertos, pero no se percibe luz alguna en ellos. Me mira con unas ojeras muy marcadas.

Tiene el aspecto que cabría esperar de una persona indefensa. Porque ese es su mayor miedo: la indefensión.

Mientras el vínculo surta efecto, Iván no tendrá magia. Y lo sabe.

Sonríe, observándome con desprecio, mientras me cierno sobre él.

—No podrás mantenerlo eternamente.

Niego con la cabeza mientras alargo la otra mano hacia el público, indago hasta encontrar el miedo que estaba buscando, entonces un cuchillo se materializa en mi mano.

Me inclino sobre él.

—No necesito mantenerlo eternamente. Solo el tiempo necesario para matarte —replico, agachándome para presionar el filo sobre su garganta. Entonces, me detengo.

—¿A qué estás esperando? —masculla.

Noto cómo los dos miedos que tengo aferrados retumban en mi pecho. Pero, por primera vez, no me asusta que se descontrolen. No me da ningún miedo.

—Ríndete —susurro.

Iván se queda desconcertado, después se echa a reír.

—Estando tan cerca, ¿eres incapaz de rematar la faena?

—No necesito matarte para destruirte —replico.

Iván alza la cabeza, le brota sangre del cuello.

—Sí que lo necesitas, Vesper. Créeme. Es así. Eso es lo que significa el poder. El que tenga menos miedo gana. Y, ahora mismo, te asusta cumplir con lo que tienes que hacer.

—¿Y tú no estás asustado?

Presiono el cuchillo con más fuerza sobre su piel, un atisbo de duda se refleja en su mirada. Se queda callado un instante y después se recuesta en el suelo.

—Me rindo.

Una ventolera azota el estadio, levantando una nube de polvo, mientras el último combate se aproxima a su fin.

Me quedo quieta un instante, irguiéndome por encima de Iván.

—Se acabó —le digo al público, que ha enmudecido—. Marchaos.

Nadie se mueve, el chirrido de las puertas de una celda resuena por el coliseo. Mavis, Sam, Aldrick y Sapphira entran en el ruedo. Sam echa a correr y me agarra por la cintura, me hace girar para luego abrazarme con todas sus fuerzas.

—Lo lograste —susurra.

Mavis se queda mirando al público y se quita un guante con los dientes.

—Ya lo habéis oído. ¡Largaos! —exclama, señalando al suelo. La posibilidad de que una demo tire abajo el estadio entero hace que la gente mueva el culo.

Mantengo a Iván aferrado en su indefensión, inmovilizado en el suelo hasta que todo el mundo se ha ido, y Sam se sitúa a mi lado.

—¿Y ahora qué?

Algo comienza a retumbar en las profundidades del suelo, bajo nuestros pies. Miro a Mavis, pero ella levanta las manos, que vuelven a estar enguantadas.

—No es... cosa mía.

Sam me coge de la mano.

—Creo que... deberíamos irnos.

—¿Qué pasa?

—Se está produciendo la restauración que pedí. Tenemos que largarnos. Tira de mí mientras el rumor se intensifica.

Iván no se mueve. Se queda tendido en el suelo, mirando al cielo.

—¡No podemos dejarle aquí! —le grito a Sam.

—¡Si nos quedamos, moriremos! —replica él, girando la cabeza para mirarme.

Sé que lo que dice es cierto. Sam me coge de la mano y corremos por el ruedo, mientras los cimientos se resquebrajan por la mitad.

Me detengo un instante y me giro para otear las gradas. Están vacías. Han salido todos.

Sam me tira del brazo, y yo me doy la vuelta y sigo corriendo. Los demás nos siguen. Cruzamos el umbral, atravesamos el pasillo repleto de celdas. El suelo se está resquebrajando, se forman grietas al tiempo que las puertas metálicas de las celdas se abollan y se rompen.

—¿Se puede saber qué has hecho, Sam? —grita Mavis desde atrás.

Cruzamos a toda velocidad la puerta que conduce al vestíbulo principal, derrapando. Sam me agarra de la cintura para recuperar el equilibrio.

Saltamos sobre los torniquetes y llegamos al aparcamiento. Tengo los pulmones a punto de estallar, pero aprieto el paso mientras la estructura entera se parte por la mitad, colapsándose con un sonido similar a un alarido y al restallido de un trueno. El suelo tiembla y cede, y Sam y yo perdemos el equilibrio en los límites del aparcamiento, así que caemos rodando sobre una porción de césped que se extiende entre dos filas de coches abandonados. Los cimientos de hormigón gimen, tardan más tiempo

en ceder que el resto del estadio, pero finalmente se derrumban con un suspiro final. Por el suelo se extiende una pequeña grieta, más fina que el trazo de un lápiz, hasta que se detiene frente al bordillo.

El coliseo de la reina de los venenos ha dejado de existir.

Mavis se frota los ojos, mientras observa el alcance de la destrucción. Aldrick abraza a Sapphira.

Una polvareda nos envuelve, nos incorporamos tosiendo mientras vemos el estado en que ha quedado todo. El coliseo ha quedado reducido a una pila de escombros. Se han originado pequeños incendios, que escupen hileras de humo hacia el cielo. A lo lejos, veo una figura que se aleja corriendo.

Es Iván.

Me levanto, dispuesta a perseguirlo. Decidida a tirarle al suelo y coserlo a puñetazos hasta que se me despellejen los nudillos. Pero Sam me agarra para que vuelva a sentarme. Lo miro y él capta la pregunta implícita en mis ojos.

—He restaurado a Iván. Anulé todos los contratos de su estúpido libro de cuentas. Está indefenso, ya no tiene poder sobre nadie —me explica.

Sapphira pone los ojos como platos y se queda mirando a Sam, mientras asimila sus palabras. Después, sale corriendo a abrazarlo. Sam se queda cortado al principio, pero luego le devuelve el abrazo. Aldrick se suma a ellos con tanto ímpetu que los derriba.

Abigail agarra a Wex y los dos se suman también al abrazo de grupo. Roy anuncia que no piensa participar, pero Mavis le pone la zancadilla y lo tira al suelo.

No pensé que me acabaría riendo en un día como este. Pensaba que jamás volvería a reír.

Pero me equivocaba, porque me estoy tronchando de risa en medio de este amasijo de escombros y destrucción.

Y nunca me había sentido tan feliz.



TREINTA Y CINCO
TRES MESES DESPUÉS

Es primavera y el sonido de la campana de un instituto resuena en el ambiente. Es curioso que cada vez que la oigo me haga pensar: «Mierda, llego tarde», cuando lo cierto es que nunca he asistido a esta escuela. De hecho, el mes pasado conseguí sacarme el graduado, así que ya no necesito volver por aquí.

Estoy sentada en el capó de la camioneta de Sam, con la espalda apoyada sobre su pecho. Hemos aparcado al fondo del aparcamiento del instituto Tanglewood, a la sombra de unos árboles en flor.

Aldrick está apoyado en el tronco de un árbol, cruzado de brazos, mientras observa a los estudiantes que salen del edificio, riendo y charlando. Una chica desciende por el raíl de la escalera con su monopatín y un profesor le llama la atención, con cara de pocos amigos.

Inspiro hondo y miro el cielo a través de las hojas del árbol. Jamás pensé que viviría para ver esto, y tampoco que resultaría tan... agradable. Jamás pensé que volvería a revivir estos días o esas noches al calor de una hoguera, plagadas de besos atolondrados y restos de sal en la piel.

Jamás pensé que llegaría el momento de volver a casa. Aún no estoy preparada para asentarme de nuevo, pero sí para hablar, para escuchar cuánto me han echado de menos. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido. Mi familia y yo hablamos por FaceTime una vez por semana, y mis padres vendrán a visitarme el mes que viene. Las cosas avanzan sin prisa, pero sin pausa.

El torneo de la reina de los venenos causó impacto en todo el mundo. Sacaron imágenes del coliseo derruido en todos los telediarios. Los noticieros pidieron a los «gladiadores» que revelaran su identidad, pero preferimos no hacerlo. Yo ya estaba harta de verme en el ojo del huracán. Aunque Briony sí rompió su anonimato. Se presentó en una emisora de radio y lo contó todo. Lo del foso y los centinelas. Así que quizá no sea tan mala chica. En fin, a mí sigue sin caerme bien, pero esa no es la cuestión. Briony animó a los anómalos a que se dieran a conocer, y algunos lo hicieron.

Y, por «algunos», me refiero a cientos. Se reunieron en las escaleras del Capitolio, dispuestos a hablar con los comunes. Hartos de vivir entre las sombras. Aquí estamos. Ya no somos un mito. El proceso no está resultando fácil, ni mucho menos. Se han producido algunas revueltas. Han aparecido grupos que se hacen llamar los neocentinelas y los comunales, que dejan pintadas amenazantes en vallas publicitarias y puertas de garajes. Pero el odio no es algo nuevo. Lo superaremos.

Aldrick se endereza, con la mirada fija en las escaleras. Le doy un golpecito en la rodilla a Sam antes de bajarme del capó de la camioneta y acercarme a Aldrick.

Ella aparece en las escaleras.

Viste unos vaqueros azules y una camisa blanca que deja un hombro al descubierto, con el pelo recogido en un moño sujeto por un lápiz.

Es Sapphira.

Va abrazada a un libro de matemáticas. Cuando nos ve, se dibuja una sonrisa en sus labios.

Cruza el aparcamiento. Aldrick alarga un brazo para atraerla hacia él y darle un beso.

Sapphira le deja el libro y se da la vuelta para mirarnos.

—Chicos, queda un poco mal que tu familia te esté esperando a la salida del colegio.

—¡Es tu primer día! —exclamo, extendiendo los brazos.

Sapphira pone los ojos en blanco, pero se la nota feliz y relajada. Quería regresar el instituto y ahora puede hacerlo. No es una chica normal, en absoluto, pero está más cerca de serlo.

—Ya tengo diecisiete años —dice, mientras Aldrick la envuelve en un abrazo.

—Entonces, ¿se acabaron las notitas en tu almuerzo? —pregunta él.

—Eso ni en broma —responde Sapphira.

Más tarde, esa noche, voy al Aloa's a por café para Sam y para mí. Vamos a hablar de la universidad y a revisar unos cuantos folletos.

Durante el camino de vuelta, disfruto del sonido que hacen mis botas de tacón sobre el pavimento mojado.

Llego hasta la puerta del gimnasio, sujetando en equilibrio un café grande sobre la tapa del otro, y entonces me detengo.

He visto algo, clavado junto al letrero que dice «Abierto».

Es una flor de acónito: morada y seca, a pesar de la lluvia. Está recién cortada.

La arranco de la puerta y el alfiler que la sujetaba cae al suelo, traqueteando. Me doy la vuelta, oteando los coches que están aparcados en la calle. Lo más probable es que quienquiera que haya hecho esto todavía ande cerca.

Tengo claro que Iván aún no ha dicho su última palabra.

Me pongo la flor detrás de la oreja antes de abrir la puerta. La sujeto con la bota mientras me doy la vuelta para otear la calle una vez más, mojada y oscura.

«Te estamos observando», significa esa flor.

Pero da igual qué incógnitas suscite y qué amenazas suponga, pues ya tengo mi respuesta. La veo mientras le entrego a mi novio su café y leo los versos que una chica valiente y aguerrida escribió de su puño y letra en la pared de mi hogar:

*Ya no importa cuán estrecho haya sido el camino
ni cuántos castigos lleve a mi espalda:
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.*

Contemplo la oscuridad, sin miedo a las sombras, ni a lo que pueda estar acechando entre ellas.

Le dirijo un saludo burlón a quienquiera que me esté observando, antes de darle un trago a mi café y desaparecer en el interior del gimnasio.



AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar gracias a Dios. Gracias por tu misericordia y por el plan que has trazado. Todo lo bueno que tengo te lo debo a ti.

Escribir seguiría siendo un sueño de no ser por mi marido, Ross. Hace siete años, me compró un escritorio y me dijo que persiguiera ese sueño imposible. Se levantaba temprano y se quedaba despierto hasta tarde para protegerme de las dudas que llamaban a mi puerta. Tengo mucha suerte de ser tu esposa.

A Aryn Bear y Liam Robin, cada día doy gracias a Dios por vuestro corazón de oro y fortaleza de espíritu. Cuando la vida aprieta, vosotros contraatacáis. Siempre me tendréis a vuestro lado. Y a la pequeñina que me da pataditas mientras escribo esto: gracias por no obligarme a levantarme al baño cada dos por tres y concederme el tiempo suficiente para que pudiera acabar este libro.

Una mención especial para vosotros tres: sí, en este libro digo tacos. Y no, eso no significa que vosotros podáis decirlos.

Gracias infinitas a mi agente, Brianne Johnson, cuyo apoyo incondicional me ayuda a recuperar el rumbo cuando me encuentro estancada. Tu amplitud de miras fue la clave para que este libro viera la luz, así que siempre estaré en deuda contigo. Allie Levick, haces que el trabajo duro parezca fácil, me siento muy agradecida contigo y con el incomparable equipo de Writers House.

A todo el equipo de Katherine Tegen Books, gracias por creer en mi insólita historia sobre una gladiadora adolescente. Gracias a Claudia Gable, por tus consejos y tus palabras de ánimo. Estaría perdida sin mis correctoras: Stephanie Guerdan, Kathryn Silsand, Erica Ferguson y el resto del equipo. Os pido disculpas por la cantidad de palabras repetidas que habéis tenido que corregir. Estoy trabajando en ello. Un saludo especial a

mi querida Melissa Miller, que le dio una oportunidad a una escritora novel y la ayudó a crear un libro a partir de una frase. A la encantadora Mary Pender, gracias por tu continuo apoyo.

Papá, gracias por orientarme cuando me sentía perdida. Gracias por las horas que echaste en tu escritorio para que ahora yo pueda sentarme a esta mesa a escribir sueños. Me dijiste que las historias de fantasía pueden ayudarnos a formular esas preguntas que no somos capaces de hacernos... Y tenías razón. Mamá, te concedieron una hija rarita que no podría haber salido más diferente a ti, pero nunca intentaste cambiarme. Gracias por permitirme sacar libros de vampiros de la biblioteca. Gracias por acompañarme a la parada del bus con tu pijama de nubes y por llevarme a tomar tarta de chocolate después de la terapia. Los dos me enseñáis a diario lo que significa querer a alguien.

A Hannah, Rachel y Becca: gracias por compartir vuestra vida conmigo. Carmen es una mezcla de todas vosotras, y así es como aprendí a escribir a una hermana genial. A Sue, Ross, Marie, David, Bri, Victoria, Emilia Belle, Elaina y (pronto) Jack: gracias a todos por ser la mejor familia del mundo. Gracias a los Rutherford (a los trece), por leer los primeros borradores y prender la llama de la esperanza que ardía en mi corazón. Gracias a la familia Janadi, por los abrazos, los cafés y por ayudarme a ser mejor persona. Tía Lin, gracias por haber creído siempre en mí.

Gracias a mis chicas: Amanda Jaynes, por inspirar el noventa por ciento de las gamberradas adolescentes que hay en este libro. A Hilary Miller y Jillian Denning, por perseguir esos sueños a mi lado. Gracias por leer mis horribles borradores preliminares y por esas interminables cadenas de mensajes. Estoy deseando ver mi nombre en vuestras páginas de agradecimientos. Gracias a Brittany Sawrey, por conseguirlo antes que yo y enseñarme cómo hacerlo. Os adoro, a ti y a tus historias. Gracias a Isaac por tus ideas para el título, por ayudarme a limpiar la cocina y por tantas y tantas comidas. Gracias a Ashtyn, por animarme tanto cuando más lo necesitaba y por prestarme tu infalible olfato narrativo. Gracias a Kate Angelella, por decirme que apuntara alto y que me creyera capaz de superar este reto. Gracias a Landon por ser una fuente de energía y de gifs de Shia LaBeouf.

Al doctor Arai y a Luke, gracias por vuestras oraciones, por las tazas de chocolate y por ser tan buena gente.

Gracias a Rachel Simon, Olivia Hinebaugh, Andrew Munz, Cat Scully y Nikki Roberti por inspirarme con su talento. Gracias a Michele Gendelman y a todo el grupo de escritura creativa: Kaci, Avan, Chris, Melinda, Ren y Dennis. Sois excepcionales y me alegro de conocerlos. Habéis mejorado mi vida y mis historias.

También quiero mencionar a los profesores que me ayudaron a ser como soy. A la señora DeLong, gracias por tu gentileza y tus oraciones. Al señor Theriot, gracias por mostrarme lo que significa amar los libros con pasión. Gracias también por no enviarme al despacho del director cuando entraba en clase descalza y hablando por el móvil. Gracias a Andy Guerdat, por enseñarme a encontrar el alma de una historia. A la doctora Julianne Smith, por su apoyo constante. Gracias por ayudarme a sacarme el grado en Inglés. Cambiaste el rumbo de mi vida y te estoy agradecida por ello.

Gracias a todos los lectores, os necesitamos ahora más que nunca. Leer enriquece la mente y fortalece el corazón. Aprended, buscad la verdad y luchad para hacer del mundo un lugar mejor.

Título original: *The Beckoning Shadow*
Publicado por primera vez en Estados Unidos por Katherine Tegen Books, sello editorial de
HarperCollins Publishers.

Edición en formato digital: 2020

© Del texto: Katharyn Blair, 2019
Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books, división de HarperCollins Publishers.
© De la ilustración de cubierta: Peter Strain, 2019
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2020
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

Asesora editorial: Karol Conti García
Diseño de cubierta: David Curtis

ISBN ebook: 978-84-18027-29-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.fandombooks.es

Contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Tres meses después

Agradecimientos

Créditos